

SAMUEL HAHNEMANN

**MEDICINA**

**ORGANON DE LA**

Escaneado y revisado  
Dr. Ider Salgado T.

## PREFACIO DEL TRADUCTOR DR. WILLIAM BOERICKE

La sexta edición del "Organón" tal como Hahneman la dejó lista para publicarse, viene a ser una reproducción interfoliada de la quinta, la última edición alemana publicada en 1833. Cumplidos sus 86 años de edad y mientras estaba en ejercicio activo de su profesión en París, llevó a cabo su revisión completa, repasando cuidadosamente párrafo por párrafo y haciendo cambios, supresiones, anotaciones y adiciones.

El mismo Hahnemann participó a varios amigos suyos la preparación de otra edición de 'su gran obra, como es evidente, entre otras, por una carta dirigida a Boenninghausen, su discípulo más apreciado y su íntimo amigo. Escribiéndole desde París, dijo: "Estoy trabajando en la sexta edición del "Organón" a la que dedico varias horas los domingos y jueves, dedicando todo el tiempo restante al tratamiento de los enfermos que vienen a mi consultorio." A su editor, Mr. Schaub, en Dusseldorf, escribió en una carta fechada en París, febrero 20 de 1842, lo siguiente: "He terminado ya después de diez y ocho meses de trabajo, la sexta edición de mi "Organón" la que más se aproxima a la perfección entre todas."

El expresó, además, el deseo de que se imprimiese en la forma mejor posible respecto a la calidad del papel, tipos perfectamente nuevos, en una palabra, deseaba que su apariencia fuese excepcionalmente bella como que probablemente sería la última. Estos deseos del venerable autor han sido realizados exactamente por los actuales editores.

Todas las anotaciones, cambios y adiciones han sido cuidadosamente traducidas de original que está en mi poder. Hahnemann hizo todo esto en sus Manuscritos con su letra notablemente pequeña y clara, manuscritos perfectamente preservados durante todos estos años y tan legibles ahora como cuando acababan de escribirse. En las partes muy extensas en que no hizo ningún cambio, incluyendo la larga Introducción, he adoptado la excelente traducción de la quinta edición por el Dr. Dudgeon, que une a la brillantes en el manejo del inglés a perfección, un apego fiel y notable al estilo y construcción peculiares de Hahnemann.

Los siguientes son algunos cambios más importantes que se notan en esta última edición.

En una nota extensa al párrafo 11 da gran importancia a la pregunta: ¿Qué es la influencia ¿dinámica? En los párrafos 22 y 29 se encontrará su última concepción respecto al principio vital-dinámico-término éste que usa en toda la obra de preferencia a fuerza vital como en las ediciones anteriores.

Los párrafos 52 y 56 han sido escritos de nuevo completamente y se añadieron largas notas a los párrafos 60-74. También ha sido renovado prácticamente todo el párrafo 148, que se refiere al origen de la enfermedad, negando que la **Materia peccans**, sea el primer factor etiológico.

Son de gran importancia los párrafos 246-248 respecto a las dosis en el tratamiento de las enfermedades crónicas. Principia aquí con la dosis única y aconseja la repetición de las dosis, pero en potencias distintas. Los párrafos 269-272 están consagrados a la enseñanza técnica para la preparación de los medicamentos homeopáticos, especialmente de acuerdo con sus últimas ideas.

La enojosa cuestión del uso de dos remedios al mismo tiempo, siempre que no sean compuestos químicos, está completa y definitivamente resuelta en el párrafo 273, y aclaradas todas las dudas respecto a la impropiedad de tal proceder.

La nota del párrafo 282 es completamente nueva y de gran importancia. Aquí el tratamiento de las enfermedades crónicas que dependen de la psora, la sífilis y la sicosis, se separa por completo del que aconsejaba en ediciones anteriores. Aquí aconseja comenzar el tratamiento con grandes dosis del remedio específico, y si fuese necesario varias veces al día y gradualmente ascender a dinamizaciones más altas. En el tratamiento de las verrugas se considera necesaria la aplicación local acompañada del uso interno del mismo remedio.

El libro como ahora aparece es la última palabra de Hahnemann, concerniente a los principios expuestos por él en la primera y subsecuentes ediciones, iluminada y ampliada por su vasta experiencia adquirida en la última parte de su carrera médica en el tratamiento de . las enfermedades agudas y crónicas. Desde el punto de vista histórico, este libro en su sexta edición es de una importancia e interés muy grandes, completando en efecto, el maravilloso encadenamiento de la percepción filosófica de Hahnemann, en la práctica de la medicina. El "Organón" de Hahnemann es la más elevada concepción de la filosofía médica, cuya interpretación práctica hace brotar una fuente inmensa de luz que guiará al médico por medio de la ley de Curación a un mundo nuevo en terapéutica.

Esta edición va engalanada con una Introducción por el Dr. James Krauss, de Boston, ilustrado discípulo de Hahnemann, a quien deseo aquí manifestar mi gratitud por la Introducción y otra ayuda valiosa que me prestó.

**William Boericke**

San Francisco, Diciembre de 1921.

## **INTRODUCCION**

### **(A la traducción del Dr. Boericke, de la edición de la sexta edición del Organón de Hahnemann)**

La excelencia de la traducción de Dudgeon, al inglés, de la quinta edición alemana del Organón de Hahnemann, se conserva de una manera íntegra en esta sexta hecha por el Dr. William Boericke, a quien la profesión médica es deudora doblemente por haber librado esta auténtica y última obra de Hahnemann de posible extravío, y por haberla puesto en un inglés bueno, claro e inequívoco. Dos veces estuvo en peligro de perderse este manuscrito de Hahnemann. La primera durante el sitio de París, en la guerra Franco-Prusiana de 1870 a 1871, y la segunda en la invasión de Westphalia durante la guerra mundial de 1914-1918. El Dr. Boericke fue el elemento principal por cuyo medio se adquirió este último manuscrito profesional de Hahnemann para el mundo médico.

Todo lo que Hahnemann ha escrito es de interés médico histórico, y no obstante la pretensión injustificada y llena de prejuicios de los llamados historiadores médicos, en quitar a Hahnemann toda importancia histórica en medicina, este hombre es una de las cuatro personalidades de la época en la historia de la ciencia médica. Hipócrates, el Observador, introdujo el arte de la observación clínica como la base necesaria del diagnóstico patológico. Galeno, el Divulgador, propalo con poderosa autoridad las enseñanzas de Hipócrates en todo el mundo médico. Paracelso, el impugnador, introduce la química y la física analíticas en la práctica médica. Hahnemann, el Experimentador, descubrió la fuente sintomática tanto del diagnóstico patológico como del terapéutico y de esta manera convirtió en científica la práctica de la medicina.

En la práctica científica de la medicina, examinamos a todo paciente que sufre de cualquiera enfermedad localizada, trófica y tóxica con el fin de obtener todos los signos y síntomas de dicha enfermedad; todos los efectos patológicos, para hacer el diagnóstico terapéutico y el pronóstico. Examinamos observando el estado patológico y comparándolo al fisiológico para la interpretación del diagnóstico, la afirmación del pronóstico y la aplicación terapéutica. Diagnosticamos clasificando la condición patológica actual con condiciones patológicas semejantes. Diagnosticamos el lugar anatómico, el dónde, es decir, los órganos y las partes de los órganos afectados. Diagnosticamos el proceder fisiológico, el qué, es decir, el curso de las inflamaciones, exudaciones, degeneraciones, necrosis, atroñas, hipetroñas, aplasias, hiperplasias. Diagnosticamos el factor etiológico, el cómo, es decir, antecedentes de predisposición de desarrollo, traumáticos, infecciosos y de excitación. Diagnosticamos la aplicación terapéutica, la finalidad, es decir, el tratamiento curativo y paliativo, y el profiláctico por medio de la higiene y saneamiento.

El tratamiento de enfermos sujetos a malformaciones, a mala nutrición, mala posición, heridas, cuerpos extraños. inflamaciones traumática e infecciosa neoformaciones, se realiza con medios médicos, quirúrgicos e higiénicos, o una combinación de todos estos en un caso dado. La cirugía puede remover o paliar las consecuencias de excesos, defectos o perversiones anatómicas. El alimento, agua, aire, calor y frío, luz y electricidad, ejercicio y trabajo, masaje y sugestión, así como el empleo de glándulas para reemplazar glándulas, vacunas para formar anticuerpos y

sueros para suplir anticuerpos, pueden remediar o paliar los efectos de excesos, deficiencias o perversiones fisiológicas, pueden restaurar la higiene y establecer el saneamiento. La medicina en forma de sustancia medicinal, puede curar o paliar las consecuencias de excesos, defectos o perversiones etiológicas, consecuencias que no son curadas o curables, paliadas o paliables por medio de la cirugía o con medidas higiénicas o casi higiénicas.

Es imposible conocer todos los antecedentes causales de las enfermedades. **Tolle causam** es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo, entonces, curaremos o paliaremos estos efectos con sustancias medicinales? Aquí, Hahnemann, por primera vez en la historia dijo: Quitad los efectos y se quitará la enfermedad, que es la causa de los efectos. **Cessat effectus ecant causa.** La medicina empírica supone, recomienda, prueba, obra y se equivoca, se equivoca y de nuevo obra igual. La medicina científica no adivina ni hace suposiciones. La medicina científica como cualquier otro arte científico compara los efectos, sensaciones y movimientos con los correspondientes efectos, sensaciones y movimientos. Sólo los charlatanes en medicina vituperan los métodos de comparación como anticientíficos. Todo lo que humanamente y científicamente podemos hacer es observar y clasificar, comparar e inferir. Hahnemann dice que deben aplicarse las sustancias medicinales sobre la base del conocimiento de sus efectos positivos. Puesto que es imposible conocer todos los antecedentes causales de la enfermedad, debemos tratar los efectos de la enfermedad que conocemos con los efectos de los medicamentos que hemos averiguado y conocido. Los efectos de la enfermedad se quitarán con la aplicación de medicamentos que tengan efectos que correspondan a ellos. Si los efectos de la enfermedad, se quitan **in toto**, tenemos lo que se llama una curación. Si son removidos en parte, tenemos la paliación. La comparación científica de los efectos de la enfermedad con los efectos del medicamento conduce a la inferencia diagnóstica de la medicina científica, hace posible la medicina científica.

En 1790, Hahnemann hizo su célebre experimento con China. De ese tiempo a 1839, es decir, en el curso de casi cincuenta años, experimentó con noventa y nueve drogas y anotó sus observaciones de la acción de dichas drogas sobre el cuerpo humano. Estas notas que se encuentran en su "Fragmenta de Viribus Medicamentorum Positivis", "Materia Médica Pura" y "Enfermedades Crónicas", es la más amplia, la más exacta y la más prolífica de todas las investigaciones en la acción de los medicamentos hechos por un solo observador, antes y desde Hahnemann, a través de la historia de la medicina.

Hahnemann fue esencialmente un experimentador sin tacha. Tomó cuatro dracmas de China dos veces al día. Tuvo paroxismos de frío y fiebre. En su práctica como médico había visto paroxismos semejantes de frío y fiebre. Los había curado con china, la corteza del Perú. Ya no podría seguirse diciendo que la china cura los paroxismos de frío y fiebre, porque es una droga astringente o amarga. La verdadera deducción resalta enérgicamente. La china cura los paroxismos de escalofrío y fiebre, porque produce paroxismos de escalofrío y fiebre. De esta manera se hizo patente la necesidad del descubrimiento metódico de las propiedades medicinales de las drogas. Los que han dicho que Hahnemann no experimentó en sí mismo, sino en perros, gatos y ratas, todavía no han entrado a formar parte de la escuela de la lógica científica. La enfermedad se manifiesta no sólo por signos objetivos de impresión sensorial, sino también por síntomas subjetivos de expresión motriz. ¿Puede el

experimentador humano recoger las sensaciones subjetivas de perros, gatos y ratas, cuando estos animales no pueden comunicar a los que los rodean sus sensaciones subjetivas? No hay dos seres humanos completamente iguales en salud y en enfermedad. ¿Son los perros, gatos y ratas más semejantes a los seres humanos, que los seres humanos entre sí?

El experimentador rutinario, llamado simplemente experimentador, experimenta como si el experimento fuera por sí mismo la finalidad. Esta es la razón de la esterilidad de la mayor parte de las estaciones o laboratorios experimentales, públicos y privados. Estos experimentadores experimentan sin saber el motivo de su experimento. La justificación moral puede ser el hecho de que son pagados para que experimenten, ¿pero dónde está la justificación científica? Hahnemann estaba justificado en sus experiencias. Esta es la razón por qué sus experimentos no fueron estériles.

La experimentación tiene uno de estos dos propósitos: observar para inducir, o verificar la inducción. La experimentación es análisis, deducción o deducción analítica. Deducimos de los objetos de la naturaleza, hombre o droga, propiedades en contraste con otras propiedades. Observamos por contraste. Observar es comparar, pesar y juzgar los contrastes. Comparamos por correspondencia. Clasificamos por semejanza. Clasificación es síntesis, inducción, inducción sintética. Clasificamos, concebimos por reflexión, pensamiento y juicio. Pensamos para expresarnos. Formulamos nuestras proposiciones para verificarlas. Verificamos por experimentación, por deducción analítica. las proposiciones formuladas de la ciencia, de las inducciones científicas.

Hahnemann experimentó para observar. Él notó en sí mismo los efectos sintomáticos de la corteza de la china como semejantes a los efectos sintomáticos de la fiebre intermitente que había curado en otros con la corteza de la china. ¿Quién puede decir que China, administrada a un cuerpo humano sano, no produzca signos, síntomas objetivos y subjetivos semejantes a los de la fiebre intermitentes Hahnemann tuvo el contraste del estado de salud sin ingerir drogas y del estado patológico tomando drogas, en sí mismo. No fue un observador infecundo. La percepción condujo desde luego a la concepción. Hahnemann concibió la afinidad sintomática de las drogas por los tejidos, la similitud sintomática de drogas y tejidos como esencial para el tratamiento de las enfermedades módicamente curables. Si es que existe una clara inducción científica sacada de la observación igualmente científica, es ésta de Hahnemann, la similitud sintomática de drogas y tejidos, que denominó homeopatía y que para desarrollarla escribió su "Organón de la Medicina" en 1810 y la revisó consecutivamente en 1819, 1824, 1829, 1833, y finalmente anotó y enmendó esta de 1833, para dar a luz la última, esta sexta edición, en 1842.

¿Estaba en un error? ¿Fueron prematuras sus concepciones? Hahnemann no fue uno de esos llamados científicos que coleccionan y catalogan los hechos que caen bajo su conocimiento con la misma idea científica ejercida por los catalogadores de bibliotecas o colectores de impuestos. La ciencia es un conocimiento verificado y verificable, nacida de concepción de preceptos e inducción de deducción. Para la idea científica no se necesitan muchos conocimientos percibidos por los sentidos. ¿Estaba en un error Pitágoras porque al percibir el mástil y las velas de un buque

antes que su casco sobre el horizonte, concibió que la tierra es redonda? ¿Era su concepción prematura, falsa porque todos excepto Aristóteles por casi dos mil años sostuvieron que la tierra era plana y porque tardó casi esos años antes que Colón principiara y Magallanes terminara la vuelta al mundo?

Hahnemann mismo vió que no había error en sus inducciones. El fue su propio Colón y su propio Magallanes. Hahnemann trató personalmente a sus enfermos curables médicamente y enseñó a otros médicos a tratar a sus enfermos con el método basado en la similitud de los síntomas que había concebido. En 1797 usó *veratrum album* para el cólico y *nux vómica* para el asma y curó una multitud de enfermos que fueron a verle desde su permanencia en Königslytter a su última morada en París, con su método homeopático, el método central de la terapéutica médica científica. Sus comprobaciones científicas son ciertas. Los que dudan de ellas no dudan. No conocen lo que dudan. Las demostraciones de Hahnemann convencen a aquellos que poseen integridad intelectual para la convicción científica, a aquellos que no sacrifican su integridad intelectual a los ídolos del día, y quienes repetirán las comprobaciones experimentales de las observaciones e inducciones científicas de Hahnemann, puesto que pueden ser repetidas. Cualquier otro método distinto al empleado de dar al hombre sano cuatro dracmas de china dos veces al día para probar o desaprobar la similitud de síntomas de china y la fiebre intermitente, no es científico para la observación de Hahnemann, que afirma que hay similitud de síntomas entre china y la fiebre intermitente. Cualquier otro método distinto a administrar china a enfermos de fiebre intermitente para aprobar o desaprobar el método de similitud de síntomas, en dosis más pequeñas que las usadas para excitar el cuerpo sano a que produzca una acción patológica similar a la de la fiebre intermitente, no es una experimentación científica de la inducción de Hahnemann, que dice que la similitud de síntomas es el método terapéutico de las enfermedades médicamente curables.

Los que sigan otros métodos no tienen siquiera las piernas de rana, de Aristófanes, para apoyarse. Pasteur, comprendiendo que la vacuna de intensidad media, de Jenner, impedía la aparición de la viruela aguda, concibió el tratamiento profiláctico de las enfermedades infecciosas por medio de vacunas de mediana intensidad, de virus que produzcan determinada infección. ¿Cómo probó Pasteur su idea? Tomó cierto número de ovejas, vacunó algunas de ellas con una dosis de intensidad mediana, profiláctico del virus del antrax; después inyectó a todas las ovejas con grandes dosis de virus antrácico suficiente para producir el antrax. Todas las ovejas previamente vacunadas no sufrieron nada; las no vacunadas murieron de antrax. Pasteur, como el notable anciano Hahnemann, fue un verdadero experimentador.

La era de la experimentación científica, médica, principia con Hahnemann y nadie más. Científico de corazón, Hahnemann experimenta científicamente con el fin de observar científicamente.

Con gran poder intelectual concibió sus inducciones científicamente como resultante de la observación científica. Inflexiblemente científico para la comprobación experimental, verificó su inducción científicamente, siempre, en sus enfermos, e hizo su método de similitud de los síntomas, constantemente, el método central curativo de la terapéutica científica. Por más de una centuria este método ha

sido seguido, consciente o inconscientemente, por la profesión médica. Los resultados comprueban la tesis de Hahnemann. No existe mayor proeza que el que una verdad científica pase a través de las generaciones, que éstas la sigan y la propaguen. El Organón de la Medicina de Hahnemann, sale a luz para enseñar el método de similitud de los síntomas como la base experimental del diagnóstico patológico y terapéutico, como el **echte Heilweg** (el verdadero camino) de la medicina científica.

Boston, Sepbre. 30 d 192 1.

**Dr. James Krauss**

## PROLOGO DEL AUTOR A LA SEXTA

### EDICION (\*)

La antigua medicina, o la alopátia, hablando de ella en general, supone siempre en el tratamiento de las enfermedades, unas veces una superabundancia de sangre (plétora) que jamás existe, y otras, principios y acrimonías morbíficas. Por consiguiente, quita la sangre necesaria a la vida y pretende barrer la supuesta materia morbífica, o atraerla a otro punto por medio de vomitivos, purgantes, sudoríficos, sialagogos, diuréticos, vejigatorios, cauterios, etc. Intenta de este modo disminuir la enfermedad y destruirla materialmente; pero no hace más que acrecentar los sufrimientos del enfermo, y privar al organismo de las fuerzas y de los jugos necesarios para la curación. Ataca al organismo con dosis considerables de medicamentos heroicos, continuadas por mucho tiempo y frecuentemente renovadas, cuyos efectos duraderos y comúnmente muy terribles le son desconocidos. Parece además empeñarse en desfigurar su efecto acumulando muchas sustancias desconocidas en una sola fórmula. Y por último, después de un uso continuado de estos medicamentos, añade a la enfermedad ya existente, nuevas enfermedades medicinales, las más veces imposibles de curar. Para que no caiga en descrédito<sup>A</sup>, nunca deja de emplear cuando está a su alcance, diferentes medios que por su oposición *contraria contrarias curantur*, suprimen y palían por algún tiempo los síntomas, pero dejando tras sí una disposición mayor a que se reproduzcan exasperando así la enfermedad. Considera infundadamente todas las afecciones que ocupan las partes exteriores del cuerpo como puramente locales, aisladas e independientes, y cree haberlas curado cuando las ha hecho desaparecer por medio de tópicos, que obligan a la afección interna a trasladarse a otra parte más noble y más importante. Cuando no sabe ya qué hacer contra la enfermedad, o que ésta no quiere ceder, o que va siempre agravándose, intenta modificarla a ciegas por medio de los alterantes, particularmente con los calomelanos, el sublimado corrosivo y otras preparaciones mercuriales a altas dosis.

Hacer por lo menos incurables, si no mortales, de cien enfermedades que afectan la forma crónica, las noventa y nueve, sea debilitando y atormentando sin cesar al enfermo, abrumado ya con sus propios males, ya produciendo nuevas y más terribles afecciones, tal parece ser el objeto de los funestos esfuerzos de la antigua medicina, *objeto que fácilmente se consigue*, poniéndose al corriente de los métodos acreditados, y haciéndose sordo a la voz de la conciencia.

Nunca faltan argumentos al alópata para defender el mal que hace, pero apoyándose siempre en las preocupaciones de "sus maestros" o en la autoridad de "sus libros." Allí encuentra con que justificar las acciones más opuestas y más contrarias al buen

---

\* En el manuscrito de Hahnemann hay una nota en francés que, traducida, es como sigue:

La medicina como se practica (alopatía) comúnmente no tiene tratamiento, excepto la pretendida expulsión de los agentes dañinos que supone que son las causas de las enfermedades. La sangre de los enfermos es cruelmente extraída por medio de sangrías, sanguijuelas, ventosas, escarificaciones, para disminuir una pretendida plétora que no existe nunca. Una pérdida de sangre acumulada en la mujer sana algunos días antes de su menstruación no produce consecuencias apreciables, mientras que la pérdida que solamente supone plétora destruye la vida. La medicina tal como comúnmente se practica pretende evacuar el contenido del estómago y limpiar los intestinos de las sustancias que supone son causas de las enfermedades.

<sup>A</sup> Para el mismo objeto el alópata experimentado se complace en inventar un nombre determinado de preferencia griego, para la enfermedad, a fin de hacer creer al paciente que te la conoce hace mucho tiempo y que por lo mismo se halla en estado de poderla curar.

sentido, por fatales que sean en su resultado. Sólo cuando por una larga experiencia se ha convencido de los tristes efectos de su pretendido arte, se limita a bebidas insignificantes, es decir, a no hacer nada, aun en los casos más graves, y entonces es cuando empeoran y mueren menos enfermos entre sus manos.

Este arte funesto, que desde una larga serie de siglos dispone arbitrariamente de la vida o muerte de los enfermos, que hace perecer diez veces más hombres que las guerras más sangrientas, y que hace millones de otros más dolientes de lo que eran, lo examinaré a su vez con algunos detalles, antes de exponer los principios de la nueva medicina, que es la única verdadera.

Todo lo contrario sucede con la homeopatía. Ella demuestra a todos los que razonan, que las enfermedades no dependen de ninguna acrimonia, de ningún principio material sino de la alteración dinámica de la fuerza que virtualmente anima el cuerpo del hombre. Ella enseña además que sólo puede efectuarse la curación por medio de la reacción de la fuerza vital contra un medicamento apropiado, y que se opera con tanta más seguridad y prontitud, cuanto mayor energía conserva aquella fuerza. Por lo mismo evita todo lo que pudiera debilitar en lo más mínimo<sup>B</sup> (177), se guarda todo lo posible de excitar el menor dolor, porque el dolor agota las fuerzas; no emplea más que aquellos medicamentos cuyos efectos conoce con exactitud, es decir, la manera de modificar dinámicamente el estado del hombre; busca entre ellos aquel cuya facultad modificadora (la enfermedad medicinal) sea capaz de hacer cesar la enfermedad por su analogía con ella (*similia similibus*) y da tan sólo, a dosis raras y débiles, aquel que sin causar dolor ni debilitar, excite sin embargo una reacción suficiente. Resulta de esto, que extingue la enfermedad natural sin debilitar, atormentar ni inquietar al enfermo, el que recobra las fuerzas a medida que aparece la mejoría. Este trabajo cuyo objeto final es restablecer la salud de los enfermos en poco tiempo, sin inconvenientes y de una manera completa, parece fácil, pero es penoso y exige muchas meditaciones.

La homeopatía se nos presenta, pues, como una medicina muy sencilla, siempre la misma en sus principios y en sus procedimientos, que forma un todo aparte, perfectamente independiente y que rehusa toda asociación con la perniciosa rutina de la escuela antigua que viene a ser su antítesis, como la noche lo es del día y jamás tal rutina debería Vanagloriarse con el nombre honorable de Homeopatía.

SAMUEL HAHNEMANN.

Coethen, 28 de Marzo de 1833.

---

<sup>B</sup> La Homeopatía no derrama una gota de sangre; no purga, y nunca hace vomitar ni sudar; no repercute ningún mal externo por medio de tópicos ni prescribe baños calientes o minerales desconocidos, ni lavativas medicinales; no aplica vejigatorios ni sinapismos ni sedales ni cauterios; jamás excita la salivación ni quema la carne con las moxas o el hierro candente hasta los huesos, etc., sino que da directamente sus preparaciones de medicamentos simples, que conoce con exactitud; nunca calma el dolor con opio, etc.

Ratificado en París, 184...<sup>C(178)</sup>.

### **INTRODUCCION.**

Examen de las terapéuticas denominadas “alopatía”  
y “tratamiento paliativo” que hasta hoy  
han sido practicadas por la escuela secular  
de medicina

Desde que los hombres existen en la superficie del globo han estado expuestos individualmente o en masa a la influencia de causas morbosas, físicas o morales. Mientras permanecieron en su primer estado, bastáronles un corto número de remedios, porque la sencillez de su género de vida tan solo les daba a conocer muy pocas enfermedades. Pero las causas de la alteración de la salud y la necesidad de socorros medicinales han crecido en proporción a los progresos de la civilización. Desde entonces, es decir, desde que existió Hipócrates, o hace dos mil quinientos años ha habido hombres que se han entregado al tratamiento de las enfermedades cada vez más numerosas, y cuya vanidad les hacía buscar en su imaginación medios para aliviarlas. Tantas cabezas diversas produjeron una infinidad de doctrinas acerca de la naturaleza de las enfermedades y de sus remedios, estableciendo sistemas que todos estaban en contradicción unos con otros y aun con ellos mismos. Cada una de estas sutiles teorías, admiraba al principio a todo el mundo por su profundidad ininteligible, y atraía a su autor una multitud de entusiastas prosélitos, a pesar de que ninguna utilidad podían reportar de ellas en la práctica, hasta que un nuevo sistema, las más veces del todo opuesto al precedente, hacía olvidar a éste, y a su vez captábase por algún tiempo la opinión general. Pero ninguno de estos sistemas estaba conforme con la naturaleza y con la experiencia. Todos eran un tejido de sutilezas fundadas en consecuencias ilusorias que de nada podían servir en el lecho de los enfermos, y que sólo eran propios para alimentar vanas disputas.

Al lado de estas teorías, y sin ninguna dependencia de ellas, se formó un método que consiste en emplear ciertas mezclas de medicamentos desconocidos contra diferentes clases de enfermedades arbitrariamente admitidas, siempre en contradicción con la naturaleza y la experiencia, y por consiguiente sin resultado ventajoso. A esta antigua medicina, es a la que se da el nombre de alopátia.

Sin desconocer los servicios que un gran número de médicos ha prestado a las ciencias accesorias del arte de curar, a la física, a la química, a la historia natural, en sus diferentes ramos, y a la del hombre en particular, a la antropología, a la fisiología, a la anatomía, etc., sólo me ocupo aquí de la parte práctica de la medicina, para demostrar de qué modo tan imperfecto se han tratado hasta ahora las enfermedades. Mis miras son muy superiores a las de esta rutina mecánica, que juega con la vida tan preciosa del hombre, tomando por guía colecciones de recetas, cuyo número cada día mayor, prueba su ineficacia. Dejo este escándalo a la hez del pueblo médico, y

---

<sup>C</sup> Hahnemann no puso en sus manuscritos la fecha exacta, dejándola probablemente hasta que el libro fuese a imprimirse, pero el Dr. Haehl. sugiere febrero de 1842, como la fecha probable, en relación con un manuscrito de la época de Hahnemann.  
--Nota del Dr. W. B.

solamente me ocupo de la medicina reinante, que se imagina que su antigüedad le da realmente el carácter de ciencia.

Esta antigua medicina se lisonjea de ser la sola que merece el título de racional, porque es la sola, ella, que busca y separa la causa de las enfermedades, y la sola también que sigue las huellas de la naturaleza en el tratamiento de las mismas.

Tolle causam, (“Eliminad la causa”) grita sin cesar; pero se limita a este vano clamor. Figúrase poder encontrar la causa de la enfermedad aunque en realidad no la encuentre, porque no puede conocerla ni por consiguiente encontrarla. En efecto, como la mayor parte, la inmensa mayoría de las enfermedades, son de origen y de naturaleza dinámica, su causa nos es desconocida. De consiguiente, veíase obligada a buscar una causa ideal. Comparando por un lado el estado normal de las partes internas del cuerpo humano después de la muerte (anatomía), con las alteraciones visibles que estas partes presentan en los individuos muertos de enfermedades (anatomía patológica), y por otro, las funciones del cuerpo vivo (fisiología) con las infinitas alteraciones que experimentan en los innumerables estados morbosos (patología, semeiótica). y sacando de todo esto conclusiones relativas al modo invisible con que se efectúan los cambios en el interior del hombre enfermo, se llegaba a formar una imagen vana y fantástica, que la medicina teórica miraba como la causa primera de la enfermedad<sup>1</sup>, haciendo luego de ella la causa próxima y al mismo tiempo la esencia íntima de esta enfermedad, la enfermedad misma, por más que el buen sentido dicte que nunca la causa de una cosa puede ser esta misma cosa. Ahora bien, ¿cómo se podía, sin querer engañarse a sí mismo, hacer de esta causa quimérica un objeto de curación, prescribir contra ella medicamentos cuya tendencia curativa era igualmente desconocida, al menos de la mayor parte de ellos, y sobre todo acumular muchas sustancias desconocidas en lo que se llaman fórmulas?

El sublime proyecto de encontrar a priori la causa interna e invisible de la enfermedad, se reducía, al menos por lo que respecta a los médicos reputados por más racionales de la antigua escuela, a buscar el carácter genérico de la enfermedad tomando por base los síntomas<sup>2</sup>. Queríase saber si era el espasmo, la debilidad o la parálisis, la calentura o la inflamación, la induración o la obstrucción de tal o cual parte, la plétora sanguínea, el exceso o el defecto de oxígeno, de carbón, de hidrógeno o de ázoe en los humores, la exaltación o disminución de la vitalidad del sistema arterial, venoso o capilar; un defecto en las proporciones relativas de los factores de la sensibilidad, de la irritabilidad o de la nutrición. Estas conjeturas, designadas por la escuela con el nombre de indicaciones derivadas de la causa

---

<sup>1</sup> Su conducta hubiera sido más conforme a la sana razón y a la naturaleza de las cosas, si para ponerse en estado de curar una enfermedad hubiesen buscado la causa ocasional, y sí luego de haber confirmado la eficacia de un plan de tratamiento en las afecciones dependientes de una misma causa ocasional, hubiesen podido luego aplicarlo también con buen éxito a otras de igual origen; como por ejemplo, el mercurio, que conviene en todas las úlceras venéreas, es apropiado igualmente en las úlceras del glande determinadas por un coito impuro, si hubiesen descubierto que todas las enfermedades crónicas (no venéreas) reconocen por causa ocasional la infección reciente o antigua del miasma psórico, y hubiesen encontrado después de esto un método curativo común, modificado solamente por las consideraciones terapéuticas relativas a cada caso en particular, que les permitiera curarlas todas. Pero después de tantos siglos, no han podido curar las innumerables afecciones crónicas, porque ignoraban que que su origen es el miasma psórico, descubrimiento que pertenece a la homeopatía y que la ha puesto en posesión de un método curativo eficaz. Lisonjéanse, sin embargo, de ser los únicos que siguen un tratamiento racional y dirigido contra la causa primera de las enfermedades crónicas, sin tener la menor sospecha de esta verdad tan útil, que todas provienen de un origen psórico y que por consiguiente no pueden en realidad curarse con sus medios de tratamiento.

<sup>2</sup> Todo médico que trata las enfermedades según caracteres tan generales, no puede llamarse homeópata, puesto que en realidad no es más que un alópata generalizador; pues es imposible concebir la homeopatía sin la individualización más absoluta.

interna, y miradas como la sola racionalidad posible en medicina, eran demasiado hipotéticas y falaces para tener la menor utilidad en la práctica. Incapaces, aún cuando hubiesen sido fundadas, de dar a conocer el remedio más a propósito para tal o cual caso dado, lisonjeaban sobre manera el amor propio del que laboriosamente las daba a luz, aunque en la mayor parte de los casos le inducían a error, cuando trataba de obrar según ellas. La mayor parte entregábanse a estas conjeturas más bien por ostentación, que con fundada esperanza de aprovecharse de ellas para llegar a la verdadera indicación curativa.

¿Cuántas veces no acontecía que el espasmo o la parálisis parecía existir en una parte del organismo, mientras que la inflamación parecía encontrarse en otra?

¿Qué remedios, pues, podían emplearse contra cada uno de estos pretendidos caracteres generales? Semejantes medios sólo habrían podido ser los específicos, es decir, medicamentos cuyos efectos fuesen análogos a la irritación morbífica<sup>179</sup>; pero la escuela antigua los proscribía como muy peligrosos<sup>4</sup>, porque en efecto, la experiencia había demostrado, que con las elevadas dosis consagradas por el uso, se comprometía la vida en las enfermedades, durante las cuales hay una susceptibilidad muy grande a las irritaciones homogéneas. Así no se debía ni se podía curar por la vía directa y la más natural, cual es con remedios homogéneos y específicos, puesto que la mayor parte de los efectos producidos por los medicamentos eran y quedaban desconocidos, y porque aún cuando hubiesen sido conocidos, jamás se hubiera podido, con semejantes hábitos de generalización, adivinar la sustancia que debía emplearse.

Sin embargo, la escuela antigua que conocía muy bien cuánto más racional es seguir el camino recto que enredarse en sendas desviadas, todavía creía curar directamente las enfermedades eliminando su pretendida causa material. Erale casi, imposible renunciar a estas ideas groseras, procurando formarse una imagen de la enfermedad, o descubrir indicaciones curativas, así como tampoco estaba en su mano descubrir la naturaleza a la vez espiritual y material del organismo en las alteraciones de sus sensaciones y acciones vitales, que es lo que constituye las enfermedades, que resultan únicamente de impresiones dinámicas, y no de otra causa.

La escuela, pues, consideraba la materia alterada por la enfermedad, ya estuviese solamente en él estado de turgescencia, ya fuese arrojada al exterior, como la causa productora de la enfermedad, o al menos, por razón de su pretendida reacción, como la que la sostiene; cuya última opción admite hoy día. He aquí porque creía curar dirigiéndose a las causas, haciendo toda especie de esfuerzos para expulsar del cuerpo las causas materiales que ella suponía en 1a enfermedad. De aquí su gran anhelo en hacer vomitar, con el fin de evacuar la bÍlis en las diversas calenturas biliosas, su método de prescribir vomitivos en las afecciones del estómago<sup>5</sup>

---

<sup>179</sup>

<sup>3</sup> Llamados hoy día homeopáticos.

<sup>4</sup> "En los casos en que la experiencia había revelado "la virtud curativa de los medicamentos obrando de un modo homeopático. cuya acción era inexplicable, se evadía del embarazo declarándolos "Epecíficos" y esta 'palabra, propiamente "hablando, vacía de sentido, dispensaba de reflexionar sobre el objeto en cuestión. Pero ya hace tiempo que estos estimulantes homogéneos, es decir. específicos u homeopáticos, han sido proscritos bajo el concepto de que ejercían una influencia "extremadamente peligrosa". (Rau, "Ueber" dar homceopath "Heilverf." (Heidelberg. 1824, pág. 101. 102).

<sup>5</sup> En una afección gástrica que sobreviene de una manera pronta con eructos continuos de alimentos corrompidos, y en general con abatimiento moral, frío en los pies y en las manos, etc., la medicina ordinaria sólo se ocupa de lo contenido en el estómago.

<sup>6</sup> su conato de expulsar la pituita y los vermes en la palidez del rostro, la bulimia, los retortijones y el abultamiento del vientre en los niños<sup>7</sup>, su costumbre de sangrar en las hemorragias<sup>8</sup>. y principalmente la importancia que da a las emisiones sanguíneas de toda especie<sup>9</sup> (180), como una indicación principal que cumplir en las inflamaciones. Obrando de este modo, cree obedecer a las indicaciones verdaderamente deducidas de la causa, y tratar las enfermedades de un modo racional.

Imaginase también, que ligando un pólipo, extirpando una glándula tumefacta, o haciéndola destruir por la supuración determinada por medio de irritantes locales, disecando un quiste esteatomatoso o melicérico operando un aneurisma, una fístula

---

Según ella, debe administrarse un buen vomitivo para procurar la expulsión de las materias alteradas. Las más de las veces se cumple esta indicación por medio del tártaro estibiado mezclado o no con la ipecacuana. Mas ¿recobra el enfermo la salud después de haber vomitado? ¡Oh! no. Estas afecciones gástricas de origen dinámico, ordinariamente derivan de alguna revolución moral (contrariedad, disgusto, susto) de un enfriamiento, de un trabajo mental o corporal, al cual uno se ha entregado luego de haber comido. El emético y la ipecacuana no son propios para hacer cesar este desacuerdo dinámico, y mucho menos con el vómito revolucionario que determinan. Además, los síntomas morbosos particulares, que producen son una ofensa de más a la salud; y la secreción biliar se resiente de este desorden, de manera, que si el enfermo no es de una constitución muy robusta, debe resentirse por muchos días de este pretendido tratamiento dirigido contra la causa, por más que se haya expulsado de un modo violento lo contenido en el estómago. Pero, si en lugar de estos evacuentes que tantos perjuicios acarrear, se hace tomar al enfermo una sola vez un glóbulo de azúcar, del volumen de un grano de mostaza, embebido del jugo muy diluido de pulsatilla, lo que infaliblemente devuelve el orden y la armonía en la economía entera y en el estómago en particular, se encontrará curado al cabo de dos horas. Si hay todavía algunos eructos son únicamente de gases sin sabor ni olor, lo contenido en el estómago no está ya alterado, y a la próxima comida el enfermo ha recobrado su apetito habitual, y se haya en perfecta salud. He aquí lo que debe llamarse una verdadera curación que ha destruido la causa. La otra no tiene este título sino por usurpación; no hace más que fatigar al enfermo y perjudicarlo.

Los medicamentos vomitivos jamás convienen a un estómago atestado de alimentos, aún cuando sean de difícil digestión. En semejante caso, la naturaleza sabe desembarazarse completamente por vómitos espontáneos que, ella misma excita y que cuando más pueden ayudarse con titulaciones mecánicas ejercidas en el velo del paladar y en la garganta; así se evitan los efectos accesorios que resultarían de la acción de los vomitivos, y una corta cantidad de infusión de café basta entonces para hacer pasar al intestino las materias que aún quedaban en el estómago. Pero si después de haberse llenado mucho el estómago, no retuviese, o hubiese perdido la irritabilidad necesaria para la manifestación del vómito espontáneo, y si el enfermo atormentado de vivos dolores en el espigastrio, no experimentase el menor deseo de vomitar, en semejante parálisis de la víscera gástrica, el efecto del vomitivo sería determinar una inflamación peligrosa o mortal de las vías digestivas, al paso que una infusión de café dada a muy cortas y repetidas dosis reanimaría dinámicamente la debilitada excitabilidad del estómago, y le pondría en estado de expulsar por sí solo por arriba o por abajo, los materiales contenidos en su interior, por grande que fuese la cantidad. Equivócanse también en esto los médicos ordinarios queriendo dirigir el tratamiento contra la causa

<sup>6</sup> Cuando el jugo gástrico es muy abundante y refluye a la boca lo que no es raro, el uso hasta hoy día admitido, aun en las enfermedades crónicas, exige la administración de un vomitivo para desembarazar el estómago. Pero al día siguiente o algunos días después, la víscera contiene otro tanto, si no más, de los mismos materiales que poco antes se habían expulsado. Las acedías ceden al contrario por sí mismas, cuando se ataca su causa dinámica con una muy corta dosis de ácido sulfúrico muy diluido, o mejor aun de un remedio antipsórico homeopático a los demás síntomas.

Y de parecida índole, son muchas de las pretendidas curas causales de los médicos de la escuela secular cuyo principal empeño es, mediante tediosas operaciones, molestas para ellos mismos y perjudiciales para el paciente, el de **expulsar** el producto material del desarreglo dinámico, en tanto que si percibieran la fuente dinámica de su afección y la eliminaran homeopáticamente, entonces sí que efectuarían una **cura racional**.

<sup>7</sup> Síntomas que dependen únicamente de un miasma psórico, y que ceden fácilmente a los antipsóricos (dinámicos) suaves, sin vomitivos ni purgantes.

<sup>8</sup> Aunque casi todas las hemorragias mórbidas dependen únicamente de un desacuerdo dinámico de la fuerza vital, sin embargo, la escuela antigua les asignaba por causa la superabundancia de sangre, y por consiguiente no podía dejar de prescribir sangrías para desembarazar al cuerpo de esta supuesta plenitud. Las consecuencias fatales que de ello resultan, la falta de fuerzas y la tendencia o aun la transición al tífus, las coloca en la misma enfermedad, de la cual entonces no puede triunfar. En una palabra, aun cuando el enfermo no mejore, cree haberse conducido de conformidad al adagio "**Causam tolle**", y principalmente la importancia que da a 1.º emisiones sanguíneas de toda especie haber hecho, hablando en su lenguaje, todo cuanto podía hacerse, sin tener que arrepentirse del procedimiento.

<sup>9</sup> Aunque no haya quizás ni una gota de sangre de más en el cuerpo humano vivo, no por esto la escuela antigua deja de considerar la plétora y la superabundancia de sangre como la causa material y principal de las inflamaciones, que debe combatir con flebotomías, ventosas escarificadas y sanguijuelas. Esto es lo que ella llama obrar de un modo racional y dirigir el tratamiento contra la causa. En las fiebres inflamatorias generales, y en las pleuresías agudas considera la linfa coagulable, que existe en la sangre o lo que se llama costra, como materia pecante, y hace los más grandes esfuerzos para expulsarla con el auxilio de reiteradas sangrías por más que a veces dicha costra se vuelva más espesa y más densa a cada nueva emisión de sangre. Si es que la fiebre inflamatoria no quiere ceder, derrama sangre hasta el punto de matar al enfermo, con el fin de hacer desaparecer la contra o la supuesta plétora, sin sospechar siquiera que la sangre inflamada no es más que un producto de la fiebre aguda, de la irritación inflamatoria morbosas, inmaterial o dinámica, y que esta última es la única causa de la grande borrasca que tiene lugar en el sistema vascular, y que se puede destruir con una dosis mínima de un remedio homeopático, por ejemplo, con un glóbulo de

lacrimal, o una fístula del ano; amputando un pecho canceroso o un miembro cuyos huesos estén cariados, etc., ha curado ya las enfermedades radicalmente, destruyendo sus causas.

Igual creencia tiene cuando emplea los repercusivos y deseca las úlceras antiguas de las piernas con los astringentes, óxidos de plomo, de cobre y de zinc, asociados con los purgantes que en nada disminuyen el mal fundamental, y no hacen más que debilitar: cuando cauteriza los cánceres, destruye localmente los granos y verrugas, y repercute la sarna de la piel con los unguentos de azufre, plomo, de mercurio o de zinc; en fin, cuando hace desaparecer una oftalmía con las disoluciones de plomo y de zinc, y cuando ahuyenta los dolores de los miembros por medio del bálsamo de Opodeldoc, de las pomadas amoniacaes, o de las fumigaciones de cinabrio y de ámbar. En todos estos casos, cree haber anonadado el mal y haber empleado un tratamiento racional dirigido contra la causa. Pero ¿cuáles son las consecuencias? Nuevas enfermedades que se manifiestan infaliblemente tarde o temprano, las cuales cuando aparecen, se toman por nuevas, y que siempre son más graves que la afección primitiva, lo que refuta altamente las teorías de la escuela. Debería abrir los ojos, y encontraría que el mal es de una naturaleza inmaterial más profundamente oculta, que su origen es dinámico, y que sólo puede destruirse por un agente dinámico.

La hipótesis, a la verdad muy sutil, que la escuela prefirió hasta en los tiempos modernos, era la de los principios morbíficos y acrimonías, según los cuales es menester desembarazar los vasos sanguíneos y linfáticos, por medio de los órganos urinarios o de las glándulas salivales; el pecho, por medio de las glándulas traqueales y bronquiales; el estómago y canal intestinal por el vómito y las deposiciones albinas,

---

azúcar embebido del jugo de acónito al decillonésimo grado de disolución, evitando los ácidos vegetales, de tal suerte que la fiebre pleurítica más violenta, con todos los síntomas alarmantes que la acompañan, se cura completamente en el espacio de veinte y cuatro horas cuando más, sin ninguna emisión sanguínea, sin ningún anti-flogístico; de modo que ni se saca un poco de sangre de la vena para hacer una prueba, no se cubre ya de costra inflamatorio, mientras que otro enfermo, en un todo semejante, que haya sido tratado según el método pretendido racional de la escuela antigua, si se escapa de la muerte después de copiosas sangrías y de crueles sufrimientos, padece muy comúnmente meses enteros enflaquecido y agotadas sus fuerzas, antes de poderse tener en pie, y aún en muchos casos sucumbe a consecuencia de una fiebre tifoidea de una leucoflemsgasia o de una tisis ulcerosa, consecuencia demasiado frecuente de semejante tratamiento.

El que ha tocado el pulso tranquilo del enfermo una hora antes del escalofrío que siempre precede a la pleuresía aguda, no puede dejar de sorprenderse cuando, dos horas después, habiéndose declarado el calor se le quiere persuadir que la enorme plétora que existe reclama reiteradas sangrías, y se pregunta por qué milagro se han podido introducir las libras de sangre, cuya emisión se reclama, en los mismos vasos del enfermo que dos horas antes ha visto latir con movimiento tan lento. ¡Y quizá, sin embargo, no haya en sus venas una gota de sangre más de la que había dos horas antes cuando el paciente estaba en perfecta salud.

Así, cuando el partidario de la medicina alopática practica sus emisiones sanguíneas, no es una sangre supérflua la que quita al enfermo afectado de una fiebre aguda, puesto que este líquido jamás existe en exceso; le priva sí, de la cantidad de sangre normal e indispensable a la vida y al restablecimiento de la salud, pérdida enorme que ya no está en su mano reparar. Sin embargo, cree haber obrado según el axioma "**causam tolle**", al cual da una falsa interpretación, mientras que la **sola y verdadera causa de la enfermedad es**, no una superabundancia de sangre que en realidad jamás existe, sino una irritación inflamatoria dinámica del sistema sanguíneo, como lo prueba la curación que en semejante caso se obtiene por la administración, a dosis extremadamente débiles, del jugo de acónito, que es homeopático a esta irritación.

La escuela antigua no escasea tampoco las emisiones sanguíneas parciales, y sobre todo las aplicaciones copiosas de las sanguijuelas en el tratamiento de las inflamaciones locales. El alivio paliativo que de ello resulta en los primeros momentos, no produce una curación rápida y completa lejos de esto, la debilidad y el estado valetudinario a que queda siempre expuesta la parte que de esta manera se ha tratado, y a veces también todo el resto del cuerpo, demuestran cuán mal se había atribuido la inflamación local a una plétora local, y cuán tristes los resultados de las emisiones sanguíneas, mientras que esta irritación inflamatoria, de apariencia local, que es puramente dinámica, puede destruirse de una manera pronta y duradera con una corta dosis de acónito, o según las circunstancias, de belladona, medio favor del cual la enfermedad se cura sin necesidad de recurrir las sangrías que ninguna utilidad tienen.

sin lo que no se puede decir que el cuerpo esté libre de la causa material que excita la enfermedad, y que se ha hecho una curación radical según el principio *tolle causam*.

Practicando aberturas en la piel, que la presencia habitual de un cuerpo extraño convertía en úlceras crónicas (cauterios, sedales), creía trasegar la materia pecante del cuerpo, que no es más que una enfermedad dirámica, a la manera que se hace salir el poso de un tonel taladrándolo con una tarraja. Creía también atraer al exterior los malos humores con los vejigatorios mantenidos perpetuamente. Mas todos estos procedimientos, absurdos y contrarios a la Naturaleza, no hacen más que debilitar a los enfermos y por fin hacerlos incurables.

Convengo que en todas las enfermedades que se presentan para curar, era tanto más cómodo para la debilidad humana suponer un principio morbífico cuya materialidad podía concebir el entendimiento, cuanto que los enfermos se prestaban voluntariamente a tal hipótesis. Efectivamente, una vez supuesta, sólo debía tratarse de escoger una cantidad de medicamentos suficientes para purificar la sangre y los humores, excitar el sudor, facilitar la expectoración, y limpiar el estómago e intestinos. He aquí porqué todas las *Materias Médicas* que se han escrito desde Dioscórides guardan un silencio casi absoluto acerca de la acción propia y especial de cada medicamento, y sólo después de haber enumerado sus pretendidas virtudes contra tal o cual enfermedad nominal de la patología, se limitan a decir que promueve la secreción de la orina, del sudor, la expectoración o el flujo menstrual, y sobre todo que tiene la propiedad de evacuar por arriba o por abajo el contenido del canal alimenticio, porque en todo tiempo los esfuerzos de los prácticos han tendido principalmente a expulsar el principio morbífico material y muchas acrimonias a que atribuían la causa de las enfermedades.

Todo esto no era más que sueños vanos, suposiciones gratuitas, hipótesis desprovistas de base, hábilmente imaginadas para la comodidad de la terapéutica, que se lisonjeaba de tener una misión más fácil que cumplir, cuando según ella se trataba de combatir los principios morbíficos materiales (*si modo essent*).

Pero la esencia de las enfermedades y su curación no se sujetan a nuestros gustos y a los deseos de nuestra indolencia. Para adaptarse a nuestras locas hipótesis, las enfermedades no pueden dejar de ser aberraciones dinámicas que nuestra vida espiritual experimenta en su manera de sentir y de obrar, es decir, cambios inmatrimales en nuestra manera de ser.

Las causas de nuestras enfermedades no pueden ser materiales, puesto que cualquiera sustancia material extraña<sup>10</sup> introducida en los vasos sanguíneos, por más inocente que parezca, es rechazada prontamente como un veneno por la fuerza vital, o, en caso que no pueda serlo, ocasiona la muerte. Introdúzcase el más pequeño cuerpo extraño en nuestras partes sensibles, y el principio de la vida que se halla esparcido en todo nuestro interior, no reposa hasta haber separado este cuerpo por el

---

<sup>10</sup> La vida estuvo en peligro por la inyección de un poco de agua pura en una vena (véase Mullen, en Birch, *History of royal society*, vol. IV). El aire atmosférico introducido en las venas, ha causado la muerte (véase J. H. Voigt, *Magazin Fur den neuesten Zuatand der Naturkunde*, t, III pág. 25). Los líquidos, aun los más suaves, introducido en las venas, han puesto la vida en peligro (véase Autenreith, *Fisiología*, II, pár. 784).

dolor, la fiebre, y la supuración o la gangrena. ¡Y, en una enfermedad de la piel que datase de veinte años, este principio vital, cuya actividad es infatigable, sufriría con paciencia tantos años en nuestros humores un principio exantemático material, un virus herpético, escrofuloso o gotoso; ¿Qué nosologista ha visto jamás estos principios morbíficos, de que habla con tanta seguridad, y sobre los cuales pretende construir un plan de conducta médica? ¿Quién pondrá jamás a la vista de nadie un principio gotoso, un virus escrofuloso?

Aun cuando la aplicación de una sustancia material a la piel, o su introducción en una úlcera, haya propagado enfermedades por infección, ¿quién podría probar, como tan comúnmente afirman nuestras patologías, que la menor partícula material de esta sustancia penetre en nuestros humores o se halle absorbida?<sup>11</sup>. Por más que se laven las partes genitales con el mayor cuidado y prontitud posible, esta precaución no preserva de las úlceras venéreas. Basta un débil soplo que se escapa de un hombre afectado de viruelas para producir esta terrible enfermedad en un niño sano.

¿Qué cantidad de este principio material debe penetrar en los humores para producir, una enfermedad (la sífilis), que por defecto del tratamiento durará hasta los últimos días quizás solo borraré la muerte, y en el segundo, una afección (viruelas) que tan comúnmente acaba con la vida en medio de una supuración casi general?<sup>12</sup> ¿Es posible, que en ambas circunstancias y otras análogas admitamos un principio morbífico material que haya pasado a la sangre? Se ha visto muy comúnmente que cartas escritas en el cuarto de un enfermo comunicaban la misma enfermedad al que las leía. ¿Supondremos entonces alguna cosa material que penetre en los humores? ¿Más de que sirven todas estas pruebas? ¿Cuántas veces no hemos visto palabras injuriosas ocasionar una fiebre biliosa que ponía la vida en peligro, o una profecía indiscreta causar la muerte a la época predicha, y una sorpresa agradable o desagradable suspender súbitamente el curso de la vida? ¿Dónde está entonces el principio morbífico material que se ha introducido en sustancia en el cuerpo; que ha producido la enfermedad, que la sostiene, y sin cuya expulsión material por medio de medicamentos se intentaría en vano toda curación radical?

Los partidarios de tan falsa hipótesis como la de los principios morbíficos, deberían avergonzarse de desconocer hasta tal punto la naturaleza espiritual de nuestra vida, y el poder dinámico de las causas que ocasionan las enfermedades, y de humillarse a un comportamiento tan innoble, que en sus vanos esfuerzos para barrer las materias morbíficas cuya existencia es una quimera, matan a los enfermos en vez de curarlos.

<sup>11</sup> Habiendo sido mordida una niña de ocho años por un perro rabioso, en Clascow, un cirujano escindió al momento toda la parte herida por los dientes, lo que no impidió que a los treinta y seis días después se desarrollase la rabia, de la que murió a los dos días". (Med. comment. of Edimb. d2c 11, 1793).

<sup>12</sup> Para explicar la producción de la cantidad a menudo tan considerable de materias fecales pútridas y de materias acres icorosas que se observan en las enfermedades, y poder presentar estas sustancias como la causa que produce y sostiene el estado morboso, aunque en el momento de la infección nada de material se haya visto penetrar en el cuerpo, se ha imaginado otra hipótesis que consiste en admitir que ciertos principios contagiosos muy sutiles obran en el cuerpo como fermentos, comunicando su mismo grado de corrupción a los humores y convirtiéndolos de este modo en un fermento común que sostiene y alimenta la enfermedad. Pero ¿con qué tisanas depurativas se espera desembarazar el cuerpo de un fermento que renace sin cesar, y separarlo tan completamente de la masa de los humores, para que no quede la menor partícula, la cual según la hipótesis admitida, habría debido corromper todavía estos humores, y reproducir, como antes, nuevos principios morbíficos? ¿A qué groseras consecuencias conducen aun las más sutiles hipótesis, cuando descansan en un error. Según esta escuela sería imposible curar estas enfermedades. La sífilis más marcada, después de separada la psora que comúnmente la complica, se cura con la sola influencia de una o dos dosis muy pequeñas de la trigésima disolución del mercurio y la alteración sífilítica general de los humores se anonada para siempre de una manera dinámica.

¿Serán pues, los esputos a menudo tan desagradables, que se observan en las enfermedades, la materia que las engendra y sostiene?<sup>13</sup> ¿No son siempre más bien productos de la enfermedad, es decir, de la alteración puramente dinámica que la vida ha experimentado? Con estas falsas ideas materiales acerca del origen y la esencia de las enfermedades, no es sorprendente que en todo tiempo así los prácticos más distinguidos como los de rnenos nota y aun los inventores de los sistemas más sublimes, hayan dirigido todo su conato a la expulsión de una pretendida materia morbífica, y que la indicación más frecuente haya sido la de eliminar esta materia, hacerla movable, procurar su salida por la saliva, los esputos, el sudor y la orina; la de purificar la sangre por la acción inteligente de las tisanas; de desembarazarlo así de las acrimonías y de las impurezas que jamás existieron; de trasegar el principio imaginario de la enfermedad por medio de sedales, cauterios, vejigatorios permanentes y sobre todo la de hacer salir la materia pecante por el canal intestinal a beneficio de los laxantes y purgantes realzados con el título de aperitivos, y de disolventes con el fin de darles más importancia y un exterior más imponente.

Estos esfuerzos de expulsión de una materia morbífica capaz de engendrar y de sostener las enfermedades debieran tenerse por ridículas, hallándose el organismo viviente bajo la dependencia de un principio vital inmaterial, y no siendo la enfermedad más que un desacuerdo dinámico de esta potencia en relación de sus actos y de sus sensaciones.

Ahora pues; si admitimos, lo que no podemos dudar, que a excepción de las enfermedades producidas por la introducción de sustancias del todo indigestas o perjudiciales en los órganos digestivos u otras vísceras huecas, por la penetración de cuerpos extraños al través de la piel, etc., no existe ninguna que reconozca por causa un principio material, sino por el contrario, todas ellas son siempre y únicamente el resultado especial de una alteración virtual y dinámica de la salud, ¿cuán fatales no deben parecer al hombre sensato los métodos de tratamiento que tienen por base la expulsión<sup>14</sup> de este principio imaginario, pues que ningún buen resultado puede tener

<sup>13</sup> Si así fuese, bastaría sonarse bien los mocos para curarse infalible y rápidamente cualquier coriza aun el mas inveterado.

<sup>14</sup> La expulsión de los vermes tiene cierta apariencia de necesidad en las enfermedades verminosas. Hállanse lombrices en algunos niños y oxiuros en muchos de ellos; pero estos parásitos dependen de una afección general unida a una vida insalubre. Mejórese el régimen y cúrese homeopáticamente la psora, siempre más fácil en esta edad que en cualquiera otra época de la vida, y no habrá ya gusanos, y los niños tendrán una salud completa, al paso que reaparecen en gran número después del uso de purgantes solos o asociados con el semen-contra.

Más se dirá tal vez, que es menester no olvidar nada para expulsar del cuerpo el vermes solitario, este monstruo creado para tormento del género humano. Cierito es que se hace salir algunas veces la tenia. ¡Pero a costa de cuántos sufrimientos consecutivos y de cuántos peligros para la vida. No quisiera tener sobre la conciencia la muerte de todos aquellos que han debido sucumbir a la violencia de los purgantes dirigidos contra este vermes, y los años de languidez que han sufrido los que han escapado de la muerte. ¡Y cuántas veces no acontece que después de haber repetido por muchos años consecutivos estos purgantes destructores de la salud y de la vida, el animal no sale o se reproduce. ¿Qué sería, pues, si no hubiese la menor necesidad de expulsarlo y matarlo por medios violentos y crueles, que tan frecuentemente comprometen la vida del enfermo? ¿Las diversas especies de tenias solo se encuentran en sujetos psóricos, y desaparecen siempre que se cura la psora. Hasta el momento de la curación viven sin incomodar mucho-al hombre. no inmediatamente en los intestinos, sino en el residuo de los alimentos, sumidos como en un mundo propio para ellos, y quedan tranquilos, y encuentran lo necesario para su nutrición. Durante estas circunstancias, no. tocan las paredes del intestino, ni causan ningún perjuicio al sujeto que los contiene. Pero si se apodera del sujeto alguna enfermedad aguda, el contenido de los intestinos se vuelve insoportable al animal, que se agita e irrita las paredes sensibles del tubo alimenticio, y excita una especie de cólico espasmódico, que no contribuye poco a acrecentar los sufrimientos del enfermo. De la misma manera, el feto no se agita, ni se mueve en la matriz, sino cuando la madre está enferma, y permanece tranquilo en el agua en que nada, mientras que aquella está buena.

Es digno de notarse que los síntomas que se observan en las circunstancias dichas en los que tienen vermes solitario, son de naturaleza tal, que la tintura de helecho macho, a las dosis más pequeñas los extingue rápidamente de una manera homeopática, porque hace cesar lo que en la enfermedad ocasionaba la agitación del parásito. Hallándose por otra parte el animal a su gusto, continúa viviendo tranquilamente en medio de las materias intestinales sin incomodar sensiblemente al enfermo, hasta que el tratamiento antipsórico está bastante adelantado, para que el vermes ya no encuentre en el contenido del canal intestinal las sustancias que le puedan servir de alimento, y desaparezca para siempre, sin necesidad de purgante alguno.

en las principales enfermedades del hombre y menos en las crónicas perjudicándolas siempre enormemente?

Las materias degeneradas y las impurezas que se hacen visibles en las enfermedades, no son otra cosa, sin contradicción, que productos de la enfermedad, de los cuales sabe el organismo desembarazarse, de una manera a veces demasiado violenta sin el socorro de la medicina evacuante, y que renacen mientras dura la enfermedad. Estas materias muchas veces se presentan al verdadero médico como síntomas morbosos, y le ayudan a trazar el cuadro de la enfermedad, el cual luego le sirve para buscar un agente medicinal homeopático propio para su curación.

Mas los actuales partidarios de la escuela antigua, no quieren aparentar que sea su principal objeto la expulsión de los principios morbíficos materiales. Llamam método derivativo a las evacuaciones numerosas y variadas que emplean, y pretenden que en esto imitan a la naturaleza del organismo enfermo, que en sus esfuerzos para restablecer la salud extingue la fiebre, por el sudor y la orina; la pleuresía, por la epistaxis, los sudores y esputos mucosos; otras enfermedades por el vómito, la diarrea y el flujo de sangre; los dolores articulares por ulceraciones en las piernas; la angina por la salivación o por metástasis y abscesos que producen en otras partes distantes del sitio del mal.

Según esto, creen que lo mejor es imitar a la naturaleza, y siguen sendas extraviadas en el tratamiento de la mayor parte de las enfermedades. Queriendo imitar a la fuerza vital enferma abandonada a sí misma, proceden de un modo indirecto<sup>15</sup> aplicando irritaciones heterogéneas más fuertes en otras partes distantes del sitio de la enfermedad, promoviendo y sosteniendo evacuaciones por los órganos que más difieren de los tejidos afectados, a fin de desviar en algún modo el mal hacia esta nueva localidad.

Esta derivación ha sido y es aún, uno de los principales métodos curativos de la escuela reinante hasta el día.

Imitando así a la naturaleza medicatrix, según la expresión empleada por otros, intenta excitar violentamente, en las partes menos enfermas, y que mejor pueden soportar la enfermedad medicinal, nuevos síntomas, que bajo la apariencia de crisis y la forma de evacuaciones, deben, según ellos, derivar la enfermedad primitiva<sup>16</sup>, a fin de que las fuerzas medicatrices de la naturaleza puedan efectuar poco a poco la resolución<sup>17</sup>.

Los medios que emplean para conseguir este objeto son el uso de sustancias que excitan el sudor y la orina, las emisiones sanguíneas, los sedales y cauterios,

---

<sup>15</sup> En lugar de extinguir el mal con prontitud, sin dilación y sin agotar las fuerzas; como hace la homeopatía, con el auxilio de potencias medicinales dinámicas dirigidas contra las partes afectadas del organismo

<sup>16</sup> ¡Cómo si lo inmaterial pudiera derivarse! Según esto, la consideran una materia morbífica, por sutil que se la suponga

<sup>17</sup> Las enfermedades medianamente agudas son las únicas que acostumbran terminar de una manera pacífica cuando han llegado al término de su curso natural, ya empleando remedios alopáticos que no tengan mucha energía, ya absteniéndose de todo medio semejante: la fuerza vital, reanimándose, sustituye poco a poco al estado normal al anormal, que desaparece gradualmente. Mas en las enfermedades muy agudas y en las crónicas, que forman la inmensa mayoría de aquellas a que el hombre está sujeto, este recurso falta tanto a la simple naturaleza como a la escuela antigua. En estos casos, los esfuerzos espontáneos de la fuerza vital y los procedimientos imitadores de la alopátia son impotentes para conseguir la resolución; y cuando más puede resultar de ello una tregua de corta duración, durante la cual el enemigo reúne sus fuerzas, para tarde o temprano reaparecer más temible que nunca

mereciendo la preferencia los irritantes del canal alimenticio propios para determinar evacuaciones por arriba o particularmente por abajo, de cuyos irritantes los últimos han recibido los nombres de aperitivos y disolventes<sup>18</sup> 18(21).

Este método derivativo engendra otro con el cual tiene mucha afinidad, y que consiste en el uso de irritantes antagonistas como los tejidos de lana sobre la piel, los baños de pies, los nauseabundos, los tormentos del hambre impuestos al estómago y canal alimenticio, los medios que excitan dolor, inflamación y supuración de las partes vecinas o distantes del mal, como los sinapismos, los vejigatorios, el torvisco, los sedales, los cauterios, la pomada de Autenreith, las moxas, el hierro candente, la acupuntura, etc. Con esto se sigue también las huellas de la simple naturaleza que entregada a sí misma, quiere desembarazarse de la enfermedad dinámica por dolores que produce en partes distantes, por metástasis y abscesos, por erupciones cutáneas o úlceras en supuración, cuyos esfuerzos bajo este respecto todos son inútiles cuando se trata de una afección crónica.

Estos métodos indirectos de la escuela antigua, tanto el derivativo como el antagonista, no proceden de un cálculo razonado, sino solamente de una indolente imitación que la ha inducido a procedimientos muy poco eficaces, muy debilitantes y perjudiciales para poder aparentar que apaciguan o desvían las enfermedades por algún tiempo, aunque sustituyendo al mal antiguo otro más peligroso. ¿Y este resultado merece el nombre de curación?

Tratóse únicamente de seguir la marcha instintiva de la naturaleza en los esfuerzos que ésta hace, y que sólo obtienen un mediano éxito<sup>19</sup>

<sup>20</sup> en las enfermedades agudas poco intensas. No se ha hecho más que imitar el poder vital conservador abandonado a sí mismo, el cual, fundado únicamente en las leyes orgánicas del cuerpo, no obra tampoco sino en virtud de estas leyes sin discurrir ni reflexionar sus actos. Se ha imitado a la simple naturaleza que no puede, a la

<sup>18</sup> Esta expresión denota que se suponía también la presencia de una materia morbífica que se había de disolver y expulsar

<sup>19</sup> La medicina ordinaria consideraba los medios que la naturaleza del organismo emplea para aliviarse, en aquellos enfermos que no hacen uso de medicamento alguno, como modelos perfectos dignos de imitar. Pero iba muy equivocada. Los miserables y extremadamente incompletos esfuerzos que la fuerza vital hace para auxiliarse a sí misma en las enfermedades agudas, son un espectáculo que debe excitar al hombre a no contentarse con una estéril compasión y a desplegar todos los recursos de su inteligencia, a fin de que por medio de una curación radical se ponga término a estos tormentos que la naturaleza impone a sí misma. Si la fuerza vital no puede curar homeopáticamente una enfermedad ya existente en el organismo produciendo otra enfermedad nueva y semejante a ésta (págs. 43 46), lo que en efecto es muy raro esté a su alcance (50), y si el organismo, privado de todos los socorros exteriores, está por sí solo encargado de triunfar de una enfermedad que acaba de aparecer (su resistencia es del todo impotente en las afecciones crónicas), no vemos más que esfuerzos dolorosos y muchas veces peligrosos para salvarse a toda costa, esfuerzos que no pocas veces van seguidos de la muerte. No sabiendo lo que pasa en la economía del hombre sano, con menos razón podremos ver lo que acaece cuando la vida está alterada. Las operaciones que se verifican en las enfermedades no se anuncian sino por los cambios perceptibles, por los síntomas, único medio por el que nuestro organismo puede expresar las alteraciones sobrevenidas en su interior, de suerte que en cada caso dado, ni siquiera sabemos cuales son, entre los síntomas, los debidos a la acción primitiva de la enfermedad, y los que derivan de las reacciones por las cuales la fuerza vital busca evadirse del peligro. Unos y otros se confunden entre sí a nuestra vista, y no nos ofrecen sino una imagen reflejada al exterior de todo el mal interior, puesto que los efectos infructuosos por los cuales la vida abandona a sí misma trata de hacer cesar la enfermedad, son también sufrimientos del organismo entero. He aquí por qué las evacuaciones que la naturaleza ordinariamente excita al fin de las enfermedades cuya invasión ha sido repentina, que es lo que se llama crisis, sirven más veces de perjuicio que de alivio. Lo que la fuerza vital hace en sus pretendidas crisis y el modo como lo realiza, son misterios para nosotros del mismo modo que todos los actos interiores que se efectúan en la economía orgánica de la vida. Lo que sin embargo hay de cierto, es que, en el decurso de estos esfuerzos hay más o menos partes que padecen y se encuentran sacrificadas para salvar lo restante. Estas operaciones de la fuerza vital, como que combaten una enfermedad aguda según las leyes de la constitución orgánica del cuerpo, y no según las inspiraciones de un pensamiento reflexivo, las más veces no obran sino de un modo alopático. A fin de desembarazar por una crisis los órganos primitivamente afectados, aumenta la actividad de los órganos secretorios, hacia los cuales deriva la afección de los primeros; sobrevienen vómitos, diarreas, flujos de orina, sudores, abscesos, etc., y la fuerza nerviosa atacada dinámicamente, trata en cierto modo de descargarse por medio de productos materiales

<sup>20</sup> La naturaleza del hombre abandonada a sí misma, no puede evadirse de las enfermedades agudas sino por la destrucción y el sacrificio de una parte del organismo, y si a esto no se sigue la muerte, la armonía de la vida y de la salud no puede restablecerse sino de una manera lenta e incompleta. La gran debilidad, el enflaquecimiento etc., que los órganos que han estado expuestos a los ataques del mal y aún al cuerpo entero padecen después de una curación espontánea, prueban muy exactamente lo que acaba de sentarse. En una palabra, toda la marcha de las operaciones por las cuales el organismo por sí solo trata de desembarazarse de las enfermedades que padece, no hace ver al observador más que un tejido de sufrimientos, y nada de muestra que pueda o que deba imitar, si quiere realmente ejercer el arte de curar

manera que un cirujano inteligente, reunir los labios separados de una herida y aproximarlos por primera intención; que no sabiendo ligar una arteria herida, deja sucumbir a un hombre lleno de vida y de fuerza por la pérdida de toda la sangre; que ignora el arte de colocar en su natural situación la cabeza de un hueso dislocado a consecuencia de una luxación, e impide en muy poco tiempo que el cirujano pueda reducirlo por la hinchazón que produce a su alrededor; que para desembarazarse de un cuerpo extraño violentamente introducido en la córnea transparente, destruye el ojo entero por la supuración; que en una hernia estrangulada no sabe destruir el obstáculo sino por la gangrena y la muerte; y que, por último, en las enfermedades dinámicas agrava a menudo la enfermedad, por los cambios de forma que les imprime. Hay más aún: esta fuerza vital no inteligente permite que existan en nuestro cuerpo los mayores tormentos de nuestra existencia terrestre, los manantiales de las innumerables enfermedades que por espacio de tantos siglos afligen a la especie humana, es decir, los miasmas crónicos, a psora, la sífilis y la sicosis. Lejos de poder arrojar del organismo uno solo de estos miasmas, ni siquiera puede moderarlos; los deja por el contrario ejercer tranquilamente sus estragos hasta que la muerte se apodera del enfermo, las más veces después de largos y tristes años de sufrimientos.

¿Cómo, pues, en una cosa tan importante como la curación, en una obra que exige tanta meditación y juicio, la escuela antigua que se dice racional, ha podido tomar esta fuerza vital por instructora, por su guía unito, imitar sin reflexión los actos indirectos y revolucionarios que ejecuta en las enfermedades, seguirla en fin como el mejor y el más perfecto de los modelos, cuando se nos ha concedido la razón, este don magnífico de la divinidad, para poder excederla en los socorros que debemos administrar a nuestros semejantes?.

Cuando la medicina dominante aplicando así, como acostumbra hacerlo, sus métodos antagonistas y derivativo, que únicamente se fundan en una imitación inconsiderada de la energía grosera, automática y sin inteligencia que ve desplegar a la naturaleza ataca órganos inocentes, y los colma de dolores más agudos que los de la enfermedad contra la cual van dirigidos, o lo que comunmente acontece, les obliga a verificar evacuaciones que disipan enteramente las fuerzas y los humores, su objeto es desviar, hacia la parte que irrita, la actividad morbosa que la naturaleza desplegaba en los órganos primitivamente afectados, quitando así en su raíz y de un modo violento la enfermedad natural, produciendo una enfermedad más fuerte y de otra especie, en un punto que hasta entonces había estado libre, es decir, sirviéndose de medios indirectos y desviados que agotan las fuerzas y las más veces traen consigo graves dolores<sup>21</sup>.

Verdad es que con estos falsos ataques, cuando la enfermedad es aguda, y por consiguiente su curso no puede ser de larga duración, se traslada a otras partes distantes y nada semejantes a las que al principio ocupaba; pero no por esto se ha logrado la curación. Nada hay en este tratamiento revolucionario que se refiera de una manera directa, e inmediata a los órganos primitivamente enfermos, y que merezca el título de curación. Si se hubieran evitado esos golpes fatales dirigidos a la vida del resto del organismo, se habría visto muy comunmente desvanecerse la enfermedad

<sup>21</sup> La experiencia diaria prueba cuán impotente es este procedimiento en las enfermedades crónicas, sólo alguna que otra vez se efectúa la curación. Mas ¿podría uno lisonjearse de haber ganado una victoria, si en lugar de atacar a su enemigo cara a cara y con armas iguales, y terminar el combate por la muerte, se limitase a incendiar el país que deja tras sí, a cortarle toda retirada, y a destruirlo todo en derredor suyo? Con tales medios se conseguiría quebrantar el valor de su adversario, pero no por esto se lograría el objeto deseado; el enemigo no está anonadado, aún existe, y cuando haya podido proveer otra vez sus almacenes, erguirá de nuevo la cabeza, más feroz que antes. Entre tanto el pobre país, del todo ajeno a la contienda, queda destruido de tal modo que sólo con el tiempo podrá recobrar su antiguo esplendor. He aquí lo que sucede a la alopatía en las enfermedades crónicas, cuando sin curar la enfermedad, arruina y destruye el organismo con ataques directos contra órganos inocentes distantes del sitio del mal. He aquí unos resultados de los cuales no puede vanagloriarse

por sí sola de una manera más rápida, dejando en pos de sí menos sufrimientos, sin causar tanta consunción de fuerzas. Por otra parte, ni el procedimiento seguido por la simple naturaleza, ni su imitación alopática, pueden ponerse en paralelo con el tratamiento homeopático directo y dinámico, que, conservando las fuerzas, extingue la enfermedad de una manera rápida e inmediata.

Mas, en la mayoría de las enfermedades, en las afecciones crónicas, estos tratamientos perturbadores, debilitantes e indirectos de la escuela antigua casi nunca producen ningún bien. Su efecto se limita a suspender por un corto número de días tal o cual síntoma incómodo, que reaparece luego que la naturaleza, se ha acostumbrado a la irritación distante: la enfermedad se presenta otra vez más molesta, porque los dolores antagonistas<sup>22</sup> y las imprudentes evacuaciones han debilitado la energía de la fuerza vital.

Mientras que la mayor parte de los alópatas, imitando de un modo general los esfuerzos saludables de la simple naturaleza entregada a sí misma, introducía en la práctica estas derivaciones, que ellos variaban según las indicaciones sugeridas por sus propias ideas, otros, poniendo la mira en otro objeto más elevado aún, favorecían con todo su poder la tendencia que la fuerza vital manifiesta en las enfermedades para desembarazarse de ellas por medio de evacuaciones y metástasis antagonistas, intentaban en algún modo auxiliarla activando esas derivaciones y evacuaciones, y creían que siguiendo esta conducta, podían arrogarse el título de ministros de la naturaleza.

Como en las enfermedades crónicas acontece muy comúnmente que las evacuaciones producidas por la naturaleza procuran algún poco de alivio en los casos de dolores agudos, de parálisis, de espasmos, etc., la antigua escuela creyó que el verdadero medio de curar las enfermedades era favorecer, sostener o aumentar estas evacuaciones. Pero no advirtió que todas las pretendidas crisis producidas por la naturaleza abandonada a sí misma, procuran tan sólo un alivio paliativo y de corta duración, y que, lejos de contribuir a la verdadera curación, agravan por el contrario el mal interior primitivo por la consunción que producen de fuerzas y de humores. Con semejantes esfuerzos de la simple naturaleza jamás se ha visto restablecer al enfermo de un modo duradero: jamás estas evacuaciones excitadas por el organismo<sup>23</sup>, han curado enfermedad crónica alguna. Al contrario, en todos los casos de este género se ve, después de una insignificante mejoría, cuya duración va siempre disminuyendo, la afección primitiva se agrava de un modo muy manifiesto y los accesos vuelven otra vez más frecuentes y más fuertes aunque no cesen las evacuaciones. Así mismo, cuando la naturaleza, entregada a sus propios medios en las afecciones crónicas internas que comprometen la vida, no sabe socorrerse sino procurando la aparición de síntomas locales externos, con el fin de desviar el peligro de los órganos indispensables a la existencia, transportándolo por metástasis a los que no lo son: estos efectos de una fuerza vital enérgica, pero sin inteligencia, sin reflexión, sin previsión, no inducen a una curación completa; no son más que paliaciones, cortas suspensiones impuestas a la enfermedad interna, a expensas de

<sup>22</sup> ¿Qué resultado favorable han tenido jamás estas úlceras féridas y artificiales tan comúnmente empleadas, llamadas exutorios? Si en los primeros 7 o 15 días, mientras aún no causan muchos dolores, por su antagonismo parecen disminuir ligeramente la enfermedad crónica, más tarde, cuando el cuerpo se ha habituado al dolor, no causan otro efecto que debilitar al enfermo y abrir así un campo más vasto a la afección crónica. ¿Es posible que en el siglo XIX haya médicos que consideren estos exutorios como desagües por los cuales se escapa la materia pecante? Casi se ve uno inclinado a creerlo

<sup>23</sup> Tampoco lo han conseguido las evacuaciones producidas por el arte

una gran parte de humores y de fuerzas, sin que la afección primitiva haya perdido nada de su gravedad. Sin el auxilio de un verdadero tratamiento homeopático, lo más que pueden hacer es retardar la muerte, que es inevitable.

No contenta la alopátia de la escuela antigua con exagerar demasiado los esfuerzos de la simple naturaleza, les daba una falsísima interpretación.

Creando infundadamente que eran verdaderamente saludables, procuraba favorecerlos, les daba mayor desarrollo, con la esperanza de poder destruir del todo el mal y lograr de este modo una curación radical. Cuando en una enfermedad crónica, la fuerza vital parecía hacer cesar tal o cual síntoma penoso del estado interior, por ejemplo, por medio de un exantema húmedo, entonces el ministro de la naturaleza aplicaba un epispástico o cualquier otro exutorio sobre la superficie en supuración que se había establecido, para sacar de la piel una cantidad de humor más grande aún, y ayudar así a la naturaleza en la curación, separando del cuerpo el principio morbífico.

Mas, cuando la acción de este remedio era demasiado violenta, el herpes muy antiguo y el enfermo muy irritable, la afección externa aumentaba mucho sin provecho para el mal primitivo, y los dolores, haciéndose más vivos, privaban de dormir al enfermo, disminuían sus fuerzas, y a menudo determinaban la aparición de una erisipela de mal carácter con calentura: otras veces cuando el remedio obraba con más suavidad en la afección local, quizás todavía reciente, ejercía una especie de homeopatismo externo sobre el síntoma local que la naturaleza había hecho nacer en la piel para aliviar la afección interna, renovaba también esta última, a la que se unía un peligro mayor, y exponía a la fuerza vital, por esta supresión del síntoma local, a producir otro más peligroso en alguna parte más noble. En cambio sobrevenía una oftalmía rebelde, sordera, espasmos del estómago, convulsiones epilépticas, accesos de sofocación, ataques de apoplejía, enfermedades mentales, etc.,<sup>24</sup>.

La misma pretensión de ayudar a la fuerza vital en sus esfuerzos curativos, conducía al ministro de la naturaleza, cuando la enfermedad hacía afluir la sangre a las venas del recto o del ano (hemorroides), a recurrir a las aplicaciones de sanguijuelas, comúnmente en gran número, para dar salida a la sangre por este punto. La emisión sanguínea procuraba un corto alivio, algunas veces demasiado ligero para que se hiciese mérito de él; pero siempre debilitaba el cuerpo, y daba lugar a una congestión más fuerte aún hacia la extremidad del canal intestinal, sin disminuir en nada el mal primitivo.

En casi todos los casos en que la fuerza vital enferma trataba de evacuar un poco de sangre por el vómito la expectoración, etc., con el fin de disminuir la gravedad de una afección interna peligrosa, auxiliaba enérgicamente estos pretendidos esfuerzos saludables de la naturaleza, y sacaba sangre de la vena en abundancia; lo que no dejaba de acarrear en lo sucesivo graves inconvenientes debilitando el cuerpo de un modo manifiesto.

---

<sup>24</sup> Estas son las consecuencias naturales de la supresión de los síntomas locales de que se trata, consecuencias que el médico alópata mira muchas veces como enfermedades nuevas y del todo diferentes

Cuando un enfermo padecía frecuentes náuseas, bajo el pretexto de entrar en el sendero de la naturaleza, se le prodigaban vomitivos, que lejos de hacer bien, producían peligrosas consecuencias, accidentes graves y aún la muerte.

Algunas veces la fuerza vital, para apaciguar un poco el mal interno, produce ingurgitaciones frías de las glándulas exteriores. El ministro de la naturaleza cree servir bien a su divinidad haciendo supurar estos tumores por medio de toda especie de fricciones y de aplicaciones estimulantes, para luego introducir el instrumento cortante en el absceso ya maduro, y dar salida a la materia pecante. Mas la experiencia nos ha enseñado mil y mil veces cuales son los males interminables que casi sin excepción resultan de esta práctica.

Como el alópata ha visto que muchas veces los sudores nocturnos sobrevenidos espontáneamente, o ciertas deposiciones naturales de materias líquidas alivian algún poco los sufrimientos en las enfermedades crónicas, créese obligado a seguir estas indicaciones de la naturaleza; cree además que ha de secundar el trabajo que se hace, a su vista, prescribiendo un tratamiento sudorífico completo, o el uso continuado por muchos años de lo que él llamaba laxantes suaves, para desembarazar con más seguridad al enfermo de la afección que le atormenta. Pero esta conducta sólo tiene un resultado negativo, esto es, agrava siempre la enfermedad primitiva.

Cediendo al imperio de esta opinión que ha abrazado sin examen, a pesar de su falta absoluta de fundamento, el alópata continúa en secundar<sup>25</sup> los esfuerzos de la fuerza vital enferma, y en exagerar aún las derivaciones y evacuaciones, que jamás conducen al objeto deseado, antes bien a la ruina de los enfermos, sin advertir que todas las afecciones locales, evacuaciones y aparentes derivaciones, son efectos producidos y sostenidos por la fuerza vital abandonada a sí misma con el fin de aliviar un poco la enfermedad, contra cuya totalidad no hay otro remedio más verdadero y expedito que un medicamento elegido según la analogía de los fenómenos determinados por su acción en el hombre sano, o, en otros términos, un medicamento homeopático.

Como todo lo que la simple naturaleza hace para aliviarse en las enfermedades agudas y particularmente en las crónicas, es muy imperfecto, y aún origina otra enfermedad, es muy natural creer que los esfuerzos del arte trabajando en el mismo sentido de esta imperfección, para aumentar los resultados, perjudican aún más y que a lo menos en las enfermedades agudas, no pueden remediar lo que las tentativas de la naturaleza tienen de defectuoso, puesto que no encontrándose el médico en estado de seguir las vías ocultas por las cuales la fuerza vital verifica sus crisis, no podrá obrar más que al exterior con medios enérgicos, cuyos efectos son menos benéficos que los de la naturaleza entregada a sí misma, pero en cambio más perturbadores y más funestos. Este alivio incompleto que la naturaleza llega a alcanzar por

---

<sup>25</sup> No es raro, sin embargo, que la antigua escuela siga una marcha inversa, es decir, que cuando los esfuerzos de la energía vital que tiendan a aliviar el mal interno por las evacuaciones o por la producción de síntomas locales al exterior que molestan notablemente al enfermo, despliegue entonces contra ellos todo el aparato de sus repercusivos, combata también los dolores crónicos, el insomnio y las diarreas antiguas con el opio a grandes dosis, el vómito con las pociones efervescentes; los sudores fétidos de los pies con pediluvios fríos y fomentos astringentes, los exantemas con preparaciones de plomo y de zinc, las hemorragias uterinas con inyecciones de vinagre, los sudores colicativos con el suero aluminoso, las poluciones nocturnas con una gran cantidad de alcanfor, los accesos de calor en el cuerpo y en la cara con el nitro, los ácidos vegetales y el ácido sulfúrico, las epistaxis con el taponamiento de las narices con profundas embebidas de alcohol o de líquidos astringentes, las úlceras de los miembros inferiores con los óxidos de zinc y de plomo, etc. Pero millares de hechos atestiguan cuán tristes son los resultados de semejante práctica. El partidario de la escuela antigua se lisonjea, de viva voz y por escrito, de ejercer una medicina racional y de buscar la causa de las enfermedades para curarlas siempre radicalmente, cuando en verdad no combate más que un síntoma aislado, y siempre con gran perjuicio del enfermo

derivaciones y crisis, el médico no puede conseguirlo siguiendo igual camino; a pesar de todos sus esfuerzos, se queda todavía muy inferior a este miserable socorro que al menos proporciona la fuerza vital abandonada a sus propias fuerzas.

Escarificando la membrana pituitaria se ha querido producir evacuaciones de sangre por las narices, imitando las hemorragias nasales naturales, con el fin de apaciguar, por ejemplo, los accesos de una cefalalgia crónica. Sin duda se podía así sacar bastante cantidad de sangre para debilitar al enfermo; pero el alivio era mucho menor del que se hubiese conseguido en otra ocasión en que, por su propio impulso, la fuerza vital instintiva hubiese tan solo hecho emanar algunas gotas de sangre.

Uno de estos sudores o diarreas llamadas críticas, que la fuerza vital continuamente en acción, excita a consecuencia de una incomodidad súbita producida por el miedo, el temor, en un enfriamiento, un cansancio, es más eficaz para disipar prontamente los sufrimientos agudos del enfermo, que todos los sudoríficos o purgantes de una oficina, que no hacen más que agravar al enfermo. La experiencia diaria no permite dudemos de ello.

No obstante, la fuerza vital, que no puede obrar por sí misma sino en conformidad a la disposición orgánica de nuestro cuerpo, sin inteligencia, sin reflexión y sin discernimiento, no se nos ha dado para que la miremos como el mejor guía que deba seguirse en la curación de las enfermedades, ni menos aún para que imitemos servilmente los esfuerzos incompletos y morbosos que ella hace para volver la salud, añadiendo a ellos otros actos más contrarios que los suyos al objeto que se propone alcanzar; para que nos ahorremos los trabajos de inteligencia y reflexión necesarios al descubrimiento del arte de curar, y por último, para que coloquemos en lugar de la más noble de las artes humanas una mala copia de los auxilios poco eficaces que la naturaleza administra, cuando se la abandona a sus propias fuerzas.

¿Qué hombre racional querría imitarla en sus esfuerzos conservadores? Estos esfuerzos son precisamente la enfermedad misma, y la fuerza vital morbosamente afectada es la que origina la enfermedad. El arte, pues debe de toda necesidad aumentar el mal cuando imita sus proceder, y suscitar mayores peligros cuando suprime sus esfuerzos. Pues bien, la alopátia hace lo uno y lo otro. ¡Y esto es lo que se llama una medicina racional!.

¡No! Esta fuerza innata en el hombre, que dirige la vida de una manera perfecta durante la salud, cuya presencia se hace sentir igualmente en todas las partes del organismo, en la fibra sensible como en la fibra irritable, y que es el resorte infatigable de todas las funciones normales del cuerpo no ha sido creada para servir de guía en las enfermedades, para ejercer una medicina digna de imitación. ¡No! La verdadera medicina, obra de la reflexión y del juicio, es una creación del ingenio humano que cuando la fuerza vital instintiva, automática e incapaz de raciocinar, ha sido arrastrada por la enfermedad a acciones anormales, sabe, por medio de un medicamento homeopático, imprimirla una modificación morbosa análoga, pero un poco más fuerte, de manera que la enfermedad natural no puede ya influir en ella, y después de la desaparición, que no tarda mucho, de la nueva enfermedad producida por el medicamento, recobra su estado normal, presidiendo de nuevo al sostenimiento de la salud, sin que durante esta conversión haya sufrido ningún perjuicio doloroso o capaz

de debilitarla. La medicina homeopática enseña los medios de conseguir este resultado.

Muchos enfermos tratados según los principios de la antigua escuela que acabamos de mencionar, curaban de sus enfermedades, no en los casos crónicos (no venéreos), sino en los casos agudos que presentan menos peligro. No obstante, sólo lo alcanzaban por medio de rodeos tan penosos, y de una manera muchas veces tan imperfecta, que no se podía decir fuesen deudores de sus curaciones a la influencia de un arte suave en sus procedimientos. En la circunstancia en que el peligro no era nada inminente, unas veces se contentaba con reprimir las enfermedades agudas por medio de sus principales síntomas, o por medio de un paliativo enantiopático (contraria contrariis curantur); otras veces también se suspendían por medio de irritantes o revulsivos aplicados sobre puntos diferentes del órgano enfermo, hasta haberse terminado el curso de su resolución natural, es decir, que se les oponían medios indirectos que causaban una pérdida de fuerzas y de humores. Obrando de este modo, la mayor parte de lo que era necesario para separar completamente la enfermedad y reparar enteramente las pérdidas experimentadas por el individuo, quedaba aún a cargo de la fuerza conservadora de la vida. Ésta debía, pues, triunfar del mal agudo natural y de las consecuencias de un tratamiento mal dirigido. Ella era la que sólo en algunos casos designados por la casualidad, debía desplegar su propia energía para volver las funciones a su ritmo natural, lo que las más veces cumplía con dificultad, de una manera incompleta, y no sin accidentes de naturaleza diversa.

Es dudoso que esta marcha seguida por la medicina actual en las enfermedades agudas, acorte o facilite realmente un poco el trabajo a que la naturaleza debe entregarse para lograr la curación, puesto que ni la alopatía, ni la naturaleza pueden obrar de una manera directa, porque los métodos derivativo y antagonista de la medicina no son propios sino para afectar más y más el organismo, y acarrear una mayor pérdida de fuerzas.

La escuela antigua cuenta también con otro método curativo, al que da el nombre de excitante y fortificante<sup>26</sup>, y que se vale de sustancias llamadas excitantes, nervinas, tónicas confortativas y fortificantes. Sorprende verdaderamente el ver que se envanezca de seguir este método.

¿Se ha conseguido jamás extinguir la debilidad que engendra y sostiene o aumenta tan comunmente una enfermedad crónica, prescribiendo, como lo ha hecho ella tantas veces, el vino del Rhin y de Tokay? Como semejante método no podía curar la enfermedad crónica, origen de la debilidad, las fuerzas del enfermo disminuían tanto más cuanto más vino se le hacía tomar, porque a las excitaciones artificiales, la fuerza vital opone un decaimiento de fuerzas durante la reacción.

¿Se ha visto jamás que la quina, o las sustancias diversas que llevan el nombre colectivo de amargos, den fuerzas en estos casos, por desgracia demasiado frecuentes? ¿Estos productos vegetales, que se tenían por tónicos, fortificantes en todas circunstancias, no gozaban, a la manera que las preparaciones marciales, la prerrogativa de añadir muchas veces nuevos males a los antiguos, a consecuencia de

---

<sup>26</sup> Propiamente hablando, es enantiopático, del cual me ocuparé en el texto del Organon (pár. 59)

su propia acción morbífica, sin poder hacer cesar la debilidad dependiente de una antigua enfermedad desconocida?.

¿Los ungüentos nervinos, o los demás tópicos espirituosos y balsámicos han disminuido jamás de un modo duradero, ni siquiera momentáneo, la parálisis incipiente de un brazo o de una pierna que procede, como comunmente acaece, de una enfermedad crónica, sin que primeramente ésta se haya curado? ¿Las conmociones eléctricas y galvánicas, han tenido jamás otros resultados, en circunstancias iguales, que hacer poco a poco más intensa y finalmente total la parálisis de la irritabilidad muscular y de la excitabilidad nerviosa?<sup>27</sup>.

¿Los tan ensalzados excitantes y afrodisiacos, el ámbar, la tintura de cantáridas, las criadillas de tierra, los cardamomos, la canela y la vainilla, no acaban constantemente por convertir en una impotencia total la debilidad gradual de las facultades viriles, cuya causa en todos los casos es un miasma crónico no advertido?.

¿Cómo puede, puede, pues, lisonjearse de una adquisición de fuerza y de excitación que dura algunas horas, cuando el resultado que se sigue conduce al estado contrario, según las leyes de la naturaleza de todos los paliativos?.

El poco alivio que los excitantes y fortificantes procuran a las personas que se curan de enfermedades agudas, por el antiguo método es mil y mil veces superado por los inconvenientes que de su uso resulta en las enfermedades crónicas.

Cuando la antigua medicina no sabe ya qué hacer para atacar una enfermedad crónica, usa a ciegas medicamentos que designa con el nombre de alterantes. Echa mano de los mercuriales, el calomelano, el sublimado corrosivo, el ungüento mercurial; peligrosos medios que ella tanto encarece, hasta en las enfermedades no venéreas, y que con tanta prodigalidad dispensa, haciéndoles obrar por tanto tiempo en el cuerpo del enfermo, que al fin la salud queda completamente arruinada. Verdad es que produce grandes cambios; pero estos cambios nunca son favorables, y constantemente la salud se destruye sin remedio por la acción de un metal que es pernicioso en el más alto grado, siempre que no se emplea oportunamente.

Cuando en todas las fiebres intermitentes epidémicas, comúnmente esparcidas en vastas comarcas, prescribe a altas dosis la quina que sólo cura homeopáticamente la verdadera fiebre intermitente de los pantanos, y esto admitiendo que la psora no se oponga a ello, da una prueba palpable de su conducta ligera e inconsiderada, puesto que estas fiebres afectan un carácter diferente cada vez que, por decirlo así, se presentan, y por consiguiente reclaman casi siempre otro remedio homeopático, del cual una corta dosis única o repetida, basta entonces para curarlas radicalmente en breves días.

Como estas enfermedades reaparecen por accesos periódicos, como la escuela antigua no ve en ella otra cosa más que el tipo, como en fin ella no conoce ni quiere conocer otros febrífugos más que la quina, cree que para curar las calenturas intermitentes le basta extinguir el tipo con dosis acumuladas de quina o de quinina, lo

<sup>27</sup> El farmacéutico de Jever, tenía una pila de volta, cuyas descargas moderadas mejoraban por algunas hora la situación de las personas afectadas de dureza de oído. Muy luego estos sacudimientos quedaban sin efecto, y para obtener el mismo resultado se veía obligado a hacerlos más fuertes, hasta que a su vez llegaban estos últimos a ser también ineficaces. Después de esto, los más violentos tenían aún al principio la facultad de volver el oído a los enfermos por algunas horas, pero luego acababan por dejarlos en una sordera completa

que el instinto irreflexivo, pero aquí bien inspirado, de la fuerza vital, trata de impedir muchas veces por meses enteros. Pero el enfermo engañado por este tratamiento falaz, después que se ha suprimido el tipo de su fiebre, jamás deja de experimentar sufrimientos más vivos que los causados por esta misma fiebre. Se pone pálido, asmático, sus hipocondrios parecen estar ceñidos por una ligadura, pierde el apetito, su sueño nunca es tranquilo, no tiene fuerza ni valor, hínchasele con frecuencia las piernas, el vientre y aún el rostro y las manos. Sale así del hospital curado, según pretenden, y comúnmente es necesario un tratamiento homeopático penoso, no para restablecerle la salud, sino solamente para librarle de la muerte.

La escuela antigua se jacta de que con auxilio de la valeriana, que en semejante caso obra como medio , consigue disipar por algunas horas el profundo estupor que acompaña a las fiebres nerviosas; pero como el resultado que obtiene es de corta duración, como se ve precisada a aumentar incesantemente la dosis de valeriana para reanimar al enfermo algunos momentos, no tarda en ver que las más altas dosis no producen el efecto que espera, al paso que la reacción determinada por una sustancia cuya impresión estimulante no es más que un simple efecto primitivo, paraliza enteramente la fuerza vital, y entrega el enfermo a una muerte cercana, que este supuesto tratamiento racional hace inevitable. Sin embargo, la escuela no conoce que en semejante caso mata indefectiblemente atribuyendo tan sólo la muerte a la malignidad del mal.

La digital purpúrea, con la que tan arrogante se muestra la escuela cuando quiere poner remiso el pulso en las enfermedades crónicas, es quizá un paliativo más temible. La primera dosis de este medicamento poderoso, que aquí obra de una manera enantiopática, disminuye seguramente el número de las pulsaciones arteriales por algunas horas, sin que por esto tarde mucho el pulso en recobrar su velocidad. Se aumenta la dosis con el fin de que se disminuya todavía un poco, lo que en efecto se observa, hasta que llegan a ser ineficaces dosis más y más fuertes; y en la reacción, que no es posible ya impedir, la velocidad del pulso es muy superior a la que había antes de la administración de la digital: el número de pulsaciones se acrecienta entonces a tal punto que no es posible el contarlas; el enfermo no tiene el menor apetito, ha perdido todas sus fuerzas, en una palabra, se ha transformado en un verdadero cadáver. Ninguno de los enfermos que han sido tratados así, se escapa de la muerte, sino es para caer en una manía incurable<sup>28</sup>.

Estos eran los tratamientos adoptados por los alópatas. Los enfermos se veían obligados a sujetar a esa triste necesidad, pues ninguna mejoría hubieran hallado en los demás médicos porque su instrucción dimanaba de un mismo manantial impuro.

La causa fundamental de las enfermedades crónicas no venéreas y los medios capaces de curarlos eran desconocidos de estos prácticos, que hacían ostentación de sus curaciones dirigidas, según ellos, contra las causas, y del cuidado que decían tener de remontarse al origen de estas afecciones para formar el diagnóstico<sup>29</sup>. ¿Cómo hubieran podido curar el número inmenso de enfermedades con sus métodos

<sup>28</sup> Y sin embargo uno de los corifeos de la antigua escuela, Huffeland, ensalza aún la digital para cumplir esta indicación. "Nadie negará, dice, que la energía excesiva de la circulación pueda apaciguarse por la digital". La experiencia niega que este efecto pueda obtenerse de un modo duradero por medio de un remedio enantiopático heroico. ¡Pobre Hufeland!

<sup>29</sup> En vano Huffeland en su folleto Die Homeopathie, pág. 20 quiere vindicar a su antigua escuela diciendo que se dedica a esta investigación; pero se sabe que antes de la publicación de mi "Tratado de las enfermedades crónicas", la alopatía había ignorado durante veinte y cinco siglos el verdadero manantial de estas afecciones. Debía pues asignarles otro enteramente falso.

indirectos; imperfectas y peligrosas imitaciones de los esfuerzos de una fuerza vital automática, imitaciones que no están destinadas a servir de modelos en la conducta que seguirse debe en medicina?.

Lo que creían era el carácter del mal, lo miraban como la causa de la enfermedad; y según esto, dirigían sus pretendidas curaciones radicales contra el espasmo, inflamación (plétora), la calentura, la debilidad general o parcial, la pituita, la putridez, las obstrucciones, antisépticos, fundentes, resolutivos, derivativos, evacuantes, y otros medios antagonistas, cuyos efectos ellos mismos no conocían sino muy superficialmente.

Pero indicaciones tan vagas no son suficientes para poder encontrar remedios verdaderamente útiles y menos en la materia médica de la antigua escuela, que como en otra parte he demostrado<sup>30</sup> 30(32), las más veces se apoyaba en simples conjeturas y en conclusiones sacadas de los efectos obtenidos en las enfermedades.

Procedíase de un modo arriesgado, cuando dejándose guiar por indicaciones más hipotéticas todavía se obraba contra la falta o superabundancia de oxígeno, de ázoe, de carbono o de hidrógeno en los humores; contra la exaltación o al disminución de la irritabilidad de la sensibilidad, de la nutrición, de la arterialidad, de la venosidad o de la capilaridad; contra la astenia, etc., sin conocer medio alguno para alcanzar estos fines tan fantásticos. Esto no era más que pura orientación, eran curaciones de las cuales ninguna ventaja reportaban los enfermos.

Pero toda apariencia de tratamiento racional de las enfermedades desaparecía con el uso consagrado por el tiempo y aún erigido en ley, de asociar sustancias medicinales diferentes para constituir lo que se llama una receta o una fórmula. Colócase a la cabeza de esta fórmula, con el nombre de base, un medicamento que es desconocido con respecto a la extensión de los efectos medicinales, pero que se cree ha de combatir el carácter principal atribuido a la enfermedad por el médico; añádese a él como ayudantes, una o dos sustancias cuya manera de afectar el organismo es no menos desconocida, y destinadas ya a cumplir alguna indicación accesorias, ya a corroborar la acción de la base; después se añade un correctivo cuya virtud medicinal propiamente dicha no se conoce mejor; se mezcla todo junto, haciendo entrar otras veces un jarabe o una agua destilada que igualmente posee otras virtudes medicinales, y se cree que cada uno de los ingredientes de esta mezcla una vez introducidos en el cuerpo desempeñará el papel que le ha señalado el pensamiento del médico, sin dejarse perturbar ni inducir a error por los demás que lo acompañan, lo que razonablemente no se puede esperar. Uno de estos ingredientes destruye al otro en totalidad o en parte, en su modo de obrar, o le da lo mismo que a los demás una acción distinta en la cual no se había pensado, de manera, que el efecto que se esperaba no puede producirse. El inexplicable enigma de las mezclas muchas veces produce lo que no se esperaba ni podía esperarse, una nueva modificación de la enfermedad, que no se apercibe en medio del tumulto de síntomas, y que queda permanente cuando se prolonga el uso de la receta; por consiguiente se añade una enfermedad ficticia a la enfermedad original o se agrava la enfermedad primitiva; o bien si el enfermo no usa por mucho tiempo una misma receta, si se le dan una o muchas otras compuestas de ingredientes diferentes, resulta al menos el aumento de

---

<sup>30</sup> Véase en los "Prolegómenos" de mi Tratado de Materia Médica Pura, el capítulo que trata de las Fuentes de la Materia Médica Ordinaria (Ed. inglesa)

la debilidad, porque las sustancias que se prescriben en semejante sentido generalmente tienen poca o ninguna relación directa con la enfermedad primitiva y no hacen más que atacar sin utilidad a diferentes puntos del organismo que no tiene relación con ella alguna.

Aun cuando fuese conocida la acción de los medicamentos en el cuerpo del hombre (y el médico que formula la receta muchas veces no conoce la de la centésima parte de ellos), mezclar muchos de éstos, algunos de los cuales son ya compuestos, y por consiguiente han de diferir mucho entre sí relativamente a su energía especial, para que el enfermo tome esta mezcla inconcebible a dosis copiosas y comunmente repetidas, pretender luego, que de todo este fárrago se espere un efecto curativo, es un absurdo que reconoce todo hombre sin prevención y acostumbrado a reflexionar<sup>31</sup>.

El resultado es naturalmente distinto del que se espera de un modo positivo. Sobrevienen cambios, es verdad, pero no hay uno solo que sea bueno, que sea conforme con el objeto deseado.

¡Desearía saber a cuál de estos procedimientos ejecutados a ciegas en el cuerpo de ¡ hombre enfermo podría llamársele curación!

La curación sólo debe esperarse de la fuerza vital que todavía queda al enfermo, después que esta fuerza ha recobrado su ritmo natural de actividad por medio de un medicamento apropiado. En vano se esperaría conseguirla extenuando el cuerpo según los preceptos del arte. ¡Y sin embargo, la escuela antigua no sabe oponerse a las afecciones crónicas más que con los medios propios para martirizar a los enfermos, agotar los humores y las fuerzas, y acortar la vida! ¿Puede acaso salvar cuando destruye? ¿Merece el título de arte de curar? *Obra lege artis* de la manera más opuesta a su objeto, y hace, diría uno casi con intención, lo contrario de lo que sería menester ejecutar. ¿Es posible, pues, que la podamos tolerar, que la soportemos. por más tiempo?

En estos últimos tiempos se ha excedido a sí misma en su crueldad para con los enfermos y en lo absurdo de sus acciones. Todo observador imparcial debe convenir en ello, y hasta los médicos salidos de su propio seno, como Kruger-Hansan, movidos por su conciencia, se han visto obligados a confesarlo públicamente.

---

<sup>31</sup> Hasta en la escuela ordinaria ha habido hombres que han reconocido lo absurdo de las mezclas de medicamentos aún cuando ellos mismos siguiesen esta eterna rutina condenada por su razón. Así, Marcus Herz se expresa de la manera siguiente ("Journal de Huffeland, II, pág. 33"). "Si se trata de hacer crear el estado inflamatorio, no empleamos solos ni el nitro, ni la sal amoníaco, ni los ácidos vegetales, sino que ordinariamente mezclamos muchos antiflogísticos, o bien los hacemos alternar los unos con los otros. Si se trata de resistir a la putridez, no nos basta para alcanzar este objeto, administrar en gran cantidad uno de los antisépticos conocidos, la quina, los ácidos minerales, el árnica, la serpentaria, etc.; más bien reunimos muchos de ellos, esperando mejores resultados de su acción combinada: o bien, por ignorar lo que más convendría en el caso presente, acumulamos muchas sustancias, y dejamos a la casualidad el cuidado de hacer producir, por unas o por otras, el alivio que deseamos. Así es muy raro que se excite el sudor, que se purifique la sangre, que se resuelvan obstrucciones, que se provoque la expectoración, y aun que se purgue con la ayuda de un solo medio. Para obtener este resultado nuestras fórmulas son siempre complicadas, casi nunca son simples y puras; no podemos considerarlas como experimentos relativos a los efectos de las diversas sustancias que entran en su composición". A la verdad, en nuestras fórmulas establecemos doctoralmente una gerarquía entre los medios, llamamos base a aquél a quien propiamente hablando confiamos el efecto dando a los otros el nombre de coadyuvantes, correctivos, etc". Pero es evidente que esta clasificación es en gran parte arbitraria. Los coadyuvantes contribuyen también al efecto total como la base, aunque no podemos determinar su grado de acción. La influencia de los correctivos sobre las virtudes de los dichos medios tampoco puede ser indiferente; deben aumentarlas, disminuirlas, o imprimirlas otra dirección. El cambio saludable que determinamos con la ayuda de semejante fórmula debe, pues, siempre ser considerado como el resultado de toda la reunión de su contenido, sin que de ello podamos deducir nada relativo a actividad especial de cada uno de los medicamentos de que se compone. Sabemos muy poco lo que hay verdaderamente útil en la acción de los medicamentos, y nuestros conocimientos son muy limitados para saber las afinidades que se despliegan quizá por centenares cuando se mezclan los unos con los otros, para que podamos decir con certeza cuáles son el modo y el grado de energía de la sustancia, aún la más indiferente en apariencia, cuando se introduce en el cuerpo humano combinada con otras sustancias".

Tiempo era ya de que la sabiduría del Divino creador y conservador de los hombres pusiese fin a estas abominaciones, y que hiciera aparecer una medicina inversa, que, en lugar de agotar los humores y las fuerzas por medio de vomitivos, purgas, baños calientes, sudoríficos o sialagogos, de derramar a torrentes la sangre indispensable a la vida, de atormentar con medios dolorosos, de añadir sin cesar nuevas enfermedades a las antiguas, y de hacer estas últimas incurables por el uso prolongado de medicamentos heroicos desconocidos en su acción, en una palabra, **de poner el tiro de bueyes detrás del arado** y de facilitar sin piedad ancho campo a la muerte, economice todo lo posible las fuerzas de los enfermos, y les conduzca con tanta suavidad como prontitud a una curación duradera, con el socorro de un corto número de agentes simples, perfectamente conocidos, bien elegidos, administrados a dosis fraccionadas, conforme a la única ley terapéutica de la naturaleza: *similia similibus curantur*. Era ya tiempo de que se descubriese la homeopatía.

La observación, la meditación y la experiencia me han enseñado que la marcha, del todo contraria a los preceptos trazados por la alopátia que debe seguirse para obtener curaciones suaves, prontas, ciertas y duraderas, consiste en elegir, en cada caso individual de enfermedad, un medicamento capaz de producir por sí mismo una afección semejante a la que se pretende curar.

Este método homeopático nadie lo había enseñado antes que yo, nadie lo había puesto en práctica. Pero siendo él solo conforme a la verdad, como cualquiera podrá convencerse de ello, debemos esperar, aun cuando haya sido por tanto tiempo desconocido, que cada siglo nos ofrezca, sin embargo, señales palpables de su existencia<sup>32 1810</sup>: y en efecto, esto es lo que sucede.

En todos los tiempos, los enfermos que han sido curados de una manera real, pronta, duradera y manifiesta por medio de medicamentos, y que no han debido su curación a alguna otra circunstancia favorable, o a que la enfermedad aguda haya terminado su resolución natural, o en fin, a que las fuerzas del cuerpo hayan recobrado poco a poca la preponderancia durante un tratamiento alopático o antipático (porque ser curado directamente difiere mucho de serlo por una vía indirecta), estas enfermedades, han cedido, aunque ignorándolo el médico a un remedio homeopático, es decir a un remedio que tenía la facultad de suscitar por sí mismo un estado morbozo semejante a aquel que se quería hacer desaparecer.

Hasta en las curaciones reales obtenidas con la ayuda de medicamentos compuestos, cuyos ejemplos son por otra parte muy raros, se ve que la acción del remedio que dominaba a la de los demás, era siempre de naturaleza homeopática.

Esta verdad se nos ofrece más evidente aún, en ciertos casos en que los médicos, violando el uso que sólo admite mezclas de medicamentos formulados bajo el nombre de recetas, han obtenido curaciones rápidas con la ayuda de un medicamento simple. Vese entonces con sorpresa que la curación se debió siempre a una sustancia medicinal capaz de producir ella misma una afección semejante a la

---

<sup>32</sup> Porque la verdad es eterna como la divinidad misma. Los hombres pueden desconocerla por mucho tiempo, pero por fin llega el momento en que cumpliéndose los decretos de la Providencia, sus rayos penetran la nube de las preocupaciones y esparcen sobre el género humano una claridad benéfica que nada en adelante es capaz de extinguir

que padecía el enfermo, aun cuando el médico no supiese lo que hacía y no obrase así sino en un momento en que olvidaba los preceptos de su escuela. Administraba un medicamento contrario al que le señalaba la terapéutica, por cuya sola razón sus enfermos curaban con prontitud.

Si se exceptúan los casos en que los médicos ordinarios han llegado a conocer, no por sus propias indagaciones, sino por el empirismo del vulgo, el remedio específico de una enfermedad que siempre se presenta con los mismos caracteres, y por consiguiente aquel con cuyo auxilio podían curarla de una manera directa, como el mercurio en las enfermedades venéreas, el árnica en la enfermedad producida por las contusiones, la quina en la fiebre intermitente, los polvos de azufre en la sarna recién desarrollada, etc.; como digo, si se exceptúan estos casos, veremos casi sin excepción, que los tratamientos de las enfermedades crónicas emprendidos con tan grandes apariencias de capacidad por los paitidarios de la escuela antigua, no han tenido otro resultado que atormentar a los enfermos, agravar su situación., conducirlos muchas veces al sepulcro, e imponer gastos ruinosos a sus familias.

Algunas veces una pura casualidad les conducía al tratamiento homeopático <sup>33</sup>, pero sin conocer la ley en virtud de la cual se verifican y deben verificarse estas curaciones.

Es, pues de la mayor importancia para el bien del género humano indagar cómo han obrado, propiamente hablando, estas curaciones tan notables por su rareza como por sus efectos tan sorprendentes. El problema es de gran interés. Efectivamente, encontramos, y los ejemplos que acaban de citarse lo demuestran suficientemente, que estas curaciones sólo se han hecho por medio de medicamentos- homeopáticos, esto es, medicamentos que poseen la facultad de producir un estado morbozo análogo a la enfermedad que se trataba de curar. Estas curaciones se han hecho de una manera pronta y duradera por medio de medicamentos que por casualidad elegían, en contradicción con todos los sistemas y todas las terapéuticas de su tiempo, muchas veces sin saber lo que hacían ni porqué obraban de este modo, confirmando por los hechos y contra su voluntad la necesidad de la sola ley natural en terapéutica, la de la homeopatía. Ley a cuya investigación no han permitido entregarse hasta ahora las preocupaciones médicas a pesar del número infinito de hechos y de indicios que deberían haber inducido a su descubrimiento.

---

<sup>33</sup> Así, por ejemplo, creen expeler de la piel la materia de la transpiración, según ellos detenida en esta membrana por los enfriamientos, cuando en medio del frío de la fiebre dan a beber una infusión de florea de saúco, planta que tiene la facultad de hacer cesar una fiebre semejante y de restablecer al enfermo, cuya curación es tanto más pronta y más segura, sin sudor, cuanto menos se le hace tomar de esta infusión ni de otra cosa alguna. Cubren muchas veces de cataplasmas calientes y renovadas a menudo los tumores agudos y duros, cuya inflamación excesiva, acompañada de insoportables dolores, impide la supuración: bajo la influencia de este tópico, la inflamación no tarda en ceder, los dolores disminuyen, y el absceso se manifiesta, como se conoce por su aspecto reluciente, por su tinte amarillo y por su blandura. Creen entonces haber ablandado el tumor con la humedad, mientras que no han hecho más que destruir homeopáticamente el exceso de inflamación por el calor más fuerte que la cataplasma, facilitando de este modo la pronta manifestación de la supuración. ¿Por qué emplean con ventaja, en algunas oftalmías, el óxido rojo del mercurio, que constituye la base de la pomada de Saint-Yves, si no fuese porque, si hay algún objeto capaz de inflamare el ojo es él precisamente? ¿Cómo sería posible que un poco de jugo de perejil produjese un alivio instantáneo en la disuria tan frecuente en los niños y en la gonorrea ordinaria, tan notable por los vanos y dolorosos esfuerzos para orinar que la acompañan, si este jugo no poseyese por sí mismo la facultad de excitar, en las personas sanas, conatos dolorosos para orinar y casi imposibles de satisfacer, y si por consiguiente no curara homeopáticamente? La raíz de la saxifraga mayor, que promueve una abundante secreción de mucosidades en los bronquios y en la laringe, sirve para combatir con éxito la angina llamada mucosa, y se detienen algunas metrorragias con una corta dosis de las hojas de sabina, que poseen por sí solas la propiedad de determinar hemorragias uterinas: en una y otra circunstancia se obra sin conocer la ley homeopática. El opio, que a cortas dosis, restringe el vientre, se ha encontrado ser uno de los principales y más seguros medios contra la constipación que acompaña a las hernias estranguladas y al ileus sin que este descubrimiento haya conducido al de la ley homeopática, cuya influencia era sin embargo tan sensible en semejante caso. se han curado úlceras no venéreas de la garganta con cortas dosis de mercurio, que entonces obraba homeopáticamente. Muchas veces se ha detenido la diarrea por medio del ruibarbo que determina evacuaciones alvinas; se ha curado la rabia con la belladona, que ocasiona una especie de hidrofobia; se ha hecho cesar como por encanto, el coma tan peligroso en las fiebres agudas, por medio de una corta dosis de opio, sustancia dotada de virtudes calefactantes y estupefactantes. ¡Y después de tantos ejemplos que tan alto hablan, se ven todavía médicos que persiguen la homeopatía con un encarnizamiento que sólo demuestra una conciencia atormentada de remordimientos y un corazón incapaz de enmendarse!

La misma medicina doméstica, ejercida por personas extrañas a nuestra profesión, aunque dotadas de un juicio sano y un espíritu observador, había encontrado que el método homeopático era el más seguro, el más racional y el menos expuesto a fallar.

Aplicase la colicostra helada en los miembros que acaban de congelarse o bien se les frota con nieve<sup>34 35</sup>.

El cocinero que acaba de escaldarse la mano, la presenta al fuego, a cierta distancia, sin atender al aumento de dolor que resulta al principio, porque la experiencia le ha enseñado que obrando así puede en muy poco tiempo, y a veces en pocos minutos, curar perfectamente la quemadura y hacer desaparecer el menor dolor<sup>36</sup>.

Otras personas inteligentes; igualmente extrañas a la medicina, por ejemplo los barnizadores, aplican sobre las quemaduras una sustancia que por sí misma excita un sentimiento de ardor semejante, a saber el espíritu de vino<sup>37</sup> caliente o la esenecia de

<sup>34</sup> M. Lux ha establecido sobre estos ejemplos sacados de la práctica doméstica, su método curativo per idem, y que algunas cabezas excéntricas miran como el non plus ultra del arte de curar sin saber cómo podrán realizarlo. Pero la osa tomará otro aspecto, si se juzgan sanamente estos ejemplos. Las fuerzas puramente físicas, son de una naturaleza diferente de las fuerzas dinámicas de los medicamentos en su acción en el organismo viviente. El calor y el frío del aire ambiente, del agua o de los alimentos y bebidas, no ejercen por sí mismos una influencia absolutamente perjudicial en su cuerpo sano. Una de las condiciones necesarias para la conservación de la salud, es que el frío y el calor alternen, pero por sí solos no obran como medicamentos. Cuando en las enfermedades obran como medios curativos, no es en virtud de su esencia, o porque sean sustancias por sí mismas perjudiciales, como lo son los medicamentos, aún en las dosis más fraccionadas, sino únicamente por razón de su cantidad más o menos considerable, es decir, del grado de temperatura; del mismo modo que, valiéndome de un ejemplo de fuerzas puramente físicas, una masa de plomo aplasta dolorosamente mi mano, no porque sea plomo, puesto que una lámina delgada de plomo no produciría este efecto, sino porque encierra mucho metal y es muy pesada. Si pues el frío y el calor son útiles en ciertas afecciones del cuerpo, tales como las congelaciones y las quemaduras, es solamente por razón de su grado, así como solamente cuando llegan a un grado extremo es cuando atacan la salud del cuerpo

<sup>35</sup> Ahora bien, sentado ésto, encontramos que en los ejemplos sacados de la práctica doméstica, no es la aplicación prolongada del grado del frío que ha congelado el miembro, la que le restablece isopáticamente, pues muy lejos de ésto, extinguiría la vida irremisiblemente, sino la de un frío aproximado tan sólo (homeopáticamente), disminuido poco a poco hasta llegar a una temperatura soportable. Así la colicostra helada que dentro de una habitación se aplica sobre un miembro congelado, no tarda en deshelarse, en tomar por grados la temperatura de la habitación, y en curar también el miembro de una manera físicamente homeopática. Del mismo modo, una quemadura de la mano hecha con agua hirviendo, no cura volviendo a aplicar agua hirviendo, sino por medio de un calor un poco menos vivo, sumergiendo el miembro en un líquido calentado a sesenta grados, cuya temperatura disminuye a cada instante hasta nivelarse con la del aposento. Así mismo, para presentar otro ejemplo de acción física, el dolor y la tumefacción causados por un golpe recibido en la frente disminuye homeopáticamente cuando se apoya el pulgar sobre la parte, al principio con vigor, y sucesivamente con menos fuerza, mientras que un golpe semejante al que los ha ocasionado, lejos de calmarlos aumentaría isopáticamente el mal. Por lo que toca a los hechos que M. Lux refiere como curaciones isopáticas, tales como ciertas contracturas en las personas y una parálisis de los riñones en un perro, ocasionadas unas y otra por un enfriamiento, y que cedieron en poco tiempo al baño frío, no puede explicarse por la isopatía. Los accidentes que se designan bajo el nombre de enfriamientos se atribuyen impropriamente al frío, puesto que muy comúnmente se ven sobrevenir en las personas predisuestas, después de la acción de una corriente rápida de aire, que ni llegaba a ser fresco. Los diversos efectos del baño frío en el organismo vivo en estado de salud y de enfermedad, no pueden tampoco mirarse bajo un solo punto de vista para que sobre él pueda fundarse un sistema arriesgado. Que el medio más seguro para curar la mordedura de las serpientes venenosas sea el aplicar sobre la úlcera porciones de estos animales, es una aserción que merece colocarse entre las fábulas que nos han transmitido nuestros padres, hasta que se haya confirmado con experimentos que no admitan duda. En fin, que un hombre hidrófobo haya sido curado en Rusia, según se dice, administrándole la saliva de un perro rabioso, no es suficiente para inducir a un médico concienzudo a repetir semejante prueba, ni para justificar la adopción de un sistema tan poco verosímil como el de la isopatía, como han hecho (no el modesto autor del folleto titulado *The Isopathy of Contagions*, Leipzig: Kollmann, sino) sus excéntricos sostenedores, especialmente el Dr. Gross (V. Alg. hom. Ztg., II, pág. 72), que alababan esta isopatía (*aequalia oequalibus*), como la única regla terapéutica apropiada y que no ven en el similia similibus sino un sustituto indiferente, lo que es una ingratitud muy grande, pues al similia similibus debe toda su fama y su fortuna

<sup>36</sup> Fernel (*Therap. lib. VI, cap. 20*) consideraba ya la exposición de la parte quemada al fuego, como el medio más a propósito para hacer cesa el dolor. Hunter (*"On the blood, p. 218"*) cita los graves inconvenientes que resultan del tratamiento de las quemaduras con agua fría, y prefiere mucho el método de aproximar las partes al fuego. En esto se separan de las doctrinas médicas tradicionales, que prescriben los atemperantes contra la inflamación (*"contraria contrariis"*), porque la experiencia le había enseñado que un calor homeopático (*"similia similibus"*) era el medio más saludable

<sup>37</sup> Sydenham (*Opera, p. 271 Edit. Syd. Soc., pág. 601*) dice, que las reiteradas aplicaciones del alcohol son preferibles a todo otro remedio en las quemaduras. B. Bell (*System of Surgery, tercera edi. 1789*) reconoce igualmente la experiencia, que indica los remedios homeopáticos como los únicos eficaces. He aquí el modo como se expresa: "El alcohol es uno de los mejores medios contra toda clase de quemaduras. Cuando se aplica, parece al principio acrecentar el dolor; pero este no tarda en apaciguarse y ser reemplazado por un sentimiento agradable de calma. Nunca es tan poderoso este método como cuando se sumerge la parte en el alcohol, pero si no puede practicarle la inmersión, es menester tener la quemadura continuamente cubierta de una compresa empapada en dicho líquido." Yo añado, que el alcohol caliente, y aun muy caliente, alivia de una manera más pronta y más segura porque es más homeopático que el alcohol frío. Esto nos lo acredita a cada paso la experiencia.

trementina<sup>38</sup> y se curan también en pocas horas, sabiendo muy bien que los ungüentos llamados refrescantes no producirían el mismo resultado en igual número de meses, y que el agua fría no haría más que empeorar el mal<sup>39</sup>.

Por poco habituado que el viejo segador esté a los licores fuertes, jamás bebe agua fría (contraria contraria) cuando el ardor del sol y la fatiga del trabajo le han ocasionado una fiebre ardiente: el peligro de obrar así le es bien conocido, y bebe un poco de licor excitante, un trago de aguardiente.

**La experiencia, manantial de toda verdad**, le ha convencido de las ventajas y de la eficacia de este procedimiento homeopático; y el calor y el cansancio que experimenta no tarda en disminuir<sup>40</sup>.

Ha habido también médicos que han sospechado que los medicamentos curaban las enfermedades, por la virtud de que gozan de producir síntomas morbosos análogos<sup>41</sup>.

Así el autor del libro titulado: **Sobre las cosas del Hombre**<sup>42</sup> que está entre los escritos atribuidos a Hipócrates, dice las siguientes notables palabras: La enfermedad toma origen en lo semejante y se cura por lo semejante; el vómito se cura haciendo vomitar.-(Notas del Dr. R. Romero.)

Médicos menos antiguos han conocido y proclamado la verdad del método homeopático. Así Bouldouc<sup>43</sup>, advirtió que la propiedad purgante del ruibarbo era la causa de la facultad que esta raíz tiene de contener la diarrea.

<sup>38</sup> E. Kentish, que tenía que curar obreros quemados muchas veces de un modo horrible en las minas de uilla, por la explosión de gases inflamables, les hacía aplicar esencia de trementina caliente o alcohol, como el mejor medio que se podía emplear en las quemaduras graves (Second Essay on Burns, Londres, 1.798). Ningún tratamiento puede ser más homeopático que éste, ni hay tampoco otro más eficaz. Heister, cirujano hábil y hombre de buena fe, recomienda también esta práctica acreditada por su propia experiencia (Instit, chirurg, t.I. p. 33); ensalza la aplicación de la esencia de trementina, del alcohol y de cataplasmas tan calientes como el enfermo pueda soportarlas. Pero nada demuestra mejor la admirable preeminencia del método homeopático, es decir, de la aplicación en las partes quemadas de sustancias que exciten por sí mismas una sensación de calor y de ardor, sobre el método palitivo, que consiste en hacer uso de medios refrigerantes y frigoríficos, como los experimentos puros en que, para comparar los resultados de estos dos procedimientos contrarios, se han aplicado simultáneamente en un mismo sujeto y en quemaduras de igual grado. J. Bell, (en Kühn's Phys. Med. Journ., Leipzig, 1.801, Jun., pág. 428), teniendo que curar a una señora que se había quemado ambos brazos con caldo, cubrió el uno con la esencia de trementina, y el otro lo hizo sumergir en el agua fría. El primero no causaba ya ningún dolor a la media hora, mientras que el segundo continuó todavía doloroso por espacio de seis horas: desde luego que lo separaba del agua, experimentaba en él dolores más agudos, y la curación de este brazo exigió mucho más tiempo que la del otro. J. Anderson (en Kentish., loc. cit., p. 43) curó también una mujer que se había quemado la cara y los brazos con manteca hirviendo. "Algunos minutos después del accidente, dice, se cubrió la cara que estaba muy roja y dolorosa con aceite de trementina; en cuanto al brazo, la enferma lo había sumergido ya en el agua fría, y manifestó deseos de esperar el resultado de este tratamiento. Al cabo de siete horas el rostro estaba mejor, y la enferma muy aliviada. Por lo que respecta al brazo, al rededor del cual se había renovado continuamente el líquido tenía en él dolores vivos desde que lo sacó del agua, y la inflamación se había aumentado manifiestamente. Al día siguiente supe que la enferma tenía grandes dolores; la inflamación e había extendido por encima del codo, se habían reventado muchas y grandes ampollas, y se habían formado gruesas escaras en el brazo y ano que cubrieron entonces con una cataplasma caliente. La cara no causaba la menor sensación dolorosa; más fué necesario emplear los emolientes por espacio de quince días para conseguir la curación del brazo". ¿Quién no ve aquí la inmensa ventaja del tratamiento homeopático, es decir, de un agente productor de efectos semejantes a los del mismo mal, sobre el método antipático que prescribe la antigua escuela?

<sup>39</sup> J. Hunter no es el único que señala los graves inconvenientes del tratamiento de las quemaduras por medio del agua fría. Fabricio de Hildel (De combustionibus, libellus Báile, 1.607, cap. V.p. II) asegura igualmente que los fomentos fríos son muy perjudiciales en estos casos, puesto que producen efectos muy desagradables como la inflamación, supuración y a veces la gangrena

<sup>40</sup> Zimmerman (De l' Experience, t. II. pág: 318) nos enseña que los habitantes de países cálidos lo usan con el más feliz éxito, y que acostumbran beber una corta cantidad de licor espirituoso cuando se sienten muy fatigados

<sup>41</sup> Al citar los pasajes siguientes de escritores que han presentado la homeopatía, no es mi intención probar la excelencia de este método, que por sí sola se acredita, sino evitar que se me acuse de haber pasado esta especie de presentimientos, para apropiarme la prioridad de la idea

<sup>42</sup> Basil. Froben., 1.538, p. 72

<sup>43</sup> Mem. de l'Ac. roy, 1.710

Detharding descubrió<sup>44</sup> que la infusión de sen alivia los cólicos en los adultos, en virtud de la propiedad que tiene de producir cólicos en las personas que gozan de buena salud.

Bertholon<sup>45</sup> dice que la electricidad disminuye y acaba por hacer desaparecer un dolor muy análogo al que ella misma produce.

Thoury<sup>46</sup> asegura que la electricidad positiva acelera por sí misma el pulso; pero que también lo vuelve lento cuando la aceleración es excesiva a causa de la enfermedad.

Stcerck<sup>47</sup> creyó que teniendo el estramonio la propiedad de trastornar el espíritu y de producir la manía en las personas sanas, se podría muy bien administrar a los maníacos, para probar si se podría volverles la razón determinando un cambio en sus ideas.

Pero entre todos los médicos, el que expresa más formalmente su convicción acerca del particular, es el médico del ejército danés, Stahl<sup>48</sup> que habla en estos términos: "La regla admitida en medicina, de tratar las enfermedades por medios contrarios u opuestos a los efectos que éstas producen (contraria contrariis), es completamente falsa y absurda. Estoy persuadido, por el contrario, de que las enfermedades ceden a los agentes que determinan una afección semejante (similia similibus); las quemaduras por medio del ardor del fuego a que se aproxima la parte; las congelaciones, por la aplicación de nieve y de agua fría; las inflamaciones y las contusiones, por medio de los espirituosos. Siguiendo este sistema he conseguido hacer desaparecer la disposición a las acedías con cortas dosis de ácido sulfúrico, en casos en que inútilmente se habían administrado una multitud de polvos absorbentes."

Así, más de una vez se ha estado cerca de la gran verdad; pero nunca se ha tenido de ella más que una idea pasajera, de modo que la reforma indispensable que la, antigua terapéutica debía experimentar para dar origen al verdadero arte de curar, a una medicina pura y cierta, no ha podido establecerse hasta nuestros días.

### **Parágrafo 1**

La única y elevada misión del médico es la de restablecer la salud en los enfermos, que es lo que se llama curar<sup>52</sup>

<sup>44</sup> Eph. nat. cur., cent X. obs. 76

<sup>45</sup> Medizinische elektricität, II, p. 15 y 282

<sup>46</sup> Mem. leida en la Acad. de Caen

<sup>47</sup> Libell. de Stramon. p. 8

<sup>48</sup> En J. Hamelli, Comment. de Arthirite tam tartarea, quam scorbutica, seu podagra et scorbuto, Budingoe, 1.738. en 8. pág. 40-42

<sup>52</sup> Su misión no es, empero, forjar los llamados sistemas, mezclando ideas huecas e hipótesis sobre la naturaleza íntima de los procesos vitales y la manera como se generan las enfermedades en el interior invisible del organismo (sobre la cual tantos médicos hasta ahora han gastado ambiciosamente sus energías intelectuales y su tiempo); ni tampoco tratan de dar un sin número de explicaciones respecto a los fenómenos morbosos y su causa próxima (que permanecerá siempre oculta) envueltas en palabras ininteligibles y en expresiones abstractas y afectadas y pomposas, que pregonan vana erudición, a fin de deslumbrar a los ignorantes -mientras los enfermos suspiran inútilmente- por socorro. Hemos tenido ya suficientes desvaríos científicos (a los que se ha dado el nombre de medicina teórica, y para la cual se ha instituido cátedras especiales), pero ya es tiempo de que todos los que se llaman médicos cesen, al fin, de engañar a la humanidad que sufre, con vana palabrería, y comiencen ahora, de una vez a obrar, es decir, a aliviar y a curar realmente.

## **Parágrafo 2**

El ideal más elevado de una curación es restablecer la salud de manera rápida, suave y permanente, o quitar y destruir toda la enfermedad por el camino más corto, más seguro y menos perjudicial, basándose en principios de fácil comprensión.

## **Parágrafo 3**

Si el médico percibe con claridad lo que hay que curar en las enfermedades, es decir, en cada caso patológico individual (conocimiento de la enfermedad, indicación); si percibe claramente lo que hay de curativo en los medicamentos, es decir, en cada medicamento en particular (conocimiento del poder medicinal); y si sabe cómo adaptar, conforme a principios perfectamente definidos, lo que hay de curativo en los medicamentos a lo que ha descubierto que hay indudablemente de morboso en el paciente de modo que venga el restablecimiento -si sabe también adaptar de manera conveniente, el medicamento más apropiado según su modo de obrar al caso que se le presenta (elección del remedio, indicación del medicamento), así como también el modo exacto de preparación y cantidad requerida (dosis apropiada), y el periodo conveniente para repetir la dosis; -si, finalmente, conoce los obstáculos para el restablecimiento en cada caso y es hábil para removerlos, de modo que dicho restablecimiento sea permanente: entonces habrá comprendido la manera de curar juiciosa y racionalmente y será un verdadero médico.

## **Parágrafo 4**

Es igualmente conservador de la salud si conoce las cosas que la trastornan y las que originan la enfermedad, y sabe apartarlas de las personas sanas.

## **Parágrafo 5**

Es útil al médico, pues le ayuda en la curación, todo lo que se relaciona con la causa excitante u ocasional, más probable de la enfermedad aguda, así como también los puntos más importantes en la historia de la enfermedad crónica, que le ponen en aptitud de descubrir la causa fundamental, que generalmente es debida a un miasma crónico. En estas investigaciones debe tomarse en consideración todo lo que pueda averiguarse de la constitución física del paciente (especialmente cuando la enfermedad es crónica), su carácter moral e intelectual, su ocupación, modo de vivir y costumbres, sus relaciones sociales y domésticas, su edad, funcionamiento sexual, etc.

## **Parágrafo 6**

---

El observador exento de prejuicios bien enterado de la futilidad de las especulaciones transcendentales que no son confirmadas por la experiencia- por grande que sea su poder de penetración o perspicacia, no puede notar en cada enfermedad individual nada más que los cambios en la salud del cuerpo y de la mente (fenómenos morbosos, accidentes, síntomas), que pueden ser percibidos por medio de los sentidos; es decir, nota solamente las desviaciones del estado primitivo de salud del individuo ahora enfermo, que son sentidas por el paciente mismo, observadas por los que le rodean y por el médico. Este conjunto de signos perceptibles representa la enfermedad toda, es decir, juntos forman la verdadera y única imagen de la enfermedad<sup>53</sup>

### **Parágrafo 7**

Ahora bien, como en una enfermedad, de la cual no haya causa excitante o sostenedora evidente, que remover (causa ocasionales),<sup>54</sup> no podemos percibir nada más que los síntomas, deben (teniendo en cuenta la posibilidad de un miasma y las circunstancias accesorias) ser sólo ellos el medio por el cual la enfermedad pide e indica el remedio conveniente para aliviar; y aún más, la totalidad de los síntomas, de esta imagen reflejada al exterior de la esencia interior de la enfermedad, es decir, de la afección de la fuerza vital, debe ser el principal y único medio por el cual la enfermedad da a conocer el remedio que necesita, la sola cosa que determina la elección del remedio más apropiado, y así, en una palabra, la totalidad<sup>55</sup> de los síntomas debe ser la principal y verdaderamente única cosa de que el médico debe ocuparse en cada caso de enfermedad y removerla por medio de su arte, de modo que transforme en salud la enfermedad.

### **Parágrafo 8**

No se concibe, ni podía probarse por ninguna experiencia en el mundo, que después de la remoción de todos los síntomas de la enfermedad y de todo el conjunto de

---

<sup>53</sup> No sé, por lo tanto, como ha sido posible a los médicos, a la cabecera de los enfermos, suponer que sin la más cuidadosa atención a los síntomas que son nuestros guías en el tratamiento, debían buscar y descubrir solamente en lo interior oculto y desconocido, lo que habría que curar en la enfermedad, pretendiendo arrogante y ridículamente que podrían, sin prestar mucha atención a los síntomas, descubrir la alteración que ha ocurrido en el interior invisible y corregirla con (¡desconocidas!) medicinas; y que tal procedimiento podría llamarse tratamiento radical y racional. La enfermedad a los ojos del médico ¿qué es sino lo que nuestros sentidos son capaces de conocer por medio de los fenómenos que presenta, puesto que no puede ver nunca el ser inmaterial o la fuerza vital que produce la enfermedad? Tampoco es necesario que la vea, pues solamente debe investigar las acciones morbosas, que le ponga en aptitud de curar la enfermedad ¿Qué es lo que la antigua escuela quiere buscar en el interior oculto del organismo, como prima causa morbi, mientras rechaza como elemento de curación y desprecia con altanería la representación sensible y manifiesta de la enfermedad, los síntomas, que de este modo se comunican claramente con nosotros? ¿Qué más hay que curar en las enfermedades, sino todo esto?

<sup>54</sup> No es necesario decir que todo médico inteligente separa la causa ocasional existente, haciendo cesar generalmente, de manera espontánea la indisposición. Así, aleja de la habitación las flores muy olorosas, que tienen la tendencia de causar síncope y sufrimientos histéricos; extrae de la córnea el cuerpo extraño que produce la inflamación del ojo; afloja los vendajes demasiado apretados en un miembro herido, que amenaza gangrena, para aplicarlos mejor; descubre y liga la arteria herida que sangra hasta determinar el síncope; intenta, por el vómito, la expulsión de las bayas de belladona, etc. etc, que se hubiesen ingerido; extrae los cuerpos extraños que se hubiesen introducido en los orificios del cuerpo (nariz, faringe, orejas, uretra, recto, vagina); tritura los cálculos en la vejiga; abre el ano imperforado del recién nacido, etc

<sup>55</sup> En toda época, los médicos de la escuela antigua, no sabiendo cómo aliviar, han intentado combatir y suprimir, si era posible, con medicamentos, uno solo de los síntomas de entre todos los de la enfermedad, un procedimiento unilateral, que bajo el nombre de tratamiento sintomático ha excitado justamente el desprecio universal, porque no sólo no produce ninguna ventaja, sino ha determinado muchos perjuicios. Uno solo de los síntomas no es toda la enfermedad, así como tampoco un pie constituye todo el hombre. Este método es tanto más reprochable cuanto que el síntoma es solamente tratado con un remedio antagónico (es decir de una manera enantiopática y paliativa), por lo cual después de un ligero alivio venía la agravación consiguiente

accidentes perceptibles, quede o pueda quedar otra cosa que la salud, o que la alteración morbosa del interior del cuerpo quede sin destruirse<sup>56</sup>

### **Parágrafo 9**

En el estado de salud, la fuerza vital (autocrática) que dinámicamente anima el cuerpo material (organismo), gobierna con poder ilimitado y conserva todas las partes del organismo en admirable y armoniosa operación vital, tanto respecto a las sensaciones como a las funciones, de modo que el espíritu dotado de razón que reside en nosotros, puede emplear libremente estos instrumentos vivos y sanos para los más altos fines de nuestra existencia.

### **Parágrafo 10**

El organismo material, sin la fuerza vital, es incapaz de sentir, de obrar, de conservarse a sí mismo;<sup>57</sup> todas las sensaciones nacen y todas las funciones vitales se realizan por medio del ser inmaterial (el principio vital) que lo anima, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad.

### **Parágrafo 11**

Cuando una persona cae enferma, es solamente la fuerza vital inmaterial y activa por sí misma y presente en todas las partes del organismo, la que sufre desde luego la desviación que determina la influencia dinámica del agente morboso hostil a la vida; el principio vital únicamente, en estado anormal, es el que puede dar al organismo las sensaciones desagradables e inclinarlo a las manifestaciones irregulares que llamamos enfermedad: pero, como es una fuerza invisible por sí misma y sólo reconocible por sus efectos en el organismo, sus perturbaciones morbosas únicamente las da a conocer por manifestaciones anormales de las sensaciones y e las funciones e aquellas partes del cuerpo accesibles a los sentidos del observador y

---

<sup>56</sup> Cuando un paciente ha sido curado por un verdadero médico de manera que no quede huella de la enfermedad ni síntoma alguno persista, y hayan vuelto de modo permanente todos los signos de la salud ¿cómo podrá alguien, sin inferir un insulto al sentido común, afirmar que en ese paciente aún existe la enfermedad en su interior? Y sin embargo, uno de los jefes de la antigua escuela, Hufeland, sostiene esto en las siguientes palabras: "La Homeopatía puede quitar los síntomas, pero la enfermedad persiste". (Véase *Homoopathie*, p. 27, I, 19). Esto la sostiene, por una parte por la mortificación que le producen los progresos hechos por la Homeopatía en beneficio de la humanidad, y por otra, porque todavía sustenta ideas completamente materiales respecto a la enfermedad y es incapaz todavía de considerarla como un modo de ser del organismo dinámicamente alterado por la desviación morbosa de la fuerza vital; el considera la enfermedad como algo material, que después que la curación se realiza, puede permanecer oculto en algún rincón del interior del cuerpo, para presentarse algún día, a su antojo, aun durante un estado vigoroso de salud. ¡Cuán grande es todavía la ceguera de la antigua patología! No es de admirar que sólo haya producido un sistema terapéutico que se ocupa únicamente en purgar al pobre enfermo.

<sup>57</sup> Está muerto y sujeto ya únicamente al poder del mundo físico externo, que al corromperlo lo reduce a sus elementos químicos

del médico; es decir, por los síntomas morbosos y no de otro modo puede darse a conocer<sup>58 59</sup>

## Parágrafo 12

Lo único que produce las enfermedades es la fuerza vital; morbosamente afectada<sup>60</sup> por consiguiente los fenómenos morbosos accesibles a nuestros sentidos expresan al mismo tiempo todo el cambio interior, es decir, todo el trastorno morbo del dinamismo interno; en una palabra, revelan toda la enfermedad; por eso la desaparición, debido al tratamiento, de todos los fenómenos y alteraciones morbosos distintos de las funciones vitales en estado de salud, indudablemente afecta y necesariamente implica al restablecimiento integral de la fuerza vital, y por tanto, la vuelta al estado de salud de todo el organismo.

## Parágrafo 13

<sup>58</sup> ¿Qué cosa es influencia dinámica, -poder dinámica?- Nuestro planeta, en virtud de una energía invisible y oculta, hace girar la luna a su alrededor en 28 días y algunas horas, y la luna a su vez, en horas fijas y determinadas (deduciendo ciertas diferencias que se presentan con la luna llena y con la luna nueva) produce en nuestros mares del norte las mareas, alta y baja. Aparentemente esto se verifica sin intervención de influencia material o utensilio mecánico, como es costumbre en las producciones humanas; del mismo modo vemos otros numerosos hechos como resultado de la acción de una sustancia sobre otra sin poderse reconocer una relación sensible entre la causa y el efecto. Solamente la gente culta, acostumbrada a comparar y deducir, puede formarse cierta idea supra-sensible capaz de distinguir todo lo que es material o mecánico de lo que no lo es. Llama a tales efectos, efectos dinámicos, virtuales, es decir, que resultan de una energía y acción absolutas, específicas y puras, de una sustancia sobre otra. Por ejemplo, el efecto dinámico de las influencias patológicas sobre el hombre sano, así como la energía dinámica de las medicinas sobre el principio vital para el restablecimiento de la salud, no es más que una infección, pero de ningún modo material o mecánica. Exactamente como no es material ni mecánica la energía atractiva de un imán sobre un pedazo por un polo del imán, pero cómo es atraída, eso nadie lo ve. Esta energía invisible del imán no necesita medio auxiliar mecánico (material), gancho o palanca para atraer el hierro. Esta energía la saca e si mismo y es lo que obra sobre la pieza de hierro o aguja de acero de un modo invisible, inmaterial y esencial, es decir, dinámicamente, y le comunica esta cualidad magnética que es invisible también (dinámica). La aguja de acero se imanta, aun a distancia del imán y por consiguiente, sin tocarlo, adquiriendo la propiedad de imantar otras agujas, con la cualidad magnética que le comunicó la barra imantada, del mismo modo que un niño con viruelas o sarampión, comunica, a otro sano que tenga cerca, sin que haya contacto, de un modo invisible (dinámicamente), las viruelas o el sarampión, es decir, lo infecta a distancia sin que nada material vaya o pueda ir del niño afectado al que debía infectarse. Una influencia puramente específica y esencial comunicó al niño que estaba cerca, las viruelas y el sarampión, del mismo modo que el imán comunicó a la aguja cercana su propiedad magnética

<sup>59</sup> De manera semejante debe juzgarse el efecto de las medicinas sobre el organismo humano. Las sustancias que e usan como medicinas, solamente son tal cosa en tanto que cada una posea su energía específica para alterar dinámicamente y esencialmente el estado de salud, obrando por medio de las fibras sensitivas, sobre el principio esencial y director de la vida. Las propiedades medicinales de estas sustancias materiales que propiamente llamamos medicinales, se relacionan sólo con su poder de producir alteraciones en el estado de salud de la vida animal. Su influencia esencial (dinámica) y medicinal capaz de alterar la salud, depende de este principio esencial de la vida. Así como la proximidad de un polo magnético no puede comunicar más que energía magnética a la aguja (a saber, por una forma de contagio o infección) y no otras propiedades (por ejemplo, más dureza o ductilidad, etc), así también cada sustancia medicinal especial, altera como por infección, la salud del hombre de una manera peculiar, exclusiva a sí misma y no de la peculiar a otra, exactamente como la proximidad del niño varioloso no podrá comunicar al sano más que viruelas y no sarampión. Estas medicinas obran sobre todo nuestro organismo sano sin contacto de parte material de la sustancia medicinal, sino dinámicamente, como por infección o contagio. La energía curativa se manifiesta mucho más en un caso dado con la dosis más pequeña del mejor medicamento dinamizado, en el cual sólo puede haber, conforme los cálculos, tan poca sustancia material que su pequeñez impide imaginarla y concebirla por el mejor matemático, que con grandes dosis de la misma medicina en sustancia. Esa dosis muy pequeña, puede sin embargo, contener casi toda la energía medicinal pura y esencial, ampliamente desarrollada y producir tan grandes efectos dinámicos como nunca podrán alcanzarse con grandes dosis de la sustancia medicinal cruda. La energía o fuerza medicinal no se encuentra en los átomos de los medicamentos en alta dinamización, ni tampoco en sus superficies físicas y matemáticas (como vanamente se ha querido interpretar la gran energía de las medicinas dinamizadas, como si fueran materiales). Más verosímil es que resida, invisible, en el glóbulo impregnado o en la dilución, esa fuerza medicinal específica, liberada y patente que obra dinámicamente por contacto con las fibras del animal vivo, sobre todo el organismo (sin comunicarle nada material, aunque sea muy atenuado) con tanta mayor fuerza cuanto más liberada y más inmaterial está la energía medicinal, debida al proceso de la dinamización. ¿Será, entonces, imposible para nuestros hombres célebres por su riqueza en ideas luminosas, pensar en la energía dinámica como algo incorpóreo, después de ver diariamente fenómenos que no pueden explicarse de otra manera? Si uno mira alguna cosa nauseabunda, y le provoca el vómito ¿es acaso que penetró en su estómago algo material emético que se produjo este movimiento antiperistáltico? ¿No fué solamente el efecto dinámico sobre su imaginación del aspecto nauseabundo de dicha sustancia? Y si uno levanta su brazo se debe a algún instrumento material y visible? ¿A una palanca, p. ej.? ¿No sólo se debe este hecho a la energía dinámica de su voluntad?

<sup>60</sup> No es de utilidad práctica para el médico saber cómo la fuerza vital determina al organismo para desarrollar los fenómenos morbosos, es decir, cómo produce la enfermedad la que siempre permanecerá oculta para él: el dueño de la vida sólo ha descubierto a sus sentidos, lo que necesita para conocer la enfermedad y lo suficiente, en absoluto, para poderla curar

Por consiguiente, la enfermedad (que no cae bajo el dominio de la cirugía) considerada por los alópatas como una cosa distinta del todo viviente, del organismo y de la fuerza vital que lo anima, oculta en el interior y por más sutil que la considere, es un absurdo que sólo podía imaginarlo un cerebro materialista, y que ha dado por miles de años al sistema médico predominante todo ese impulso pernicioso que ha hecho de él un arte (no curativo) verdaderamente perjudicial.

#### **Parágrafo 14**

No hay nada patológico en el interior del cuerpo, ni tampoco alteración morbosa visible, susceptible de curarse, que no se de a conocer por sí misma a la observación correcta del médico, por medio de signos y de síntomas; disposición ésta que está en perfecta armonía con la infinita bondad del sabio Conservador de la vida humana.

#### **Parágrafo 15**

La perturbación morbosa del dinamismo (fuerza vital) que anima nuestro cuerpo en el interior invisible y la totalidad de los síntomas perceptibles externamente producidos por dicha perturbación en el organismo y que representa la enfermedad existente, constituyen un todo; no son más que una sola y misma cosa. El organismo es ciertamente el instrumento material de la vida, pero no puede concebirse sin el dinamismo que lo anima y obra y siente instintivamente; del mismo modo la fuerza vital no puede concebirse sin el organismo, por consiguiente los dos constituyen una unidad, aunque nuestra mente separe esta unidad en dos concepciones distintas a fin de que se comprenda fácilmente.

#### **Parágrafo 16**

Nuestra fuerza vital, siendo un poder dinámico, no puede ser atacada y afectada por influencias nocivas sobre el organismo sano y producidas por fuerzas externas hostiles que perturban el armonioso funcionamiento de la vida, más que de un modo inmaterial (dinámico); y de manera semejante todos esos desórdenes patológicos (enfermedades), no puede el médico removerlos de ningún otro modo más que por el poder inmaterial (virtual y dinámico)<sup>61</sup> de las medicinas útiles y oportunas sobre la fuerza vital, que las percibe por medio de la facultad sensitiva existente en todo el cuerpo, de modo que solamente por su acción dinámica sobre la fuerza vital el remedio deberá restablecer y restablece la salud y armonía vital, después que los cambios en la salud del paciente, perceptibles por nuestros sentidos (la totalidad de los síntomas), han revelado al médico cuidadosamente observador e investigador, la enfermedad, tan completa como sea necesario, a fin de permitirle curarla.

---

<sup>61</sup> La imaginación puede producir una perturbación suficiente de la fuerza vital, dando origen a una enfermedad grave, la cual puede curarse por el mismo medio

### **Parágrafo 17**

Toda vez que la curación que sucede a la extinción de la totalidad de los signos y síntomas perceptibles de la enfermedad, tiene siempre por resultado la desaparición del cambio interior del principio vital, es decir la total extinción de la enfermedad,<sup>62</sup> se sigue que el médico con sólo quitar la suma de síntomas hará desaparecer simultáneamente el cambio interior del cuerpo y cesará el trastorno morbozo de la fuerza vital, esto es, destruirá el total de la enfermedad, la enfermedad misma.<sup>63</sup> Pero destruir la enfermedad es restablecer la salud, y este es el más elevado y único fin del médico que conoce el verdadero objeto de su misión, que consiste en ayudar a su prójimo y no en perorar dogmáticamente.

### **Parágrafo 18**

De esta verdad incontestable que fuera de los síntomas y de las modalidades que le acompañan, nada existe que puede descubrirse por ningún medio y tenerse en cuenta para su curación, se deduce innegablemente que la suma de todos los síntomas y condiciones de cada caso individual de enfermedad, debe ser la única indicación, el solo guía que nos lleve a la elección del remedio.

### **Parágrafo 19**

Ahora bien; como las enfermedades no son más que alteraciones en el estado de salud del individuo, que se manifiestan por signos morbosos, y como la curación sólo es posible también por una vuelta al estado de salud del individuo enfermo, es evidente que las medicinas nunca podrían curar si no poseyesen el poder de alterar el estado de salud del hombre, que consiste en sensaciones y funciones; dependiendo solamente, a la verdad, de esto, su poder curativo.

### **Parágrafo 20**

Esta fuerza inmaterial que altera el estado de salud del hombre, que permanece oculta en la esencia íntima de las medicinas, no podemos conocerla en sí misma, por o solos esfuerzos de a razón; solamente por la experiencia que obtenemos de los fenómenos que desarrolla cuando obra sobre el organismo sano, podemos tener un conocimiento claro de ella.

---

<sup>62</sup> Un ensueño que avise, un capricho supersticioso o una profecía solemne de que la muerte ocurrirá cierto día y a cierta hora, han producido con frecuencia todos los signos de una enfermedad incipiente y progresiva, las señales de una muerte próxima y la muerte misma a la hora anunciada, lo que no hubiera sucedido sin la producción simultánea de un cambio interno (correspondiente al estado que se notaba en el exterior); en consecuencia, en casos de esta naturaleza, algunas veces, ya engañando al enfermo, o infundiéndole una convicción contraria se ha llegado a disipar todos los signos morbosos que anunciaban la aproximación de la muerte, y a restablecer la salud, lo que no hubiera podido suceder si el remedio moral no hubiese hecho cesar los cambios morbosos internos y externos que amenazaban con la muerte

<sup>63</sup> Así es como Dios, el Conservador de la humanidad podía revelar Su sabiduría y su bondad en lo que se refiere a la curación de las enfermedades que la afligen, haciendo ver al médico lo que tiene que quitar en ellas ara destruirlas y restablecer de este modo la salud. ¿Pero qué pensaríamos e Su sabiduría y bondad si hubiera envuelto en misteriosa oscuridad lo que debe curarse en las enfermedades (como afirma la escuela dominante de medicina, que pretende poseer una visión sobrenatural de la esencia íntima de las cosas) y encerrarla en el interior oculto del organismo, de modo que imposibilitaba al hombre para conocerla exactamente, y por consiguiente para curarla?

### **Parágrafo 21**

Ahora bien; como el principio curativo de las medicinas no es perceptible por sí mismo y como en la experimentación pura de ellas, realizada por los observadores más perspicaces, nada puede observarse que los haga considerar como medicinas o remedios, excepto ese poder de producir alteraciones distintas en el estado de salud del organismo humano, y particularmente en el de salud individual, y de excitar la aparición de varios síntomas morbosos definidos; de aquí se sigue que cuando las medicinas obran como remedios, solamente pueden ejercer su virtud curativa, alterando la salud del hombre con la producción de síntomas peculiares; por lo tanto, sólo podemos contar con los fenómenos morbosos que producen en el organismo sano como la única revelación posible de su poder curativo íntimo, a fin de conocer las enfermedades que produce y que cura cada medicina en particular.

### **Parágrafo 22**

Pero como en las enfermedades no se descubre nada que sea preciso quitarles para convertirlas en salud, sino el conjunto de sus síntomas y de sus signos, y como en los medicamentos tampoco se observa nada de curativo sino es la facultad de producir síntomas morbosos en los hombres sanos y de hacerlos desaparecer en los enfermos, síguese de aquí por una parte que los medicamentos no toman el carácter de remedios, ni pueden extinguir las enfermedades sino excitando ciertos efectos y síntomas, es decir, produciendo cierto estado morbos artificial que remueve y anula los síntomas ya existentes, eso es, la enfermedad natural que se quiere curar. Por otra parte, síguese también que por la totalidad de los síntomas de la enfermedad que se trata de curar, debe buscarse (según haya demostrado la experiencia, que los síntomas morbosos sean destruidos de modo más pronto, más cierto y más duradero, volviéndolos al estado de salud, ya sea por síntomas medicinales semejantes u opuestos)<sup>64</sup> que tengan la mayor tendencia a producir síntomas semejantes u opuestos.

### **Parágrafo 23**

Todas las experiencias puras, y todas las investigaciones cuidadosas nos demuestran que los síntomas persistentes de las enfermedades lejos de ser removidos y destruidos por los síntomas opuestos de las medicinas (como en los métodos antipático, enantiopático o paliativo) reaparecen, el contrario, después de un alivio transitorio y aparente, con mayor intensidad y manifiestamente agravados.

---

<sup>64</sup> El otro modo posible de emplear los medicamentos contra las enfermedades, además de estos dos es el método alopático, en el cual se dan medicinas que producen síntomas que no tienen relación patológica directa con el estado morbos, ni semejante ni opuesta, sino completamente heterogénea. Este procedimiento, como he demostrado en otra parte, pone en peligro la vida del paciente, de manera criminal e irresponsable por medio de medicinas peligrosas y violentas, de acción desconocida, elegidas conforme a meras suposiciones y administradas a grandes dosis y frecuentemente. Además, por medio de operaciones dolorosas, intenta llevar la enfermedad a otras regiones, y expulsando los jugos vitales del paciente por medio de evacuaciones y vómitos, sudor y salivación, pero especialmente derrochando la sangre irreparablemente, como es costumbre de la práctica rutinaria reinante, ciega e implacable; todo esto realizado frecuentemente con el pretexto de que el médico debe imitar y ayudar a la naturaleza enferma en sus esfuerzos propios, sin considerar cuán irracional es imitar y ayudar estos esfuerzos muy imperfectos, en su mayor parte inapropiados, de la energía vital ininteligente e instintiva, que reside en nuestro organismo y que rige la vida en armonioso movimiento mientras está en salud, pero no para curarse así misma en caso de enfermedad. Pues si estuviera dotada de semejante habilidad, nunca permitiría que el organismo se enfermara. Cuando nuestro principio vital se enferma por la acción de agentes nocivos, no puede hacer otra cosa más que expresar la depresión causada por perturbación de a regularidad de su vida, por síntomas, los cuales piden al médico inteligente, ayuda. Si ésta no es nada, se esfuerza por salvarse aumentando sus sufrimientos, especialmente por evacuaciones violentas, no importa lo que éstas ocasionen, a menudo con grandes sacrificios o destrucción de la misma vida. La energía vital deprimida morbosamente posee tan poca habilidad curativa digna de imitación, puesto que todos los cambios y síntomas producidos por ella en el organismo, son la enfermedad misma. ¿Qué médico inteligente querría imitar con intención de curar, que no sacrificase de este modo a su enfermo?

### **Parágrafo 24**

No queda, por lo tanto otro modo de emplear los medicamentos contra las enfermedades, eficazmente, que el método homeopático, por cuyo medio buscamos, sirviéndonos de la totalidad de los síntomas de la enfermedad, una medicina que entre todas (cuyos efectos patogenésicos son conocidos, por haberse experimentado en individuos sanos) tenga el poder y la tendencia de producir un estado morbozo artificial más semejante al caso patológico en cuestión.

### **Parágrafo 25**

Ahora bien, como quiera que en todo ensayo cuidadoso, la experiencia pura <sup>65</sup> el único oráculo infalible del arte de curar, nos enseña que el medicamento que en su acción sobre el hombre sano haya podido producir el mayor número de síntomas semejantes a los que se observan en la enfermedad que se trata de curar, tiene también, cuando se emplea en dosis de atenuación y potencia apropiadas, la facultad de destruir rápida, radical y permanentemente, la totalidad de los síntomas del estado morbozo, es decir, toda la enfermedad actual convirtiéndola en salud; y que todas las medicinas curan, sin excepción, aquellas enfermedades cuyos síntomas tienen una semejanza muy estrecha con los suyos, sin dejar de curar una sola de dichas enfermedades.

### **Parágrafo 26**

Esto se funda en la siguiente ley homeopática de la naturaleza que, a la verdad, fue alguna vez sospechada vagamente, pero no reconocida hasta hoy de manea completa y a la que se ha debido toda ecuación verdadera que haya tenido lugar: Una afección dinámica más débil es destruida permanentemente en el organismo vivo por otra más fuerte, si la última (aunque diferente en especie) es muy semejante a la primera en sus manifestaciones<sup>66</sup>.

<sup>65</sup> No quiero significar esa clase de experiencia de que tanto se lisonjean los prácticos vulgares de la antigua escuela, quienes después de haber combatido con un montón de recetas complicadas numerosas enfermedades que nunca han investigado cuidadosamente, pero que, fieles a los dogmas de su escuela, las consideran como ya descritas en las obras de patología sistemática, y sueñan poder descubrir en ellas algún principio morbífico imaginario, o achacarles alguna otra anomalía interna e hipotética. Siempre ven algo en ellas, pero no saben lo que han visto, y obtienen resultados, de las fuerzas complejas que obran sobre un objeto desconocido, que ningún humano podría desenredar, sino solamente Dios, resultados, de los cuales no puede aprenderse nada, ni adquirir experiencia. Cincuenta años de experiencias de esta clase son como cincuenta años pasados en mirar en su calidoscopio objetos coloreados y desconocidos en perpetuo movimiento; ¡millares de figuras cambiando siempre, sin darse cuenta de ellas!

<sup>66</sup> Así es como se curan las afecciones físicas y las enfermedades morales. ¿Por qué el brillante Júpiter desaparece en el crepúsculo de la mañana, de la mirada del observador? ¿Por qué un poder más fuerte y muy semejante, la claridad del día naciente, obra sobre sus nervios ópticos! En lugares en que abundan los olores fétidos, ¿cuál es la manera usual de colmar efectivamente los nervios olfativos ofendidos? Con rapé que afecta el sentido del olfato, de manera semejante, pero más fuerte. Ni la música, ni los pasteles azucarados, que obran sobre los nervios de otros sentidos, pueden curar al malestar del olfato. ¿De qué manera astuta el soldado ahoga los gritos lastimeros del que sufre el castigo de pasar por baquetas, a los oídos de los asistentes compasivos? Con las notas agudas del pífano mezcladas con las del ruidoso tambor. Y el estruendo lejano del cañón enemigo que infundiría temor en el ejército? Con el estampido fuerte del tambor mayor. Ni la distribución de una pieza brillante de uniforme, ni una reprimenda al regimiento hubiera bastado en ambos casos. Del mismo modo las penas y la tristeza se extinguen en el alma al saber de otras mayores que otros sufren, aunque el informe sea falso. Las consecuencias perjudiciales de una alegría muy grande desaparecen con tomar café, que produce un estado de la mente de gran alegría. Naciones como Alemania que por centurias había estado gradualmente hundiéndose cada vez más profundamente en una apatía desalmada y en un degradante ilotismo, necesitó que se le pisoteara todavía más en el polvo por el Conquistador Occidental, hasta que su situación se hizo intolerable; de este modo su criterio abatido fue forzado y revivido; entonces revivió en sus habitantes la dignidad de hombres, y por primera vez levantaron la cabeza como alemanes

### **Parágrafo 27**

La potencia curativa de las medicinas, por lo tanto, depende de sus síntomas, semejantes a la enfermedad, pero superiores a ella en fuerza, de modo que cada caso individual de enfermedad es destruida y curada más segura, radical, rápida y permanentemente, sólo por medio de medicinas capaces de producir (en el organismo humano) de la manera más similar y completa la totalidad de sus síntomas, que al mismo tiempo sean más fuertes que la enfermedad.

### **Parágrafo 28**

Como esta ley terapéutica natural se manifiesta por sí misma en todo experimento y en toda observación verdadera en el mundo, queda por consiguiente establecido el hecho; importa poco cual sea la explicación científica de cómo tiene lugar; y no doy mucha importancia a los esfuerzos hechos para explicarla. Pero la siguiente manera de considerarla parece ser la más verosímil, pues está fundada en premisas derivadas de la experiencia.

### **Parágrafo 29**

Como toda enfermedad (no exclusivamente quirúrgica) consiste solamente en una alteración dinámica morbosa y especial de nuestra energía vital (del principio vital) manifestada por sensaciones y acciones, así en toda curación homeopática este principio vital dinámicamente alterado por la enfermedad natural, es embargada por otra enfermedad artificial, semejante y más fuerte, creada por la administración de una potencia medicinal elegida exactamente conforme a la semejanza de los síntomas. De este modo la sensación de la manifestación morbosa dinámica y natural (más débil) cesa y desaparece. Esta manifestación morbosa ya no existe para el principio vital, que ahora está ocupada y gobernada solamente por la manifestación morbosa artificial más fuerte. Ésta, a su vez, pronto agota sus fuerzas y deja al paciente libre de la enfermedad, curado. El dinamismo, así libertado, puede continuar guiando la vida en el estado de salud. Este procedimiento que es muy verosímil, descansa sobre las siguientes proposiciones.

### **Parágrafo 30**

El organismo humano demuestra la aptitud de ser mucho más poderosamente afectado en el estado de salud, por las medicinas (en cierto modo porque tenemos la facultad de regular las dosis), que por las influencias morbíficas naturales; pues las enfermedades naturales se curan y vencen con medicamentos apropiados<sup>67</sup>.

---

<sup>67</sup> La corta duración del poder de las fuerzas morbíficas artificiales, que llamamos medicinas, hace posible que, aunque sean más fuertes que las enfermedades naturales pueda, no obstante, ser más fácilmente vencidos por la fuerza vital, que las enfermedades naturales más débiles; las

### **Parágrafo 31**

Las fuerzas enemigas, tanto psíquicas como físicas a que estamos expuestos en nuestra existencia terrenal, y que llamamos agentes morbíficos, no poseen incondicionalmente el poder de perturbar morbosamente la salud del hombre;<sup>68</sup> solamente nos enferman cuando nuestro organismo está predispuesto y es susceptible a los ataques de la causa morbífica que puede estar presente, para ser alterado en su salud, perturbado y hecho a experimentar sensaciones y funciones anormales; de aquí que no produzcan la enfermedad en todos, ni en toda época.

### **Parágrafo 32**

Pero es completamente diferente con los agentes morbíficos artificiales que llamamos medicamentos. Todo medicamento verdadero, principalmente, obra en toda época, en todas las circunstancias, en todo ser humano vivo, y produce en él sus síntomas peculiares (perfectamente perceptibles si la dosis fuese suficiente), de modo que evidentemente todo organismo humano vivo, está sujeto a ser afectado, o como inoculado, por la enfermedad medicamentosa en todo tiempo y absolutamente (incondicionalmente) y que, como antes dije, no es el caso con las enfermedades naturales.

### **Parágrafo 33**

De acuerdo con este hecho, toda experiencia ha demostrado innegablemente<sup>69</sup> que el organismo humano vivo está mucho más predispuesto y tiene mayor riesgo de ser influenciada y perturbada su salud por el poder medicinal, que por los agentes morbíficos y miasmas infecciosos, o en otras palabras, que los agentes morbíficos poseen un poder patológico de perturbar la salud del hombre que es condicional y subordinado a menudo muy condicional; mientras que los agentes medicinales tienen un poder absoluto, incondicional, muy superior al primero.

---

cuales únicamente debido a su duración más larga, generalmente tanto como la vida (psora, sífilis, sicosis) nunca pueden ser vencidas y extinguidas por dicha fuerza vital sola, hasta que el médico obra sobre ella de una manera más enérgica por medio de un agente que produzca una enfermedad muy semejante, pero más fuerte, es decir, un medicamento homeopático. La curación de enfermedades de muchos años de duración, debida a las viruelas y al sarampión (las cuales recorren un curso de solo pocas semanas), son procesos de carácter semejante

<sup>68</sup> Cuando llamo a la enfermedad un trastorno del estado de la salud el hombre, estoy lejos de querer dar una explicación metafísica de la naturaleza íntima de las enfermedades en general o de cualquier caso de enfermedad en particular. Solamente se ha intentado con esta expresión indicar, lo que puede probarse que no son, ni pueden ser las enfermedades; que no son alteraciones mecánicas o químicas de la sustancia material del cuerpo, y que no dependen de una sustancia morbífica material, sino que únicamente son perturbaciones inmateriales (esenciales), dinámicas de la vida.

<sup>69</sup> Un hecho notable en corroboración de esto es el que tuvo lugar antes del año 1.801, cuando la escarlatina lisa de Sydenham, prevalecía todavía, de tiempo en tiempo, epidémicamente entre los niños y la cual atacaba sin excepción a todos los que habían escapado en una epidemia anterior; en una semejante que presencié en Konigalutter, por el contrario, todos los niños que tomaron oportunamente una dosis muy pequeña de Belladonna, permanecieron inmunes de esta enfermedad infantil muy infecciosa. Si los medicamentos pueden proteger contra una enfermedad que se ha encarnizado por todos lados, deben poseer un poder de afectar nuestra fuerza vital, superior en sumo grado

### **Parágrafo 34**

La intensidad mayor de las enfermedades artificiales producidas por medicamentos no es, sin embargo, la única causa del poder que tienen para curar las enfermedades naturales. Para que puedan efectuar una curación, es ante todo necesario que sean capaces de producir en el cuerpo humano una enfermedad artificial tan semejante como sea posible a la que se trate de curar, y que, con un poder superior, transforma en un estado morboso muy semejante el principio vital instintivo que por sí mismo es incapaz de reflexionar o de recordar. No solamente oculta el trastorno causado por la enfermedad natural, sino de este modo le extingue y aniquila. Esto es tan cierto que ninguna enfermedad existe con anterioridad, puede curarse, ni aún por la misma Naturaleza, con la aparición de una nueva enfermedad desemejante, por fuerte que sea, e igualmente no puede curarse por un tratamiento médico con drogas que sean incapaces de producir una condición morbosa semejante en el cuerpo sano.

### **Parágrafo 35**

Para ilustrar esto, consideraremos en tres diferentes casos, tanto lo que acontece en la naturaleza cuando dos enfermedades desemejantes coexisten en una persona, como también el resultado del tratamiento médico ordinario de las enfermedades con las inconvenientes drogas alopáticas, que son incapaces de producir una condición morbosa artificial semejante a la enfermedad que se trata de curar, con lo cual se demuestra que aún la Naturaleza misma es incapaz de remover una enfermedad ya existente por otra que no sea homeopática, por fuerte que sea, e igualmente pasa con el empleo no homeopático, aún de los medicamentos más enérgicos, que nunca podrán curar una enfermedad, sea la que fuere.

### **Parágrafo 36**

I. Si dos enfermedades desemejantes que coexisten en el ser humano son de igual intensidad, o todavía más, si la más antigua es la más fuerte, la nueva será rechazada por la antigua y no permitirá que afecte el organismo. Un paciente que sufre de una enfermedad crónica grave no se infectará de una disentería benigna del otoño o de otra enfermedad epidémica. La peste de Levante, según Larry,<sup>70</sup> no se presenta donde el escorbuto es endémico, y los que sufren de eczema tampoco se infectan de ella. Jenner alega que el raquitismo impide la evolución de la vacuna. Los que sufren de consunción pulmonar no están predispuestos a los ataques de fiebres epidémicas de carácter no muy violento, según Von Hildenbrand.

---

<sup>70</sup> "Mémoires et Observations", en la Description de l'Égypte, tom. I

### **Parágrafo 37**

Del mismo modo, también con el tratamiento médico ordinario, una enfermedad crónica antigua permanece incurada e inalterable si es tratada conforme al método común alopático, es decir, con medicamentos incapaces de producir en individuos sanos una condición de la salud semejante a la enfermedad, aunque el tratamiento dure años y no sea de carácter demasiado violento<sup>71</sup>. Esto se observa diariamente en la práctica, por lo tanto, no es necesario dar ningún ejemplo que lo ilustre.

### **Parágrafo 38**

II.- La enfermedad nueva desemejante es la más fuerte.- En este caso la enfermedad bajo la cual el paciente vivía primitivamente, siendo la más débil, será detenida y suspendida por la aparición de la más fuerte, hasta que ésta recorra su curso o sea curada; entonces la antigua reaparece incurada. Según observó Tulpius<sup>72</sup> dos niños enfermos de cierta forma de epilepsia, se vieron libres de los ataques después de haberse infestado de tiña (empeine); pero tan pronto como la erupción de la cabeza desapareció la epilepsia volvió lo mismo que antes. La sarna, según observó Schopf<sup>73</sup> desapareció al presentarse el escorbuto, pero después de curado éste, aquella reapareció. Así también la tuberculosis pulmonar permaneció estacionaria al ser atacado el paciente por un tifus violento, pero siguió su marcha después que el tifo recorrió su curso.<sup>74</sup> Si se presenta la manía en un tísico, la tisis con todos sus síntomas desaparece, pero si cesa la manía, la tisis vuelve inmediatamente y resulta fatal.<sup>75</sup> Cuando el sarampión y la viruela dominan juntos, y ambos atacan al mismo niño, el sarampión que ya existía, generalmente es contenido por la viruela que se presentó más tarde; el sarampión no termina su curso hasta que termina la viruela; pero no es raro que acontezca que la infección variólica se suspenda por cuatro días por la sobrevenida de sarampión, después de cuya descamación la viruela complete su curso, como fue observado por Manget.<sup>76</sup> Aunque la infección variólica tenga seis días, cuando el sarampión se presente, la inflamación de la infección variólica permanece estacionaria y no continúa, hasta que el sarampión haya completado su curso regular de siete días.<sup>77</sup> En una epidemia de sarampión, esta enfermedad atacó a muchos individuos en el cuarto o quinto día de la existencia de la viruela e impidió el desarrollo de ésta, hasta que hubo recorrido su curso propio, entonces la viruela reapareció y procedió regularmente a su terminación.<sup>78</sup> La verdadera escarlatina lisa y erisipelatoide de Sydenham<sup>79</sup> con angina, desapareció al cuarto día al aparecer la vacuna que recorrió su curso normal y hasta que terminó ésta se estableció de nuevo

<sup>71</sup> Peor si es tratada con remedios alopáticos violentos, se crearán otras enfermedades más difíciles de curar y peligrosas para la vida

<sup>72</sup> Obs., lib. i, obs. 8

<sup>73</sup> En Hufeland's Journal, XV, 2

<sup>74</sup> Chevalier, en Hufeland's Neuesten Annalen der franzosiche, Heiljunde, ii, p. 192

<sup>75</sup> Mania phthisi superveniens eam cum omnibus suis phoenomenia auffert, verum mox redit phthisis et occidit, abeunte mania. Reil Memorab., fasc. iii, v, p. 171

<sup>76</sup> En el Edimb. Med. Comment., pt. i, I

<sup>77</sup> John Hunter, On the Venereal Disease, p. 5

<sup>78</sup> John Hunter, On the Venereal Disease, p. 5

<sup>79</sup> Descrita con mucha exactitud por Withering y Pleuciz, pero se diferencia grandemente de la púrpura (o Roodvonk), que a menudo es erróneamente denominada fiebre escarlatina. En los últimos años solamente, estas dos enfermedades, muy diferentes en su origen, se han parecido la una a la otra en sus síntomas

la escarlatina. pero en otras ocasiones, como ambas enfermedades parecen tener potencia igual, la vacuna se suspendió al octavo día con la aparición de la verdadera escarlatina lisa de Sydenham y la aureola vacunífera desapareció hasta que la escarlatina terminó, entonces la vacuna inmediatamente continuó su curso hasta su terminación normal<sup>80</sup>. El sarampión detuvo la evolución de la vacuna; al octavo día cuando la vacuna estaba en pleno desarrollo, apareció el sarampión, entonces la vacuna permaneció estacionaria y no reanudó y completó su curso sino hasta la descamación del sarampión, de modo que a los diez y seis días presentaba el aspecto que de otra manera hubiera tenido al décimo día, según observó Kortum<sup>81</sup>. Aún después de existir el sarampión la vacuna prendió, pero no recorrió su curso hasta que el sarampión hubo desaparecido, como igualmente observó Kortum<sup>82</sup>.

Yo mismo vi desaparecer la papera (antigua parotídea) inmediatamente que la vacuna evolucionó y alcanzó su máximo de desarrollo, y no fue sino hasta su completa terminación y la desaparición e su aureola, que esta tumefacción febril de las parótidas y glándulas submaxilares, que es causada por un miasma peculiar, reapareció y recorrió su curso de siete días.

Y así sucede con todas las enfermedades desemejantes; la más fuerte detiene el desarrollo de la más débil (cuando no se complican lo que es raro en las enfermedades agudas), pero nunca la una cura a la otra.

### **Parágrafo 39**

Ahora bien; los partidarios de la escuela médica vulgar han visto todo esto por muchas centurias; han visto que la misma Naturaleza no puede curar ninguna enfermedad por medio de otra, por fuerte que sea, si la enfermedad nueva es desemejante a la ya existente en el cuerpo: ¿Qué pensaremos de ellos, que a pesar de esto, continúan tratando las enfermedades crónicas con remedios alopáticos, es decir, con medicamentos y prescripciones capaces de producir sabe Dios qué estado morboso, casi invariable, no obstante desemejante a la enfermedad que se trata de curar? Aun cuando no hubiesen, hasta entonces, observado atentamente la naturaleza, los resultados miserables de su tratamiento deberían haberles enseñado que estaban siguiendo un camino impropio y falso. ¿No percibían al emplear como era su costumbre, un tratamiento alopático agresivo en una enfermedad crónica, que por este medio solamente creaban una enfermedad artificial desemejante a la original y que mientras duraba su acción mantenía en suspenso, suprimía y detenía únicamente a ésta, que más tarde, sin embargo, volvía siempre y debía volver tan pronto como la fortaleza del paciente no admitiese por más tiempo la continuación de los ataques alopáticos, a la vida? Así el exantema psórico desaparece, en verdad, muy pronto de la piel con el empleo de purgantes violentos, frecuentemente repetidos; pero cuando el paciente no puede soportar por más tiempo la enfermedad artificial (desemejante) de los intestinos y no puede tomar más purgantes, entonces o aparece de nuevo la erupción cutánea como antes, o la psora interna se manifiesta por algún síntoma dañoso, y el paciente tendrá que soportar, además de su enfermedad original no modificada, la calamidad de una digestión dolorosa y arruinada y la energía menoscabada. Así, también cuando los médicos vulgares mantienen ulceraciones

<sup>80</sup> Jenner, en Medicinische Annalen, Agosto, 1.800; p. 747

<sup>81</sup> En Hufeland's Journal der praktishen Arzneykunde, XX, 3, p. 50

<sup>82</sup> Loc. cit

artificiales de la piel y exutorios en el exterior del cuerpo, con el fin de desarraigar una enfermedad crónica, NUNCA alcanzan su objeto con este proceder, NUNCA los curan con este medio, pues las ulceraciones cutáneas artificiales, son completamente extrañas y alopáticas a la afección interna; pero, puesto que la irritación producida por varios exutorios es, algunas veces, una enfermedad (desemejante) más fuerte que la ya existente; ésta es, de este modo, acallada y suspendida por una o dos semanas. Pero solamente es suspendida, y eso por muy corto tiempo, mientras tanto se va agotando la energía del paciente. La epilepsia invariablemente vuelve y en forma agravada, cuando es suprimida por medio de exutorios, los cuales pretenden la curación, como testifican Pechlin y otros<sup>83</sup>. Pero los purgantes para la psora y los exutorios para la epilepsia, no pueden ser agentes más heterogéneos, más desemejantes y perturbadores; no pueden ser procedimientos terapéuticos más alopáticos, más agotantes; que las habituales prescripciones compuestas de ingredientes desconocidos, usados en la práctica vulgar para innumerables formas de enfermedades también desconocidas. Esto igualmente, no hace sino debilitar, y suprimir o suspender la enfermedad por corto tiempo sin poderla curar; y cuando son empleadas por mucho tiempo, siempre añaden un nuevo estado morbooso a la enfermedad antigua.

#### **Parágrafo 40**

III.- La enfermedad nueva, después de haber obrado largo tiempo en el organismo, al fin se une a la antigua que es desemejante, y forma con ella una enfermedad compleja, de modo que cada una ocupa una localidad especial en el organismo, es decir, los órganos peculiarmente adaptados a ella y solamente el lugar que especialmente le pertenece, mientras deja los órganos restantes a la otra enfermedad que le es desemejante. Así un sifilítico puede atacarse de sarna y viceversa. Pues dos enfermedades desemejantes no pueden destruirse, no pueden curarse la una a la otra. Al principio los síntomas venéreos son acallados y suspendidos cuando la erupción psórica comienza a aparecer; con el tiempo, sin embargo (como la sífilis es al menos tan fuerte como la psora), las dos se junta<sup>84</sup>, esto es, cada una ataca solamente aquellas partes del organismo que le son más afines, y de este modo el paciente se hace más enfermo y más difícil de curar.

Cuando dos enfermedades agudas infecciosas y desemejantes coexisten, como por ejemplo, la viruela y el sarampión, una de ellas detiene el desarrollo de la otra, como se ha hecho notar antes; no obstante, ha habido también fuertes epidemias de esta clase, en que dos enfermedades agudas y desemejantes, en casos raros, se han presentados simultáneamente en un solo y mismo organismo, y se combinan, por decirlo así, por corto tiempo la una con la otra. Durante una epidemia en que prevalecieron al mismo tiempo la viruela y el sarampión, de entre trescientos casos (en que estas enfermedades se suprimían o suspendían mutuamente, el sarampión se presentó veinte días después de la viruela, y la viruela apareció diez y siete o diez y ocho días después del sarampión, de modo que hasta después que la primera

---

<sup>83</sup> Obs. phus. med., lib. ii, obs. 30

<sup>84</sup> Por experimentos cuidadosos y curaciones de enfermedades complejas de esa clase, estoy ahora firmemente convencido que no tiene lugar un amalgamiento real, sino que en tales casos una enfermedad existe en el organismo además de la otra, solamente que cada una se localiza en la parte que le es afín y la curación completa se efectuará por una alternación de la mejor preparación mercurial, con los remedios específicos de la psora, dados en la dosis y forma más convenientes

enfermedad completaba previamente su curso normal) hubo un caso en que P. Russll<sup>85</sup> encontró ambas enfermedades al mismo tiempo en una persona. Rainey<sup>86</sup> fue testigo de la aparición simultánea de sarampión y la viruela en dos muchachas. J. Maurice<sup>87</sup> en toda su práctica solamente observó dos casos de esta clase. Casos semejantes se encuentran en las obras de Etmüller<sup>88</sup> y en los escritos de algunos otros. Lencker<sup>89</sup> vio la vacuna recorrer su periodo normal juntamente con el sarampión y con la púrpura. Jenner observó que la vacuna recorrió su período sin contratiempo durante el tratamiento mercurial de la sífilis.

#### Parágrafo 41

Mucho más frecuentes que las enfermedades naturales asociadas y complicadas en un mismo organismo, son las complicaciones morbosas que el tratamiento médico inadecuado (el método alopático) es capaz de producir con el empleo largo tiempo continuado de drogas inconvenientes. Con la repetición constante de éstas, se añaden, a la enfermedad natural que se trata de curar, condiciones morbosas nuevas y a menudo muy fastidiosas, que corresponden a la naturaleza de dichas drogas; estas condiciones se unen y complican con la enfermedad crónica que le son desemejantes (que son incapaces de curar por similitud de acción, es decir, homeopáticamente), añadiendo a la enfermedad antigua una nueva artificial y desemejante de naturaleza crónica, dejando así al paciente afectado de dos enfermedades en vez de una, es decir, empeorado y en estado más difícil de curar, con frecuencia completamente incurable. Muchos de los casos citados que se encuentran en periódicos médicos, y también la relación de otros en tratados de medicina, confirman la verdad de esto. De carácter semejante son los casos frecuentes en que el chancro sifilítico, complicado con la psora especialmente o con la discrasia de una gonorrea sicósica, no se cura con un tratamiento largo tiempo continuado o frecuentemente repetido de grandes dosis de preparaciones mercuriales inadecuadas, sino que toma su lugar en el organismo al lado de la afección mercurial crónica<sup>90</sup> que entretanto se ha ido desarrollando gradualmente, y así unida a él, forma a menudo una complicación monstruosa (bajo el nombre general de sífilis larvada), que entonces, aunque no completamente incurable, solamente puede ser transformada en salud con grandísima dificultad.

#### **Parágrafo 42**

La misma naturaleza permite, como se ha dicho, en algunos casos, la presencia simultánea de dos (o de tres) enfermedades naturales en un mismo y solo cuerpo. Debe notarse, sin embargo, que esta complicación acontece solamente en el caso de dos enfermedades desemejantes, que de acuerdo con la eterna ley de la naturaleza no se destruyen, no se aniquilan y no pueden curarse la una a la otra, sino, como parece, ambas (o las tres) permanecen separadas por decirlo así en el organismo y

<sup>85</sup> Véase Transactions of a Society por the Improvement of Med. and Chir. Knowledge, ii

<sup>86</sup> En Edinb. Med. Comment, iii, p. 480

<sup>87</sup> En Med. and Phys. Journ., 1.805

<sup>88</sup> Opera, ii, p.i. , cap. 10

<sup>89</sup> En Hufeland's Journal, XVii

<sup>90</sup> Porque el mercurio, además de los síntomas morbosos que en virtud de su semejanza puede curar homeopáticamente la enfermedad venérea, tiene entre sus efectos muchos otros distintos de los de la sífilis, por ejemplo, la hinchazón y ulceración de los huesos, y si es empleado en grandes dosis, produce nuevas enfermedades y grandes estragos en el cuerpo, especialmente cuando se complica con la psora, como es frecuentemente el caso

cada una toma posesión de las partes y sistemas peculiarmente apropiados a ella y que por razón de la falta de semejanza de estas enfermedades entre sí, puede muy bien suceder sin perjuicio de la unidad vital.

### **Parágrafo 43**

Sin embargo, el resultado es completamente diferente cuando dos enfermedades semejantes coexisten en el organismo, es decir, cuando a la enfermedad ya existente se añade una semejante más fuerte. En tales casos vemos como puede realizarse una curación por medio de la naturaleza; y adquirimos la enseñanza de cómo debe el hombre curar.

### **Parágrafo 44**

Dos enfermedades semejantes no pueden ni (como se ha afirmado de las enfermedades desemejantes en el I) repelerse la una a la otra, ni (como se ha visto respecto a las enfermedades desemejantes en el II) suspenderse la una de la otra, de manera que la antigua vuelve después que la nueva haya recorrido su curso; y exactamente lo mismo, no pueden dos enfermedades semejantes (como se ha demostrado en el III respecto a las afecciones desemejantes) existir la una junto a la otra, en el mismo organismo, o ambos formar una enfermedad doble o complicada.

### **Parágrafo 45**

¡No! dos enfermedades que difieran, ciertamente, en la especie (Véase, supra, 26, nota), pero muy semejantes en sus manifestaciones y efectos y en los sufrimientos y síntomas que produzcan individualmente, invariablemente se destruyen la una a la otra cuando se encuentran juntas en el organismo; es decir, la más fuerte destruye a la más débil, por la sencilla razón de que el poder morbífico más fuerte cuando invade el organismo, debido a su similitud de acción, ataca precisamente las mismas partes que previamente había afectado la irritación morbífica más débil, que, por consiguiente, no pudiendo obrar por más tiempo en ellas, se extingue<sup>91</sup>, o (en otras palabras), la nueva potencia morbífica semejante, pero más fuerte, domina las sensaciones del paciente y por esto el principio vital por razón de su peculiaridad, no puede por más tiempo sentir la acción semejante más débil que entonces se extingue, (no existe más, pues no era nada material, sino una afección dinámica). De allí en adelante, el principio vital solamente es afectado, y esto temporalmente, por la potencia morbífica nueva y semejante, pero más fuerte.

### **Parágrafo 46**

Muchos ejemplos podrían aducirse de enfermedades que han sido curadas homeopáticamente conforme los procesos naturales, por otras enfermedades que

<sup>91</sup> Del mismo modo que la imagen de la llama de una lámpara es superada y borrada de nuestra retina por un rayo de sol más fuerte que hiere la vista

presentan síntomas semejantes, aunque no es necesario, pues siendo nuestro objeto hablar de algo determinado e indudable, limitaremos nuestra atención sólo a aquellas (pocas) enfermedades que son por sí mismas invariables, que dependen de un miasma fijo, y que por esto merecen un nombre preciso.

Entre éstas la viruela, tan temida por razón del gran número de sus síntomas graves, ocupa un lugar prominente, y ha removido y curado numerosas enfermedades con síntomas semejantes.

¡Cuán frecuentemente la viruela produce una oftalmía violenta, algunas veces hasta la ceguera! ¡Y mirad! inoculándola Dezoteux<sup>92</sup> curó permanentemente una oftalmía crónica, y Leroy<sup>93</sup>, otra.

Una amaurosis de dos años de duración, debida a la supresión de la tiña de la cabeza, se curó por medio de ella, según Kelin<sup>94</sup>.

¡Con cuánta frecuencia la viruela es causa de sordera y de disnea! Y ambas enfermedades crónicas las removi6 al llegar a su periodo álgido, como observó J. F. Closs<sup>95</sup> La hinchazón del testículo, aún de carácter muy agudo, es un síntoma frecuente de la viruela y por esta razón, según observó Kein<sup>96</sup> pudo curar en virtud de su semejanza, una gran hinchazón dura el testículo izquierdo debida a un traumatismo. Y otro observador<sup>97</sup> vio la curación de una hinchazón semejante, por ella.

Entre los síntomas molestos de la viruela existe un estado disentérico; y dominó, según Fr. Wendt<sup>98</sup> observó, un caso de disentería, como un agente morbífico semejante.

La viruela que venga después de la vacunación, tanto por razón de su poder mayor como por su gran semejanza, desde luego remueve completamente la vacuna, de un modo homeopático y no le permite llegar a su completo desarrollo; pero, por otra parte, cuando la vacuna está cerca de la madurez, por razón de su gran semejanza, disminuye homeopáticamente y mucho, la viruela que sobrevenga y la hace muy benigna<sup>99</sup>, como atestiguan Mühry<sup>100</sup> y muchos otros.

La vacuna, cuya linfa, además de la sustancia preservadora, contiene un principio contagioso de erupción cutánea de otra naturaleza, que consiste con frecuencia en granos pequeños y secos (raramente grandes y pustulosos) con una aureola pequeña, frecuentemente asociada con manchas rojas y redondas y con picazón violenta, aparece en no pocos niños varios días antes más frecuentemente después de la aureola de la vacuna, y desaparece en pocos días, dejando manchas pequeñas, rojas y duras en la piel; por la semejanza de este miasma accesorio, la vacuna en desarrollo, cura perfecta y permanentemente, de una manera homeopática,

---

<sup>92</sup> Traité de l'inoculation, p. 189

<sup>93</sup> Heilkunde für Mütter, p. 384

<sup>94</sup> Interpres clinicus, p. 293

<sup>95</sup> Neue Heilart der Kinderpocken, Ulm, 1.769, p. 68; and Specim., obs. N° 18

<sup>96</sup> Op. cit

<sup>97</sup> Nov. Act. Nat. cur., vol. i., obs. 22

<sup>98</sup> Nachricht von dem Krankeninstitut Zu Earlangen, 1.783

<sup>99</sup> Esta parece ser la razón del hecho notablemente beneficioso, que desde la distribución general de la vacuna de Jenner, la viruela humana nunca volvió a aparecer epidémicamente o con la virulencia de 40 ó 50 años antes, en que la ciudad visitada por ella, perdía a lo menos una mitad y a menudo las tres cuartas partes de sus niños por muerte debida a esta peste miserable

<sup>100</sup> Willian, Ueber die Kuhpockenimpfung, aus dem Engl., mit Zusätzen G.P. Mühry, Gottingen, 1.808

erupciones cutáneas análogas, en niños, a menudo de muy larga duración y de carácter muy penoso, como atestiguan numerosos observadores<sup>101</sup>.

La vacuna, cuyo síntoma peculiar es el de producir una tumefacción del brazo,<sup>102</sup> curó después de haber desarrollado, un brazo hinchado y medio paralizado<sup>103</sup>.

La fiebre que acompaña la vacuna, que se presenta en la época de la producción de la aureola roja, curó homeopáticamente una fiebre intermitente en dos individuos, como el menor de los Hardege<sup>104</sup> refiere, confirmando lo que J. Hunter<sup>105</sup> había ya observado, que dos fiebres (enfermedades semejantes) no pueden coexistir en el mismo cuerpo.

El sarampión tiene una gran semejanza en el carácter de su fiebre y tos al de la tosferina, de aquí que Bosquillon<sup>106</sup> haya notado en una epidemia en que ambas afecciones prevalecían, que muchos niños que cogieron el sarampión, estuvieron libres de la tosferina. Todos hubieran sido protegidos e inmunizados contra la tosferina en ésta y en las subsecuentes epidemias, por el sarampión, si la tosferina no fuera una enfermedad que sólo tiene semejanza parcial con el sarampión es decir, si tuviese también una erupción cutánea semejante a la que posee la última. Así, no obstante, el sarampión preservó un gran número de la tosferina, pero eso sólo en la epidemia que prevaleció en esa época.

Sin embargo, si el sarampión se pone en contacto con una enfermedad que se parezca a su síntoma principal, a erupción, indiscutiblemente la removerá y efectuará una curación homeopática. Así una erupción herpética crónica fue completa y permanentemente (homeopáticamente) curada<sup>107</sup> por la aparición del sarampión, como observó Kortum<sup>108</sup>. Una erupción miliar de la cara, cuello y brazos excesivamente ardorosa, que había durado seis años y se agravaba en cada cambio de tiempo, con la invasión del sarampión asumió la forma de una hinchazón de la superficie de la piel, la cuál, después que el sarampión recorrió su curso fue curada y no volvió más<sup>109</sup>

#### **Parágrafo 47**

Nada podría enseñar al médico de la manera más clara y convincente que lo anterior, qué clase de agente morbífico artificial (medicina) debe escoger para curar de un modo seguro, rápido y permanente, conforme con los procesos que se verifican en la naturaleza.

#### **Parágrafo 48**

---

<sup>101</sup> Especialmente Clavier, Hurel y Desmormeaux, en el Bulletin des sciences médicales, publié par les membres du comité central de la Soc. de Médecine du Departament de l'Eure, 1.801; también en el Journal de Médecine continué. vol. XV, p. 206

<sup>102</sup> Balhorn, en Hufeland's Journal, 10, ii

<sup>103</sup> Stevenson, en Duncan's Annals of medicine, lustr. 2, vol. i, pt. 2, N° 9

<sup>104</sup> En Hufeland's Journal, XX iii

<sup>105</sup> On the venereal Disease, p. 4

<sup>106</sup> Cullen's Elements of Practical Medicine, pt. 2, i, 3, ch. vii

<sup>107</sup> O al menos ese síntoma fue removido

<sup>108</sup> En Hufeland's Journal, XX, 3, p. 50

<sup>109</sup> Rau, Ueber d. Werth des hom. Heilv., Heibelb. 1.824, p. 85

Ni con los esfuerzos naturales, como hemos visto en los ejemplos anteriores, ni con el arte del médico, una enfermedad o afección existente, puede en ningún caso, ser removida por un agente morbífico desemejante, por fuerte que sea, sino solamente por una que sea semejante en síntomas y algo más fuerte, conforme a las leyes eternas e irrevocables de la naturaleza, que hasta hoy no habían sido reconocidas.

#### **Parágrafo 49**

Hubiéramos podido encontrar muchas más curaciones reales, naturales y homeopáticas de esta clase, si por una parte la atención de los observadores se hubiera fijado más en ellas, y por otra si la naturaleza no fuese tan deficiente en enfermedades homeopáticas curativas.

#### **Parágrafo 50**

Como hemos visto, la misma Naturaleza poderosa tiene bajo su dominio pocas enfermedades además de las miasmáticas de carácter constante (la sarna), el sarampión y la viruela,<sup>110</sup> agentes morbíficos<sup>111</sup> que como remedios son, o más peligroso para la vida y que deben temerse más que la enfermedad que se trata de curar, o son de tal naturaleza (como la sarna) que, después de haber efectuado la curación, necesitan ser curados a fin de desarraigarlos a su vez del organismo, circunstancias ambas que hacen su empleo, como remedios homeopáticos, difícil, incierto y peligroso. ¡Y cuán pocas son las enfermedades a que el hombre está sujeto, que encuentran su remedio semejante en la viruela, el sarampión y la sarna! De aquí que con los procesos de la naturaleza, muy pocas enfermedades puedan curarse con estos remedios homeopáticos inciertos y arriesgados y las curaciones realizadas por este medio estén también acompañadas de peligro y mucha dificultad, por la razón de que las dosis de estas potencias morbíficas no pueden disminuirse de acuerdo con las circunstancias, como puede hacerse con los medicamentos; pues el paciente afectado de semejante enfermedad de larga duración, debe estar sujeto a toda enfermedad peligrosa y molesta; a todos los síntomas de la viruela, del sarampión (o sarna) que a su vez deberán curarse. Y sin embargo, como se ha visto, podemos señalar algunas curaciones homeopáticas notables efectuadas por esta coincidencia feliz, todo lo cual es prueba incontrovertible de la grande y única ley terapéutica de la naturaleza que las realiza: ¡Curar con síntomas semejantes!

#### **Parágrafo 51**

Esta ley terapéutica, por medio de estos hechos que son ampliamente suficientes para este fin, se manifiesta con claridad a todo cerebro inteligente. Pero, por otra parte, ved cuántas ventajas tiene el hombre sobre los procedimientos azarosos y

---

<sup>110</sup> Y el principio exantemático contagioso que existe en la linfa vacunal

<sup>111</sup> A saber, viruela y sarampión

felices de la Naturaleza imperfecta. ¡Cuántos millares más de agentes morbíficos homeopáticos no tiene el hombre a su disposición para aliviar los sufrimientos de sus prójimos, en las sustancias medicinales universalmente distribuidas en la creación! En ellas tiene productores de enfermedades de todas las variedades posibles de acción, para todas las innumerables, concebibles o inconcebibles enfermedades naturales, a la que puede prestar ayuda homeopática, agentes morbíficos (sustancias medicinales) cuyo poder, cuando su empleo como remedio ha terminado, es destruido por la fuerza vital y desaparece espontáneamente sin necesidad de un segundo tratamiento para su extirpación, como la sarna, agentes morbíficos artificiales que el médico puede atenuar, subdividir y potenciar casi hasta el infinito y cuya dosis puede disminuir a grado tal que quedase sólo ligeramente más fuerte que la enfermedad natural semejante que se trata de curar; de modo que con este método incomparable de curación, no hay necesidad de ningún ataque violento al organismo, para desarraigar una enfermedad aunque fuese inveterada y muy antigua; la curación con este método se realiza únicamente por una transición suave, imperceptible y a menudo rápida del estado de enfermedad natural torturante al de salud permanente y deseada.

#### **Parágrafo 52**

No hay más que dos métodos principales de curación: el uno basado solamente en la observación estricta de la naturaleza, en los experimentos cuidadosos y en la experiencia pura, el homeopático (nunca usado intencionalmente antes de nosotros) y un segundo método que no obra así, el heteropático o alopático. El uno se opone al otro, y sólo el que no conoce ambos puede sostener el error que alguna vez pueden aproximarse o aún unirse, o cometer el ridículo de practicar una vez homeopáticamente y otra alopáticamente, de acuerdo con el gusto del paciente; práctica que debería llamarse traición criminal contra la divina homeopatía.

#### **Parágrafo 53**

Las verdaderas curaciones suaves sólo tienen lugar conforme al método homeopático, que, como hemos visto (??? 7-25) por experiencia y deducción, es incuestionablemente el apropiado, por medio del cual el arte obtiene curaciones más rápidas, más ciertas y más permanentes, pues este arte descansa sobre una ley eterna e infalible de la naturaleza.

El arte de curar homeopático puro, es el único método exacto, el único posible al arte humano, el camino más corto para curar, y esto es tan cierto, como que no hay más que una línea recta entre dos puntos.

#### **Parágrafo 54**

El método alopático utiliza muchas cosas contra las enfermedades, pero comúnmente sólo las impropias (alloea) dominando por épocas, en diferentes formas llamadas sistemas. Cada uno de éstos sucediéndose el uno al otro, de tiempo en tiempo y

diferenciándose grandemente entre sí, se honraba a si mismo con el nombre de Medicina Racional<sup>112</sup> Cada edificador de sistemas abrigaba alta estimación de sí mismo como si fuera capaz de penetrar la naturaleza interna del organismo sano, así como del enfermo y reconocerla con claridad, y conforme a esto daba la prescripción que debería exterminar la materia dañosa<sup>113</sup> del organismo enfermo, y cómo exterminarla, a fin de restablecer la salud; todo esto conforme a suposiciones vacías y a hipótesis arbitrarias, sin haber interrogado imparcialmente a la naturaleza y haber escuchado sin prejuicios la voz de la experiencia. Se suponía que las enfermedades eran condiciones que reaparecían casi siempre de la misma manera. Muchos sistemas dieron, por lo tanto nombre a sus cuadros de enfermedades supuestas, clasificándolas cada uno de ellos de manera diferente, y se atribuyó a las medicinas poderes supuestos para curar estas condiciones anormales. (De aquí los numerosos textos de Materia Médica)<sup>114</sup>

### **Parágrafo 55**

Sin embargo, el público se convenció pronto que los sufrimientos de los enfermos se aumentaban e intensificaban con la introducción de cada uno de estos sistemas y métodos de curación, si se aplicaban exactamente. Largo tiempo haría que estos médicos alópatas habrían sido abandonados si no fuese por el alivio paliativo obtenido, a veces, con remedios empíricamente descubiertos, cuya acción favorable casi instantánea es aparente; y esto, hasta cierto punto, ha servido para mantener su crédito.

### **Parágrafo 56**

Por medio de este método paliativo (antipático, enantiopático) introducido de acuerdo con la enseñanza de Galeno "Contraria contrariis", durante diez y siete siglos, los médicos, hasta ahora, esperaban ganar crédito mientras ilusionaban con mejorías casi instantáneas; pero veremos en lo que sigue, cuán inútil y dañoso es este método de tratamiento (en las enfermedades que no recorren un curso rápido). Ciertamente es el único de los modos de tratamiento adoptado por los alópatas, que tiene alguna relación manifiesta con una parte de los sufrimientos causados por la enfermedad natural; pero ¿qué clase de relación es ésta? En verdad, la misma (la exactamente contraria de la positiva) que debería evitarse cuidadosamente si no quisiéramos engañar y burlarnos del paciente afectado de una enfermedad crónica<sup>115</sup>

<sup>112</sup> Como si las especulaciones vacías y los alardes escolásticos pudieran tener cabida en el establecimiento de una ciencia basada exclusivamente en la observación de la naturaleza, en los experimentos puros y en la experiencia

<sup>113</sup> Hasta los tiempos más recientes se ha supuesto que lo que hay que curar en las enfermedades es algo material que tiene que destruirse; puesto que ninguno concebía el efecto dinámico de los agentes morbosos, igual que la acción de las medicinas sobre la vida del organismo animal

<sup>114</sup> Para colmar la medida hasta el desbordamiento de la fatuidad propia se mezclaron (muy doctamente), a la verdad, de manera constante, muchos medicamentos diferentes en las llamadas prescripciones para administrarse en dosis frecuentes y grandes, y de esta manera la vida humana preciosa y frágil estaba en peligro en manos de estos renegados. Especialmente era así con el uso del sedal, de la sangría, de los eméticos, de los purgantes, emplastos, fuentes y cauterizaciones

<sup>115</sup> Se intentó crear un tercer modo de emplear las medicinas en las enfermedades por medio de la llamada Isopatía, es decir, un método de curar una enfermedad dada con el mismo principio contagioso que la produce. Pero aún concediendo que esto pudiese hacerse, no obstante, como después de todo, el virus se administra al paciente, muy potenciado, y por consiguiente, en una condición alterada, la curación se efectúa solo por oponer un simillimum a un simillimum. Intentar curar por medio de la mismísima potencia morbífica (per Idem), contradice todo conocimiento humano normal y por lo tanto toda experiencia. Los que primero dieron a conocer la Isopatía, probablemente pensaron en el beneficio que la humanidad recibe con la vacuna por cuyo medio el individuo vacunado es protegido contra la futura infección variólica y como si fuera curado de antemano. Pero la vacuna y la viruela sólo son semejantes, y de ningún modo la misma enfermedad. Difiere en muchas de sus manifestaciones, principalmente en el curso más rápido y en la benignidad de la vacuna, y sobre todo en que nunca es contagiosa por mera proximidad. La vacunación universal puso fin a todas las epidemias de la mortífera ya una idea clara de las primeras plagas espantosas de viruela. Además de este modo, sin duda, ciertas enfermedades humanas muy semejantes y así aumentar afortunadamente nuestra provisión de

### **Parágrafo 57**

Para poder llevar a la práctica este método antipático, el médico vulgar da, para un solo síntoma molesto de entre otros muchos de la enfermedad a que no da importancia, un medicamento que se sabe que produce síntomas exactamente opuestos al morboso que se pretende dominar, del cual puede esperar el alivio (paliativo) más rápido. Da grandes dosis de opio para toda clase de dolores, porque esta droga embota con prontitud la sensibilidad, administra el mismo remedio para las diarreas porque detiene rápidamente el movimiento peristáltico del intestino y lo hace insensible; y también en el insomnio porque el opio con rapidez produce un sueño estuporoso y comatoso; da purgantes cuando el paciente ha sufrido largo tiempo de estreñimiento; hace introducir la mano quemada en agua fría que parece quitar, como por magia, instantáneamente el dolor ardoroso, debido a su temperatura baja; pone al paciente que sufre de frialdad y deficiencia del calor vital en un baño caliente que le reconforta inmediatamente; hace ingerir vino al que sufre de debilidad prolongada (antipáticos), pero posee muy pocos además de los que se acaban de mencionar, porque la escuela médica vulgar sólo conoce la acción (primaria) peculiar de muy pocas sustancias.

### **Parágrafo 58**

Si al estimar el valor de este modo de emplear las medicinas, pasaremos, aún por alto la circunstancia de que es un tratamiento sintomático en extremo defectuoso (v. nota al ??? 7) en que el práctico dedica su atención de una manera unilateral a un solo síntoma, por consiguiente, a una pequeña parte del todo, por lo cual no puede evidentemente esperarse el alivio de toda la enfermedad, que es lo que desea el paciente, debemos, por otra parte, interrogar a la experiencia si, en un caso particular de afección crónica o persistente en que se ha usado de tales medicamentos antipáticos, después de la mejoría pasajera ¿no sobreviene un progreso en la agravación de los síntomas que fueron dominados al principio de una manera paliativa, una agravación, realmente, de toda la enfermedad? Y todo observador atento convendría en que, después de semejante mejoría corta y antipática, seguirá la agravación en todo caso sin excepción, aunque el médico vulgar acostumbra dar otra explicación a su enfermo de esta agravación subsecuente, y achacarla a malignidad de la enfermedad original manifestándose ahora por vez primera, o a la presentación de una enfermedad completamente nueva<sup>116</sup>

---

remedios homeopáticos. Pero usar una sustancia morbífica humana (un Psorinum tomado de la sarna humana) como un remedio para la misma sarna o para las consecuencias dañosas que nacen de allí es ...?No puede resultar de esto nada más que perjuicio y agravación de la enfermedad

<sup>116</sup> Por poco que los médicos hayan tenido hasta ahora el hábito de observar con precisión, no podría escapar, del todo, a su atención, la agravación que ciertamente sigue a semejante tratamiento paliativo. Un ejemplo notable de esto se encuentra en J. H., Schulze's Diss. qua corporis humani momentarearum alterationum specimina quaedam expenduntur, Haloe, 1.741 ??? 28. Villis sostiene el mismo testimonio de algo semejante (Pharm, rat. 7, cap. I, p. 298) "Opiata dolores atrocissimos plerumque sedant atque indolentiam procurant, eanque-aliquamdiu et

### **Parágrafo 59**

Nunca se han tratado con tales remedios paliativos, antagónicos, los síntomas importantes de una enfermedad continua, sin que el estado opuesto, una recaída, una agravación evidente de la enfermedad, se presente pocas horas después. Para una tendencia persistente al sueño durante el día el médico prescribía café, cuya acción primaria es la actividad, y cuando su acción se agotaba la somnolencia diurna aumentaba; para el insomnio frecuente daba en la noche, sin tener en cuenta los otros síntomas de la enfermedad, opio, que en virtud de su acción primaria produce en la misma noche sueño (embotado, soporoso), pero en las noches siguientes había mucho más insomnio que antes; a la diarrea crónica oponía, sin considerar los otros signos morbosos, el mismo opio, cuya acción primaria es producir el estreñimiento, y después de una detención pasajera de la diarrea venía la agravación subsecuente; violentos y frecuentes dolores de todas clases podía suprimir con el opio pero por corto tiempo, después siempre volvían con agudeza mayor, a menudo intolerable, o alguna afección más grave venía a sustituirlos. Para la tos nocturna de larga duración el médico vulgar no sabía nada mejor que administrar opio, cuya acción primaria es suprimir toda irritación; la tos quizás podría cesar la primera noche, pero durante las siguientes sería todavía más intensa, y si fuese suprimida una y otra vez con este paliativo en dosis cada vez mayor, se añadirá fiebre y sudores nocturnos a la enfermedad; la debilidad de la vejiga con la natural retención de orina, se trató de dominarla con la acción antipática de las cantáridas, que estimulan los conductos urinarios, por lo cual se efectuó, ciertamente, el principio de expulsión de la orina, pero después la vejiga se hizo menos capaz al estímulo y menos apta para contraerse, siendo inminente su parálisis; con grandes dosis de drogas purgantes y sales laxantes se trató de remover la tendencia crónica a la constipación, pero en su acción secundaria los intestinos se estriñeron todavía más; el médico vulgar trata de vencer la debilidad crónica con la ingestión de vino, que, sin embargo, sólo estimula por su acción primaria, de aquí que las fuerzas se debilitan grandemente al venir la acción secundaria; con sustancias amargas y condimentos picantes, trata de vigorizar y calentar un estómago crónicamente débil y frío, pero con la acción secundaria de estos paliativos, que en su acción primaria son estimulantes, el estómago se hace cada vez más inactivo; la deficiencia de calor vital de larga duración y la disposición al enfriamiento, cederán seguramente con la prescripción de baños calientes, pero luego por acción secundaria el paciente estará todavía más débil, más frío y escalofriado; las quemaduras graves se alivian instantáneamente con la aplicación de agua fría, pero después el dolor quemante aumenta a un grado de intensidad todavía mayor; por medio de remedios estornutatorios que provocan la secreción de moco, se pretende remover la coriza, con obstrucción de la nariz de largo tiempo, pero se escapa a la observación que la enfermedad se agrava mucho más con estos remedios antagónicos (en su acción secundaria), y la nariz se obstruye más; con la electricidad y el galvanismo, que en su acción primaria estimulan fuertemente las contracciones musculares, se provocó pronto mayor actividad en sus movimientos, pero la consecuencia (acción secundaria) fue la pérdida completa de toda irritabilidad

---

pro stato quodam tempore continuant, quo spatio elapso dolores mox recrudescunt et brevi ad solitam ferociam argentur". Y también en a página 295: "Exactis opūviribus illico redeunt tormina, nec atrocitatem suam remittunt, nisi dum ab eodem pharmaco rursus incautuntur". Del mismo modo J. Hunter (On the Venereal Disease, p. 13) dice que el vino y los cordiales dados a un debilitado aumentan la energía sin dar vigor real, y el poder orgánico descendiende después proporcionalmente a como ha subido, por lo cual nada se ha ganado, y si mucho se ha perdido

muscular y la parálisis; por medio de las sangrías se intentó remover el flujo crónico de sangre de la cabeza, pero estas siempre fueron seguidas de una congestión mayor; los médicos vulgares no conocen nada mejor con que tratar la torpeza paralítica mental y física, con inconsciencia, que prevalece en muchas clases de tifus, que las grandes dosis de valeriana, porque éste es uno de los agentes medicinales más poderosos para producir actividad espiritual y aumentar la facultad motora; sin embargo, en su ignorancia no sabían que esta acción es solamente la primaria y que el organismo, después de esto haya pasado, cae, sin duda, en la acción secundaria (antagónica), en un estado de mayor estupor e inmovilidad, es decir, en una parálisis mental y física (la muerte); no han visto que las mismas enfermedades en que daban más abundantemente valeriana, que obra en tales casos como remedio opuesto y antipático, eran los que infaliblemente terminaban con la muerte. El médico de la escuela antigua se regocija<sup>117</sup> de que es capaz de reducir por varias horas la velocidad de un pulso pequeño y rápido en pacientes caquéticos, con una primera dosis de digital purpúrea (que en su acción primaria hace el pulso más lento); sin embargo, su rapidez vuelve pronto y si se dan dosis repetidas y mayores el pulso disminuye aún más en su rapidez y al fin se hace incontable en la acción secundaria; desaparece el apetito, el sueño y el vigor y una muerte rápida es invariablemente el resultado, o bien se presenta la manía. Cuán a menudo, en una palabra, se agrava la enfermedad, o se produce algo aún peor por la acción secundaria de semejantes remedios antagónicos (antipáticos) y que la antigua escuela, con sus falsas teorías, no percibe, pero que la experiencia demuestra de una manera terrible.

### **Parágrafo 60**

Si se presentan estos malos efectos, como es muy natural que se espere del empleo de los medicamentos antipáticos, el médico vulgar se imagina que vencerá la dificultad, en cada agravación que aparezca, dando una dosis más fuerte del remedio, con lo cual se realiza una supresión<sup>118, 119</sup> 119(115b) igualmente pasajera; y como luego hay, sin cesar, mayor necesidad de dar cantidades cada vez más grandes del

<sup>117</sup> Véase Hufeland, en su opúsculo, die Homöopathie, p. 20

<sup>118</sup> Todos los paliativos comunes administrados en las enfermedades tienen (como hemos visto aquí) el efecto subsecuente de aumentar los sufrimientos y los médicos de la antigua escuela tenían que repetir sus dosis cada vez más fuertes para alcanzar las mismas modificaciones, que no obstante, nunca eran permanentes ni suficientes para impedir una recrudescencia mayor del padecimiento. Pero Broussais quien veinticinco años antes se revelaba contra la mezcla insensata de drogas diferentes en las recetas y por lo que terminó su predominio en Francia (por lo que la humanidad le está agradecida) introdujo su llamado sistema fisiológico (sin tener en cuenta el método homeopático ya establecido entonces), un método de tratamiento que al mismo tiempo que disminuyese e impidiese permanentemente la vuelta de todos los sufrimientos, fuese aplicable a todas las enfermedades del género humano; algo que no pudiesen realizar, por consiguiente, los paliativos en uso. Siendo incapaz de curar las enfermedades con remedios suaves e inofensivos y de este modo establecer la salud, Broussais encontró el camino más fácil de calmar los sufrimientos de los enfermos cada vez más a costa de su vida y por último extinguiendo la vida toda, un método de tratamiento que, ¡ay! pareció suficiente a sus contemporáneos. Según el grado de vigor que el paciente retenga, así se manifestarán sus padecimientos y más intensos los sentirá. Se lamenta, queja y grita y pide ayuda cada vez más a gritos, de modo que el médico no puede venir a aliviar demasiado pronto. Broussais sólo necesitó deprimir la fuerza vital, disminuirla cada vez más, frecuentemente con sangrías, sanguijuelas y ventosas que extraían el fluido vital y observar (porque la sangre irremplazable e inofensiva era, según él, responsable de casi todos los padecimientos). En la misma proporción perdía el paciente energía para sentir el dolor o para manifestar su agravación por medio de acciones y quejas violentas. El paciente aparece más tranquilo a medida que se debilita más, los circunstancias se regocijan de su alivio aparente, pero habrá que volver a emplear las mismas medidas al renovarse sus sufrimientos, ya sean espasmos, sofocación, miedo o dolor, medidas que le han calmado antes tan bellamente y prometieron mayor quietud. En enfermedades de larga duración y cuando el paciente no lo nota por estar ya inconsciente, y los parientes cegados por la mejoría aún de los últimos sufrimientos, por medio de la sangría y los baños calientes, no pueden comprender y se sorprenden cuando el paciente se muere tranquilamente. "Pero Dios sabe que el paciente en su lecho de dolor no fue tratado con violencia, pues el piquete de una lanceta pequeña no es realmente doloroso y la solución de goma arábiga (agua de Gourme, casi la única medicina que usaba Broussais), era de gusto suave y sin acción aparente, la mordedura e las sanguijuelas insignificante y las sangrías las hizo el médico tranquilamente, al mismo tiempo que los baños tibios sólo podían calmar, por todo lo cual la enfermedad debía haber sido fatal desde muy al principio, de manera que el paciente a pesar de todos los esfuerzos del médico tenía que dejar el mundo". De este modo los parientes, y especialmente los herederos del querido ausente, se consolaban

paliativo, sobreviene, ya sea otra enfermedad más grave o la incurabilidad con frecuencia, aún el peligro de la vida y la muerte misma, pero nunca la curación de una enfermedad larga o inveterada.

### **Parágrafo 61**

Si los médicos hubiesen sido capaces de reflexionar sobre los tristes resultados de la aplicación de los remedios antipáticos, hace mucho tiempo que hubieran descubierto esta gran verdad: que para obtener un método de tratamiento que produzca curaciones reales y verdaderas es preciso seguir un sistema opuesto al que hasta ahora han seguido. Hubieran conocido que, así como un efecto medicinal contrario a los síntomas de la enfermedad (remedio administrado antipáticamente) no proporciona más que un alivio de corta duración, después del cuál el mal empeora constantemente, del mismo modo el método inverso, es decir, la aplicación homeopática de los medicamentos, conforme a la similitud de los síntomas, debe proporcionar una curación perfecta y duradera con tal que se sustituyan las enormes dosis con otras tan pequeñas como sea posible. Pero, a pesar de las pocas dificultades que presenta esta serie de raciocinios a pesar de que ningún médico ha obtenido una curación verdadera de enfermedades crónicas, si por casualidad no ha predominado en sus fórmulas un medicamento homeopático; a pesar de este otro hecho no menos positivo, que la naturaleza jamás ha conseguido una curación rápida y completa sino añadiendo a la enfermedad primitiva otra semejante (??? 46); a pesar de todo esto, durante una tan larga serie de siglos no han sabido hallar una verdad que es la única por cuyo medio puede obtenerse la perfecta curación de los enfermos.

### **Parágrafo 62**

Las causas de que dependen los resultados perniciosos del tratamiento paliativo, antipático y la eficacia del opuesto, del tratamiento homeopático, se explican por los hechos siguientes, deducidos de múltiples observaciones, que ninguno antes que yo ha encontrado, aunque eran muy palpables y muy evidentes y de una importancia infinita para el arte de curar.

### **Parágrafo 63**

Todo agente que obra sobre la vitalidad, todo medicamento, desarmoniza más o menos la fuerza vital y produce cierta alteración en la salud del individuo por un periodo más o menos largo. Ésta se llama acción primaria. Aunque producida a la vez

---

<sup>119</sup> Los médicos en Europa y en otras partes, aceptaron este cómodo tratamiento de todas las enfermedades conforme a una sola regla, puesto que les libraba de toda reflexión ulterior (el más laborioso de todo trabajo en esta vida). Sólo tenían el cuidado de "calmar los remordimientos de la conciencia y consolarse a sí mismos diciéndose que no eran los creadores de este sistema y método de tratar, que todos los miles de Broussaistas hacían lo mismo y que todo cesaría de cualquiera manera con la muerte, como enseñó su maestro". De este modo millares de médicos fueron arrastrados miserablemente a derramar (con sangría fría) la sangre caliente de sus pacientes que podían curarse y de este modo quitaban la vida a millones de hombres, más que los que perecieron en los campos de batalla de Napoleón. ¿Era, quizás, necesario por disposición de Dios, que el sistema de Broussais que destruye médicamente la vida de los pacientes curables, precediese a la homeopatía a fin de abrirle los ojos al mundo a la verdadera y única ciencia y arte de la medicina, la homeopatía, que da salud y vida nueva a los enfermos curables, cuando este acto difícilísimo se practica, por un médico infatigable y de criterio de una manera pura y concienzuda?

por el medicamento y por la fuerza vital, principalmente se debe al primero. A esta acción nuestra fuerza vital intenta oponer su energía propia. Esta acción de resistencia es una propiedad, es ciertamente una acción automática de nuestra fuerza vital de conservación, que lleva el nombre de acción secundaria o reacción.

#### **Parágrafo 64**

Durante la acción primaria de los agentes morbíficos artificiales (medicamentos) sobre nuestro cuerpo sano, como se verá en los ejemplos siguientes, la fuerza vital parece conducirse simplemente de una manera pasiva (receptiva), como si estuviese obligada a sufrir las impresiones del poder artificial exterior que la domina y de ese modo altera su estado de salud; después sin embargo, parece como si despertara de nuevo para desarrollar (A) la condición de salud exactamente opuesta (reacción, acción secundaria) a este efecto (acción primaria) producida sobre ella, si existiese tal estado o puesto, y a un grado tan grande como fue el efecto (acción primaria del agente morbífico artificial o medicinal, y proporcional a su energía; o (B) si no hubiese en la naturaleza un estado exactamente opuesto a la acción primaria, intenta neutralizarse a sí misma, es decir, hacer su poder superior útil en la extinción del cambio verificado en ella por el agente externo (por el medicamento), en cuyo lugar sustituye su propio estado normal (acción secundaria, acción curativa).

#### **Parágrafo 65**

Los ejemplos de (A) son muy conocidos de todos. Una mano sumergida en agua caliente al principio está mucho más caliente que la otra que no ha sido tratada de este modo (acción primaria); pero cuando se la saca del agua caliente y queda completamente seca otra vez, se pone en poco tiempo fría y más tarde mucho más fría que la otra (acción secundaria). Una persona acalorada por un ejercicio violento (acción primaria) después sufre de frialdad y escalofrío (acción secundaria). Uno que se acaloró ayer tomando mucho vino (acción primaria) hoy siente demasiado frío todo soplo de aire (reacción orgánica, acción secundaria). Un brazo que ha estado largo tiempo metido en agua muy fría está al principio mucho más pálido y más frío (acción primaria) que el otro; pero quitado del agua fría y secado, se pone después no sólo más caliente que el otro, sino aún ardiente, rojo e inflamado (acción secundaria, reacción de la fuerza vital). Al uso del café fuerte sigue excesiva vivacidad (acción primaria), pero después queda por mucho tiempo pereza y somnolencia (reacción, acción secundaria), si siempre ésta no es removida otra vez, por corto tiempo, absorbiendo nuevas cantidades de café (paliativo). Después del profundo sueño estupefaciente producido por el opio (acción primaria), la noche siguiente se estará tanto más sin dormir (reacción, acción secundaria). Después de la constipación producida por el opio (acción primaria), sobreviene diarrea (acción secundaria); y después de purgantes que irritan los intestinos, sobreviene constipación que dura varios días (acción secundaria). Y de la misma manera sucede siempre, después de la acción primaria de un medicamento que a grandes dosis produce un cambio profundo en una persona sana, un estado exactamente opuesto se produce en la acción secundaria por nuestra fuerza vital, cuando, como se ha observado, existe realmente tal estado.

### **Parágrafo 66**

Como fácilmente puede concebirse, no se nota una acción secundaria antagónica y evidente de las dosis muy pequeñas homeopáticas, de los agentes perturbadores sobre el cuerpo sano. Ciertamente una dosis pequeña de cualquiera de ellos produce una acción primaria que es perceptible por el observador suficientemente atento; pero el organismo viviente sólo emplea contra ella tanta reacción (acción secundaria) como es necesaria para el restablecimiento de la condición normal.

### **Parágrafo 67**

Estas verdades incontrovertibles que en la naturaleza y la experiencia se nos ofrecen a la observación espontáneamente, nos explican la acción benéfica que tiene lugar con el tratamiento homeopático; mientras que por otra parte demuestran la falsedad del tratamiento antipático y paliativo de las enfermedades, con medicamentos que obran antagónicamente<sup>120</sup>

### **Parágrafo 68**

En las circunstancias homeopáticas la experiencia nos enseña que por las dosis infinitamente pequeñas que se usan en este método de tratamiento, que son exactamente suficientes para dominar y remover de las sensaciones del principio vital, la enfermedad natural, por la similitud de sus síntomas, queda ciertamente después de la destrucción de ésta, cierta enfermedad medicinal sola en el organismo, pero que debido a la extraordinaria exigüidad de la dosis es tan pasajera, tan ligera y desaparece tan rápidamente por sí misma, que la fuerza vital no necesita emplear contra esta pequeña desviación de su salud, aún más considerable reacción que la que bastaría para elevar el estado presente al de salud, es decir, que la que bastaría para efectuar el restablecimiento completo, para la cual, después de la extinción del desarreglo morboso anterior, no se requiere sino un pequeño esfuerzo.

### **Parágrafo 69**

---

<sup>120</sup> Sólo en casos muy urgentes, en que el peligro que corre la vida, y lo inminente de la muerte no diesen tiempo a un medicamento homeopático para obrar, y no admitiesen dilación alguna de horas ni minutos, en enfermedades sobrevenidas de repente a personas que poco antes estaban sanas, como la asfixia, la fulguración, la sofocación, la congelación, la sumersión, etc., sólo en estos casos es permitido y conveniente empezar a lo menos por reanimar la irritabilidad y la sensibilidad (la vida física) con la ayuda de los paliativos, tales como ligeras conmociones eléctricas, lavativas de café muy cargado, olores excitantes, la acción progresiva del calor, etc. Cuando se haya realizado este estímulo el juego de los órganos vitales continúa fisiológicamente como antes, puesto que aquí no había enfermedad (Y no obstante, la nueva secta que mezcla los dos sistemas apela (aunque en vano), a esta observación, a fin de poder tener una excusa para encontrar por todas partes tales excepciones a la regla general en las enfermedades y justificar el cómodo empleo de paliativos alopáticos y otras basuras dañosas sólo por motivo de ahorrarse la molestia de investigar el remedio homeopático apropiado para cada caso morboso y así comodamente aparecen como médicos homeópatas, sin serlo. Pero su actuación está al mismo nivel que el sistema que ejercen; están viciados) que remover, sino suspensión u opresión de la fuerza vital únicamente. A esta categoría pertenecen también diversos antidotos que se emplean en los envenenamientos repentinos: los álcalis contra los ácidos minerales, el hígado de azufre contra los venenos metálicos, el café, el alcanfor (y la ipecacuana) para los envenenamientos por el opio, etc. No porque algunos de los síntomas del remedio homeopático correspondan antipáticamente a algunos síntomas morbosos de mediana o de poca importancia, ha de creerse que el remedio ha sido mal elegido; pues con tal que los otros síntomas de la enfermedad, los que son más fuertes y más marcados (característicos) y peculiares sean cubiertos e igualados por la misma medicina por la similitud de sus síntomas, es decir, dominada, destruida y aniquilada; los pocos síntomas opuestos también desaparecen por sí mismos después que termina la acción del medicamento, sin retardar la curación en lo más mínimo

En el tratamiento antipático (paliativo) sucede precisamente todo lo contrario. El síntoma medicinal que el médico opone al síntoma morboso (como la insensibilidad y el estupor que constituye el efecto primario del opio, opuesto a un dolor agudo), no es del todo extraño y alopático a este último; existe una relación evidente entre el síntoma medicinal y el morboso, pero en sentido inverso de lo que debiera ser; pues aquí se intenta destruir el síntoma morboso por la acción de un síntoma medicinal opuesto, lo que sin embargo es imposible. No hay duda de que el medicamento elegido antipáticamente obra precisamente en el mismo punto enfermo del organismo, como el medicamento homeopático elegido por razón de la afección semejante que produce; pero el primero sólo cubre ligeramente el síntoma opuesto de la enfermedad y la hace imperceptible a nuestra fuerza vital sólo por corto tiempo, de modo que en el primer periodo de acción del paliativo antagónico la fuerza vital no percibe nada desagradable de ninguno de los dos (ni del síntoma morboso ni del síntoma medicinal), pues ambos parecen haberse removido y neutralizado dinámicamente (por ejemplo, el poder estupefaciente del opio respecto al dolor). Al principio la fuerza vital se mantiene perfectamente bien, y no siente ni el estupor del opio ni el dolor de la enfermedad. Pero como el síntoma medicinal antagónico no puede (como en el tratamiento homeopático) ocupar el lugar de la desviación morbosa presente en el organismo como una enfermedad semejante, más fuerte, y no puede, por lo tanto como un medicamento homeopático, afectar la fuerza vital con una enfermedad artificial semejante, de modo que sea capaz de penetrar en el campo de la perturbación morbosa natural primitiva; el medicamento paliativo siendo una cosa totalmente diferente y opuesta a la desviación patológica, deja a ésta intacta; la vuelve, como se ha dicho antes, por una neutralización dinámica aparente<sup>121</sup> imperceptible a la fuerza vital, pero como toda enfermedad medicinal, pronto se extingue espontáneamente y no sólo deja tras sí la enfermedad tal como era antes, sino que impele a la fuerza vital (pues tiene que darse, como todo paliativo, en grandes dosis a fin de realizar la eliminación aparente) a producir una condición opuesta a este medicamento paliativo, el reverso de la acción medicinal, por consiguiente, el análogo de la perturbación morbosa natural presente y no destruida que necesariamente es reforzada y alimentada<sup>122</sup> por esta adición (reacción contra el paliativo) producida por la fuerza vital. El síntoma morboso (esta parte individual de la enfermedad) por consiguiente se empeora después que cesa la acción del paliativo; agravación en proporción con la magnitud de la dosis. Conforme a la magnitud de la dosis de opio (para conservar el mismo ejemplo) administrada para calmar el dolor, tanto más aumenta el dolor rebasando su intensidad original, tan pronto como ha agotado su acción<sup>123</sup>.

<sup>121</sup> Las sensaciones contrarias u opuestas no se neutralizan de un modo permanente en el cuerpo del hombre vivo como las sustancias dotadas de propiedades opuestas la hacen en un laboratorio químico, donde se ve, por ejemplo, unirse el ácido sulfúrico y la potasa, formando un cuerpo muy diferente de ellos, una sal neutra que no es ácido ni álcali, y que no se descompone ni aún por el fuego. Tales combinaciones, que producen algo de estable y neutro, jamás se efectúan en nuestros órganos sensitivos con respecto a las impresiones dinámicas de una naturaleza opuesta. Al principio hay ciertamente una apariencia de neutralización o de destrucción recíproca pero las sensaciones opuestas no se ofuscan la una de la otra de un modo duradero. **Las lágrimas del doliente sólo se detendrán por un momento por un juego risible; los chistes pronto son olvidados y las lágrimas correrán más abundantes que antes**

<sup>122</sup> Tan clara como es esta proposición, ha sido mal entendida, y en oposición a ella alguien ha afirmado "que el paliativo en su acción secundaria, que sería entonces semejante a la enfermedad actual, podía ser capaz de curar exactamente tan bien como un medicamento homeopático lo haría por su acción primaria". Pero no reflexionan que la acción secundaria no es un producto del medicamento sino invariablemente de la acción antagónica de la fuerza vital del organismo; que por lo tanto esta acción secundaria que resulta de la fuerza vital, por el empleo de un paliativo, es un estado semejante a los síntomas de la enfermedad que no ha sido desarraigada por él, por lo que la reacción de la fuerza vital contra el paliativo, aumenta, por consiguiente, todavía más

<sup>123</sup> Como sucede cuando en un oscuro calabozo en que el prisionero con dificultad podría reconocer los objetos cercanos a él, se enciende alcohol repentinamente, todo se ilumina instantáneamente de un modo muy consolador para el infeliz recluso; pero cuando se extingue, cuanto más brillante fué la llamada, tanto más negra es la noche que ahora le envuelve, y hace todas las cosas al rededor de él más difíciles de ver que antes

### **Parágrafo 70**

De lo que se ha dicho ya no podemos dejar de sacar las siguientes consecuencias:

Que todo lo de carácter realmente morboso que el médico puede descubrir en las enfermedades y que debe ser curado, sólo consiste en los sufrimientos del enfermo y en las alteraciones de su salud perceptibles a los sentidos, en una palabra, solamente de la totalidad de los síntomas, por medio de los cuales la enfermedad indica el medicamento indispensable para su alivio; mientras que, por otra parte, toda causa interna a que se atribuya, toda cualidad oculta o principio morbífico material imaginario, no son sino sueños vanos.

Que esta desviación de la salud, que llamamos enfermedad, sólo puede convertirse al estado fisiológico, por otra revolución producida en dicho estado por medio de medicamentos, cuyo poder curativo único, por consiguiente, sólo consiste en la alteración de la salud del hombre, es decir, en una producción peculiar de síntomas morbosos que se conocen con mayor claridad y pureza experimentándolos en el cuerpo sano.

Que conforme a todas las experiencias, una enfermedad natural nunca puede curarse con medicamentos que posean el poder de producir en el individuo sano un estado morboso extraño (síntomas morbosos desemejantes) diferentes al de la enfermedad que hay que curar (nunca, por lo tanto, por un tratamiento alopático), y que ni aún la naturaleza realiza la curación de una enfermedad con la adición de otra semejante, por fuerte que ésta sea.

Que además, toda experiencia demuestra que por medio de medicamentos que tienen la tendencia de producir en el individuo sano un síntoma morboso artificial, antagónico a un síntoma de la enfermedad que se trata de curar, la curación nunca se realizará en un padecimiento de larga duración, sino solamente un alivio pasajero, seguido siempre de su agravación; y que, en una palabra, este tratamiento meramente paliativo y antipático en enfermedades de curso largo y carácter serio, es absolutamente ineficaz.

Que, no obstante, el tercero y único posible tratamiento (el homeopático), en que se emplea para la totalidad de los síntomas de una enfermedad natural un medicamento capaz de producir los síntomas más semejantes posible en el individuo sano, administrado en dosis apropiada es el único método eficaz por medio del cuál las enfermedades, que constituyen solamente desarreglos dinámicos de la fuerza vital, son dominadas y de este modo perfecta y permanentemente extinguidas, debiendo necesariamente dejar de existir. Esto se consigue por medio de la desviación o desarreglo semejante y más fuerte del medicamento homeopático en la manera de sentir del principio vital. De este modo de proceder tenemos el ejemplo en la misma Naturaleza libre cuando añade a una enfermedad antigua una nueva y semejante, por medio de la cual la nueva se cura y destruye rápidamente y para siempre.

### **Parágrafo 71**

Como ya no existe ahora duda de que las enfermedades del género humano sólo consisten en grupos de ciertos síntomas, y que únicamente pueden ser destruidas y convertidas en salud por la aptitud que tienen las sustancias medicinales de producir síntomas artificiales morbosos y semejantes (tal es el proceso en toda curación verdadera), de aquí que el tratamiento curativo está comprendido en los tres puntos siguientes:

I.- ¿Cómo el médico descubre lo que es necesario saber para curar las enfermedades?.

II.- ¿Cómo adquiere el conocimiento de los instrumentos apropiados para la curación de las enfermedades naturales, el poder patogénico de los medicamentos?.

III.- ¿Cuál es el método más conveniente de emplear estos agentes morbíficos artificiales (medicamentos), para la curación de las enfermedades naturales?.

### **Parágrafo 72**

Con respecto al primer uno, lo siguiente servirá como una noción preliminar general. Las enfermedades a que el hombre está sujeto son ya procesos rápidos y morbosos de la fuerza vital anormalmente desviada que tienen tendencia a terminar su periodo más o menos rápidamente, pero siempre en un tiempo de curación mediana, que se llaman enfermedades agudas; o son enfermedades de carácter tal que, con un principio pequeño e imperceptible, desvían dinámicamente el organismo vivo, cada una a su manera peculiar, que le obligan a separarse gradualmente del estado de salud de tal modo que la energía vital automática, llamada fuerza vital, cuyo fin es preservar la salud, solamente les opone al principio y durante su curso, una resistencia imperfecta, impropia e inútil, que es incapaz por sí misma de destruir y las sufre irremediabilmente (y las desarrolla) siendo cada vez más apartada de la normal, hasta que al fin el organismo se destruye; estas enfermedades se llaman crónicas. Son causadas por infección dinámica con un miasma crónico.

### **Parágrafo 73**

En cuanto a las enfermedades agudas, pueden ser de tal naturaleza que afecten al organismo humano individualmente, siendo la causa excitante influencias perjudiciales a las que se ha expuesto particularmente. Los excesos en la alimentación o su deficiencia, impresiones físicas intensas, enfriamientos, acaloramientos, disipación, esfuerzos, etc., o irritaciones físicas, emociones mentales, y otras semejantes, son causas excitantes de tales afecciones febriles agudas; sin embargo, en realidad, generalmente sólo son explosiones pasajeras de la psora latente que espontáneamente vuelve a su estado latente si la enfermedad aguda no fue de carácter demasiado violento y reprimido prontamente. O son de tal naturaleza que atacan a varias personas al mismo tiempo, aquí y allí (esporádicamente), por medio de influencias atmosféricas o telúricas o agentes dañinos; la susceptibilidad de ser morbosamente afectado por ellos, sólo la poseen pocas personas a la vez. A estas enfermedades pertenecen las que atacan muchas personas con sufrimientos muy semejantes el mismo origen (epidémicamente); estas enfermedades generalmente se vuelven infecciosas (contagiosas) cuando prevalecen entre masas

compactas de individuos. Por esta razón producen fiebres<sup>124</sup> en cada caso de forma peculiar y debida a que la enfermedad tiene un origen idéntico, determinan, en todos los que ataca, un proceso morboso idéntico que abandonado a sí mismo termina en un espacio de tiempo de duración mediano, con la muerte o con el restablecimiento. Las calamidades de la guerra, las inundaciones y el hambre son frecuentemente sus causas excitantes y productoras; algunas veces son miasmas agudos peculiares que reaparecen de la misma manera (de aquí que se las conozca por algún nombre tradicional), que unas veces atacan a las personas una sola vez en la vida, como la viruela, el sarampión, la tosferina, la fiebre escarlatina de Sydenham,<sup>125</sup> la papera, etc., u otros se presentan frecuentemente varias veces de la misma manera, como la peste de Levante, la fiebre amarilla (es muy excepcional, mejor dicho, nunca repite a fiebre amarilla; pues se ha observado que un primer ataque confiere la inmunidad.- Nota del Dr. R. Romero) el cólera Asiático, etc.

### **Parágrafo 74**

Entre las enfermedades crónicas debemos contar desgraciadamente, con aquellas que tan comunmente se encuentran, producidas artificialmente en el tratamiento alopático con el uso prolongado de medicamentos heroicos violentos, administrados en grandes y progresivas dosis, por el abuso del calomal, del sublimado corrosivo, del unguento mercurial, del nitrato de plata, del iodo y sus unguentos, del opio, de la valeriana, de la cinchona, de la quinina, de la digital, del ácido prúsico, del azufre, de ácido sulfúrico, de los purgantes continuos,<sup>126</sup> de las sangrías, de las sanguijuelas, de los exutorios, de los sedales, etc., por cuyo medio la fuerza vital es debilitada a un grado de extensión despiadada y algunas veces si no sucumbe, gradualmente se desvía (de un modo peculiar por cada sustancia) de tal modo que a fin de sostener la vida contra estos ataques enemigos y destructores, produce una revolución en el organismo, unas veces privando a alguna parte de su sensibilidad e irritabilidad y otras exaltándolas a un grado excesivo, determina dilatación o contracción, relajación o induración y aún destrucción total de ciertas partes y desarrolla alteraciones orgánicas aquí y allí, en el interior o en el exterior (lisiando el cuerpo interna y externamente), a fin de preservar al organismo de la destrucción completa por los ataques hostiles siempre renovados de semejantes fuerzas destructoras<sup>127</sup>

<sup>124</sup> El médico homeópata que no toma en consideración las preocupaciones de la escuela ordinaria (que ha escogido algunos nombres de tales fiebres, como si la naturaleza poderosa no se atreviese a producir ninguna otra, de manera que admite en estas enfermedades un tratamiento en relación con un método fijo), no acepta (para fundar su terapéutica.- Nota del Dr. R. Romero), los nombres de fiebre de las cárceles, fiebre biliosa, tifo, fiebre pútrida o mucosa, sino que trata cada una de ellas conforme a sus numerosas peculiaridades

<sup>125</sup> Después del año 1.801, los médicos confundieron una especie de púrpura miliar (roodvonk) que vino del oeste, con la fiebre escarlatina, sin embargo de que presentaba síntomas totalmente diferentes, de que la última encontraba en belladona su remedio profiláctico y curativo y la primera en acónito; la primera era generalmente esporádica, mientras que la última era invariablemente epidémica. Últimamente parece como si las dos se unieran ocasionalmente para formar una fiebre eruptiva de naturaleza peculiar, para la cual ni el uno ni el otro remedio solos, le eran completamente homeopáticos

<sup>126</sup> El único caso posible de plétora se presenta en la mujer sana, varios días antes de la menstruación, con una sensación de plenitud en la matriz y senos, pero sin inflamación

<sup>127</sup> Entre todos los métodos imaginables para aliviar las enfermedades, no se puede pensar en uno más inadecuado, irracional y alopático que el Broussaismo, tratamiento que debilita por medio de sangrías y dieta de hambre y que por muchos años se ha extendido en una gran parte del mundo. Ningún hombre inteligente puede ver en él nada médico o ayuda medicinal, pues las medicinas verdaderas, aún escogidas y administradas ciegamente a un enfermo pueden a veces ser beneficiosas en un caso dado, porque accidentalmente presentan homeopaticidad con dicho caso. Pero de la flebotomía o sangría, el sentido común sano no puede esperar más que cierta disminución y acortamiento de la vida. Es un engaño o error doloroso y sin base ninguna que todas o la mayor parte de las enfermedades dependan de una inflamación local. Aún para la verdadera inflamación local la curación más cierta y rápida se obtiene con medicamentos capaces de vencer dinámicamente la menor pérdida de fluido y vigor. La sangría, aun de la parte afectada, sólo tiende a aumentar la inflamación de estas partes, que se renueva. Es generalmente inadecuado, sí, homicida, extraer varias libras e sangre de las venas, en las fiebres inflamatorias, cuando unos cuantos medicamentos indicados disiparían este estado de irritación arterial, removiendo la sangre hasta entonces estancada con la enfermedad en pocas horas sin la menor pérdida de fluidos y vigor. Tal pérdida tan grande de sangre es evidentemente irremplazable por la continuidad de la vida, pues los órganos destinados por el Creador para formar la sangre se han debilitado, de este modo, a tal grado que aunque pueden regenerar la sangre en la misma cantidad, pero no de la misma buena calidad. Y cuán imposible es para esta plétora imaginada, haberse producido con notable rapidez y suprimida por sangrías frecuentes cuando todavía una hora antes el pulso de este febricitante (antes del período e frío y calor) estaba tan

### **Parágrafo 75**

Estos trastornos de la salud realizados por la alopatía, que no es un arte de curar, (particularmente en los tiempos actuales), son la más deplorables de todas las enfermedades crónicas, las más incurables; y siento añadir que es aparentemente imposible que es aparentemente imposible descubrir o encontrar remedios para curarlas cuando han alcanzado gran desarrollo.

### **Parágrafo 76**

La Divinidad benéfica nos concedió, en la Homeopatía, los medios para proporcionar alivio solamente en las enfermedades naturales; pero las devastaciones y mutilaciones internas y externas del organismo humano realizadas durante muchos años por el ejercicio inhumano de un falso arte<sup>128</sup> con sus drogas y tratamientos nocivos sólo pueden ser remediadas por la fuerza vital (ayudándola convenientemente, desarraigando algún miasma crónico que puede suceder que exista oculto en el fondo), si no ha sido demasiado debilitada por tales actos perjudiciales, y pueda disponer de varios años para este enorme trabajo, sin molestia alguna. No hay ni puede haber arte curativo humano para restablecer al estado normal estas innumerables condiciones anormales tan a menudo causadas por el arte alopático, que no es curativo.

### **Parágrafo 77**

Son impropriamente llamadas enfermedades crónicas las que sufren las personas que se exponen continuamente a influencias nocivas evitables, que tienen por costumbre entregarse al uso de alimentos y bebidas dañosas, que son adictos a excesos de varias clases que minan la salud, que sufren de la privación prolongada de cosas necesarias para el sostén de la vida, que viven en localidades insalubres, especialmente distritos pantanosos, que habitan en sótanos u otras casas reducidas, que están privados de aire libre y no hacen ejercicio, que arruinan su salud con trabajo mental o físico excesivo, que viven en un estado constante de preocupación, etc. Estos estados de mala salud que la gente se ocasiona, desaparecen

---

reposado. Nadie tiene sano o enfermo demasiada sangre o demasiada fortaleza. Al contrario, todo enfermo carece de potencia, de otra manera su fuerza vital hubiera impedido el desarrollo de la enfermedad. Así pues, es irracional y cruel añadir al paciente debilitado una causa mucho mayor y más grave, ciertamente, de debilidad. Es una práctica errónea, mortífera, irracional y cruel que basada en una teoría completamente sin fundamento y absurda intenta quitar la enfermedad, que siempre es dinámica, y que sólo podrá curarse con potencias también dinámicas.

<sup>128</sup> Si al fin el paciente sucumbe, el que lo ha tratado acostumbra a presentar a los parientes entristecidos los destrozos orgánicos internos encontrados en el examen post-mortem, no como debidos a su falso arte, sino que artificiosamente sostiene que son el resultado de una enfermedad primitiva e incurable (véase mi libro, *Die Allopathie, ein Wort der Warnung an Kranke jeder Art, Leipzig, bei Baumgartner* (traducido en *Lesser Writings*)). Las obras ilustradas de anatomía patológica exhiben estos informes engañosos como producto de tan lamentables errores. Los enfermos del campo y los pobres de la ciudad, que han fallecido sin soportar tratamientos nocivos y erróneos, "no son autopsiados desde el punto de vista anatómico-patológico" por regla general. No se podrían encontrar en sus cadáveres tales deformaciones y corrupción. Por este hecho puede juzgarse el valor del testimonio sacado de estas bellas ilustraciones, así como de la honradez de estos autores y de los librerías

espontáneamente, con tal que no exista en el cuerpo ningún miasma crónico, mejorando el modo de vivir, y no pueden llamarse enfermedades crónicas.

### **Parágrafo 78**

Las verdaderas enfermedades crónicas naturales son las que se originan de un miasma crónico, las cuales abandonadas a sí mismas o no dominadas con el empleo de los remedios que les son específicos, siempre van en aumento y empeorándose, no obstante el mejor régimen mental y físico, y atormentan al paciente hasta el fin de su vida con sufrimientos que siempre se agravan. Estas, exceptuando las producidas por tratamiento médico erróneo, son las más numerosas y la calamidad más grande de la raza humana, pues la constitución más robusta, el método de vida mejor regulado y la energía de la fuerza vital más rigurosa, son insuficientes para destruirlas o desarraigarlas<sup>129</sup>

### **Parágrafo 79**

Hasta ahora sólo la sífilis ha sido conocida, hasta cierto punto, como tal enfermedad miasmática crónica, que sin medicación cesa solamente con la terminación de la vida. La sicosis (enfermedad condilomatosa) igualmente indesarraigable por la fuerza vital sin tratamiento médico apropiado, no era reconocida como enfermedad miasmática crónica de carácter peculiar, a pesar de que lo es indudablemente, y los médicos piensan que la ha curado cuando han destruido las excrescencias de la piel, pero escapaba a su observación la discrasia existente ocasionada por ella.

### **Parágrafo 80**

Es incomparablemente mucho mayor y más importante que los dos miasmas crónicos que se acaban de citar, el miasma crónico psórico que, mientras los otros dos revelan su discrasia específica interna, el uno por el chancro venéreo y el otro por excrescencias en forma de coliflor, él también, después de realizar la infección interna de todo el organismo, se manifiesta por una erupción cutánea peculiar consistente a veces en algunas vesículas acompañadas de intolerable comezón cosquilleante voluptuosa (y un olor peculiar), el monstruoso miasma crónico interno -la psora, la única causa fundamental y real y productora de todas las otras numerosas, y puedo decir innumerables formas de enfermedad<sup>130</sup>, que bajo los nombres de debilidad

<sup>129</sup> Durante los años florecientes de la juventud y con el comienzo de la menstruación, unido a un género de vida beneficioso para el alma, el corazón y el cuerpo, permanecen desconocidos por años. Los afectados aparecen en perfecta salud a sus parientes y amigos y la enfermedad transmitida por infección o heredada, parece haber desaparecido completamente. Pero en años posteriores, después de acontecimientos y condiciones adversas de la vida, se presentan con seguridad y se desarrollan con más rapidez y revistiendo un carácter más serio en proporción con la perturbación del principio vital por pasiones debilitantes, penas y cuidados pero especialmente cuando ha sido desordenado por un tratamiento médico inadecuado

<sup>130</sup> Pasé doce años en investigar el origen de este gran número increíble de afecciones crónicas, indagando y reuniendo pruebas seguras de esta gran verdad desconocida a todos los observadores antiguos y contemporáneos, y descubriendo al mismo tiempo los principales (antipsóricos) remedios que colectivamente son casi iguales a esta enfermedad monstruosa de mil cabezas en todos sus desarrollos y formas diferentes. he publicado mis observaciones sobre este asunto en el libro titulado Las Enfermedades Crónicas (4 volúmenes, Dresden, Arnold. (segunda edición Düsseldorf, Schaub)); antes de haber obtenido este conocimiento sólo podía enseñar a tratar el conjunto de las enfermedades crónicas como entidades patológicas aisladas e individuales, con medicamentos cuyos efectos puros habían sido experimentados hasta esa época, en sujetos sanos: de modo que cada caso de enfermedad crónica era tratada por mis discípulos conforme al grupo de síntomas que presentaban, como si fuera una enfermedad idiopática, y era tan a menudo curada que la humanidad doliente se regocijaba de la vasta riqueza en medicamentos reunida ya por el nuevo arte de curar. Cuánto mayor motivo de alegría existe ahora que se ha alcanzado casi en absoluto la meta deseada, en cuanto al descubrimiento reciente de los remedios homeopáticos mucho más específicos para las afecciones crónicas que vienen de la psora (propriamente llamados remedios antipsóricos) y a la publicación de las instrucciones especiales para su preparación, y empleo, de entre las

nerviosa, histeria, hipocondriasis, manía, melancolía, imbecilidad, locura, epilepsia, convulsiones de todas clases, reblandecimiento de los huesos (raquitismo), escoliosis y cifosis, caries, cáncer, fungus hematodes, neoplasmas, gota, hemorroides, ictericia, cianosis, hidropesía, amenorrea, hemorragia del estómago, nariz, pulmones, vejiga y útero; de asma y ulceración de los pulmones, de impotencia y esterilidad, de hemicránea, sordera, catarata, amaurosis, cálculos urinarios, parálisis, defectos de los sentidos y dolores de todas clases, etc., aparecen en obras sistemáticas de patología como enfermedades peculiares e independientes.

### **Parágrafo 81**

El hecho de que este agente infectante extremadamente antiguo, haya pasado gradualmente a través de muchos millones de organismos humanos, en algunos cientos de generaciones, alcanzando así un desarrollo increíble, hace concebible en algún modo como pueda ahora desplegar tan innumerables formas morbosas en la gran familia humana, particularmente cuando consideramos que número de circunstancias<sup>131</sup> contribuye a la producción de esta gran variedad de enfermedades crónicas (síntomas secundarios de la psora), además de la diversidad indescriptible de hombres respecto a su constitución física congénita; de manea que no debe sorprender si tal variedad de influencias nocivas obrando interna o externamente y a veces continuamente sobre tal variedad de organismos compenetrados del miasma psórico, produzca una variedad innumerable de defectos, lesiones, desarreglos y sufrimientos que hasta ahora habían sido tratados en las obras antiguas de

cuales el verdadero médico puede ahora escoger como agentes curativos aquéllos cuyos síntomas medicamentosos corresponden en la forma más semejante (homeopática) a la enfermedad crónica que se trata de curar, y de este modo con el empleo (antipsórico) de medicamentos más apropiados a este miasma, está capacitado para prestar un servicio más esencial y casi invariablemente para realizar una curación perfecta

<sup>131</sup> Algunas de estas causas que ejercen influencia modificadora en la transformación de la psora en la enfermedad crónica, dependen algunas veces claramente del clima y del carácter físico peculiar del lugar que se habita, algunas veces de la gran variedad de la educación física y mental de la juventud, que pudo haber sido descuidada, retardada o llevada a excesos, o en el abuso en los negocios, o condiciones de vida, en la cuestión de la dieta y régimen, pasiones, comportamiento, hábitos y costumbres de varias clases

---

patología<sup>132</sup> <sup>133</sup> bajo cierto número de nombres especiales, como enfermedades de carácter independiente.

### **Parágrafo 82**

Aunque por el descubrimiento de esa gran fuente de enfermedades crónicas, como también por el de los remedios específicos homeopáticos para la psora, la medicina ha avanzado algunos pasos acercándose al conocimiento de la naturaleza de la mayoría de las enfermedades que tiene que curar, no obstante, para fijar la indicación en cada caso de enfermedad crónica (psórica) que el médico es llamado a curar, es tan indispensable al médico homeópata el deber de una cuidadosa comprensión de sus síntomas observables y característicos, como lo era antes de ese descubrimiento, pues no puede verificarse la curación real de esta o de cualquiera otra enfermedad sin un tratamiento estrictamente personal (individualización) de cada caso; solamente existe alguna diferencia en la investigación según se trata de una enfermedad aguda o de rápido desarrollo o de una enfermedad crónica; considerando que en las enfermedades agudas los síntomas principales nos impresionan y son evidentes a nuestros sentidos con más rapidez, y de aquí que se requiera mucho menos tiempo para trazar el cuadro patológico y un interrogatorio breve,<sup>134</sup> como que todo es evidente por sí mismo, mientras que en una enfermedad que ha estado gradualmente progresando por varios años, los síntomas son mucho más difíciles de descubrir.

---

<sup>132</sup> ¿Cuántos nombres impropios y ambiguos contienen estas obras, bajo cada uno de los cuales están incluidas condiciones morbosas completamente diferentes, que con frecuencia se parecen únicamente en un sólo síntoma, como la fiebre intermitente, ictericia, hidropesía, consunción, leucorrea, hemorroides, reumatismo, apoplejía, convulsiones, histeria, hipocondriasis, melancolía, manía, anginas, parálisis, etc. que las consideran como enfermedades e carácter fijo e invariable y son tratadas por motivo de su nombre, conforme a determinado plan. ¿Cómo puede justificarse la adopción de semejante nombre un tratamiento médico idéntico? "Nihil sane in artem medicam pestiferum magie unquam irrepsit malum, quam generalia quaedam nomina morbos imponere iisque aptare velle generalem quandam medicinam", dice Huxham, hombre tan esclarecido como estimable por razón de su rectitud (Op. phys. med., tom. i.). Y de la misma manera se queja Fritze (Annalen, i, p. 80) "que enfermedades esencialmente diferentes son designadas con el mismo nombre". Aún las enfermedades epidémicas que indudablemente pueden propagarse en cada epidemia distinta por principio contagioso especial que nos es desconocido, son designadas, en la antigua escuela de medicina, por nombres particulares, lo mismo que enfermedades definidas bien conocidas que se presentasen invariablemente bajo la misma forma, como la fiebre de hospital, de cárcel, de campo, pútrida, biliosa, nerviosa, mucosa, aunque cada epidemia de tales fiebres errantes e manifestase en cada aparición como distinta, como una nueva enfermedad, como si nunca antes hubiese aparecido exactamente en la misma forma, difiriendo muchísimo, en cada caso, en su curso tanto como en muchos de sus síntomas más notables y en todas sus manifestaciones. Cada una es tan distinta de todas las epidemias anteriores, que cualquiera que sea el nombre que lleven, sería un abandono de toda exactitud lógica en nuestras ideas, si fuéramos a dar a estas enfermedades, que difieren tanto entre sí, uno de esos nombres que encontramos en las obras de patología, y las tratáramos a todas administrando los medicamentos de conformidad con este nombre abusivo. El íntegro Sydenham sólo, notó ésto, cuando (Obs. med., cap. ii, De moob. epid.) insiste en la necesidad de no considerar cualquiera enfermedad epidémica como habiendo ocurrido antes y tratarla del mismo modo que la otra, puesto que todas las que se presentan sucesivamente y que son siempre tan numerosas, difieren las unas de las otras: "Nihil quiequam (opinor, ) animum universae que patet medicinae pomaeria perlustrantem, tanta admiratione percellet, quam discolor illa et sui plane dissimilis morborum Epidemicorum facies; non tam qua varias ejusdem anni tempestates, quam que discrepantes diversorum abinvicen annorum constitutiones reerunt, ab iisque dependent. Quoe tam aperta prodictorum morborum diversitas tum propies ac sibi peculiaribus symptomatis, tum etiam medendi ratione, quam hi ab iis disparem prorsus sibi vindicant, satis ilucescit. Ex quibus constat morbus hosce, ut ut externa quadantenus specie, et aymptomatis aliquot utrisque pariter supervenientibus, convenire paulo incautioribus videantui, re tamem ipsa (si bene adveris animum, ) alienoe admodum esse indolis, et distare ut aera lupinis"

<sup>133</sup> De todo esto se desprende claramente que estos nombres inútiles y arbitrarios de las enfermedades no deben de tener influencia en la práctica del verdadero médico, que sabe que debe juzgar y curar las enfermedades, no conforme a la semejanza del nombre de uno solo de sus síntomas, sino de acuerdo con la totalidad de los signos del estado individual de cada paciente, cuya afección tiene el deber el médico de investigar cuidadosamente, pero jamás dar suposiciones hipotéticas de ella. Sin embargo, si se juzgase necesario algunas veces hacer uso de los nombres de las enfermedades, a fin de que, cuando se hable acerca de un enfermo con el vulgo, nos hagamos entender en pocas palabras, solamente debemos emplearlos como nombres colectivos y decir: el enfermo tiene una especie de mal de San vito, una especie de hidropesía, una especie de tifo, una especie e fiebre intermitente; pero (con el fin de desechar para siempre las nociones erróneas a que dan origen estos nombres) nunca deberá decirse que tiene mal de San Vito, tifo, hodropesía fiebre intermitente, pues ciertamente no hay enfermedades de nombres semejantes y de carácter fijo e invariable.

<sup>134</sup> De aquí que las siguientes instrucciones para investigar los síntomas sólo son parcialmente aplicables a las enfermedades agudas

### **Parágrafo 83**

El examen individualizado de un caso de enfermedad, para el cual sólo daré en este lugar las instrucciones generales de las que el práctico sólo retendrá en su mente lo que es aplicable a cada caso individual, no exige al médico más que ausencia de prejuicio y sentidos perfectos, atención al observar y fidelidad al trazar el cuadro de la enfermedad.

### **Parágrafo 84**

El paciente detalla la historia de sus sufrimientos; los que le rodean refieren de que se ha quejado, cómo se ha portado y lo que han notado en él; el médico ve, oye y observa con sus otros sentidos lo que haya de alterado o extraordinario. Escribe con exactitud todo lo que el paciente y sus amigos le han dicho con sus propios términos. Guardando silencio les permite decir todo lo que tengan que referir y se contiene de interrumpirlos,<sup>135</sup> 135(130) a menos que se desvíen hablando del examen que hablen despacio a fin de que pueda anotar las parte importantes de lo que digan.

### **Parágrafo 85**

Empieza otra línea con cada nueva circunstancia mencionada por el enfermo o sus amigos, de modo que los síntomas estarán todos colocados separadamente unos debajo de otros. De este modo podrá añadir a cualquiera de ellos algo que al principio hubiese sido relatado de una manera demasiado vaga, pero que subsecuentemente se ampliase con claridad.

### **Parágrafo 86**

Cuando los narradores hubiesen concluido su relato espontáneo, el médico entonces revisa cada síntoma individual y saca una información más precisa de él de la manera siguiente: lee uno por uno los síntomas que le relataron y acerca de cada uno de ellos averigua más particularidades, p. ej. ¿en qué tiempo se presentó este síntoma? Fue antes de ingerir el medicamento que hasta ahora había estado tomando? ¿Mientras lo tomaba? ¿O solamente después de algunos días de dejarlo de tomar? ¿Qué clase de dolor, qué sensación precisamente, se han presentado en esta región? ¿O fue continuo, sin intermitencias? ¿Cuánto tiempo duró? ¿A qué hora del día o de la noche, y en qué posición del cuerpo se agravó o cesó por completo? ¿Cuál era la

---

<sup>135</sup> Cada interrupción rompe el lazo de las ideas del narrador y todo lo que hubiese dicho al principio, no se vuelve a ocurrir exactamente del mismo modo después de ésta

naturaleza exacta de este o aquel acontecimiento o circunstancia mencionada, descritos con palabras sencillas o llanas?.

### **Parágrafo 87**

Y así el médico obtiene una información más precisa respecto a cada detalle en particular, pero sin hacer nunca sus preguntas de modo que sugiera la respuesta al paciente,<sup>136</sup> y sólo tenga que responder afirmativa o negativamente algo incierto, a medias verdadero, o no rigurosamente exacto, ya por indolencia o al fin de complacer a su interrogador, de lo que resultará un cuadro falso de la enfermedad y un tratamiento impropio.

### **Parágrafo 88**

Si en estos detalles suministrados voluntariamente no se ha mencionado nada respecto a varias partes o funciones del cuerpo o de su estado mental, el médico preguntará qué más puede decirse de estas partes o funciones, o del estado de su ánimo o de su mente;<sup>137</sup> pero al hacer esto sólo hará uso de expresiones generales, a fin de que sus informantes se vean obligados a entrar en detalles especiales con referencia a ellos.

### **Parágrafo 89**

Cuando el paciente (porque es en él en quien tenemos principalmente que confiar para la descripción de sus sensaciones, excepto en el caso de enfermedades simuladas) por medio de estos detalles, suministrados espontáneamente y en respuesta al interrogatorio, proporcionó la información requerida y trazó un cuadro tolerablemente perfecto de la enfermedad, el médico está en libertad y obligado (si le parece que no ha adquirido todos los datos que necesita) a hacer preguntas más precisas, más especiales <sup>138</sup>.

<sup>136</sup> Por ejemplo, el médico no debe preguntar: ¿Tal cosa o tal otra ha estado presente? -Nunca deberá ser culpable de hacer semejante sugestión, que tiende a sugerir al paciente una respuesta falsa y un relato inexacto de sus síntomas

<sup>137</sup> Por ejemplo; ¿cuál es el carácter de su deposición? ¿Cómo es su sueño diurno y nocturno? ¿Cuál es el estado de su ánimo, de su humor, de su memoria? ¿Cómo está la sed? ¿Qué gusto tiene en la boca? ¿Qué clase de alimentos o bebidas le gustan más? ¿Cuáles le son más repugnantes? ¿Tiene cada alimento su gusto natural perfecto o alguno lo tiene extraño? ¿Cómo se siente después de comer o beber? ¿Tiene algo que decir respecto a la cabeza, los miembros o el abdomen?

<sup>138</sup> Por ejemplo: ¿Con qué frecuencia evacúa? ¿Cuál es el carácter preciso de las deposiciones? ¿La deposición blanquecina es mucosa o fecaloide? ¿Tiene o no dolores durante la deposición? ¿Cuál es su naturaleza exacta y dónde está localizado? ¿Qué vomitó el enfermo? ¿El mal gusto de la boca, es pútrido, amargo o ácido o de qué clase; antes o después de comer o durante la comida? ¿En qué período del día estaba peor? ¿Cuál es el sabor de los eructos? ¿La orina sólo se enturbia al asentarse o está turbia desde que se expulsa? ¿Cuál es su color cuando se acaba de emitir? ¿De qué color es el sedimento? ¿Cómo se porta durante el sueño? ¿Gime, se queja, grita o habla mientras duerme? ¿Tiene subsaltos durante el sueño? ¿Ronca al inspirar o al espirar? ¿Se acuesta sobre el dorso o de qué lado? ¿Se abriga bien o no puede soportar las ropas? ¿Despierta con facilidad o duerme profundamente? ¿Cómo se siente inmediatamente después de despertar? ¿Cuándo se presenta este o aquel síntoma? ¿Cuál es la causa que lo produce cada vez que se presenta? ¿Viene cuando está sentado, acostado, parado o moviéndose? ¿Sólo en ayunas, o en la mañana, o en la tarde o después de tomar alimento o cuándo se presenta comúnmente? ¿Cuándo se presentó el escalofrío? ¿Fue sólo una sensación de frío o estaba realmente frío al mismo tiempo? ¿Si así fué, en qué partes? ¿O mientras se sentía escalofriado estaba caliente al tacto? ¿Era sólo una sensación de frío sin temblores? ¿Estaba caliente sin rubicundez de la cara? ¿Qué partes de su cuerpo estaban calientes al tacto, sentía calor sin estar caliente al tacto? ¿Cuánto tiempo duró el escalofrío? ¿Cuánto el período de calor? ¿Cuándo se presentó la sed, durante el frío, el calor, antes o después de ellos? ¿Cuán intensa era la sed, y qué clase de bebidas deseaba? ¿Cuándo se presentó el sudor, al principio o al fin del calor? ¿O cuántas horas después del calor, cuando estaba dormido o despierto? ¿Cuál fué la intensidad del sudor? ¿Fue caliente o frío?

### **Parágrafo 90**

Cuando el médico ha terminado de escribir estos pormenores, anota entonces lo que él mismo ha observado en el enfermo,<sup>139</sup> y averigua si algo de esto era peculiar al paciente, en estado de salud.

### **Parágrafo 91**

Los síntomas y sensaciones del enfermo durante el tiempo que toma un medicamento, no proporcionan la imagen pura de la enfermedad; pero, por otra parte, los síntomas y molestias que sufre antes del uso de los medicamentos o después que han sido suspendidos por varios días, dan la idea verdaderamente fundamental de la forma originaria de la enfermedad, y el médico debe tomar especialmente nota de ellos. Cuando la enfermedad es de naturaleza crónica y el paciente ha tomado medicamentos hasta el momento en que se le ve, el médico puede dejarlo, con provecho, algunos días sin medicamentos en absoluto, o mientras tanto, administrar algo de naturaleza no medicinal y aplazar a una época posterior el escrutinio más preciso de los síntomas morbosos, a fin de estar en condición de recoger en su pureza los síntomas permanentes, no modificados de la antigua afección, y de trazar un cuadro fiel de la enfermedad.

### **Parágrafo 92**

Si fuese una enfermedad aguda y su carácter grave no permitiese dilación, el médico deberá contentarse con observar la condición morbosa, aunque alterada por los medicamentos, si no pudiere averiguar qué síntomas existían antes del empleo de éstos, a fin de que pueda, a lo menos, formarse una imagen de la enfermedad en su condición actual; es decir, del conjunto patológico formado por la enfermedad medicinal y la primitiva, que por el uso de drogas inadecuadas es generalmente más grave y peligroso que la enfermedad primitiva; de aquí que necesite pronta y eficaz ayuda. Y de este modo, trazando el cuadro completo de la enfermedad, está capacitado para combatirla con remedios homeopáticos apropiados, de modo que el enfermo no será víctima de las drogas dañosas que ha ingerido.

---

¿En qué partes? ¿Qué olor tenía? ¿De qué se quejaba antes o durante el período de frío? ¿De qué durante el de calor o después de él? ¿De qué durante el período de sudor o después de él?. En la mujer téngase en cuenta el carácter de la menstruación y otros flujos o derramantes, etc.

<sup>139</sup> Por ejemplo: Cómo se portó durante la visita, el enfermo. Si estaba malhumorado, pendenciero, apresurado, lloroso, ansioso, desesperado o triste, lleno de esperanza, tranquilo, etc. Si estaba en estado de somnolencia o en algún estado de comprensión difícil o torpe. Si hablaba ronco o en tono bajo, o incoherentemente. ¿O de qué otra manera hablaba? ¿Cuál era el color de su cara y ojos y de su piel en general? ¿Qué grado de vivacidad y poder había en su expresión y en sus ojos? ¿Cuál era el estado de su lengua, su aliento, el olor de su boca y de su poder auditivo? ¿Sus pupilas estaban dilatadas o contraídas? ¿Con qué rapidez y en qué extensión se modifican en la oscuridad y en la luz? ¿Cuál era el carácter del pulso? ¿Cuál la condición del abdomen? ¿Qué grado de humedad o calor, frialdad o sequedad al tacto tenía la piel de esta o aquella región, o en general? Si se acostaba con la cabeza echada hacia atrás, con la boca medio abierta o completamente abierta, con los brazos colocados debajo de la cabeza, en su espalda o en cualquiera otra posición. ¿Qué esfuerzo hacía para levantarse? Debe anotarse cualquiera otra cosa más que impresione al médico y sea interesante

### **Parágrafo 93**

Si la enfermedad se ha presentado en poco tiempo, o en el caso de una afección crónica, mucho tiempo antes, por alguna causa evidente, entonces, el enfermo, o sus amigos interrogados reservadamente, la mencionarán ya espontáneamente o bajo cuidadoso interrogatorio<sup>140</sup>.

### **Parágrafo 94**

Mientras se investigan el estado de una enfermedad crónica, debe considerarse y escudriñarse muy bien las circunstancias especiales del paciente respecto a sus ocupaciones ordinarias, su modo habitual de vivir y su dieta, su posición doméstica y así lo demás, para averiguar qué hay en ellas que pueda producir o sostener la enfermedad, a fin de que su remoción favorezca el restablecimiento<sup>141</sup>.

### **Parágrafo 95**

La investigación en las enfermedades crónicas de los signos arriba mencionados, y de todos los demás, debe llevarse a cabo tan cuidadosa y circunstancialmente como sea posible y deben atenderse las peculiaridades más minuciosas; por una parte, porque en estas enfermedades son lo más característico y se asemejan menos a los de las enfermedades agudas, y si debe realizarse una curación deben anotarse exactamente; y por otra, porque los enfermos están tan habituados a sus largos sufrimientos que prestan muy poca o ninguna atención a los pequeños síntomas accesorios que son frecuentemente muy fecundos en significación (característicos) -a menudo muy útiles para determinar la elección del remedio- y los miran casi como una parte necesaria de su condición, casi como la salud, habiendo olvidado la sensación real de ellos en quince o veinte años de sufrimientos, y difícilmente llegan a creer que estos síntomas accesorios, estas grandes o pequeñas desviaciones del estado de salud, puedan tener alguna conexión con su enfermedad principal.

### **Parágrafo 96**

Además de esto, los pacientes mismos difieren tanto en su modo de ser, que algunos, especialmente los llamados hipocondríacos y otras personas de gran sensibilidad e impacientes a los sufrimientos, pintan sus síntomas con colores demasiado vivos y

---

<sup>140</sup> Cualquiera causa de carácter vergonzoso, que no quieran confesar el enfermo y sus amigos, a lo menos voluntariamente, debe el médico tratar de obtenerla forzando hábilmente sus preguntas, o por información reservada. Pertenecen éstas, los envenenamientos o intentos de suicidio, el onamismo, los excesos en la crápula ordinaria o contra-natura, el abuso del vino, licores, ponche y otras bebidas irritantes, o del café -exceso en las comidas en general o de algún alimento en particular, de naturaleza nociva, -la infección venérea o la sarna, amores desgraciados, celos, desdicha doméstica, preocupaciones, penas por alguna desgracia familiar, maltrato, venganza

<sup>141</sup> En las enfermedades crónicas de la mujer es especialmente necesario prestar atención al embarazo, esterilidad, deseos sexuales, partos, abortos, amamantamiento y el estado de la menstruación. respecto a la última, sobre todo, no descuidaremos averiguar si se presenta en intervalos demasiado correctos o si se retrasa más allá del tiempo normal, cuántos días dura si el flujo es continuo o intermitente, cuál es en general su cantidad, la fuerza de su color, si existe leucorrea antes o después, pero especialmente por qué clase de sufrimientos físicos o mentales, sensaciones y dolores es precedida, acompañada o seguida; si hay leucorrea ¿cuál es su carácter qué sensaciones acompañan el flujo, de qué cantidad es éste, en qué condiciones y ocasiones se presenta?

describen sus dolencias con expresiones exageradas, con el fin de urgir el médico que los alivie<sup>142</sup>.

### **Parágrafo 97**

Otros sujetos de modo de ser contrario, empero, unas veces por indolencia, otras por falsa modestia, otras por una especie de suavidad de carácter o debilidad de la voluntad, se abstienen de mencionar el número de sus síntomas, los describen con términos vagos o alegan que no son de trascendencia.

### **Parágrafo 98**

Ahora bien, si es cierto que debemos atender sobre todo la descripción de los sufrimientos y sensaciones del enfermo y dar crédito a sus propias expresiones con las cuales trata de hacernos comprender sus dolencias -que en boca de sus amigos y servidumbre frecuentemente son alteradas y erróneamente expresadas- también es cierto, por otra parte que en todas las enfermedades, pero especialmente en las crónicas, la investigación del cuadro completo y verdadero con sus peculiaridades, exige especial circunspección, tacto, conocimiento de la naturaleza humana, cautela en conducir la indagación y paciencia en un grado eminente.

### **Parágrafo 99**

En general, la investigación de las enfermedades agudas o de las que se han presentado hace poco, es mucho más fácil para el médico, porque todos los fenómenos y desviaciones de la salud que se ha perdido recientemente, están todavía frescos en la memoria del enfermo y de sus amigos; continúan todavía siendo recientes y notables. Ciertamente que el médico necesita también en tales casos saberlo todo; pero tiene mucho menos que inquirir; la mayor parte de las veces le son detallados espontáneamente.

### **Parágrafo 100**

Al investigar la totalidad de los síntomas de las enfermedades epidémicas y esporádicas, no tiene ninguna importancia el hecho de que haya o no aparecido antes en el mundo algo semejante con el mismo nombre o con otro. La novedad o peculiaridad de una enfermedad de esta clase no influye ni en el método de examen ni en el tratamiento, puesto que el médico debe considerar la imagen pura de cada

---

<sup>142</sup> No se encontrará nunca en los hipocondríacos aún entre los más impacientes, la invención de síntomas y sufrimientos. La comparación de éstos en épocas distintas cuando el médico no les da nada absolutamente o sólo algo que no es medicinal, lo demuestra plenamente; -pero debemos restar algo de su exageración, y atribuir siempre la naturaleza enérgica de sus expresiones a su excesiva sensibilidad, en cuyo caso esta misma exageración de sus expresiones cuando habla de sus sufrimientos viene a ser por sí mismo un síntoma importante en la lista de los caracteres distintivos de que se compone la imagen de la enfermedad. El caso es diferente si se trata de loco y simuladores viles de enfermedades

enfermedad reinante como si fuera algo nuevo o desconocido e investigarla completamente en sí misma, si desea practicar la medicina de manera positiva y radical, jamás sustituyendo la observación actual por conjeturas, nunca dar por supuesto que la enfermedad ya era antes de él total o parcialmente conocida, sino que debe examinarla cuidadosamente en todas sus fases. Este modo de proceder es de lo más indispensable en tales casos, pues un cuidadoso examen demostrará que cada enfermedad reinante es en muchos respectos un fenómeno de carácter único, difiriendo grandemente de todas las epidemias anteriores, a las cuales se han aplicado ciertos nombres falsos con excepción de las epidemias que resultan de un principio contagioso que siempre permanece el mismo; tal como la viruela, el sarampión, etc.

### **Parágrafo 101**

Puede suceder fácilmente que en el primer caso de enfermedad epidémica que se presenta al médico, no obtenga desde luego el conocimiento de su imagen completa, pues solo por medio de una observación precisa de varios casos de cada una de estas enfermedades colectivas, pueda convertirse en experto con la totalidad de sus signos y síntomas. No obstante, el médico cuidadosamente observador puede aun con el examen del primero o segundo enfermo llegar lo más aproximado posible al conocimiento del verdadero estado, teniendo en la mente una imagen característica de él, y aun tener éxito encontrando el remedio apropiado, homeopáticamente adaptado.

### **Parágrafo 102**

Con el hecho de escribir los síntomas de varios casos de esta clase, el diseño del cuadro de la enfermedad se hace cada vez más completo; no más extenso y difuso sino más significativo (más característico) e incluyendo más particularidades de esta enfermedad colectiva. Por una parte, los síntomas generales (p. ej. pérdida del apetito, insomnio, etc.) quedan perfectamente definidos en cuanto a sus peculiaridades y por otra, los síntomas más notables y especiales que son peculiares a pocas enfermedades y de aparición más rara, al menos en la misma combinación, se hacen prominentes y constituyen lo que es característico de la enfermedad<sup>143</sup>. Todos los ataques de la enfermedad reinante, al mismo tiempo, la contraen indudablemente de una sola y misma fuente, de aquí que tengan la misma enfermedad; pero toda la magnitud de una enfermedad epidémica y la totalidad de sus síntomas (cuyo conocimiento, que es esencial para permitirnos elegir el remedio homeopático más conveniente para este conjunto de síntomas, se obtiene con el examen completo del cuadro morbozo) no puede conocerse por un solo paciente, solo puede ser perfectamente deducida (abstraída) y descubierta por los sufrimientos de varios enfermos de constituciones diferentes.

### **Parágrafo 103**

---

<sup>143</sup> El médico que ha podido ya escoger en los primeros casos el remedio que se aproxima a la especificidad homeopática, podrá en los casos subsecuentes ya verificar la conveniencia del remedio elegido, o descubrir el más apropiado, el más homeopático

Del mismo modo como aquí se ha dicho con relación a las enfermedades epidémicas, que generalmente son de carácter agudo, las enfermedades crónicas miasmáticas, que, como he demostrado, siempre permanecen las mismas en su naturaleza esencial, especialmente la psora, deben investigarse en todos sus síntomas y de un modo mucho más minucioso de lo que ha hecho antes, porque también en dichas enfermedades un paciente solo exhibe una parte de los síntomas, un segundo, un tercero, etc., presentan algunos otros, que también son (separados como están) parte de la totalidad de los síntomas que constituyen la extensión completa de la enfermedad. De modo que todo el conjunto de síntomas que pertenece a una enfermedad miasmática crónica, y especialmente a la psora, solo puede descubrirse por la observación de muchos pacientes individualmente afectados de tales enfermedades crónicas; y sin un examen completo y un cuadro colectivo de estos síntomas no puede descubrirse el medicamento capaz de curar homeopáticamente (es decir, antipsórico) toda la enfermedad. Estos medicamentos son, al mismo tiempo los verdaderos remedios de varios pacientes que sufren de tales enfermedades crónicas.

#### **Parágrafo 104**

Cuando la totalidad de los síntomas que especialmente caracterizan y distinguen el caso patológico, o en otras palabras, cuando el cuadro de la enfermedad, cualquiera que sea su clase, está una vez trazado<sup>144</sup> la parte más difícil del trabajo está concluida. El médico tiene entonces la imagen de la enfermedad siempre frente a sí para guiarle en el tratamiento, especialmente si es crónica; puede investigarla en todas sus partes y escoger los síntomas característicos, a fin de oponerles, es decir, a toda la enfermedad, una fuerza morbífica artificial y muy semejante, en forma de sustancia medicamentosa elegida homeopáticamente, tomada de la lista de todos los medicamentos cuyos efectos puros han sido descubiertos. Durante el tratamiento, cuando desea averiguar cuál ha sido el efecto del medicamento y qué cambios se han realizado en el estado del paciente, solo necesita borrar, después de un nuevo examen, de la lista de síntomas anotados en la primera visita, los que se hayan mejorado, marcar los que aún persisten y añadir cualesquiera otros nuevos que hayan sobrevenido.

#### **Parágrafo 105**

El segundo punto, en el ejercicio profesional del verdadero médico, se refiere a la adquisición del conocimiento de los instrumentos destinados a la curación de las enfermedades naturales, investigando el poder patogenésico de los medicamentos, a fin de que cuando se le llame a curar pueda elegir de entre éstos, uno, de cuya lista

---

<sup>144</sup> El médico de la antigua escuela se preocupa muy poco de este asunto en su tratamiento. No podría escuchar, del paciente, ningún pequeño detalle de todas las circunstancias del caso; con frecuencia, a la verdad, le interrumpe en la relación de sus sufrimientos a fin de que no le retarde la escritura rápida de su receta, compuesta de una variedad de ingredientes desconocidos para él en sus verdaderos efectos. Ningún médico alópata como se ha dicho, intenta conocer todas las pequeñas circunstancias del caso del enfermo y todavía menos ha escrito una nota de ellos. Al volver a ver al paciente varios días después, no recuerda nada referente a los pocos detalles que oyó en la primera visita (habiendo visto, en el intervalo, muchos otros enfermos afectados de diversos padecimientos), ha dejado que todo entre por un oído y salga por el otro. En las visitas siguientes solo hace algunas preguntas generales, aparenta tomar el pulso, mira la lengua y al instante escribe otra receta basada siempre en principios irracionales o manda que se continúe con la primera (en grandes cantidades varias veces al día) y con un saludo gracioso sale deprisa a visitar de este modo inconsciente a los 50 o 60 enfermos, durante la mañana. La profesión que entre todos requiere actualmente mucha reflexión, un examen concienzudo, cuidadoso del estado de cada paciente y un tratamiento especial fundado en ello, era conducido de esta manera por gentes que se llaman así mismos médicos, prácticos racionales. El resultado como naturalmente debía esperarse, era casi invariablemente malo; y no obstante, los pacientes acudían a consultarles, ya porque no había mejores, o ya por costumbre

de síntomas se puede construir una enfermedad artificial tan semejante como sea posible a la totalidad de síntomas de la enfermedad natural que se intenta curar.

### **Parágrafo 106**

Deben conocerse todos los efectos patogenésicos de los diversos medicamentos; es decir, deben observarse primero todos los síntomas morbosos y alteraciones de la salud que cada uno de ellos es capaz especialmente de desarrollar en el individuo sano, tanto como sea posible y antes de poder tener la esperanza de encontrar entre ellos, y elegir, los remedios homeopáticos más apropiados para la mayor parte de las enfermedades naturales.

### **Parágrafo 107**

Si, con el fin de averiguar esto, los medicamentos se dan a personas enfermas solamente, aunque se administren solos y uno a uno, poco o nada preciso se verá de sus efectos verdaderos, puesto que las alteraciones peculiares de la salud que se deben al medicamento están mezcladas con los síntomas de la enfermedad y rara vez pueden observarse distintamente.

### **Parágrafo 108**

No hay, por lo tanto, otra manera posible de averiguar los efectos peculiares de los medicamentos en los sujetos sanos; no hay camino más seguro y más natural de alcanzar este fin que administrar experimentalmente los diversos medicamentos, en dosis moderadas, a personas sanas, a fin de descubrir qué cambios, síntomas y signos produce su influencia individualmente en la salud física y mental; es decir, qué elementos morbosos es capaz y tiende a producir,<sup>145</sup> pues como se ha demostrado (? 24) toda la fuerza curativa de los medicamentos consiste en el poder que poseen de cambiar el estado de salud del hombre, lo que está manifestado en la observación ulterior.

### **Parágrafo 109**

Yo fui el primero en descubrir esta ruta, que he seguido con una perseverancia que solo podría nacer y sostenerse por la convicción perfecta de la gran verdad, llena de

<sup>145</sup> Ningún médico, que yo sepa, con excepción del grande e inmortal Albrecht von Haller, durante los anteriores dos mil quinientos años, pensó en este modo tan natural, tan absolutamente necesario y único genuino de experimentar los medicamentos para obtener sus efectos puros y peculiares en perturbar la salud, afín de conocer qué estado morboso son capaces de curar. Solo él (Haller), además de mí, vio la necesidad de esto (vide el prefacio de la Pharmacopoeia Helvet., Basil, 1771, fol., p. 12): "Nempe primum in corpore sano medela tentanda está, sine peregrina ulla miscela; odoroque et sapore ejus exploratis, exigua illius dosis ingerenda et ad omnes, quoe inde contingunt, affectiones quis pulsus, qui color, quoe respiratio, quoenam excretiones, attendendum. Inde ad doctum phoenomenorum, in sano obviorum, transeas ad ~~experimenta in corpore aegroti~~". etc. Pero ninguno, ni un solo médico prestó atención y siguió estas inestimables indicaciones

beneficios para la humanidad, que solo con el empleo de los medicamentos<sup>146</sup> homeopáticos es posible la curación de las enfermedades de la especie humana<sup>147</sup>.

### **Parágrafo 110**

Yo vi, además, que las lesiones que autores anteriores han observado como resultado de la introducción de sustancias medicinales al estómago de personas sanas, ya en grandes dosis dadas por error o con el fin de producirse la muerte o producirla a otros, o bajo otras circunstancias, estaban muy de acuerdo con mis propias observaciones cuando experimenté las mismas sustancias en mí mismo o en otros individuos sanos. Estos autores dan detalles de lo ocurrido como historias de envenenamientos y como prueba de los efectos perniciosos de estas sustancias, principalmente con el fin de evitar que otros la usen; en parte también con el fin de exaltar su propia habilidad, cuando la salud se restablece gradualmente bajo la acción de los remedios que han empleado para combatir estos accidentes peligrosos: pero también en parte con el fin de buscar su propia justificación en el carácter peligroso de estas sustancias, que entonces llaman venenosas, cuando las personas afectadas mueren bajo su tratamiento. Ninguno de estos observadores alguna vez soñó que los síntomas registrados únicamente como prueba del carácter nocivo y venenoso de estas sustancias, fueran revelación segura de su poder para extinguir curativamente síntomas semejantes que se presentan en las enfermedades naturales, que estos son fenómenos patogenésicos fueran indicios de su acción curativa homeopática, y que al única manera posible de averiguar su poder medicinal es observando los cambios que los medicamentos son capaces de producir en el organismo sano. No puede conocerse el poder puro y peculiar de los medicamentos útiles para curar ni por ingeniosas especulaciones a priori, ni por el olfato, gusto y aspecto de las drogas, ni por su análisis químico, ni tampoco por el empleo de varios de ellos mezclados en una fórmula (prescripción) en las enfermedades. Nunca fue sospechado que estas historias de enfermedades medicinales proporcionarían algún día los primeros rudimentos de la materia médica pura y verdadera, que desde los tiempos primitivos hasta ahora solo ha consistido en falsas conjetura y ficciones de la imaginación, es decir, no ha existido en absoluto<sup>148</sup>.

### **Parágrafo 111**

---

<sup>146</sup> Es imposible que pueda haber otro método verdadero y mejor de curar las enfermedades dinámicas (es decir, todas las enfermedades no estrictamente quirúrgicas), además de la Homeopatía, lo mismo que es imposible tirar dos líneas rectas entre dos puntos dados. El que se imagina que hay otras maneras de curar las enfermedades además de ella, no ha podido apreciarla fundamentalmente, ni la ha practicado con suficiente detenimiento, ni ha podido ver o leer curaciones de casos efectuados propiamente con la homeopatía; por otra parte, tampoco ha podido discernir sobre la falta de base del tratamiento alopático ni de sus malos y hasta espantosos efectos, si con indiferencia coloca el único verdadero arte de curar en igualdad de circunstancias con los métodos dañosos, o alega que estos son auxiliares de la Homeopatía sin los cuales no puede pasarse. Mis continuadores legítimos y concienzudos, los hemoeópatas puristas, con su tratamiento afortunado, que casi nunca falla, podrían enseñar mejor a estas gentes.

<sup>147</sup> Los primeros frutos de estos trabajos, tan perfectos podían ser en ese tiempo, están relatados en *Fragmenta de viribus medicamentorum positivis, sive in sano corpore humano observatis*, pts. i, ii, Lipsioe, 8, 1805, ap. J.A. Barth; los frutos más maduros en *Reine Arzneimittellehre*, I Th., dritte Ausg., II Th., dritte Ausg., 1833; III Th., zweite Ausg., 1825; IV Th., zw. Ausg., 1825; V Th., zw. Ausg., 1826; VI Th. zw. Ausg., 1827 [ Traducción inglesa, *Materia Médica Pura*, Vols I y II]; y en la segunda, tercera y cuarta parte de *Die chronischen Krankheiten*, 1828, 1830, Dresden bei Arnold [ segunda edición con una quinta parte, Düsseldorf bei Schaub, 1835, 1839]

<sup>148</sup> Véase lo que he dicho sobre este asunto en el "Examen de los Fuentes de la Materia Médica Ordinaria", prefijado a la tercera parte de mi *Reine Arzneimittellehre* [ traducido en la *Materia Médica Pura*, vol. II]

La concordancia de mis observaciones sobre los efectos puros de los medicamentos, con estos más antiguos, aunque fueron relatados sin referencia a ningún fin terapéutico, y la gran armonía de estos informes con otros de la misma clase por diferentes autores, pueden convencernos fácilmente que las sustancias medicinales obran, en los cambios morbosos que producen en el cuerpo humano sano, conforme a las leyes de la naturaleza fijas y eternas, y en virtud de éstas, son capaces de producir síntomas morbosos positivos y dignos de confianza, de acuerdo cada una con su carácter propio.

### **Parágrafo 112**

De los efectos, a menudo peligrosos, de los medicamentos que aparecen en las más antiguas prescripciones, medicamentos ingeridos a dosis exageradamente grandes, notamos ciertos estados producidos, no al principio, sino al fin de estos tristes eventos, que eran de naturaleza exactamente opuesta a los que parecieron primero. Estos síntomas, muy opuestos a la acción primaria (? 63) o acción propia del medicamento sobre la fuerza vital, son la reacción de la fuerza vital del organismo, su acción secundaria (? 62), de la cual, no obstante, rara o difícilmente, alguna vez, se encuentra la menor huella cuando se experimenta con dosis moderadas en los cuerpos sanos, y ninguna con las pequeñas dosis. En el procedimiento curativo homeopático, el organismo viviente reacciona contra éstas solo lo necesario para volver otra vez la salud a su estado normal (? 67).

### **Parágrafo 113**

Los medicamentos narcóticos son los únicos que se exceptúan de esto. Como anulan, en su acción primaria la sensibilidad y la sensación, y algunas veces la irritabilidad, acontece frecuentemente que con su acción secundaria, aún con dosis moderadas experimentadas en cuerpos sanos, hay un aumento de la sensibilidad (y mayor irritabilidad).

### **Parágrafo 114**

Con excepción de estas sustancias narcóticas, en los experimentos en cuerpos sanos con dosis moderadas de medicamentos, solo observamos su acción primaria, es decir, los síntomas con los cuales el medicamento desvía la salud del ser humano y desarrolla en él un estado morbooso de duración más o menos larga.

### **Parágrafo 115**

Entre estos síntomas, sucede, en algunos medicamentos, no pocos, que son parcialmente o bajo otras circunstancias, directamente opuestos a otros síntomas que han aparecido anterior o posteriormente, pero que no deben considerarse, por esto,

como la acción secundaria efectiva o la reacción pura de la fuerza vital, sino que solo representan el estado alternante de varios paroxismos de la acción primaria y se llaman acciones alternantes.

### **Parágrafo 117**

A la última categoría pertenecen las llamadas idiosincrasias, con las cuales se quiere dar a entender constituciones físicas peculiares, que aunque por otra parte sanas, poseen la predisposición de presentar un estado más o menos morboso por ciertas cosas que parecen no producir impresión ni cambio en muchos otros individuos<sup>149</sup>. Pero esta incapacidad de impresionar a todos es solo aparente. Dos cosas se requieren para la producción de éstas tanto como de todas las otras alteraciones morbosas de la salud, es decir, el poder inherente de la sustancia influyente, y la aptitud de la fuerza vital que anima el organismo para dejarse influenciar, así pues las desviaciones evidentes de la salud en las llamadas idiosincrasias no pueden atribuirse solo al caso de estas constituciones peculiares, sino que deben serlo también de estas cosas que las producen, en las cuales debe existir el poder de impresionar del mismo modo a todos los organismos humanos. Sin embargo, es de tal manera que solo un corto número de constituciones sanas tienen la tendencia de presentar una condición morbosa evidente debida a ellas. Que esos agentes impresionen realmente a todo cuerpo sano se demuestra por el hecho que cuando se emplean como remedios prestan servicios efectivos<sup>150</sup> a todos los enfermos por los síntomas morbosos semejantes a los que estos agentes parecen capaces de producir en los individuos sujetos a la llamada idiosincrasia.

### **Parágrafo 118**

Cada medicamento tiene una acción peculiar sobre la constitución humana, que otros medicamentos de diferente clase no producen exactamente de la misma manera<sup>151</sup>.

### **Parágrafo 119**

Así como indudablemente cada especie de planta difiere en su forma externa, manera de vivir y crecer, en su sabor y olor de toda otra especie y género de planta; así como indudablemente cada mineral y cada sal difieren de todos los otros en sus propiedades externas tanto como internas, físicas y químicas (que solas bastarían para impedir cualquiera confusión de una con otra), así indudablemente los medicamentos difieren y divergen entre sí en sus efectos patogenésicos y por consiguiente también en los terapéuticos<sup>152</sup>. Cada una de estas sustancias determina

<sup>149</sup> Algunas personas se desvanecen por el olor de las rosas, y sufren otros estados morbosos y a veces peligrosos, por tomar almejas, cangrejos o huevos de barbo, por tocar las hojas de algunas clases de zumaque, etc

<sup>150</sup> Así la Princesa María Porphyroghita restablecía a su hermano, el Emperador Alejo, que sufría de síncope, rociándole con agua de rosas en presencia de su tía Eudoxia (Hist. byx, alexios, lib. XV, p. 503, ed. Posser); y Horstuius (Oper., iii, p. 59) vio que era muy benéfico el vinagre de rosas en casos de síncope

<sup>151</sup> Este hecho fué también notado por el estimable A. v. Haller, que dice: (Prefacio de su Hist. stirp. helv.): "Latet immensa virium diversitas in iis ipsis plantis, quarum facies externas dudum novimus, animas quasi et quodeoque coelestius habent, nondum perspeximus"

<sup>152</sup> Cualquiera que tenga un conocimiento completo y pueda apreciar la diferencia notable de los efectos en el hombre sano de cada sustancia en particular, de los efectos de otras, notará desde luego que entre ellas, desde el punto de vista médico no puede haber equivalentes de ninguna

alteración en la salud del ser humano, especiales, diferentes no obstante de manera determinada, de modo que se excluye la posibilidad de confundir unas con otras<sup>153</sup>.

### **Parágrafo 120**

Por esta razón los medicamentos, de los cuales depende la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, deben distinguirse los unos de los otros de una manera completa y muy cuidadosamente ensayándolos por medio de experimentos puros en el cuerpo sano, con el fin de averiguar su poder y efectos positivos y tener de ellos un conocimiento exacto, y de ponernos en condiciones de evitar cualquier error en su empleo terapéutico, pues solo con su elección correcta, el mayor de los beneficios de la tierra, la salud del cuerpo y del alma, puede restablecerse rápidamente y permanentemente.

### **Parágrafo 121**

Al experimentar los medicamentos para averiguar sus efectos en el organismo sano, debemos retener en la mente que las sustancias fuertes, llamadas heroicas, son capaces aun en pequeñas dosis de producir cambios en la salud hasta de las personas robustas. Los de poder más suave deben darse, en estos experimentos, en cantidad más considerable; y con el fin de observar la acción de los más débiles, los sujetos con experiencia deben ser personas exentas de toda enfermedad y que sean delicadas, irritables y sensibles.

### **Parágrafo 122**

En estos experimentos, de que depende la exactitud de todo el arte médico, y el bienestar de todas las futuras generaciones humanas, no deben emplearse más medicamentos que los que sean perfectamente conocidos y de cuya pureza, autenticidad y energía estemos completamente seguros.

### **Parágrafo 123**

---

clase, ni sucedáneos. Solo los que conocen los efectos puros y positivos de los diferentes medicamentos pueden ser tan insensatos que traten de persuadirnos que un medicamento pueda servir en lugar de otro y ser tan útil en la misma enfermedad como otro. Así el niño en su ignorancia confunde las diferencias más esenciales de las cosas, porque apenas conoce su aspecto externo, mucho menos su valor real, su verdadera importancia y sus cualidades inherentes muy desemejantes.

<sup>153</sup> Si esta es la verdad pura, como indudablemente lo es, entonces ningún médico que no quiera ser mirado como desprovisto de razón y no desea obrar contra los dictados de su conciencia, el único árbitro de mérito real, podrá emplear en el tratamiento de las enfermedades ninguna sustancia medicinal de cuyo valor positivo no está perfecto y completamente enterado; es decir, cuya acción positiva en el hombre sano ha sido experimentada con precisión y sepa con certeza que es capaz de producir un estado morboso muy semejante, más semejante que cualquiera otro medicamento con el cual esté perfectamente familiarizado, con el cuadro del caso patológico que trate de curar con él; porque como se ha visto antes, ni el hombre, ni la naturaleza poderosa, pueden realizar una curación perfecta, rápida y permanente más que con los remedios homeopáticos. De aquí en adelante ningún médico verdadero podrá abstenerse de hacer tales experimentos a fin de obtener el conocimiento más necesario y el único, de los medicamentos, que son esenciales para curar y que hasta hoy había sido diseñado por los médicos de todos los tiempos. En todas las épocas anteriores, difícilmente lo creará la posteridad, los médicos se habían contentado, hasta hoy con prescribir a ciegas, en las enfermedades, medicamentos cuyo valor era desconocido, y que nunca habían sido experimentados en el hombre sano, en relación con su acción dinámica pura, muy variada y altamente importante. Además, mezclaban varios de estos medicamentos desconocidos, que difieren tan grandemente entre sí, en una fórmula, que dejaban al azar para que determinase el efecto que debería producir en el paciente. Esto es igual que si un loco penetrara por la fuerza al taller de un artesano y tomar a manos llenas las herramientas más diversas cuyo uso desconoce en absoluto, con el fin según se imagina, de trabajar en las obras de arte que le rodean. Apenas necesita observar que dichas obras serán destruidas, y puedo decir que más tarde demolidas, por sus actos insensatos

Cada uno de estos medicamentos debe tomarse en forma perfectamente simple y pura; las plantas indígenas en forma de jugo recién extraído, mezclado con un poco de alcohol para impedir su descomposición; las sustancias vegetales exóticas empero, en forma de polvo o de tintura preparada con alcohol cuando se hallen en estado fresco, y después mezclada con cierta proporción de agua; las sales y las gomas se disolverán en agua un momento antes de tomarlas. Si la planta sola puede obtenerse en su estado seco, y si su poder es naturalmente débil, en este caso se usará para el experimento su infusión, hecha cortando la hierba en pequeños pedazos y echándole agua hirviendo para extraer sus principios medicinales. Debe tomarse inmediatamente después de preparada, mientras está caliente, pues todo jugo vegetal obtenido por expresión y todas las infusiones acuosas de vegetales, sin adición de alcohol, entran rápidamente en fermentación y descomposición, por lo cual pierden todas sus propiedades medicinales.

#### **Parágrafo 124**

Para esos experimentos cada sustancia medicinal debe emplearse completamente sola y perfectamente pura, sin mezcla de otra sustancia extraña y sin tomar ninguna otra más de naturaleza medicinal el mismo día, ni tampoco en los días siguientes, ni durante todo el tiempo que queramos observar los efectos del medicamento.

#### **Parágrafo 125**

Durante todo el tiempo que dura el experimento deberá regularizarse estrictamente la dieta; deberá estar tanto como sea posible desprovista de especias; deberá ser de carácter puramente nutritivo y simple; los vegetales verdes<sup>154</sup> raíces, ensaladas y sopas de legumbres (que aunque estén preparadas con mucho cuidado poseen algunas cualidades medicinales perturbadoras) deberán evitarse. Las bebidas serán las usualmente tomadas y tampoco estimulantes como sea posible<sup>155</sup>.

#### **Parágrafo 126**

La persona que experimenta el medicamento deberá ser fidedigna en extremo y concienzuda, y durante todo el tiempo del experimento evitar todo esfuerzo exagerado mental y físico, toda clase de disipación y pasiones perturbadoras; no deberá tener negocios urgentes que le distraigan la atención; deberá entregarse a una observación cuidadosa de sí misma y no ser molestada durante ella; deberá estar en buena salud y poseer una dosis suficiente de inteligencia para ser capaz de expresar y describir sus sensaciones en términos exactos.

#### **Parágrafo 127**

---

<sup>154</sup> Se permiten los guisantes tiernos, judías verdes francesas, patatas cocidas y en todos los casos zanahorias, como los vegetales menos medicinales

<sup>155</sup> El experimentador no debe tener el hábito de beber vino puro, aguardiente, café o te, o haberse abstenido por mucho tiempo antes del uso de estos brebajes dañosos, que algunos son estimulantes y otros medicinales

Los medicamentos deben experimentarse tanto en los hombres como en las mujeres, para que revelen también las alteraciones de la salud que producen en la esfera sexual.

#### **Parágrafo 128**

Las observaciones más recientes han demostrado que las sustancias medicinales, cuando se toman en su estado crudo por el experimentador con el propósito de probar sus efectos peculiares, no manifiestan casi la cantidad de poder bastante que existe oculta en ellos, como lo hacen cuando son ingeridas con el mismo objeto, en diluciones altas potenciadas por trituración apropiada y por sucesión, por esta simple manipulación su poder que permanece oculto en el estado crudo, como adormecido se desarrolla y despierta a la actividad a un grado increíble. De esta manera encontramos ahora el modo mejor de investigar el poder medicinal aun de las sustancias estimadas débiles, y el plan adoptado es dar al experimentador, con el estómago vacío, de cuatro a seis glóbulos muy pequeños, diariamente de la trigésima potencia, humedecida en un poco de agua o disuelta en más o menos cantidad de agua y completamente incorporada y dejarle que continúe este método por varios días.

#### **Parágrafo 129**

Si los efectos que resultan de semejante dosis son ligeros, pueden tomar algunos glóbulos más diariamente hasta que sean más claros y más fuertes, y más notable la alteración de la salud; pues no todas las personas son afectadas por un medicamento en un grado de intensidad igual; al contrario, existe una variedad inmensa en este respecto, de modo que un individuo aparentemente débil, apenas puede ser afectado por una dosis moderada de un medicamento conocido como muy activo, mientras que otros medicamentos mucho más débiles obran en él con bastante energía. Por otra parte, hay personas muy robustas que manifiestan síntomas más ligeros por drogas fuertes. Ahora bien, como esto no puede saberse de antemano, es prudente comenzar en cada caso con una pequeña dosis de la droga, y donde fuese conveniente y necesario aumentar de día en día la dosis, cada vez más.

#### **Parágrafo 130**

Si la dosis administrada muy al principio ha sido suficientemente fuerte, se obtienen la ventaja de que el experimentador aprenda el orden de sucesión de los síntomas y pueda anotar con exactitud la época en que cada uno se presenta, lo que es muy útil para conducir al conocimiento del **genio del medicamento**, pues entonces el orden de los efectos primarios, así como de los alternantes se observa de una manera más clara. A menudo basta una dosis muy moderada para el experimento con tal que el experimentador esté dotado de una sensibilidad suficiente delicada y esté muy atento a sus sensaciones. La duración de la acción de una droga sola puede averiguarse por comparación de varias experiencias.

### **Parágrafo 131**

Sin embargo, si con el fin de averiguar algo se da el mismo medicamento a la misma persona para probar en varios días sucesivos y en dosis siempre crecientes, sin duda que conoceremos los diversos estados morbosos que es capaz de producir este medicamento de un modo general, pero no descubriremos su orden de sucesión, pues la dosis subsecuente a menudo destruye los síntomas causados por la dosis anterior o desarrolla en su lugar un estado opuesto; tales síntomas deben ponerse entre paréntesis para indicar su ambigüedad, hasta que experimentos subsecuentes más puros demuestren si son la reacción del organismo, la acción secundaria o alternante de este medicamento.

### **Parágrafo 132**

Pero cuando el objeto es solo averiguar, sin referirse al orden sucesivo de los fenómenos y a la duración de la acción de la droga, los síntomas mismos, especialmente los de las sustancias medicinales débiles, en ese caso el camino preferible que se debe seguir es darla por varios días sucesivos aumentando la dosis cada día. De esta manera la acción de un medicamento desconocido, aun de naturaleza más débil, se revelará especialmente si se experimenta en personas sensibles.

### **Parágrafo 133**

Al experimentar cualquiera sensación particular provocada por el medicamento, es útil, verdaderamente necesario, con el fin de determinar el carácter exacto del síntoma, tomar varias posiciones mientras dura aquella y observar si por mover la parte afectada, por caminar en la habitación o al aire libre, por pararse, sentarse o acostarse el síntoma aumenta, disminuye o desaparece y si reaparece volviendo a tomar la posición en que por primera vez fue observado; si es modificado por comer o beber, o por cualquier otra condición, o por hablar, toser, estornudar o por cualquiera otra función del organismo. Debe observarse al mismo tiempo a qué hora del día o de la noche se presenta frecuentemente de manera más notable, por todo lo cual se manifestará lo que hay de peculiar y característico en cada síntoma.

### **Parágrafo 134**

Las potencias externas, especialmente los medicamentos, poseen la propiedad de producir cambios especiales propios a su naturaleza, en la salud del organismo; pero no todos los síntomas peculiares a un medicamento se manifiestan en una sola persona, ni todos a la vez, ni en la misma experimentación sino que algunos aparecen en una persona en una época principalmente, otros durante una segunda o tercera experimentación, en otras personas aparecerán otros síntomas, pero de tal manera que algunos de los fenómenos observados en la cuarta, octava y décima personas, han aparecido ya en la segunda, sexta o novena, y así sucesivamente. Además, los síntomas no se presentan a la misma hora.

### **Parágrafo 135**

Solo puede obtenerse la totalidad de los elementos morbosos que es capaz de producir un medicamento, por numerosas observaciones en personas apropiadas de ambos sexos y de constituciones diferentes. Solamente podemos estar seguros de que un medicamento ha sido completamente experimentado respecto a la estado morbozo que puede producir, es decir, respecto de su facultades puras de alterar la salud del hombre, cuando experimentadores subsecuentes noten poco de carácter nuevo en su acción, y casi siempre solo los mismos síntomas como habían sido observados ya por otros.

### **Parágrafo 136**

Aunque, como se ha dicho, un medicamento sometido a la experimentación en personas sanas no puede manifestar en una sola de ellas todas las alteraciones de salud que es capaz de producir, y aunque no las ponga en evidencia más que en cierto número de individuos diferentes los unos de los otros tanto por su constitución física como mental, sin embargo, existe en él la tendencia de producir en todo ser humano todos estos síntomas (Parág.117) conforme a una ley eterna e inmutable de la naturaleza. Por esto, cuando el medicamento se da a un enfermo afectado de males semejantes a los de él ocasiona, produce todos sus efectos aun aquellos que una vez ocasiona en las personas sanas. Administrando entonces aun a dosis las más débiles, produce silenciosamente en el enfermo, si ha sido elegido homeopáticamente, un estado artificial parecido a la enfermedad natural, que rápida y permanentemente (homeopáticamente) le libra y le cura de su enfermedad primitiva.

### **Parágrafo 137**

Cuanto más moderada sea, dentro de ciertos límites la dosis del medicamento usado en la experimentación, tanto más claramente se desarrollan los efectos primarios, y solo éstos, que son los más dignos de conocer, se presentan sin ninguna mezcla de efectos secundarios o reacciones de la fuerza vital, con tal que hagamos lo posible para facilitar la observación escogiendo a una persona amante de la verdad, morigerada en todos sentidos, de sensaciones delicadas, y que pueda encauzar su atención más minuciosa a observar sus sensaciones. Sin embargo, cuando se usan dosis excesivamente grandes, se presentan al mismo tiempo no solo cierto número de efectos secundarios entre los síntomas, sino que también los efectos primarios vienen con tal precipitada confusión y con tal impetuosidad que nada puede observarse con exactitud; y eso sin tener en cuenta el peligro que los acompaña, que quien quiera que tenga algún respeto por sus semejantes, y que mire al más humilde de los hombres como a su hermano, pensará de manera indiferente sobre esta asunto.

### **Parágrafo 138**

Todos los sufrimientos, accidentes y cambios de la salud del experimentador durante la acción de un medicamento (con tal que se hayan cumplido con las condiciones (Parág.124-127) esenciales a una experimentación buena y pura) se derivan únicamente de este medicamento y deben considerarse y registrarse como pertenecientes especialmente a él, como sus síntomas, aun cuando el experimentador hubiese observado en él mucho tiempo antes, la presentación espontánea de fenómenos semejantes. La reaparición de esto durante el ensayo del medicamento demuestra solamente que este individuo en virtud de su constitución peculiar, tiene predisposición definida a producir estos síntomas. En este caso son el efecto del medicamento; los síntomas no se presentan espontáneamente mientras está ejerciendo su influencia, el medicamento que se ha tomado, en todo el organismo, sino que son producidos por el medicamento.

### **Parágrafo 139**

Cuando el médico no experimenta en sí mismo el medicamento, sino en otra persona, ésta debe anotar claramente las sensaciones, sufrimientos, accidentes y cambios de salud que experimente en el momento de su presentación, mencionando a qué hora, después de la ingestión de la droga, se manifiesta cada síntoma, si duró mucho tiempo y el tiempo de su duración. El médico examina la relación en presencia del experimentador inmediatamente que termina la experimentación, o si esta dura muchos días, lo hace cada día a fin de que estando todavía fresco todo en su memoria se le interrogue acerca de la naturaleza exacta de cada una de estas circunstancias, y escribe los detalles más precisos obtenidos así o hace los cambios que pueda sugerir el experimentador<sup>156</sup>.

### **Parágrafo 140**

Si el experimentador no pudiere escribir, el médico deberá ser informado diariamente por él de cuanto le haya ocurrido y cómo le ocurrió. Cuanto se anote en carácter de información auténtica acerca de ello debe ser, fundamentalmente la narración espontánea de la persona que experimente, nada que haya sido conjeturado y lo mínimo posible de cuanto provenga de respuestas a preguntas importantes; todo debe ser precisado con el mínimo cuidado que ya he aconsejado (Parág. 84-99) respecto de la investigación de los fenómenos y la determinación del cuadro de las enfermedades naturales.

### **Parágrafo 141**

Los mejores experimentos de los efectos puros de los medicamentos simples que alteran la salud humana, y de las enfermedades artificiales y síntomas que son capaces de desarrollar en el individuo sano, son los que le médico sano, sin prejuicios

---

<sup>156</sup> El que da a conocer al mundo médico el resultado de tales experimentos se hace responsable de la integridad de la persona que experimentó y de sus afirmaciones, y justamente así es, pues el bienestar de la humanidad que sufre, está aquí en peligro

y sensible realiza en sí mismo con todas las precauciones y cuidados ordenados aquí. El médico conoce con gran certeza lo que ha experimentado en su propia persona<sup>157</sup>.

### **Parágrafo 142**

Para distinguir los síntomas<sup>158</sup> del medicamento simple empleado con fin terapéutico, de entre los de la enfermedad primitiva, especialmente las de carácter crónico que permanecen con frecuencia iguales a sí mismas, es un asunto que debe dejarse exclusivamente a los maestros en el arte de observar, pues pertenece a las cualidades más elevadas del juicio.

### **Parágrafo 143**

Si de este modo hemos probado en individuos sanos un número considerable de medicamentos simples y hemos registrado cuidadosa y fielmente todos los síntomas y elementos morbosos que son capaces de desarrollar como productores artificiales de enfermedades, solo entonces tendremos una verdadera materia médica, una colección real, pura y digna de confianza<sup>159</sup> de la manera de obrar de las sustancias medicinales simples, un volumen del libro de la naturaleza, donde está inscrita una variedad considerable de cambios peculiares de la salud y síntomas comprobados como pertenecientes al poder medicinal, y que han sido revelados a la atención del observador. En estos síntomas existe semejanza (homeopaticidad) con los elementos morbosos de las enfermedades naturales que podrán ser curadas en lo futuro; en una palabra, comprenden estados morbosos artificiales que proporcionan por su similitud con los estados morbosos naturales, la única terapéutica verdadera, homeopática, es decir, específica, para realizar su curación cierta y permanente.

### **Parágrafo 144**

---

<sup>157</sup> Los experimentos hechos por el médico en sí mismo tienen para él otra ventaja inestimable. en primer lugar, la gran verdad de que la virtud medicinal de todas las drogas, de que depende su poder curativo, reside en los cambios de salud que ha sufrido por el medicamento ingerido, y el estado morbo que experimenta debido a ellos, se convierten para él en un hecho incontrovertible. Por otra parte, debido a estas observaciones notables realizadas en sí mismo, será llevado a comprender sus propias sensaciones, su modo de pensar y su carácter ( el fundamento de toda verdadera sabiduría), y también enseñado a ser lo que todo médico debe ser, un buen observador. Todas nuestras observaciones en los demás no son tan interesantes como las hechas en nosotros mismos. El que observa a los otros debe siempre temer que el experimentador no diga lo que exactamente siente o no describa sus sensaciones con los términos más apropiados. Debe siempre dudar sino ha sido engañado, a lo menos en parte. Estos obstáculos para llegar al conocimiento de la verdad, que nunca pueden ser completamente dominados en nuestras investigaciones de los síntomas morbosos artificiales que se presentan en otras personas por la ingestión de medicamentos, desaparece en absoluto cuando hacemos el ensayo en nosotros mismos. El que hace estos ensayos en sí mismo sabe con certeza lo que ha sentido y cada ensayo es un aliciente para él, para investigar los poderes de otros medicamentos. Así, se hace cada vez más práctico en el arte de observar, de gran importancia para el médico, por la observación continua de sí mismo que le dan un conocimiento digno de confianza del valor real e importancia de los instrumentos de curación que en gran parte son todavía desconocidos por nuestro arte. No se imagina que las indisposiciones ligeras provocadas por los medicamentos en las experimentaciones, pueden ser muy dañinos para la salud. Por el contrario, la experiencia demuestra que el organismo del experimentador se vuelve, con motivo de estos ataques frecuentes a su salud, mucho más apto a repeler todas las influencias externas enemigas de su constitución y todos los agentes nocivos, morbosos, artificiales y naturales. Así se hace más fuerte para resistir todo lo de carácter nocivo. Toda experiencia demuestra que su salud se hace más inalterable, más robusta

<sup>158</sup> Los síntomas que han sido observados solo largo tiempo antes de todo el proceso morbo, o nunca antes observados, y por consiguiente nuevos, pertenecen al medicamento.

<sup>159</sup> Últimamente se ha tenido la costumbre de confiar la experimentación de los medicamentos a personas desconocidas y distantes, que eran pagadas por su trabajo, y los datos así obtenidos eran publicados. Pero al obrar así, este trabajo, que de todos los otros, es el más importante y que sirve para formar la base del verdadero arte de curar y que exige certeza moral muy grande y honradez; me parece, y siento decirlo, que será dudoso e inseguro en sus resultados y carente de todo valor

Deberá excluirse rigurosamente de esta materia médica todo lo que sea conjetura, simple aserción, o imaginario; todo deberá ser el lenguaje puro de la naturaleza cuidadosa y honradamente interrogada.

### **Parágrafo 145**

En verdad, solo con una cantidad muy considerable de medicamentos conocidas con exactitud respecto a su manera pura de obrar alterando la salud del hombre, podríamos estar en condiciones de descubrir un remedio homeopático, un análogo morbífico apropiado y artificial (curativo) para cada uno de los estados morbosos que existen en número infinito, para todas las enfermedades<sup>160</sup>. Mientras tanto, aun hoy, gracias al carácter verídico de los síntomas y a la abundancia de los elementos morbosos de cada una de las sustancias medicinales enérgicas ha demostrado ya en su acción sobre el organismo sano, no quedan más que pocas enfermedades para los que no puede encontrarse un remedio homeopático medianamente apropiado entre los que estén ahora experimentados en su acción pura,<sup>161</sup> para que con seguridad relativa se establezca la salud de una manera suave, segura y permanente, infinitamente más cierta y segura que lo que puede realizar toda la terapéutica general y especial del antiguo arte médico alopático, con sus mezclas de medicamentos desconocidos que trastornan y agravan las enfermedades crónicas, pero que no las curan, y más bien retardan que favorecen el restablecimiento en las enfermedades agudas, y ponen con frecuencia la vida en peligro.

### **Parágrafo 146**

El tercer punto, en el ejercicio profesional del verdadero médico se refiere al empleo juicioso de los agentes morbíficos artificiales (medicamentos) que han sido experimentados en individuos sanos para averiguar su acción pura, a fin de efectuar la curación homeopática de las enfermedades naturales.

### **Parágrafo 147**

Cualquiera de estos medicamentos, cuyo poder de alterar la salud del hombre se ha investigado, en que encontraremos la mayor similitud, entre sus síntomas observados, con la totalidad de los síntomas de una enfermedad natural dada, será y deberá ser el remedio homeopático más apropiado, más positivo para la enfermedad; en él se encontrará el remedio específico.

### **Parágrafo 148**

---

<sup>160</sup> Al principio hace cerca de 40 años, yo fui el único que hice experimentaciones de los efectos puros de los medicamentos, siendo ésta mi ocupación más importante. Desde entonces he sido ayudado por algunos jóvenes que han verificado experimentos en sí mismos y cuyas observaciones he revisado rigurosamente. Siguiendo el ejemplo de estos, algunos otros han hecho trabajos originales de esta clase. Pero qué no será posible realizar en materia de curación, en el dominio inmenso de las enfermedades, cuando observadores minuciosos, exactos y dignos de crédito hayan prestado sus servicios enriqueciendo esta única verdadera materia médica, con sus cuidadosas experimentaciones en sí mismos!. Entonces el arte de curar se acercará, en cuanto a certeza a las ciencias matemáticas

<sup>161</sup> Véase la segunda al párrafo 109

La enfermedad natural nunca debe considerarse como una sustancia nociva situada en alguna parte interior o exterior del cuerpo humano (Parág. 11-13), sino como producida por una agente hostil no material, que como una especie de infección (nota al Parág. 11) perturba en su existencia instintiva el principio vital, no material del organismo, torturándolo como un espíritu maligno y obligándolo a producir ciertos padecimientos y desórdenes en el curso normal de su vida. Éstos son conocidos con el nombre de síntomas (enfermedad). Ahora bien, si se quitase la influencia de este agente hostil que no solo causa, sino que procura que siga este desorden, como sucede cuando el médico administra una potencia artificial, capaz de alterar el principio vital de la manera más semejante posible (un medicamento homeopático), que exceda en energía, aun dado en muy pequeñas dosis, a la enfermedad natural análoga, entonces la influencia del agente morboso original sobre el principio vital, se anula durante la acción de esta enfermedad artificial semejante y más fuerte. De allí en adelante lo dañoso no existe más para el principio vital, está destruido. Si, como se ha dicho, el remedio homeopático elegido es administrado con propiedad, entonces la enfermedad natural que se trata de dominar si es de desarrollo reciente, desaparecerá de una manera imperceptible en pocas horas.

Una enfermedad más antigua, más crónica, cederá algo más tarde junto con todos los rastros de molestias, con la administración de varias dosis del mismo medicamento a una potencia más elevada, o con uno u otro medicamento homeopático más semejante administrado después de selección cuidadosa<sup>162</sup>. A esto sigue la salud, el restablecimiento de un modo imperceptible, a menudo en transición rápida. **El principio vital está libre otra vez y es capaz de reasumir la dirección de la vida del organismo en estado de salud como antes, volviendo el vigor.**

### **Parágrafo 149**

Las enfermedades de larga duración (y especialmente las complicadas) necesitan un tiempo proporcionalmente más largo para su curación. Principalmente sucede así en las discrasias medicinales crónicas tan a menudo producidas por la torpeza alopática, al lado de la enfermedad natural que no ha curado, en que se requiere un tiempo más largo para su restablecimiento que con frecuencia, en verdad, son incurables debido a la sustracción vergonzosa del vigor y jugos vitales del paciente (sangrías, purgantes, etc.), y al uso muy prolongado de grandes dosis de remedios de acción violenta administrados apoyándose en teorías sin base, falsas, alegando su utilidad en casos

<sup>162</sup> A pesar de las numerosas obras destinadas a disminuir las dificultades de esta investigación, a veces muy laborioso, del remedio bajo todos conceptos homeopáticamente más apropiado a cada caso especial de enfermedad, es menester que se estudie en los mismos manantiales, que se proceda con mucha circunspección, y que nada se resuelva sin haber pesado seriamente una multitud de circunstancias diversas. La tranquilidad de una conciencia segura de haber cumplido fielmente sus deberes, es seguramente la más hermosa recompensa del que se entrega a este estudio. ¿Como un trabajo tan minucioso, tan penoso y sin embargo el único capaz de poner en condiciones de curar seguramente las enfermedades podría agrandar a los partidarios de la nueva secta mezcladora que tomen el noble título de homeópatas y parecen dar sus medicamentos bajo la forma y apariencia que prescribe la homeopatía, pero que en realidad prescriben los medicamentos de cualquier modo (quid-quit in buceam cent), y que cuando el remedio escogido inadecuadamente no alivia en seguida, en lugar de culpar a su ignorancia imperdonable, a su negligencia en desempeñar los más importantes y serios de los deberes humanos, lo achacan a la homeopatía, que acusan de gran imperfección (si se dijese la verdad, la imperfección consiste en que el remedio homeopático más apropiado para cada caso morboso, no viene a ellos espontáneamente, sin algún trabajo de su parte). Estas hábiles gentes se consuelan bien pronto de los fracasos de los remedios semi-homeopáticos que emplean, recurriendo desde luego a los procedimientos de la alopátia que les son más familiares, a algunas docenas de sanguijuelas, a inocentes sangrías de ocho onzas, etc. Si el enfermo sobrevive se dan gran importancia alabando sus sanguijuelas, sus sangrías, etc.; exclaman que no se le hubiera podido salvar por ningún otro método, dando claramente a entender que estos recursos tomados, sin gran esfuerzo cerebral, a la rutina de la antigua escuela, en realidad han tenido la mejor parte en la curación. Si el paciente muere lo que no es raro que acontezca, tratan de consolar a sus amigos diciendo que "ellos fueron testigos que todo lo imaginable se había hecho por el llorado difunto". Quien haría a estas casta frívola y perniciosa el honor de llamarlos, según el nombre del arte muy penosos, pero saludable, médicos homeópatas?. ¿Tendrían la recompensa justa que fuesen tratados de la misma manera cuando se enfermasen!

patológicos semejantes en apariencia. Se hacen también incurables por la prescripción de baños minerales inadecuados, etc. constituyendo todo esto las principales hazañas que ejecuta la alopátia con sus llamados métodos de tratamiento.

### **Parágrafo 150**

Si el paciente se queja de uno o más síntomas ligeros, que solo se han observado poco tiempo antes, el médico no los considerará como una enfermedad completamente desarrollada que requiere un tratamiento médico serio. Una modificación ligera en la dieta y en el régimen bastará para disipar tal indisposición.

### **Parágrafo 151**

Pero si el enfermo presenta algunos sufrimientos violentos, el médico encontrará además, con frecuencia, investigando, otros muchos síntomas que aunque de carácter más ligero darán una imagen completa de la enfermedad.

### **Parágrafo 152**

Cuanto más grave es la enfermedad aguda, cuanto más numerosos y notables ordinariamente son los síntomas que la componen, tanto más también es fácil encontrar un remedio que le convenga, con tal que los medicamentos conocidos en su acción positiva, entre los cuales se debe escoger, sean en número suficiente. Entre la serie de síntomas de un gran número de medicamentos, no es difícil encontrar uno cuyos elementos morbosos dispersos puede formar un prototipo de enfermedad artificial curativa muy semejante a la totalidad de los síntomas de la enfermedad natural, y este medicamento es el remedio que se desea.

### **Parágrafo 153**

En esta búsqueda de un remedio homeopático específico, es decir, en esta comparación de los síntomas colectivos de la enfermedad natural con la lista de síntomas de los medicamentos conocidos, a fin de encontrar entre estos un agente morbífico artificial que corresponda por semejanza a la enfermedad que hay de curar, debemos tener en cuenta principal y *únicamente los signos y síntomas*<sup>163</sup> *del caso patológico, más notables, singulares, extraordinarios y peculiares (característicos)*; porque estos son principalmente los que deben corresponder con los muy semejantes en la lista del medicamento elegido, para que éste constituya el más apropiado para realizar la curación. Los síntomas más generales e indefinidos, como la pérdida del apetito, cefalalgia, debilidad, sueño inquieto, malestar general, etc., merecen poca atención cuando presentan este carácter vago e indefinido y si no pueden describirse

---

<sup>163</sup> El Dr. von Bonninghausen, ha prestado un gran servicio a la Homeopatía, con la publicación de los síntomas característicos de los medicamentos homeopáticos y su Repertorio, lo mismo que el Dr. J.H. G. Jahr, con su manual de síntomas principales

con más exactitud, pues en casi todas las enfermedades y en casi todas las drogas se observan síntomas de la misma naturaleza general.

#### **Parágrafo 154**

Si el prototipo formado con la lista de síntomas del medicamento más apropiado posee los síntomas peculiares, extraordinarios, singulares y notables (característicos) que se encuentran en gran número y con gran semejanza en la enfermedad que se trata de curar, este medicamento es el remedio homeopático específico más apropiado para este estado morbosos; si la enfermedad no es de muy larga duración, será generalmente removida y extinguida, sin gran molestia, por la primera dosis del medicamento.

#### **Parágrafo 155**

Digo sin grandes incomodidades, porque en el empleo del remedio homeopático más apropiado, solo son llamados a obrar los síntomas del medicamento que corresponden a los síntomas de la enfermedad, ocupando los primeros en el organismo el lugar de los últimos (más débiles); es decir, en las sensaciones del principio vital, y de esta manera los anula por su poder superior. Los otros síntomas del medicamento homeopático, que a menudo son muy numerosos, no siendo aplicable al caso patológico en cuestión, no son llamados a obrar en absoluto. El paciente mejorando de hora en hora, no siente casi nada de ellos, porque la dosis excesivamente pequeña que se necesita en el tratamiento homeopático, es demasiado débil para producir los otros síntomas del medicamento que no son homeopáticos al caso, en las partes del cuerpo que están exentas de la enfermedad, por consiguiente solo pueden obrar los síntomas homeopáticos en las partes del organismo que ya están más irritadas y excitadas por los síntomas similares de la enfermedad, de manera que el principio vital enfermo pueda reaccionar solo a una enfermedad medicinal semejante pero más fuerte, por medio de la cual es extinguida la enfermedad primitiva.

#### **Parágrafo 156**

No obstante, casi no existe medicamento homeopático, por bien elegido que haya sido, sobre todo si es administrado a una dosis insuficientemente pequeña, que no produzca en pacientes muy irritables y sensibles, al menos alguna molestia trivial y extraordinaria, algún pequeño síntoma nuevo mientras dura su acción, porque es casi imposible que el medicamento y la enfermedad pudieran cubrirse el uno a la otra sintomáticamente y con exactitud como dos triángulos de lados y ángulos iguales. Pero estas (en circunstancias ordinarias) diferencias insignificantes fácilmente son extinguidas por la actividad potencial (energía) del organismo viviente y no son percibidas por los pacientes que no sean excesivamente sensibles; la reparación progresa sin embargo, hasta el restablecimiento perfecto, si no fuese impedido por la acción de sustancias medicinales heterogéneas, por errores en el régimen o por excitación de las pasiones.

### **Parágrafo 157**

Pero aunque es cierto que un remedio elegido homeopáticamente, remueve y extingue, por razón de ser apropiado y administrado en pequeña dosis, de una manera suave la enfermedad aguda análoga a él, sin manifestar sus otros síntomas no homeopáticos, es decir, sin la producción de molestias nuevas y graves, no obstante con frecuencia produce una especie de ligera agravación inmediatamente después de ingerido, por una o algunas horas, cuando la dosis no ha sido suficientemente pequeña (cuando la dosis ha sido demasiado grande empero, la agravación es por muchas horas) y que tiene tanta semejanza con la enfermedad primitiva que el paciente se figura que es una agravación de su propia enfermedad. Pero en realidad no es más que una enfermedad medicinal, en extremo semejante, excediendo algo en poder a la afección natural.

### **Parágrafo 158**

La ligera **agravación homeopática** que se presenta durante las primeras horas (muy buen pronóstico que indica que la enfermedad aguda cederá probablemente a esta primera dosis), es completamente como debería de ser, pues la enfermedad medicinal debe ser naturalmente algo más fuerte que la enfermedad que hay que curar, para que pueda dominarla y extinguirla, del mismo modo que una enfermedad natural puede remover y destruir a otra semejante, solo cuando es más fuerte que ella (Parág. 43-48).

### **Parágrafo 159**

Cuanto más pequeña es la dosis del remedio homeopático en el tratamiento de las enfermedades agudas, tanto más ligero y corto es el incremento aparente de la enfermedad durante las primeras horas.

### **Parágrafo 160**

Pero como la dosis de un remedio homeopático apenas puede hacerse tan pequeña que no sea capaz de aliviar, de dominar, verdaderamente curar completamente y destruir la enfermedad natural no complicada y de no muy larga curación, que sea análoga a él (Parág. 249 nota), se comprende porque una dosis de un medicamento homeopático apropiado, produzca siempre, durante la primera hora de su ingestión, una visible agravación homeopática de esta clase<sup>164</sup>.

---

<sup>164</sup> Esta preponderancia de los síntomas medicinales sobre los síntomas morbosos naturales, que simula una exasperación de la enfermedad, ha sido observada también por otros médicos, cuando la casualidad le hacía elegir un remedio homeopático. Cuando el sarnoso, después de haber tomado el azufre, se queja de que se le aumenta la erupción, el médico que no sabe la causa de ello, le consuela diciéndole que es menester que salga toda la sarna antes de poder curarla, pero ignora que es un exantema producido por el azufre, que toma la apariencia de una exasperación de la sarna. Leroy (Helk für Mütter, pag. 406), asegura que viola tricolor empezó por empeorar una erupción de la cara, cuya curación produjo después.; pero no sabía que este aumento aparente del mal proviniese únicamente de que no se había administrado a muy fuerte dosis el medicamento, que en este caso era homeopático. Lysons (Med. Transac., vol II, Londres 1772), dice que "las enfermedades de la piel que mejor ceden a la corteza del olmo, son las que esta sustancia hace aumentar al principio". Si el no hubiese administrado, según acostumbra la medicina alopática, la corteza del olmo a dosis enormes, sino que, como lo exige su carácter homeopático, la hubiese hecho tomar a dosis extremadamente débiles, los exantemas contra las cuales la prescribía hubieran curado sin experimentar este aumento de intensidad aparente de la enfermedad o hubiese sido muy poco pronunciado (agravación homeopática).

### **Parágrafo 161**

Al limitar aquí la llamada agravación homeopática, o más bien, la acción primaria del medicamento homeopático que parece aumentar algo los síntomas de la enfermedad primitiva, a la primera o primeras horas, sin duda es cierto respecto a las enfermedades de carácter más o menos agudo y de origen reciente, pero cuando medicamentos de acción larga tienen que combatir una enfermedad de mucho o muchísimo tiempo, no debe presentarse el aumento aparente de la enfermedad original, si el medicamento exactamente elegido fue administrado en dosis apropiada pequeña que gradualmente se eleva; modifica cada una de ellas con cada nueva dinamización (Parág. 247). El aumento de los síntomas primitivos de la enfermedad crónica solo puede presentarse al final del tratamiento cuando la curación está casi o completamente terminada.

### **Parágrafo 162**

Acontece a veces que debido todavía al corto número de medicamentos conocidos respecto a su acción verdadera y pura, solo se encuentra una parte de los síntomas de la enfermedad que se trata de curar, en la lista de los síntomas del medicamento más apropiado, por consiguiente este agente morbífico medicinal imperfecto, debe ser empleado por carencia de otro más perfecto.

### **Parágrafo 163**

En este caso no debe esperarse del remedio una curación completa exenta de inconvenientes. Durante su uso se ven sobrevivir algunos accidentes que no se observan antes de la enfermedad, y que son síntomas accesorios dependientes de un medicamento imperfectamente apropiado. Este inconveniente no impide, es verdad, que el remedio extinga una gran parte del mal (los síntomas morbosos semejantes a los síntomas medicinales) y que de aquí no resulte un principio de curación bien pronunciado, pero ésta no tiene lugar sin la provocación de esos síntomas accesorios, que tienen la ventaja de ser moderados cuando la dosis es suficientemente pequeña.

### **Parágrafo 164**

El corto número de síntomas homeopáticos existentes en el medicamento mejor elegido, no es obstáculo para la curación en los casos en que estos pocos síntomas medicinales sean sobre todo extraordinarios y especialmente distintivos (característicos) de la enfermedad. La curación tiene lugar bajo estas circunstancias sin molestia particular.

### **Parágrafo 165**

No obstante, si entre los síntomas del remedio elegido no hay ninguno que se parezca exactamente a los síntomas distintivos (característicos), peculiares extraordinarios del caso patológico, y si el remedio sólo corresponde a la enfermedad en su estado

general, vagamente descrito, e indefinido (náusea, debilidad, cefalalgia, etc., ), y de entre los medicamentos conocidos no lo hay más homeopáticamente apropiado, en ese caso el médico no puede esperar ningún resultado favorable inmediato del empleo de este medicamento no homeopático.

#### **Parágrafo 166**

Sin embargo, tal caso es muy raro, debido al aumento del número de medicamentos cuyos efectos puros son ahora conocidos, y si sucediese esto, los malos efectos resultantes de su uso, disminuirán cuando fuese elegido el medicamento siguiente de similitud más exacta.

#### **Parágrafo 167**

Así pues si el uso del remedio imperfectamente homeopático, que se emplea al principio, acarrea males accesorios de alguna gravedad, no se aguarda en las enfermedades agudas, a que a la primera dosis haya cumplido del todo su acción; antes que esto suceda se examina de nuevo el estado modificado del enfermo, y se une lo que queda de los síntomas primitivos a los síntomas recientemente aparecidos, para formar una nueva imagen de la enfermedad.

#### **Parágrafo 168**

Entonces se estará en aptitud de descubrir con mayor prontitud, entre los medicamentos conocidos, uno análogo al estado morbozo que se tiene a la vista del cual una sola dosis, si no destruye por completo la enfermedad, la hará avanzar considerablemente en el camino de la curación. Y así se continúan, y si este medicamento no fuese por completo suficiente para efectuar el restablecimiento de la salud, se examina repetidas veces el estado morbozo que aún persiste y se escoge un medicamento homeopático lo más apropiado posible, hasta que se consiga el objeto, es decir, hasta poner al paciente en posesión de una salud perfecta.

#### **Parágrafo 169**

Si al examinar por primera vez una enfermedad y al elegir el medicamento por primera vez, encontrásemos que la totalidad de los síntomas de la enfermedad no son cubiertos efectivamente, por los elementos morbosos de un solo medicamento, debido a que se conoce un número insuficiente de éstos; pero que dos de ellos compiten en preferencia en cuanto a su indicación apropiada, de los cuales uno es más convenientemente homeopático para su porción de los síntomas de la enfermedad, y otro, para otra, no es de aconsejarse, después del empleo del más conveniente de los dos, administrará el otro sin un nuevo examen, y mucho menos darlos juntos (Parág. 272 nota), porque el medicamento que parezca que mejor debe seguir, pudiera no serlo, bajo el cambio de circunstancias que ha tenido lugar, mientras tanto, para el resto de los síntomas que subsista entonces. En este caso, por consiguiente, debe elegirse el medicamento homeopático más apropiado, en lugar del segundo, para el grupo de síntomas tal como aparecen en el nuevo examen.

### **Parágrafo 170**

De aquí que en éste, como en todo caso en que se ha presentado un cambio del estado morbozo, debe indagarse el grupo restante de síntomas que ahora existe, y (sin prestar ninguna atención al medicamento que parecía ser al principio el que debía seguir desde el punto de vista de su conveniencia) debe elegirse otro medicamento homeopático, tan apropiado como sea posible, al nuevo estado actual. Si aconteciere, lo que no es frecuente, que el medicamento que manifestaba ser el que siguiese mejor, todavía parezca bien adaptado al estado morbozo que persiste, tanto más será digno de confianza, y merece emplearse de preferencia a otro.

### **Parágrafo 171**

En la enfermedades crónicas no venéreas, las más frecuentes, por lo tanto, que provienen de la psora, se necesita con frecuencia, para realizar una curación, dar varios remedios antipsóricos sucesivamente, siendo elegido homeopáticamente cada uno de ellos, de acuerdo con el grupo de síntomas que ha quedado después de que el remedio anterior ha terminado su acción.

### **Parágrafo 172**

Una dificultad semejante se presenta en el proceso de la curación cuando los síntomas de la enfermedad son demasiado pocos, circunstancia que merece atención cuidadosa, pues con su remoción los son casi todas las dificultades que pueden existir en el camino del más perfecto de todos los modos de tratamiento posible (exceptuando el hecho de que todavía son incompletos los remedios homeopáticos conocidos).

### **Parágrafo 173**

Las únicas enfermedades que no parecen tener sino pocos síntomas y que por esta razón son más difíciles de curar, son los que pueden llamarse parciales porque solo revelan uno o dos síntomas principales que opacan casi todos los otros. Pertenecen principalmente a la clase de las enfermedades crónicas.

### **Parágrafo 174**

Sus síntomas principales pueden ser o ya un padecimiento interno (p. ej. cefalalgia de muchos años de duración, diarrea crónica, cardialgia antigua etc.) o una afección de carácter más bien externo. Las enfermedades de esta última clase se distinguen generalmente con el nombre de enfermedades locales.

### **Parágrafo 175**

En las enfermedades parciales de la primera clase, debe atribuirse a la falta de discernimiento de la observación médica, el hecho de que no pueda descubrirse en su totalidad los síntomas existentes que podrían ayudar a completar el diseño de la imagen de la enfermedad.

#### **Parágrafo 176**

Hay, sin embargo, un corto número de enfermedades, que después del examen inicial más cuidadoso (Parág. 84-98), no presentan más que uno o dos síntomas agudos y violentos, mientras que todos los demás son percibidos vagamente.

#### **Parágrafo 177**

A fin de tratar con el mayor éxito posible, un caso como éste, que se presenta muy rara vez, se debe elegir en primer lugar, guiado por estos pocos síntomas, el medicamento que a nuestro juicio esté más homeopáticamente indicado.

#### **Parágrafo 178**

Algunas veces sucederá, sin duda, que este medicamento elegido observando estrictamente la ley homeopática, proporcione una enfermedad artificial semejante y apropiada para la destrucción de la enfermedad actual; y esto es mucho más probable que acontezca cuando estos pocos síntomas morbosos sean muy notables, determinados, extraordinarios y peculiarmente distintos (característicos).

#### **Parágrafo 179**

Sin embargo, más frecuentemente acontece que el medicamento elegido por primera vez en tal caso, sea solo parcialmente apropiado, es decir, no exactamente, puesto que ha habido un número considerable de síntomas para guiar a una elección perfecta.

#### **Parágrafo 180**

En este caso el medicamento que se escogió también como ha sido posible, pero que, por las razones antes dichas, es solo homeopático imperfectamente producirá en su acción sobre la enfermedad que le es análoga solo en parte, justamente como en el caso mencionado arriba (Parág.162 y siguientes) en que el número limitado de remedios homeopáticos hace la elección imperfecta, producirá síntomas accesorios y diversos fenómenos pertenecientes al grupo mismo de sus síntomas que están mezclados con el estado de salud del paciente, pero que sin embargo, son, al mismo tiempo, síntomas de la enfermedad, aunque hasta ahora nunca o muy rara vez se hubieran notado; y aparecen algunos síntomas que el paciente nunca había sentido antes, u otros solo los había experimentado vagamente se hacen pronunciados.

### **Parágrafo 181**

Se objetará que los fenómenos accesorios y los síntomas nuevos de la enfermedad que ahora se presenta, deben atribuirse al medicamento que se acaba de emplear. A él, en verdad, deben su origen<sup>165</sup>, pero son síntomas de tal naturaleza que solo esta enfermedad es capaz de producir en este organismo, que serán gobernados en adelante y obligados a aparecer por el medicamento administrado, que debe su poder al hecho de causar síntomas similares. En una palabra, debemos considerar toda la colección de síntomas que se notan ahora, como pertenecientes a la enfermedad misma, a la condición actual, y de acuerdo con esto dirigir nuestro tratamiento ulterior.

### **Parágrafo 182**

De este modo la elección imperfecta del medicamento, que en este caso fue casi inevitable, debido al número demasiado limitado de síntomas existentes, sirve para completar la manifestación de los síntomas de la enfermedad, y de esta manera facilitar el descubrimiento de un segundo medicamento homeopático más exactamente apropiado.

### **Parágrafo 183**

Siempre que, por esta razón, la dosis del primer medicamento deja de tener efecto benéfico (si los síntomas nuevamente desarrollados no piden, por razón de su gravedad, ayuda más pronta, lo que es excesivamente raro por la pequeñez de la dosis del medicamento homeopático y en las enfermedades muy crónicas) debe hacerse un nuevo examen de la enfermedad y anotarse el status morbi actual y elegir un segundo remedio homeopático de acuerdo con él, que cubra exactamente el estado presente y que sea todo lo más apropiado posible que entonces pueda encontrarse, pues ya el grupo de síntomas es más amplio y más completo<sup>166</sup>.

### **Parágrafo 184**

De manera semejante, después que cada dosis nueva de medicamento ha agotado su acción, cuando ya no es conveniente ni útil, debe anotarse de nuevo el estado de la enfermedad que aun persiste respecto a sus síntomas y buscar otro remedio homeopático, tan apropiado como sea posible para el grupo de síntomas que se observan, y así sucesivamente, hasta el restablecimiento completo.

---

<sup>165</sup> Cuando no sean producidos por un error importante en el régimen, una emoción violenta, un desorden tumultuoso en el organismo, como la presentación o cesación de la menstruación, la concepción, el parto, etc

<sup>166</sup> En caso de que el paciente (que, no obstante, muy rara vez acontece en las enfermedades crónicas, pero no así en las agudas) se sienta muy malo, aunque sus síntomas sean muy vagos, de tal manera que este estado pueda atribuirse al entorpecimiento del sistema nervioso, que no permite que los sufrimientos y dolores del paciente se perciban con claridad, el opium remueve esta torpeza de la sensibilidad interna, que en su acción secundaria o reacción hace más aparentes los síntomas de la enfermedad.

### **Parágrafo 185**

Entre las enfermedades parciales ocupan un lugar importante la llamadas enfermedades locales, con cuyo término se da a entender los cambios y dolencias que aparecen en la parte externa del cuerpo. Hasta ahora la idea dominante en las escuelas era que solo estas partes eran afectadas morbosamente y que el resto del cuerpo no participaba de la enfermedad, teoría doctrinada absurda que ha conducido al tratamiento médico más desastroso.

### **Parágrafo 186**

Las llamadas enfermedades locales que han sido producidas recientemente, solo por una lesión externa, aparenta, a primera vista, merecer el nombre de enfermedades locales. Pero entonces la lesión debe ser muy trivial y en ese caso no de gran importancia. Pues en caso de lesiones de causa externa si son graves, todo el organismo se resiente; se presenta fiebre, etc. El tratamiento de estas enfermedades son del resorte de la cirugía; pero esto está justificado solo en los caso en que las partes en que las partes afectadas requieren ayuda mecánica por la cual los obstáculos externos que impiden la curación, que solo puede realizarse por la energía de la fuerza vital, pueden repararse por medios mecánicos, p. ej. con la reducción de las luxaciones, con la sutura de los labios de una herida, con la presión mecánica para detener una hemorragia de una arteria rota, con la extracción de cuerpos extraños que han penetrado en el organismo, abriendo las cavidades del cuerpo para extraer una sustancia irritante o procurar la evacuación de las extremidades de un hueso fracturado y retenerlas en contacto exacto con vendajes apropiados, etc. Pero cuando en estas lesiones todo el organismo viviente requiere, como siempre sucede, ayuda dinámica activa que le ponga en condición de verificar el trabajo curativo, p. ej. cuando una fiebre violenta resulta de contusiones extensas, dislaceración de los músculos tendones o vasos sanguíneos, requieren para ser removidos la administración interna del medicamento, o cuando el dolor externo de partes escaldadas o quemadas, necesitan calmarse homeopáticamente, entonces los servicios del **médico vitalista o dinámico** y su saludable homeopatía, entran en juego.

### **Parágrafo 187**

Pero las afecciones, alteraciones y sufrimientos externos que no provienen de ninguna lesión externa o que solo tienen alguna ligera herida externa como causa excitante inmediata, son producidos absolutamente de otra manera; su origen está en alguna enfermedad interna. Considerarlas como una mera afección local, y al mismo tiempo tratarlas solamente, o casi solamente, como si fueran quirúrgicas, con tópicos u otros remedios semejantes, como lo ha hecho la escuela antigua desde las más remotas edades, es tan absurdo como pernicioso en sus resultados.

### **Parágrafo 188**

Estas enfermedades se consideraban como únicamente confinadas a una parte externa del cuerpo y las llamaban por lo tanto, enfermedades locales, como si estuvieran limitadas exclusivamente a estas partes en que el organismo tuviera poca o ninguna acción, o afecciones de estas partes visibles de las cuales el resto del organismo viviente, por decirlo así, no supiera nada<sup>167</sup>.

### **Parágrafo 189**

Sin embargo, basta la menor reflexión para concebir que un mal externo (no ocasionado por una gran violencia externa), no puede nacer, ni persistir, ni menos aún empeorar, sin una causa interna, sin la cooperación del organismo entero, sin que, por consiguiente, este último esté enfermo. No podría manifestarse si la salud general no estuviere desarmonizada, sin la participación del resto de todos los órganos vivientes (de la fuerza vital que compenetra todas las otras partes sensibles e irritables el organismo); su producción, en verdad, no podría concebirse si no fuese el resultado de una alteración de la vida entera; tan íntimamente enlazadas están las unas con las otras formando las partes del cuerpo un todo indivisibles en canto al modo de sentir y de obrar. No puede pues sobrevivir una erupción en los labios, un panadizo, sin que precedente y simultáneamente haya algún desarreglo en el interior del organismo.

### **Parágrafo 190**

Todo verdadero tratamiento médico de una enfermedad sobrevenida en las partes exteriores del cuerpo, con poca o ninguna violencia externa, debe pues tener por objeto la extinción y curación, a beneficio de remedios internos, de la enfermedad general que sufre el organismo entero, si se quiere que el tratamiento sea juicioso, seguro, eficaz y radical.

### **Parágrafo 191**

Esto está confirmado de la manera más clara por la experiencia que demuestra en todos los casos, que todo medicamento interno enérgico produce, inmediatamente después de su ingestión, cambios importantes en la salud general del paciente y especialmente en las partes externas afectadas (que la escuela médica vulgar mira como absolutamente localizadas) y aún en las llamadas enfermedades locales de las partes más externas del cuerpo. Los cambios que produce son de naturaleza muy saludable, consistiendo en el restablecimiento de la salud de todo el organismo, juntamente con la desaparición de la afección externa (sin la ayuda de ningún remedio externo), con tal que el remedio interno dirigido al conjunto de la enfermedad, se hubiese elegido convenientemente en sentido homeopático.

---

<sup>167</sup> Uno de los muchos y perniciosos dislates de la antigua escuela

### **Parágrafo 192**

El mejor modo de alcanzar este objeto, consiste en considerar, cuando se examina el caso de enfermedad, no solamente el carácter exacta de la afección local, sino también todas las demás alteraciones, cambios y síntomas que se observen en el estado del enfermo sin que se les pueda atribuir a la acción de los medicamentos. Todos estos síntomas deben estar reunidos en una imagen completa, a fin de proceder a la investigación de un remedio homeopático conveniente entre los medicamentos cuyos síntomas morbosos sean todos bien conocidos.

### **Parágrafo 193**

Por medio de este medicamento, empleado solamente al interior, el estado morbozo general del organismo es destruido, juntamente con la afección local; y el hecho de que la última se cura al mismo tiempo que la primera, prueba que la afección local depende únicamente de una enfermedad del resto del cuerpo y solo debe considerarse como una parte indispensable del todo, como uno de los síntomas más considerables y notables de toda la enfermedad.

### **Parágrafo 194**

En las afecciones locales agudas que se han desarrollado rápidamente, y en las que existen ya desde larga fecha, no conviene hacer penetrar en los poros frotando, o aplicar en la parte enferma, ningún tópico aunque sea la misma sustancia que tomada interiormente sería homeopática o específica, y aun cuando se quisiese administrar simultáneamente este agente medicinal al interior; pues las afecciones locales agudas (p. ej. inflamaciones de partes aisladas, erisipelas, etc.) que han sido producidas, no por lesiones externas de una violencia proporcionada a la de aquellas, sino por causas dinámicas o internas, ceden con más seguridad a los remedios internos capaces de producir cierto estado interno y externo semejante al que existe en la actualidad, y elegidos del grupo general de medicamentos experimentados, y generalmente sin ninguna otra ayuda. Si con estos remedios no desaparecieren del todo, si a pesar de la regularidad del método de vida, queda todavía en el lugar afectado y en el estado general, algún vestigio de enfermedad que la fuerza vital no puede volver a las condiciones del estado normal, será porque la afección local es (como no es raro que suceda) el resultado del desarrollo de la psora, hasta entonces adormecida en el interior del organismo, que se halle en disposición de manifestarse bajo la forma de una enfermedad crónica.

### **Parágrafo 195**

Con el fin de llevar a cabo una curación radical en estos casos, que de ningún modo son raros, después que se ha calmado el estado agudo medianamente bien. debe dirigirse un tratamiento antipsórico apropiado (como se enseña en mi obra sobre Enfermedades Crónicas), contra los síntomas que todavía persisten y contra el estado morbosos de la salud a que estaba antes sujeto el paciente. En las enfermedades crónicas locales que no son claramente venéreas, solo se necesita, por otra parte, el tratamiento antipsórico interno.

### **Parágrafo 196**

Podría creerse, a la verdad, que la curación de estas enfermedades se efectuaría de una manera más pronta si el remedio que se ha reconocido homeopático, por la totalidad de los síntomas, se emplease no solamente al interior, sino también al exterior, y que un medicamento aplicado también al punto enfermo debería producir en él un cambio más rápido.

### **Parágrafo 197**

Este tratamiento, sin embargo es completamente inaceptable no solo en las afecciones locales que dependen de la psora, sino también y especialmente en los que se originan de la sífilis o la sicosis, porque la aplicación simultánea de un medicamento al interior y al exterior, en las enfermedades que tienen por síntoma principal una afección local constante, tiene el grave inconveniente de que el síntoma principal (afección local) desaparece de ordinario más pronto que la enfermedad interna, lo que puede hacer creer equivocadamente que la curación es completa; o que a lo menos hace difícil y en algunos casos imposible, determinar, por desaparición prematura del síntoma local, si la enfermedad general ha sido destruida con el empleo simultáneo del medicamento interno.

### **Parágrafo 198**

Por igual motivo es completamente inadmisibles la aplicación puramente local a los síntomas exteriores de la enfermedad miasmática, de los medicamentos que tienen el poder de curar esta última, cuando se administran al interior; pues si solamente suprimimos localmente y de manera parcial los síntomas locales de la enfermedad crónica, permanece en una oscuridad dudosa el tratamiento completo de la salud: desaparece el síntoma principal (la afección local)<sup>168</sup> y solo quedan los otros síntomas menos perceptibles, menos constantes y menos persistentes que la afección local, y con frecuencia poco peculiares y muy ligeramente característicos, para que por medio de ellos se pueda formar una imagen de la enfermedad de contornos claros e individuales.

### **Parágrafo 199**

Si el remedio perfectamente homeopático a la enfermedad no se hubiese todavía encontrado<sup>169</sup> cuando ha sido destruido el síntoma local por la cauterización, la escisión o las aplicaciones desecantes, entonces el caso se hace mucho más difícil por razón de que los síntomas que quedan son muy imprecisos (no característicos) e inconstantes; porque el síntoma externo principal que más hubiera contribuido para determinar la elección del remedio más apropiado y su empleo interno hasta que la

---

<sup>168</sup> Erupción sarnosa reciente, chancro, condilomas, como he indicado en mi libro sobre Enfermedades Crónicas

<sup>169</sup> Como sucedía antes de mi época con los remedios para la enfermedad condilomatosa (y los medicamentos antipsóricos)

enfermedad hubiese sido completamente extinguida, se halla sustraído a nuestra observación.

### **Parágrafo 200**

Si todavía existiese el síntoma externo para guiar el tratamiento interno y se hubiese descubierto y encontrado el remedio homeopático para el conjunto de la enfermedad, la persistencias de la afección local durante su empleo interno demostraría que la curación aun no es completa; pero si es curada, esto sería una prueba convincente de que la enfermedad ha sido por completo desarraigada y el restablecimiento deseado de toda la enfermedad se ha realizado en absoluto, siendo esta una ventaja inestimable e indispensable para alcanzar una curación perfecta.

### **Parágrafo 201**

Es evidente que la fuerza vital abrumada por una enfermedad crónica de la que no puede triunfar por su propia energía instintivamente, adopta el plan de desarrollar una afección local en alguna parte externa con el objeto de que haciendo y manteniendo enferma esta parte que no es indispensable a la vida, pueda acallar de este modo la enfermedad interna, que por otra parte amenaza destruir los órganos vitales (y quitar la vida al paciente) y de esta manera, por decirlo así, transporta la enfermedad interna en la afección local sustituta, como si la sacara de allá. La existencia de la afección local acalla así, por algún tiempo, la enfermedad interna, aunque sin poderla curar o disminuir materialmente<sup>201</sup>. La afección local, no obstante, no es nada más que una parte de la enfermedad general, pero una parte aumentada toda en un sentido por la fuerza vital orgánica y transportada a un lugar del cuerpo menos peligrosos (externo), a fin de aliviar el sufrimiento interior. Pero (como se ha dicho) por medio de este síntoma local que acalla la enfermedad interna, la fuerza vital no puede hasta aquí, disminuir o curar toda la enfermedad; ésta, al contrario, continúa a despecho de ella, aumentando gradualmente y la Naturaleza se ve obligada a aumentar y a agravar, cada vez más el síntoma local, para que pueda bastar como sustituto de la enfermedad interna aumentada y la pueda mantener todavía bajo su dominio. Las úlceras antiguas de las piernas se empeoran tanto tiempo como la psora permanece incurada, las úlceras venéreas crecen durante el tiempo que no se cura la sífilis interna, las verrugas proliferan y crecen mientras no se cura la psicosis, que cada vez más se hace difícil de curar, del mismo modo que la enfermedad general interna continúa desarrollando con el tiempo.

### **Parágrafo 202**

Si el médico de la antigua escuela destruye el síntoma local con la aplicación de un remedio externo, en la creencia que de esta manera cura la enfermedad toda, la Naturaleza se indemniza de su pérdida excitando la afección interna y los otros

---

<sup>201</sup> Los exutorios de los médicos de la antigua escuela hacen algo semejante; las úlceras artificiales externas, calman algunas enfermedades crónicas internas, pero solo por un tiempo muy corto, tanto como causen una irritación dolorosa a que el organismo enfermo no está acostumbrado, sin tener el poder de curarlas. Por otra parte, debilitan y destruyen la salud general mucho más de lo que hacen la mayor parte de las metástasis producidas instintivamente por la fuerza vital

síntomas que previamente existían en estado latente junto con la afección local; es decir, aumenta la enfermedad interna. Cuando esto sucede es frecuente decir, aunque incorrectamente, que la afección local ha sido rechazada al interior del organismo, o sobre los nervios por los remedios externos.

### **Parágrafo 203**

Todo tratamiento externo de los síntomas locales cuyo objeto es quitarlos de la superficie del cuerpo, mientras que la enfermedad miasmática interna es abandonada sin curación, como, por ejemplo, suprimir de la piel las erupciones psóricas con toda clase de ungüentos; quemar los chancros con cáusticos, y destruir los condilomas con el bisturí, la ligadura o el cauterio; este tratamiento externo pernicioso, hasta hoy practicado universalmente ha sido la fuente más prolífica de todas las enfermedades crónicas nominadas o innominadas bajo los cuales gime la humanidad; este tratamiento es uno de los procedimientos más criminales de que es culpable el mundo médico y no obstante, ha sido hasta hoy, el único generalmente adoptado y enseñado en las cátedras profesionales<sup>171</sup>.

### **Parágrafo 204**

Si se exceptúan los males crónicos, sufrimientos y enfermedades que dependen de la insalubridad del género de vida habitual (Parág. 77), y también la innumerables enfermedades medicamentosas (Parág.74) producidas por el irracional, persistente, fatigante y pernicioso tratamiento de los médicos de la antigua escuela en enfermedades a menudo de carácter trivial, la mayor parte de las enfermedades que queda, resulta del desarrollo de estos tres miasmas crónicos, sífilis interna, sicosis interna, pero principalmente y en una proporción infinitamente mayor, la psora interna. Cada una de estas tres infecciones estaba ya en posesión de todo el organismo y le ha invadido en todas direcciones antes de que apareciera el síntoma local primario y sustituto de cada una de ellas (de la psora la erupción sarnosa, de la sífilis el chancro o el bubón y de la sicosis los condilomas) que impiden sus explosión. Estas enfermedades crónicas miasmáticas si se las priva de su síntoma local, están destinadas inevitablemente por la Naturaleza poderosa, tarde o temprano a desarrollarse y a estallar, propagando de esta manera, todas las miserias innominadas, el número increíble de enfermedades crónicas que han infestado la humanidad por ciento y millares de años, ninguna de las cuales hubiesen existido si los médicos hubiesen procurado de una manera racional curar radicalmente estos tres miasmas sin emplear remedios locales para sus síntomas externos correspondientes, confiando solamente en los remedios homeopáticos internos apropiados para cada uno de ellos (véase la nota al Parág 282).

### **Parágrafo 205**

---

<sup>171</sup> Cualquier medicamento que al mismo tiempo se administrase internamente no sirve sino para agravar la afección, pues estos remedios no poseen poder específico para curar la enfermedad en su conjunto, sino que atacan el organismo, lo debilitan y le infligen, además, otra enfermedad crónica medicinal

El médico homeópata jamás trata los síntomas primitivos de los miasmas crónicos, ni los males secundarios que resultan de su desarrollo con remedios locales (ni con agentes externos que obren dinámicamente<sup>172</sup> ni tampoco con los que obren mecánicamente). Cuando los unos o los otros aparecen, el homeópata se limita únicamente a curar el miasma que constituye su base, y de este modo los síntomas primitivos y los secundarios desaparecen espontáneamente; pero como no fue éste el método seguido por el médico de la antigua escuela que le precedió en el tratamiento del caso, el médico homeópata encuentra, desgraciadamente, que los síntomas<sup>173</sup> primarios ya han sido destruidos con remedios externos y que ahora tiene frente a sí los síntomas secundarios, es decir, las afecciones que resultan de la eclosión y desarrollo de los miasmas inherentes, pero especialmente las enfermedades crónicas producidas por la psora interna. En este punto remito al lector a mi tratado de las Enfermedades Crónicas, donde ya he indicado la marcha que debe seguirse para el tratamiento interno de estas afecciones de un modo tan riguroso como podría hacerlo un hombre sólo después de largos años de experiencia, de observación y de meditación.

### **Parágrafo 206**

Antes de comenzar el tratamiento de una enfermedad crónica, es necesario hacer una investigación muy cuidadosa<sup>174</sup> para saber si el paciente ha tenido alguna infección sífilítica (o una infección con vegetaciones gonorréicas); pues entonces el tratamiento debe dirigirse sólo hacia ésta, estando únicamente presentes los signos de la sífilis; pero actualmente es muy raro encontrar sola esta enfermedad. Si tal infección ha tenido lugar anticipadamente, también esto debe retenerse en la mente al establecer el tratamiento de estos casos en que la psora está presente, porque en ellos la última (psora) está complicada con la primera, como sucede siempre cuando los síntomas no son los de la sífilis pura. Cuando el médico cree tener siempre o casi siempre que tratar una afección sífilítica acompañada (complicada con) principalmente por la psora, pues esta discrasia (la psora) es en alto grado la causa fundamental más frecuente de las enfermedades crónicas. A veces ambos miasmas pueden estar complicados también con la sicosis en organismos crónicamente enfermos, o lo que es más frecuente, la psora es la única causa fundamental de todas las otras enfermedades crónicas, cualquiera que sea el nombre que lleven, y que son, además, estropeadas, aumentadas y desfiguradas hasta un grado monstruoso por la impericia alopática.

---

<sup>172</sup> En consecuencia, yo no puedo aconsejar, por ejemplo, la destrucción local del cáncer de los labios o de la cara (fruto de una psora muy desarrollada y con frecuencia unida a la sífilis) con la pomada arsenical de Fray Cosme, no sólo porque este método es muy doloroso, y falla muchas veces, sino también y sobre todo porque semejante medio dinámico, aunque libre localmente al cuerpo de la úlcera cancerosa, no disminuye en nada la enfermedad fundamental, de modo que la fuerza vital conservadora de la vida se ve obligada a trasladar el foco del gran mal que existe en el interior, a una parte más esencial (como sucede en todas las metástasis) y a producir de este modo la ceguera, sordera, la demencia, el asma sofocante, la hidropesía, la apoplejía, etc. Pero la pomada mercurial tampoco llega a destruir la úlcera local, sino cuando ésta no es muy extensa y la fuerza vital conserva grande energía; y en tales casos todavía es posible curar enteramente el mal primitivo. La extirpación del cáncer ya en la cara, ya en el pecho, y la de los tumores enquistados, dan absolutamente igual resultado. La operación produce un estado más peligroso aún, o al menos anticipa la época de la muerte. Estos efectos han tenido lugar en un sinnúmero de casos; ¡pero a pesar de esto la antigua escuela persiste en su ceguera!

<sup>173</sup> Erupción psórica, chancros (bubonea), condilomas o vegetaciones

<sup>174</sup> Cuando se adquiere informaciones de esta clase, no debe uno dejarse imponer por las afirmaciones de los enfermos y de sus familiares que señalan como causas de las enfermedades crónicas, aún en las más graves y de las más inveteradas, un enfriamiento sufrido muchos años antes por haberse mojado o tomado agua, estando el cuerpo en transpiración, un susto antiguo, un esfuerzo, una pena, etc., etc. Estas causas ocasionales son demasiado débiles para engendrar una enfermedad crónica en un cuerpo sano, sostenerla durante años y hacerla cada año más grave, como sucede con todas las afecciones crónicas que proceden de una psora desarrollada. Otras causas más importantes que éstas deben haber presidido el nacimiento y el progreso de un mal crónico, grave y tenaz. Estas causas ocasionales, a lo más, son capaces de despertar de su estado latente un miasma crónico.

### **Parágrafo 207**

Cuando se han obtenido los datos anteriores le queda todavía al médico homeópata averiguar qué clase de tratamiento alopático se adoptó hasta ese momento para la enfermedad crónica, qué clase de medicamentos perturbadores se emplearon principalmente y frecuentemente, también qué clase de baños minerales se han usado y qué efectos produjeron, con el fin de comprender hasta cierto punto, la degeneración de la enfermedad de su estado original, y si fuera posible, corregir estas perniciosas alteraciones artificiales, o ponerle en condiciones de evitar el empleo de medicamentos que ya han sido usados impropriamente.

### **Parágrafo 208**

Después debe tomarse en consideración la edad del paciente, su género de vida y clase de alimentación, sus ocupaciones, su posición doméstica, sus relaciones sociales y así lo demás, a fin de averiguar si estas cosas han contribuido a aumentar su enfermedad, o en qué grado han favorecido o estorbado el tratamiento. Del mismo modo debe atenderse su carácter y manera de pensar, para saber si presentan algún obstáculo al tratamiento, o necesitan ser dirigidos, estimulados o modificados.

### **Parágrafo 209**

Después de hacer esto, el médico procurará, en conversaciones frecuentes con el paciente, trazar el cuadro de la enfermedad tan completamente como sea posible, conforme a las instrucciones dadas arriba, a fin de estar en condición de dilucidar los síntomas más notables y peculiares (característicos), de acuerdo con los cuales elige el primer remedio antipsórico o cualquier otro que tenga el parecido sintomático más grande, para comenzar el tratamiento, siguiendo en la misma forma.

### **Parágrafo 210**

A la psora se refieren casi todas las enfermedades que otras veces he llamado parciales, y que parecen más difíciles de curar en razón de este mismo carácter que consiste en que todos sus demás accidentes desaparecen ante un gran síntoma predominante y único. De este carácter son las llamadas enfermedades mentales. No obstante no constituyen una clase marcadamente separada de todas las otras, pues en las enfermedades corporales siempre se modifica el estado mental<sup>175</sup>; y en todos

---

<sup>175</sup> ¡Cuántas veces no se encuentran enfermos que a pesar de estar sujetos desde muchos años a afecciones muy dolorosas, han conservado sin embargo un humor apacible y complaciente, de modo que uno se siente lleno de compasión y de respeto para con ellos! Pero cuando se ha triunfado del mal, lo que con frecuencia se logra por el método homeopático, se ve a veces presentarse un cambio de carácter el más terrible, y reaparecer, la ingratitud, la dureza del corazón, la maldad refinada; los caprichos repugnantes que formaban el carácter del individuo antes de que cayera enfermo. Los que estando sanos eran pacíficos se vuelven a menudo obstinados, violentos, arrojados, o intolerantes y caprichosos o

los casos en que se nos llame a curar debe anotarse especialmente el carácter del paciente junto con la totalidad de los síntomas, si queremos trazar una imagen exacta de la enfermedad, a fin de estar en condición de tratarla homeopáticamente con éxito.

### **Parágrafo 211**

Esto anterior subsiste, a tal grado, que el estado moral del paciente determina a menudo la elección del remedio homeopático principalmente, siendo un síntoma decididamente característico y que entre todos es el que menos puede permanecer oculto a la observación exacta del médico.

### **Parágrafo 212**

El Creador de los agentes terapéuticos ha atendido también singularmente a este elemento principal de todas las enfermedades, el cambio del estado moral y mental, pues no existe en el mundo sustancia medicinal heroica que no altere de modo notable el estado moral y mental del individuo sano que la experimenta, y cada medicamento produce un cambio diferente.

### **Parágrafo 213**

Nunca, pues, se curará de un modo conforme a la naturaleza -es decir, de un modo homeopático- mientras que en cada caso individual de enfermedad, aún cuando sea aguda, no se atienda simultáneamente con los otros síntomas, los que se relacionan al cambio mental y moral, y no se elija para aliviar al paciente, un medicamento capaz de producir por sí mismo, no solamente síntomas semejantes a los de la enfermedad; sino también un estado moral y mental semejantes<sup>176</sup>.

### **Parágrafo 214**

Las instrucciones que tengo que dar relativas a la curación de las enfermedades mentales pueden reducirse a muy pocos puntos, pues deben curarse del mismo modo que todas las otras enfermedades, es decir, con un remedio que muestre, por los síntomas que cause en el cuerpo y la mente de un individuo sano, el poder de producir un estado morboso tan semejante como sea posible al caso patológico que se tiene a la vista, y no pueden curarse de otra manera.

### **Parágrafo 215**

---

impacientes o desalentados cuando se enferman; los que antes eran castos y modestos, se vuelven lascivos y desvergonzados. No es raro que la enfermedad embrutezca a un hombre de talento, que haga de un genio débil otro más prudente y capaz, y de un ser apático un hombre lleno de presencia de espíritu y de resolución.

<sup>176</sup> Así el acónito rara vez o nunca produce una curación rápida y permanente cuando el humor del enfermo es quieto, apacible e igual, ni la nuxvómica cuando el carácter es suave y flemítico, ni la pulstilla cuando es feliz, alegre y obstinado, o ignatia cuando es imperturbable y poco dispuesto a sufrir por sustos o penas

Casi todas las llamadas enfermedades mentales y emocionales no son nada más que enfermedades corporales en los que está acrecentado el síntoma de perturbación de la mente y el carácter, mientras que los síntomas físicos declinan (más o menos rápidamente), hasta alcanzar a lo último el aspecto notable de enfermedad parcial, como si fuera una enfermedad local situado en el órgano sutil e invisible de la mente o del carácter.

### **Parágrafo 216**

No son raros los casos, en las enfermedades llamadas corporales que amenazan la existencia, como la supuración del pulmón, la alteración de cualquiera otra víscera esencial, o en algunas otras enfermedades agudas, como la fiebre puerperal, etc., en las que aumentando rápidamente la intensidad del síntoma moral, la enfermedad degenera en locura, en una especie de melancolía o de manía, ante las cuales los síntomas corporales dejan de ser peligrosos y mejoran casi hasta la salud perfecta o más bien disminuyen a tal grado que su presencia opacada solamente puede descubrirse por la observación de un médico dotado de perseverancia y penetración. De este modo son transformados en una enfermedad parcial, o por decirlo así, local, en que el síntoma de la perturbación mental, que al principio era ligero, aumenta hasta convertirse en el síntoma principal, que en parte ocupa el lugar de los otros síntomas (corporales), cuya intensidad la domina de una manera paliativa, en una palabra, las afecciones de los órganos materiales del cuerpo son transportados y conducidos a los órganos casi espirituales, mentales y emocionales, que el anatómico nunca ha alcanzado, ni alcanzará con su escalpelo.

### **Parágrafo 217**

En estas enfermedades debemos tener mucho cuidado en conocer el conjunto de los fenómenos, los que pertenecen a los síntomas corporales, y a la verdad, también con especialidad los que se refieren a la comprensión exacta de la naturaleza precisa del síntoma principal, del estado mental y moral peculiar y siempre predominante, a fin de descubrir con el propósito de extinguir toda la enfermedad, entre los remedios cuyos efectos puros son conocidos, una potencia medicinal patogenésica homeopática, es decir, un remedio cuya lista de síntomas exhiba, con la mayor similitud posible, no sólo los síntomas morbosos físicos del caso presente, sino también con especialidad este estado mental y emocional.

### **Parágrafo 218**

A este conjunto de síntomas pertenece, en primer lugar la descripción exacta de todos los fenómenos de la llamada enfermedad corporal anterior, antes de que degenerase, por la preponderancia de los síntomas psíquicos, en una parcial, y se convirtiese en enfermedad mental y moral. Esto puede saberse por el relato de los amigos del paciente.

### **Parágrafo 219**

Comparando estos síntomas precedentes de la enfermedad corporal con los vestigios que de ella todavía subsisten en la actualidad, aunque casi extinguidos (y que aún en esta época, se hacen a veces bastante sensibles cuando hay un momento lúcido, cuando la enfermedad mental experimenta una disminución pasajera), se puede uno convencer plenamente de que, aunque encubiertos, jamás han dejado de existir.

### **Parágrafo 220**

Añadiendo a esto el estado mental y moral fielmente observado por los amigos del enfermo y por el médico mismo, tendremos así formada la imagen completa de la enfermedad, para lo que se debe investigar entre los remedios antipsóricos, un medicamento capaz de producir síntomas notablemente semejantes con particularidad un desorden análogo de la mente, si la enfermedad psíquica ha durado ya algún tiempo.

### **Parágrafo 221**

Sin embargo, si la locura o manía (debida a un susto, vejación, abuso de bebidas espirituosas, etc.), se ha presentado repentinamente como una enfermedad aguda en el estado de calma ordinaria del paciente, aunque casi siempre se debe a la psora interna, como una llama que brotase de ella, no obstante, cuando ocurre de esta manera aguda no debe tratarse desde luego con remedios antipsóricos, sino en primer lugar con los indicados para el caso, en otra clase de medicamentos experimentados (p. ej. aconitum, belladonna, stramonium, hyoscyamus, mercurius, etc.) en dosis sumamente potenciadas, pequeñas, a fin de dominarla a tal grado que la psora vuelve a su estado latente anterior, en que el paciente aparece completamente bien.

### **Parágrafo 222**

Pero el paciente que se ha recobrado de una enfermedad mental o moral aguda con el uso de estos medicamentos no antipsóricos, nunca deberá considerarse como curado; al contrario, no debe perderse tiempo, e intentar librarle completamente,<sup>182</sup> por medio de un tratamiento antipsórico prolongado del miasma crónico psórico, que a la verdad se ha hecho latente otra vez, pero que está presto a aparecer de

---

<sup>182</sup> Acontece muy raramente que una afección mental o moral que dure ya algún tiempo, cese espontáneamente (pues la discracia interna se traslada por sí misma otra vez a los órganos más densos del cuerpo). Estos son los pocos casos que se encuentran de vez en cuando, en que un enajenado haya sido despedido del manicomio en apariencia curado. Además, hasta ahora, todos los manicomios continúan atestados, de modo que las otras numerosas personas locales que solicitan su admisión en estas instituciones, con dificultad pueden encontrar lugar a menos que muera alguno de los asilados. ¡Nunca es curado ninguno real y permanentemente en ellas! Una prueba convincente, entre muchas otras, de la inutilidad completa del arte no curativo practicado hasta hoy, que ha sido ridículamente honrado por la ostentación alopatía, con el título de medicina racional. ¡Cuán a menudo, por otra parte, el verdadero arte de curar, la genuina y pura homeopatía, no ha conseguido restablecer en estos seres infortunados la posesión de su salud mental y corporal, y devolverlos a sus amigos encantados y al mundo!

nuevo; si esto se hace no hay temor de otro ataque semejante, si el paciente sigue fielmente la dieta y el régimen que se le ha prescrito.

### **Parágrafo 223**

Pero si se omite el tratamiento antipsóricico, debemos esperar casi seguramente la aparición rápida, por una causa mucho más ligera que la que produjo el primer ataque de locura; de un nuevo acceso de duración más larga y grave, durante el cual la psora se desarrolla con frecuencia completamente y se convierte en una desviación mental periódica o continua, que entonces es mucho más difícil de curar con antipsóricicos.

### **Parágrafo 224**

Si la enfermedad mental no está completamente desarrollada y si es dudoso todavía de que dependa realmente de una afección de educación, malos hábitos, corrupción moral, descuidos mentales, superstición o ignorancia, se decidirá este punto, disminuyendo o mejorando la condición mental si procediese de alguna de estas causas, por exhortaciones razonables y amistosas, argumentos consoladores, advertencias serias y consejos sensatos. Mientras que si la enfermedad realmente mental o moral depende de una enfermedad corporal, se agravará rápidamente con este método de manera que el melancólico se pondrá todavía más abatido, queruloso, inconsolable y reservado; el maníaco rencoroso más exasperado y el demente locuaz manifiestamente se volverá más loco<sup>183</sup>

### **Parágrafo 225**

No obstante, como se acaba de decir, existen enfermedades emocionales, ciertamente pocas, que no han desarrollado a expensas de enfermedades corporales, sino que de una manera inversa, se originan y sostienen, aunque afectando ligeramente al cuerpo, por causas emocionales, tal como la ansiedad continua, las preocupaciones, vejaciones, injurias y la producción frecuente de un gran temor o susto. Esta clase de enfermedades emocionales con el tiempo destruyen la salud del cuerpo, a menudo en alto grado.

### **Parágrafo 226**

Solamente las enfermedades emocionales como éstas, que primitivamente han sido engendradas y subsecuentemente sostenidas por la mente misma, son la que pueden cambiarse rápidamente, con tal que sean todavía recientes y antes que hayan

---

<sup>183</sup> Parece como si la mente, en estos casos, recibiese con disgusto y pesar la verdad de estas advertencias racionales, y obrase sobre el cuerpo como si quisiese restablecer la armonía perdida, pero también parece que el cuerpo por medio de su enfermedad reacciona sobre la mente y el carácter y los lleva a un desorden todavía mayor por transferencia de sus sufrimientos sobre ellos

invadido gradualmente el estado corporal, por medio de remedios psíquicos, tales como una demostración de confianza, exhortaciones amistosas, consejos sensatos y a menudo por un engaño bien disfrazado, en un estado de salud de la mente (y con una dieta y régimen apropiados, al parecer, también en un estado de salud el cuerpo).

### **Parágrafo 227**

Pero la causa fundamental en estos casos es también el miasma psórico, que no ha llegado todavía a su completo desarrollo, y por seguridad el paciente, al parecer curado, debe sujetarse al tratamiento radical antipsórico, a fin de que no caiga otra vez en un estado semejante de enfermedad mental, como podría ocurrir fácilmente.

### **Parágrafo 228**

En las enfermedades mentales y morales que resultan de una enfermedad corporal que sólo puede curarse con medicamentos homeopáticos antipsóricos, junto con su régimen de vida cuidadosamente regulado, debe observarse escrupulosamente, por medio de un régimen mental auxiliar, un proceder psíquico apropiado en cuanto se refiere al paciente y por parte del médico también. A la manía furiosa se opone la calma intrépida y fría, la resolución firme; a las lamentaciones lúgubres, quejumbrosas, una demostración muda de conmiseración con la apariencia y ademanes a la locuacidad insensata, silencio no desprovisto en absoluto de atención; a la conducta repugnante y abominable y a la conversación del mismo carácter, ninguna atención. Únicamente debemos procurar impedir la destrucción y daño de los objetos que rodean al paciente, sin reprenderles jamás por sus actos, arreglando de tal manera todo, que se evite la necesidad de castigos o torturas corporales<sup>184</sup>. Esto es tanto más fácil de realizar, porque en la administración del medicamento, la única circunstancia en que puede justificarse la violencia, según el método homeopático, las pequeñas dosis de la sustancia medicinal apropiada nunca hieren el gusto y por consiguiente pueden administrarse al paciente con la bebida sin que lo sepa, de modo que es innecesaria toda coacción.

### **Parágrafo 229**

Por otra parte, la contradicción, las explicaciones vehementes, correcciones bruscas y amonestaciones, y así como la condescendencia débil y tímida, no deben usarse con estos enfermos, constituyen una manera igualmente perjudicial de tratar las enfermedades mentales y emotivas. Pero sobre todo estos pacientes se exasperan y sus padecimientos se agravan por el ultraje, fraude y supercherías que descubran. El médico y el guardián deben siempre tratar de hacerles creer que tienen razón.

Si fuere posible, deberá quitarse toda clase de influencias externas perturbadoras de sus sentidos y de su carácter. Para su espíritu sombrío no hay diversiones, distracciones saludables, medios de instrucción, ni efectos calmantes de la

---

<sup>184</sup> Es imposible no asombrarse de la dureza de corazón y de la irreflexión de los médicos, en muchos establecimientos para enfermos de esta clase, que sin tratar de descubrir el único modo verdadero y eficaz de curar tales enfermedades que es por medio de medicamentos homeopáticos (antipsóricos), se contentan con torturar a estos seres humanos más dignos de compasión con fuertes golpes y otros tormentos dolorosos. Con este proceder sin conciencia y repugnante se colocan por debajo del nivel de los carceleros en las casas de corrección, pues estos últimos imponen tales castigos como un deber en su oficio y solamente en los criminales, mientras que los primeros sólo parece que desahogan su despecho en la supuesta incurabilidad de la enfermedad mental, con aspereza hacia los pacientes dignos de compasión e inocentes, por la convicción humillante que tienen de su inutilidad como médicos, pues son demasiados ignorantes para servir de algo y demasiado perezosos para adoptar un modo conveniente de tratamiento

conversación, lecturas u otras cosas, pues su alma que se doblega o irrita bajo las cadenas del cuerpo enfermo, nada la fortifica, sino la curación. Solamente cuando vuelve la salud del cuerpo, fulgura otra vez en su mente la tranquilidad y el bienestar<sup>185</sup>

### **Parágrafo 230**

Si el remedio antipsórico elegido para cada caso particular de enfermedad mental o moral (existe una variedad infinita de ellas) fuese perfectamente homeopática a la imagen fielmente trazada del estado morbosos, conformidad tanto más fácil de encontrar, cuanto que ya es considerable el número de esta clase de medicamentos conocidos respecto a sus efectos puros y siendo tan evidentemente perceptible el estado mental y moral que constituye el síntoma principal del paciente entonces la mejoría más notable se realiza en un tiempo no muy largo, lo que no se hubiese producido medicando al paciente, hasta la muerte, con las grandes dosis a menudo repetidas de todos los demás medicamentos inadecuados (alopáticos). En verdad, puedo afirmar después de una larga experiencia, que la superioridad de la homeopatía sobre todos los otros métodos curativos imaginables, en ninguna parte se presenta con tanta brillantez como en las enfermedades mentales antiguas que deben su origen a afecciones corporales, o que se han desarrollado juntamente con ellas.

### **Parágrafo 231**

Las enfermedades intermitentes merecen una consideración especial, tanto las que se presentan en períodos fijos -como el gran número de fiebres intermitentes y de afecciones no febriles que se presentan en la misma forma- como también aquellas en que ciertos estados morbosos alternan en períodos indeterminados con otras de diferente clase.

### **Parágrafo 232**

Estas últimas, las enfermedades alternantes, son también muy numerosas<sup>186</sup> pero todas pertenecen a la clase de las enfermedades crónicas; generalmente son una manifestación del desarrollo de la psora únicamente, algunas veces, aunque raras, complicada con la sífilis, y por lo tanto en el primer caso pueden curarse con medicamentos antipsóricos; en el último, empero, alternando éstos con los antisifilíticos, como he dicho en mi obra sobre Enfermedades Crónicas.

---

<sup>185</sup> El tratamiento de la locura furiosa y la melancolía debe hacerse en instituciones destinadas especialmente a este fin, pero no en el hogar del enfermo

<sup>186</sup>Es posible que dos o tres estados diferentes alternen a la vez. Así, por ejemplo, en el caso de una alternancia de dos enfermedades, pueden manifestarse persistentemente ciertos dolores en las piernas, etc. tan luego como desaparece una oftalmía y que ésta vuelva otra vez cuando cesen los dolores; o que espasmos y convulsiones alternen inmediatamente con cualquiera otra afección que reside en el cuerpo entero o en alguna de sus partes. pero también es posible en caso de una triple alianza de estados alternantes en una enfermedad continua, que a una superabundancia aparente de salud, una exaltación de las facultades del cuerpo y del espíritu (alegría no acostumbrada, excesiva vivacidad, sentimiento exagerado de bienestar, apetito inmoderado, etc.), se vea suceder bruscamente un humor sombrío y melancólico, una insoportable disposición a la hipocondría, con alteración de varias funciones vitales, de la digestión, del sueño, etc., y que este segundo estado ceda su lugar, de un modo más o menos pronto, al sentimiento de malestar que de ordinario experimenta el sujeto. A menudo no hay señal ninguna del estado anterior cuando aparece el nuevo. En otros casos sólo quedan ligeras huellas del estado alternante anterior cuando se presenta el nuevo; pocos síntomas del primer estado persisten al aparecer y mientras dura el segundo. Algunas veces los estados morbosos alternantes son completamente de naturaleza opuesta, como por ejemplo, la melancolía alternando periódicamente con la locura alegre o el furor

### **Parágrafo 233**

Las enfermedades intermitentes típicas son aquellas en que un estado morbosos de carácter invariable reaparece en un periodo fijo, mientras el paciente está en buena salud aparentemente, y desaparece igualmente en un tiempo fijo. Esto se observa en aquellos estados morbosos en apariencia no febriles que vienen y se van de una manera periódica (en épocas fijas), así como en aquellos de naturaleza febril, es decir, la gran variedad de fiebres intermitentes.

### **Parágrafo 234**

Los estados morbosos en apariencia apiréticos, típicos, que periódicamente se presentan en una sola persona en tiempo fijo (no aparecen con frecuencia esporádica o epidémicamente) siempre pertenecen a las enfermedades crónicas. En su mayor parte son puramente psóricas rara vez complicadas con la sífilis y se tratan con éxito con los mismos medios; no obstante es necesario algunas veces emplear como remedio intercurrente una pequeña dosis de una solución potentizada de cinchona, con el fin de extinguir por completo su tipo intermitente.

### **Parágrafo 235**

Respecto a las fiebres intermitentes<sup>187</sup>, que prevalecen esporádica o epidémicamente (no las que se presentan endémicamente en lugares pantanosos), a menudo encontramos que cada paroxismo está compuesto de dos estados alternantes y opuestos (calor y frío, frío y calor), más frecuentes de tres (frío, calor y sudor). Por consiguiente, el remedio elegido para combatirlos de entre la clase general de los experimentados (comunes, no antipsóricos) debe ser capaz de producir en el cuerpo sano (los remedios de esta son los más seguros) dos o los tres estados similares alternantes; además debe corresponder por la similitud de sus síntomas, de la manera más homeopática posible, al estado alternante (ya sea al periodo de frío, de calor o de sudor, cada uno con sus síntomas accesorios, según que sea uno u otro de los estados alternantes más fuerte, más marcado y más peculiar). No obstante, los

---

<sup>187</sup> La patología hasta ahora en voga, que todavía está en su período de irracional infancia, no reconoce más que una fiebre intermitente a la que designa también fríos (fiebre de fríos), y no admite más variedades que las que están constituidas por los diferentes intervalos en que se presentan los paroxismos, cotidiana, terciaria, cuartana, etc. Pero hay diferencias mucho más importantes entre ellas que las marcadas por los períodos de aparición. existen innumerables variedades, algunas de las cuales no pueden denominarse fríos, puesto que su ataque sólo consiste en el síntoma calor; otras están caracterizadas sólo por el frío, con sudor Subsecuente o sin él; otras tienen frialdad general con sensación de calor local, o mientras el cuerpo se siente caliente al tacto, el paciente siente frío; otras en que un paroxismo consiste enteramente en un escalofrío o simple frialdad, seguida de un intervalo de salud, mientras que el siguiente consta sólo de calor seguido o no de sudor; otras en que el calor se presenta primero y el frío no viene sino hasta que aquél desaparece; otras en que después del período de frío o de calor viene la apirexia y entonces el sudor se presenta como un segundo período, a menudo muchas horas después; otras, en fin, en que no hay sudor absolutamente y no obstante otras en que todo el ataque consiste sólo en sudor, sin frío ni calor, o en que el sudor sólo existe el período de calor. Hay otras numerosas diferencias, especialmente en relación con los síntomas accesorios, tales como cefalalgias de carácter peculiar, al gusto en la boca, náusea, vómitos, diarrea, adipsia o sed excesiva, dolores peculiares en el cuerpo o en los miembros, sueño intranquilo, delirio, alteración del humor, espasmos, etc., antes, durante o después del período de frío, de calor, o de sudor, y otras incontables variedades. Todas estas son sin duda fiebres intermitentes de muy diferentes clases, cada una de las cuales, como debería suponerse naturalmente, requiere tratamiento (homeopático) especial. Debe reconocerse que casi todas pueden suprimirse (como a menudo se hace) por dosis enormes de quina y de sus preparaciones farmacéuticas, el sulfato de quinina; es decir, su aparición periódica (su tipo) puede suprimirse con esta sustancia, pero el paciente que sufre de fiebre intermitente en que no conviene cinchona, como sucede en todas esas intermitentes epidémicas que atraviesan todos los países aún los lugares montañosos, no son curadas por suprimir el acceso o tipo de fiebre. Los enfermos, al contrario, ahora quedan afectados de otro modo y peor, a menudo mucho peor que antes, pues quedan afectados por la discrasia química crónica y difícilmente puede restablecerse la salud en ellos, aún con el tratamiento prolongado con el verdadero método de medicina y ¡no obstante, eso es lo que llaman curar!

síntomas del paciente durante los intervalos de apirexia, deben ser los principales guías para encontrar el remedio homeopático más apropiado<sup>188</sup>.

### **Parágrafo 236**

El momento más apropiado y eficaz para administrar el medicamento en estos casos, es inmediatamente o muy poco después de la terminación del paroxismo, tan pronto como el enfermo se hubiese recobrado de sus efectos. En este caso tiene entonces tiempo de producir todos los cambios requeridos en el organismo para el restablecimiento de la salud. En tanto que si se da el medicamento, aún cuando sea específicamente apropiado, inmediatamente antes del paroxismo, coincide con la reaparición natural de la enfermedad y causa tal reacción en el organismo, y tan violento esfuerzo, que un ataque de esa naturaleza produce a la menos una gran pérdida de vigor, si es que no pone en peligro la vida<sup>189</sup>. Pero si el medicamento se da inmediatamente después de la terminación del acceso, es decir, en el período apirético y mucho tiempo antes de que se inicie el siguiente paroxismo, la fuerza vital del organismo está en la mejor condición posible para dejarse influenciar suavemente por el remedio, y así volver al estado de salud.

### **Parágrafo 237**

Cuando el periodo de apirexia sea muy corto, como sucede en algunas fiebres muy graves, o si dicho periodo fuese alterado por algunos de los sufrimientos, subsecuentes del paroxismo anterior, la dosis del medicamento homeopático debe administrarse cuando el sudor o los otros fenómenos resultantes del paroxismo que termina, empiezan a disminuir.

### **Parágrafo 238**

No pocas veces una sola dosis del medicamento apropiado ha destruido varios ataques y restablecido la salud, pero en la mayoría de los casos debe administrarse otra dosis después de cada ataque. Sin embargo, es todavía mejor, cuando el carácter de los síntomas no ha cambiado, repetir sin ninguna dificultad dinamizando cada dosis sucesiva con 10-12 sucusiones del frasco conteniendo la sustancia medicinal que fue administrada, conforme al más reciente descubrimiento de la repetición de las dosis (véase nota del Parág. 270). No obstante, a veces hay casos, aunque raros, en que la fiebre intermitente vuelve después de varios días de haber cesado. Este retorno de la misma fiebre después de un intervalo de salud, sólo es posible cuando el principio morboso que la produjo primero está todavía obrando

---

<sup>188</sup> El Dr. Von Boninghausen, quien ha prestado más servicios a nuestro benéfico sistema médico que cualquiera otro de mis discípulos, ha dilucidado muy bien este asunto que demanda tanto cuidado y ha facilitado la elección del remedio eficiente para varias epidemias de fiebre, en su obra titulada Versuch einer homöopathischen Therapie der Wechselfieber, 1.833, Münster bei Regensburg

<sup>189</sup> Esto se observa en los casos fatales, no raros por cierto, en que una dosis moderada de opio administrada durante el período de frío, produjo rápidamente la muerte

sobre el convaleciente como sucede en las regiones pantanosas. En este caso la curación permanente sólo puede tener lugar, a menudo, apartando al sujeto de este factor causal, buscando un lugar montañoso para habitar, si la causa de la fiebre fuese la región pantanosa.

#### **Parágrafo 239**

Como casi todos los medicamentos producen en su acción pura una fiebre peculiar y especial, y aún una forma de fiebre intermitente con sus períodos alternantes, distinta de las otras fiebres causadas por otros medicamentos, puede encontrarse en la extensa lista de medicamentos el remedio homeopático para las numerosas variedades de fiebres intermitentes naturales y, para muchísimas de éstas, aún entre la cantidad moderada de medicamentos experimentados ya en el individuo sano.

#### **Parágrafo 240**

Si el remedio que viene a ser específicamente homeopático para una epidemia reinante de fiebre intermitente, no efectúa una curación perfecta en uno u otro enfermo, y siempre que no sea la influencia de un lugar pantanoso que impide la curación, deberá ser siempre el miasma psórico latente y oculto la causa, en cuyo caso deberán emplearse los medicamentos antipsóricos hasta obtener el alivio completo.

#### **Parágrafo 241**

Las fiebres intermitentes epidémicas en lugares en que no son endémicas, son de la misma naturaleza que las enfermedades crónicas compuestas de un paroxismo agudo aislado; cada epidemia aislada tiene un carácter uniforme y peculiar común a todos los individuos atacados, cuando este carácter se encuentra en la totalidad de los síntomas comunes a todos, nos guía al descubrimiento del remedio homeopático (específico) apropiado a todos los casos, y que es casi universalmente útil en los pacientes que gozaban de salud mediana antes de presentarse la epidemia, es decir, que no eran enfermos crónicos por el desarrollo de la psora.

#### **Parágrafo 242**

Pero si en una epidemia de fiebre intermitente no se han curado los primeros paroxismos o si el paciente ha sido debilitado por un tratamiento impropio alopático, entonces la psora inherente que existe latente, ¡ay! en tantas personas, se desarrolla, toma el carácter de fiebre intermitente y aparentemente continúa jugando el papel de la epidemia de fiebre intermitente, de modo que el medicamento que hubiera sido útil en los primeros paroxismos (rara vez un antipsórico) ya no es apropiado y no puede prestar ningún servicio. Ahora tenemos que ver con una fiebre intermitente psórica

únicamente, y ésta cederá por regla general con una pequeña dosis, que rara vez habrá que repetir, de Sulphur o hepar sulphuris en alta potencia.

### **Parágrafo 243**

En las fiebres intermitentes con frecuencia muy graves que atacan a una persona aislada que no vive en un lugar pantanoso, debemos también al principio, como en el caso de las enfermedades agudas generalmente, a que se asemejan respecto a su origen psórico, emplear por algunos días para ver qué servicio hace, un remedio homeopático elegido para el caso especial de entre los de la otra clase de medicamentos (no antipsóricos) experimentados; pero si a pesar de este proceder el restablecimiento se hace esperar, entonces nos daremos cuenta que es la psora a punto de desarrollarse la que lo impide y que en este caso sólo las medicinas antipsóricas pueden efectuar la curación radical.

### **Parágrafo 244**

Las fiebres intermitentes endémicas en comarcas pantanosas y en ciertos lugares de países expuestos con frecuencia a inundaciones, dan mucho qué hacer a los médicos de la escuela antigua, no obstante que un hombre sano durante su juventud puede habituarse a vivir en lugares pantanosos sin enfermarse, con tal que evite un régimen impropio y su organismo no se encuentre deprimido por miseria, fatiga o pasiones perniciosas. Las fiebres intermitentes endémicas le atacarán cuando más al llegar por primera vez a estos lugares, pero una o dos dosis muy pequeñas de una alta dinamización de cinchona, juntamente con un modo de vivir bien regulado a que se acaba de hacer referencia, rápidamente le librarán de la enfermedad. Cuando una persona, a pesar de hacer un ejercicio corporal suficiente y de seguir un sistema saludable de trabajo intelectual y físico, no puede curarse de una fiebre intermitente con una o varias pequeñas dosis de china, es que la psora, a punto de desarrollarse, existe siempre en el fondo u origen de su enfermedad, y dicha fiebre no podrá curarse en la comarca pantanosa sin un tratamiento antipsórico<sup>185</sup>.

Algunas veces sucede que cuando el enfermo se cambia sin dilación del lugar pantanoso a otro seco y montañoso, se presenta en apariencia el restablecimiento (la fiebre lo deja) si todavía no está profundamente enfermo, es decir, si la psora no se ha desarrollado en él completamente y puede en consecuencia volver a su estado latente; pero nunca recobrará su salud perfecta sin tratamiento antipsórico.

### **Parágrafo 245**

Habiendo ya visto la atención que deberá prestarse, en el tratamiento homeopático, a las principales variedades de enfermedades y a las circunstancias peculiares relacionadas con ellas, pasamos ahora a lo que tenemos que decir respecto a los

---

<sup>185</sup> Las grandes dosis, a menudo repetidas, de cinchona, como también de remedios químicos concentrados, como el sulfato de quinina, tienen ciertamente el poder de librar a tales enfermos de los accesos periódicos de la intermitente, pero los que así se han engañado creyendo que estaban curados, quedan enfermos de otro modo, frecuentemente con una intoxicación química incurable, (Véase Parág. 276 nota)

remedios y la manera de emplearlos, junto con el régimen que debe observarse durante su uso.

### **Parágrafo 246**

Toda mejoría perceptiblemente progresiva y en aumento notable durante el tratamiento, es una condición que impide en absoluto todo el tiempo que dura, la repetición de cualquier medicamento, porque todo el beneficio que está efectuando el medicamento administrado, se está acercando hacia su completa realización. Esto es frecuente en los casos de enfermedades agudas, pero en las enfermedades más crónicas por otra parte, una sola dosis del remedio homeopático elegido convenientemente, desarrollará toda su acción aún con una mejora lenta y progresiva, y contribuirá a que tal remedio en determinado caso pueda realizarla naturalmente en 40, 50, 60, 100 días. Esto, no obstante, es raro; además es de gran importancia tanto para el médico como para el paciente, que si fuese posible, se redujera este periodo a la mitad, a un cuarto o aún a menos, de manera que pudiera obtenerse una curación más rápida. Y esto puede efectuarse muy afortunadamente bajo las siguientes condiciones, según me han enseñado observaciones recientes y a menudo repetidas: en primer lugar, si el medicamento elegido con el mayor cuidado es perfectamente homeopático; en segundo lugar, si el medicamento ha sido administrado en alta potencia, disuelto en agua y en pequeña dosis apropiada según la experiencia haya enseñado como la más conveniente, y a intervalos definidos para que la curación se efectúe más rápida, pero con la precaución de que el grado de dinamización de cada dosis se diferencie algo de la que le precede y de la que le sigue. De esta manera el principio vital que debe alterarse produciendo una enfermedad medicinal análoga, no se rebele provocando reacciones contrarias, como sucede siempre en el caso<sup>190</sup> en que se repite con mucha frecuencia dosis de una dinamización no modificada de un medicamento.

### **Parágrafo 247**

No es razonable repetir la misma dosis no modificada de un remedio dado, sin hacer mención de su repetición frecuente (y a cortos intervalos con el fin de no retardar la curación). El principio vital no acepta sin resistencia estas dosis no modificadas, es decir, sin manifestar otros síntomas del medicamento que los semejantes a la enfermedad que se trata de curar, porque la primera ya realizó todo el cambio que se esperaba en el principio vital, y una segunda dosis no modificada del mismo medicamento dinámicamente similar en todo, ya no encontrará, por consiguiente, las mismas condiciones de la fuerza vital. El paciente, a la verdad, se le puede enfermar de otro modo al recibir otra dosis no modificada, enfermarlo aún más que antes, pues ahora sólo son activos los síntomas del remedio no homeopático a la enfermedad original, de aquí que no se de ni un paso hacia la curación, sino hacia una verdadera

---

<sup>190</sup> Lo que dije en la quinta edición del organón, en una nota extensa a este párrafo con el fin de impedir estas reacciones no deseadas de la fuerza vital, era todo lo que la experiencia me habrá justificado. Sin embargo, durante estos cuatro o cinco años todas estas dificultades se han resuelto por completo con mi nuevo y perfecto método modificado. El mismo medicamento cuidadosamente elegido puede darse ahora diariamente y por meses, si fuese necesario de este modo, a saber: después que los grados más bajos de la potencia se han usado por una o dos semanas en el tratamiento de las enfermedades crónicas, que aumenta el grado de la potencia hacia la más altas (princiando conforme al nuevo método de dinamización que aquí se enseña con el uso de las más bajas potencias)

agravación de la condición del paciente. Pero si la dosis siguiente es modificada ligeramente cada vez, es decir, de dinamización más alta (Parág. 269-270), entonces el principio vital puede ser influenciado sin ninguna dificultad por el mismo medicamento (la sensación patológica disminuye) y de este modo la curación es más pronta<sup>191</sup>.

### **Parágrafo 248**

Con este fin potentizamos de nuevo la solución medicinal<sup>192</sup> (con 8, 10, 12 succusiones) de la que damos al enfermo una o (en aumento) varias cucharaditas, en las enfermedades de larga duración diariamente o cada dos días, en las agudas cada dos o seis horas y en casos muy urgentes cada hora o con más frecuencia. Así en las enfermedades crónicas todo medicamento homeopático correctamente elegido, aún aquel cuya acción sea de larga duración, debe repetirse diariamente por meses con éxito siempre creciente. Si la solución se agota (de siete a 15 días), es necesario añadir a la siguiente solución del mismo medicamento, si todavía está indicado, uno o (aunque raramente) varios glóbulos de una potencia más alta con la cual se continuará mientras el paciente siga mejorando, sin que se presente uno u otro sufrimiento que nunca hubiese tenido antes, durante su vida. Si esto acontece, si el balance o saldo de la enfermedad aparece en un grupo de síntomas alterados, modificados, entonces debe escogerse otro medicamento más homeopático relacionado al caso, en lugar del último, y administrarlo en las mismas dosis repetidas, teniendo cuidado, sin embargo de modificar la solución de cada dosis con succusiones vigorosas y completas, para cambiar y aumentar su grado potencial.

Por otra parte, aparecerá alguna vez durante la repetición casi diaria del remedio homeopático bien elegido, y hacia el fin del tratamiento de una enfermedad crónica, la llamada agravación homeopática, en la cual los síntomas morbosos parecen aumentar algo otra vez (la enfermedad medicinal, semejante a la natural, es la que ahora se manifiesta por sí misma). En este caso las dosis deben entonces disminuirse todavía más y repetirla a largos intervalos y quizás suspenderlas varios días a fin de ver si la convalecencia no necesita más ayuda medicamentosa. Los síntomas artificiales producidos por el exceso de medicamento homeopático desaparecerán pronto y dejarán la salud en perfecto estado. Si sólo se ha disuelto por succusiones un glóbulo del medicamento en una dracma de alcohol diluido para usarlo en el tratamiento por olfacción cada dos, tres o cuatro días, esta dilución también debe agitarse vigorosamente ocho o diez veces antes de cada olfacción.

### **Parágrafo 249**

---

<sup>191</sup> No se debe administrar al paciente, aún cuando se trate del remedio homeopático mejor elegido, por ej. un glóbulo de la misma potencia que fué beneficiosa al principio, una segunda o tercera dosis, en seco. De la misma manera, si la medicina fué disuelta en agua y la primera dosis fue beneficiosa, una segunda, tercera o más pequeña dosis tomada del frasco sin agitarlo, aún a intervalos de pocos días, no hará ningún beneficio más, aún cuando la preparación original hubiese sido potentizada con diez succusiones o como he sugerido después con sólo dos succusiones a fin de evitar esta desventaja, y esto conforme a las razones anteriores. Pero si se modifica cada dosis en su grado de dinamización, como aquí enseño, no hay perjuicio aunque la dosis se repita con más frecuencia, y el medicamento fuese de muy elevada potencia debida a muchas succusiones. parece como si el remedio homeopático mejor elegido pudiese librar a la fuerza vital de la perturbación morbosa, en las enfermedades crónicas, solamente si se le administra en varias diferentes formas.

<sup>192</sup> Hecha en 40, 30, 20, 15 o 8 cucharadas grandes de agua alcoholizada o con un pedazo de carbón en ella con el fin de evitar su descomposición. Si se usa el carbón, éste se mantendrá suspendido dentro del frasco con un hilo. Cuando se sacuda el frasco se saca el carbón. La solución del glóbulo medicinal (es raro que se tenga que usar más de un glóbulo) de un medicamento completamente potentizado en una gran cantidad de agua, puede evitarse haciendo una solución en sólo 7 u 8 cucharadas de agua y después de la succusión completa del frasco, tomar de él una cucharada y ponerla en un vaso de agua (7 u 8 cucharadas), agitarlo muy bien y dar al paciente una dosis. Si el paciente es muy sensible y excitable, se pone una cucharadita de esta solución en un segundo vaso de agua, se agita muy bien y se da una cucharadita o más por dosis. Hay pacientes tan sensibles que se necesita preparar en esta forma un tercero o cuarto vaso. Cada vaso de estos debe prepararse cada vez que se necesita. El glóbulo de alta potencia mejor es triturarlo en azúcar de leche, que pondrá el paciente en un frasco y disolverá en la cantidad de agua necesaria

Todo medicamento que prescrito para un caso dado produce en el curso de su acción síntomas nuevos y perturbadores que no pertenecen a la enfermedad en tratamiento, no es capaz de realizar una mejoría efectiva,<sup>193</sup> y no puede considerarse como elegido homeopáticamente; se debe, también en el caso de que la agravación sea considerable, neutralizar primero parcialmente tan pronto como sea posible con un antídoto, antes de dar el medicamento siguiente elegido con más cuidado conforme a la similitud de acción; y si los síntomas molestos no fuesen demasiado violentos, el siguiente remedio debe darse inmediatamente, con el fin de que reemplace al que fue impropriamente elegido<sup>194</sup>.

### **Parágrafo 250**

Cuando es evidente, al médico observador que investiga cuidadosamente el estado de la enfermedad, en casos urgentes, que después de sólo seis, ocho o doce horas de haber hecho una mala elección en el medicamento administrado últimamente, el estado del paciente se agrava perceptible aunque ligeramente por la aparición de síntomas nuevos y sufrimientos, le es, no sólo permitido, sino que es su deber corregir su error con la elección y administración del remedio homeopático, no sólo del medicamento indicado, sino del más apropiado posible para la enfermedad existente (Parág. 167).

### **Parágrafo 251**

Hay algunas medicinas (por ejemplo; ignatia bryonia, rhus y algunas veces belladonna) cuyo poder de alterar, la salud humana consiste principalmente en efectos alternantes especie de síntomas de acción primaria que son en parte opuestos los unos a los otros. Si el médico al prescribir alguna de ellas, que hubiese sido seleccionada según principios homeopáticos estrictos, encontrare que no se produce mejoría alguna, logrará su objetivo en la mayoría de los casos (tratándose de enfermedades agudas, aun a las pocas horas) administrando una dosis recién preparada e igualmente pequeña de la misma medicina<sup>195</sup>.

### **Parágrafo 252**

---

<sup>193</sup> Como la experiencia demuestra que la dosis de un medicamento homeopático especialmente apropiado, no puede ser tan pequeña al grado de que no produzca una mejoría perceptible en la enfermedad, se obraría sin razón y se perjudicaría cuando al no haber alivio, o si lo hubiese fuese muy ligero seguido de agravación, se repitiese o aumentare la dosis del mismo medicamento, como se hace en la antigua escuela, bajo la creencia errónea de que no fué eficaz por su pequeña cantidad (su demasiada pequeña dosis). Toda agravación por la producción de síntomas nuevos, cuando nada desfavorable ha ocurrido en el régimen mental o físico, demuestra invariablemente que el medicamento dado anteriormente no es apropiado al caso, pero nunca indica que la dosis ha sido demasiado pequeña

<sup>194</sup> El médico bien documentado y cuidadoso conciencia, nunca se verá obligado a usar en su práctica ningún antídoto si es que ha dado, como debería de ser, el medicamento elegido en la más pequeña dosis posible. Semejante dosis infinitesimal del remedio mejor elegido restablecerá el orden completamente

<sup>195</sup> Como lo he descrito especialmente en la introducción a "Ignatia" (en el primer volumen de la Materia Médica Pura)

Si se encontrase, durante el empleo de los otros medicamentos en las enfermedades crónicas (psóricas), que el remedio homeopático mejor elegido (antipsórico) y administrado en la dosis más conveniente (mínima), no produce mejoría, esto es signo seguro de que la causa que sostiene la enfermedad persiste todavía, y que hay alguna circunstancia en el modo de vivir del paciente o en la situación en que está colocado, que debe quitarse a fin de que pueda realizarse una curación permanente.

### **Parágrafo 253**

Entre los signos que, en todas las enfermedades, sobre todo aquellas de un carácter agudo, anuncian un ligero principio de mejoría o de agravación que no es para todos perceptible, son los más seguros e instructivos los que revelan el estado mental del paciente y su manera de comportarse. En el caso de que haya un alivio, aunque sea muy ligero, se nota un grado mayor de bienestar, la tranquilidad aumenta así como la libertad de la mente y el ánimo es más fuerte; se verifica una especie de vuelta al estado natural. En el caso de que haya agravación, aunque sea muy ligera, se tendrá un estado opuesto al anterior: retraimiento del carácter, desesperación de la mente, comportamiento digno de compasión en todos sus gestos, posturas y acciones; todo lo cual se percibe fácilmente por medio de una atenta observación, pero difícilmente puede expresarse con palabras<sup>196</sup>

### **Parágrafo 254**

La aparición de síntomas nuevos o el incremento de los existentes, o al contrario, la disminución de los primitivos sin adición de otros nuevos, disipará pronto toda duda de la mente del médico que observa e investiga atentamente, respecto a la agravación o mejoría; aunque hay entre las personas enfermas unas incapaces de informar de esta agravación o mejoría, y otras que no quieren confesarla.

### **Parágrafo 255**

Aún con estas mismas personas, podemos convencernos sobre este punto, revisando con ellas todos los síntomas enumerados uno por uno en nuestros apuntes de la enfermedad, y comprobando así que no sufren de ningún otro síntoma nuevo y que los antiguos no se han agravado. Si este fuese el caso, y si se ha observado mejoría en el carácter y la mente, es indicio de que el medicamento debe haber efectuado una disminución positiva de la enfermedad; o, si no ha transcurrido el tiempo suficiente para que esto se realice, muy pronto será. Si, esto supuesto, la mejoría tarda

---

<sup>196</sup> Las señales de mejoría en el carácter y la mente, sólo deben esperarse, no obstante, después que el medicamento haya sido administrado en dosis suficientemente pequeña (tan pequeña como sea posible). Una dosis más fuerte que lo necesario, aún del remedio más homeopático, obra con demasiada violencia y produce en seguida una alteración muy grande y prolongada en las facultades intelectuales y morales, de manera que no permitirá que veamos pronto la mejoría. Haré observar aquí que esta regla tan importante es la que conculcan principalmente los principiantes presuntuosos en homeopatía y los médicos alópatas convertidos a la nueva escuela. Por viejos prejuicios detestan las más pequeñas dosis de las diluciones más bajas de los medicamentos en tales casos, de aquí que se priven de experimentar las grandes ventajas y beneficios de este modo de proceder

demasiado en aparecer, esto depende ya sea de alguna falta cometida por el enfermo o de algunas circunstancias que se han interpuesto.

### **Parágrafo 256**

Por otra parte, si el enfermo menciona la presentación de algún accidente o síntoma nuevo de importancia -señal de que la medicina escogida no ha sido estrictamente homeopática- aún cuando nos asegure amablemente que se siente mejor, como no es raro el caso en enfermos de tuberculosis con abscesos pulmonares, no debemos creer esta afirmación, sino considerar su estado tan agravado como que pronto será perfectamente claro.

### **Parágrafo 257**

El verdadero médico tendrá mucho cuidado en evitar el convertir en remedios predilectos favoritos, medicamentos cuyo empleo, por casualidad, quizás ha encontrado útiles a menudo y que ha tenido oportunidad de usar con buen resultado. Si obra así, serán olvidados algunos remedios de uso más raro que serían más homeopáticamente apropiados y por consiguiente más eficaces.

### **Parágrafo 258**

El verdadero médico, además, no despreciará en su práctica por futilidad o desconfianza el empleo de aquellos remedios que de vez en cuando haya empleado con mal resultado, debido a una errónea elección (por culpa propia, por supuesto), o evitar su empleo por otras (falsas) razones, como que no son homeopáticos al caso patológico en tratamiento. Tendrá siempre presente en la memoria esta verdad que, de todos los medicamentos uno solo merece invariablemente la preferencia en cada caso de enfermedad, el que corresponde más exactamente por similitud a la totalidad de los síntomas característicos; y que no debe intervenir en esta elección sería ningún prejuicio mezquino.

### **Parágrafo 259**

Teniendo en cuenta la pequeñez de las dosis necesarias y convenientes en el tratamiento homeopático, se comprende fácilmente que durante éste debe suprimirse de la dieta y género de vida del paciente todo lo que tenga alguna acción medicinal, con el fin de que la pequeña dosis no sea dominada, extinguida o perturbada por ningún estimulante medicinal extraño<sup>197</sup>.

### **Parágrafo 260**

---

<sup>197</sup> Los sonidos más dulces de una flauta lejana que en el silencio de las horas de la media noche despierta en un corazón sensible sentimientos elevados y le sumergen en éxtasis religioso, no pueden oírse ni producen ningún efecto en medio de los gritos discordantes y los ruidos del día

De aquí que la investigación cuidadosa de semejantes obstáculos a la curación, sea tanto más necesaria en los casos de pacientes afectados de enfermedades crónicas, cuanto que sus enfermedades con frecuencia se agravan por estas influencias dañosas y otros errores en la dieta y régimen causantes de enfermedades que pasan a menudo desapercibidas<sup>198</sup>.

### **Parágrafo 261**

El régimen más apropiado durante la administración del medicamento en las enfermedades crónicas, consiste en la remoción de todos los obstáculos para el restablecimiento de la salud, y poniendo al enfermo, si fuese necesario, en condiciones opuestas: distracción moral e intelectual inocentes, ejercicio activo al aire libre en casi todas las estaciones (caminar todos los días y ejecutar trabajos manuales ligeros), alimentos y bebidas, etc. apropiados, nutritivos y que no posean acción medicinal.

### **Parágrafo 262**

Por el contrario, en las enfermedades agudas, excepto en los casos de enajenación mental, el sentido interno sutil e infalible de la facultad conservadora de la vida lo determina tan clara y exactamente, que el médico sólo tiene que aconsejar a los amigos y asistentes que no pongan obstáculos a la voz de la naturaleza rehusando al paciente algo que desee con urgencia en relación con los alimentos, o tratando de persuadirle a que tome algo que pueda dañarle.

### **Parágrafo 263**

El deseo, en relación con los alimentos y bebidas, de un paciente afectado de una enfermedad aguda, es con seguridad y principalmente por sustancias que proporcionan un alivio paliativo y que sin embargo no poseen hablando rigurosamente, un carácter medicinal, sino que viene a satisfacer una especie de necesidad. Los débiles obstáculos que la satisfacción de este deseo, dentro de límites moderados, podrían oponer a la extinción radical de la enfermedad<sup>195</sup> estarán ampliamente contrapesados y dominados por el poder del remedio homeopático

---

<sup>198</sup> El café; el mejor té de china u otras variedades de té; la cerveza preparada con sustancias vegetales medicinales impropias para el estado del enfermo; los llamados licores finos preparados con especias medicinales; toda clase de ponches, el chocolate con especias, las aguas de olor y perfumes de todas clases; flores de mucho perfume en las habitaciones; polvos dentífricos y esencias y bolsitas perfumadas compuestas con drogas; manjares muy condimentados y salsas; pasteles y helados con aroma; vegetales crudos de acción medicinal para preparar sopas; manjares muy condimentados y salsas; pasteles y helados con aroma; vegetales crudos de acción medicinal para preparar sopas; manjares de vegetales, raíces y renuevos de plantas que poseen propiedades medicinales; espárragos con puntas largas y verdes, lúpulo y toda clase de vegetales que tengan cualidades medicinales, apio, cebollas; queso añejo y carnes descompuestas que posean propiedades medicinales (como la carne y grasa de puerco, patos, y ganzo o de ternera muy joven o carnes acedas), deben evitarse a todo enfermo. También debe evitarse todo exceso de mesa y el azúcar y sal y así como bebidas espirituosas no diluidas con agua, habitaciones calentadas, trajes de lana sobre la piel, vida sedentaria en habitaciones cerradas o el abuso de ejercicios puramente pasivos (a caballo, en coche o columpio), lactancia prolongada, dormir una siesta larga en posición recostada en la cama, permanecer en vela largo tiempo, falta de limpieza, libertinaje contra natura, enervación por lecturas obscenas, leer acostado; el onanismo, coito imperfecto o suprimido para evitar el embarazo. Se evitará la cólera, pesar y despecho, pasión por el juego, el exceso de trabajo físico y mental especialmente después de comer, la permanencia en lugares pantanosos, habitaciones húmedas, vida llena de necesidades, etc. Todas estas cosas deben evitarse o removerse, hasta donde sea posible, a fin de que la curación no sea obstruccionada o se haga imposible. Algunos de mis discípulos parece que innecesariamente han aumentado las dificultades de la dieta, prohibiendo el uso de muchas otras cosas indiferentes y tolerables, conducta que no es de recomendarse.

<sup>195</sup> Sin embargo, esto es raro. Así, por Ej. en las enfermedades francamente inflamatorias, en que acónito es tan indispensable y cuya acción sería destruida por ingestión de ácidos vegetales, el enfermo casi siempre desea tomar únicamente agua pura

conveniente, por la libertad en que queda la fuerza vital y por la calma que sigue a la posesión de un objeto ardientemente deseado. La temperatura de la habitación y el abrigo debe igualmente regularse en las enfermedades agudas según los deseos del enfermo. Se cuidará de evitar todo lo que pudiera afectar vivamente su parte intelectual o moral.

#### **Parágrafo 264**

El verdadero médico debe estar provisto de medicamentos puros de fuerza inalterable, de manera que esté en actitud de confiar en su poder terapéutico y también de juzgar él mismo de su pureza.

#### **Parágrafo 265**

Es un asunto de conciencia para él estar completamente convencido que en cada caso el paciente toma el medicamento conveniente, y por lo tanto debe darle el medicamento correctamente elegido y preparado, además, por él mismo.

#### **Parágrafo 266**

Las cualidades medicinales de las sustancias que pertenecen a los reinos animal y vegetal son más notables en estado crudo<sup>196</sup>.

#### **Parágrafo 267**

El modo más perfecto y seguro de extraer la virtud o parte medicinal de las plantas indígenas que pueden obtenerse frescas, consiste en exprimir el jugo, que se mezcla en seguida exactamente con partes iguales de alcohol de graduación tal que arda en la lámpara. Se deja en reposo la mezcla por espacio de veinticuatro horas, en un frasco bien tapado, y, después de haber decantado el líquido claro, en cuyo fondo se encuentra el sedimento fibroso y aluminoso, se le conserva para el uso medicinal<sup>197</sup>.

<sup>196</sup> Las sustancias animales y vegetales crudas tienen más o menos virtudes medicinales, y pueden modificar el estado del hombre cada una a su modo. Las plantas y los animales de que se alimentan los pueblos civilizados tienen sobre los demás la ventaja de contener mayor cantidad de partes nutritivas, y de tener virtudes medicinales menos enérgicas, que todavía disminuyen por las preparaciones que se les hace sufrir, como la expresión del jugo nocivo, (la cazabe, en la América del Sur), la fermentación (la pasta de que se hace el pan, la de la colicostra, etc.), las fumigaciones, la cocción, la torrefacción, etc., que destruyen o disipan las partes a donde se adhieren estas virtudes medicinales. La adición de la sal (salazón) y del vinagre (salsas, ensaladas) producen también este efecto, pero resultan de ello otros inconvenientes. Las plantas dotadas de las virtudes medicinales más enérgicas, se despojan igualmente de ellas en todo o en parte, con iguales o semejantes reparaciones. Las raíces del lirio cárdeno, del rábano silvestre, de peonía, y de arum, se hacen casi inertes por la desecación. El jugo de los vegetales más viotos se reduce a una masa del todo inerte por la acción del calor que sirve para preparar los extractos ordinarios. Basta dejar en reposo por algún tiempo el jugo de la planta más peligrosa, para que pierda todas sus propiedades; por sí mismo pasa rápidamente a la fermentación vinosa, cuando la temperatura es moderada, y después se agría y en seguida se pudre, lo que acaba de destruir toda su virtud medicinal, el sedimento que entonces se deposita en el fondo no es más que una fécula inerte. Las hierbas verdes, puestas solamente en montones, pierden también la mayor parte de sus propiedades medicinales por la especie de exudación que sufren

<sup>197</sup> Buchholz (Taschenb. f. Scheidroek. u. Apoth. a. d. J., 1.815, Weinar, Abth. I, Vi) asegura a sus lectores ( y el cronista de su libro en la Leipziger Literaturzeitung, 1.816, N° 82, no lo contradice), que este modo de preparar los medicamentos se debe a la campaña en Rusia (en 1.812) de donde fue traído a Alemania. Conforme a la práctica noble de muchos alemanes de ser injustos hacia sus propios conciudadanos, el oculta que este descubrimiento y aquellas instrucciones que el cita con mis propias palabras, de la primera edición del Organón, ??? 230 y la nota, proceda de mí, y que yo publiqué primero dos años antes de la campaña de Rusia (el Organón apareció en 1.810). Algunas gentes preferirían atribuir el origen de un descubrimiento a los desiertos del Asia que a un alemán a quien pertenezca el honor: ¡O tempora! ¡O mores!. Verdad es que en otro tiempo se mezclaba el alcohol con el jugo de las plantas, con el fin, p. ej. de conservarlas algún tiempo antes de

El alcohol que se ha añadido al jugo se opone desde luego al desarrollo de la fermentación que ya en adelante no puede efectuarse. Se conserva esta preparación en frascos bien tapados y lacrados para evitar la evaporación, y puestos al abrigo de la luz solar. De esta manera se mantiene (perfecta e inalterable) para siempre el poder medicinal completo de jugo de las plantas<sup>198</sup>.

### **Parágrafo 268**

Las otras plantas, cortezas, semillas y raíces que no pueden obtenerse frescas, un médico prudente nunca se fiará de otro para proporcionárselas en polvo, sino que antes de usarlas en su práctica se convencerá de su pureza y de que están enteras y no preparadas<sup>199</sup>.

### **Parágrafo 269**

El método homeopático, por un procedimiento que le es propio y que nadie había ensayado antes que él, desarrolla las virtudes medicinales dinámicas de sustancias groseras, que les da a todas una acción profundamente eficaz<sup>200</sup> y terapéutica, aún a aquellas que en el estado crudo no daban señal de la menor influencia medicinal sobre el cuerpo humano.

Este cambio notable en las cualidades de las sustancias naturales desarrolla el latente poder dinámico (Parg. 11), hasta entonces desconocido, como si hubiese permanecido oculto o adormecido,<sup>201</sup> poder que influencia el principio vital y modifica

---

preparar con ellas los extractos, pero nunca con la mira de administrarlos en esta forma

<sup>198</sup> Aunque la mezcla de partes iguales de alcohol y de jugo recientemente exprimida sea generalmente la proporción más conveniente para precipitar la materia fibrosa y la albúmina, con todo hay plantas muy cargadas de mucosidad espesa (como *Symphytum officinae*, *Viola tricolor*, etc.), o de excesiva albúmina (como *Aethusa cynapium*, *Solanum nigrum*, etc.), que exigen ordinariamente doble cantidad de alcohol. Las plantas que son de jugo muy deficiente, como *Oleander*, *Buxus*, *Taxus*, *Ledum*, *Sabina*, etc., se deben machacar primero solas hasta formar una masa o pasta homogénea y húmeda y después mezclarla con doble cantidad de alcohol y así el jugo se combina con él, se puede prensar; estas plantas también pueden triturarse con azúcar de leche hasta la millonésima y después diluirlas y potenciarlas (v. ??? 271)

<sup>199</sup> Para conservarlas en forma de polvos, se necesita una precaución no usada hasta el día en las boticas, donde no pueden guardarse, sin que se alteren, ni aún los polvos bien desecados de sustancias animales y vegetales aún en frascos bien tapados. Esto consiste en que las materias vegetales, aunque sean perfectamente secas, retienen todavía cierta cantidad de humedad, condición indispensable para la coherencia de su tejido, que no impide que la droga permanezca incorruptible mientras se conserva toda entera, pero que se hace superflua luego que se pulveriza. De aquí se sigue que una sustancia animal o vegetal que estaba bien seca cuando entera da un polvo ligeramente húmedo, que no tarda en alterarse y enmohecerse en los frascos, aunque estén bien tapados, si antes no se ha tenido el cuidado de privarlos de toda su humedad. El mejor modo de conseguirlo es extender los polvos sobre un plato de hoja de lata de bordes elevados, que flota en un envase lleno de agua hirviendo (es decir, en baño de María), removiéndolos hasta que sus partes ya no se aglomeren y resbalen unas contra otras como arena fina, que con facilidad pueden convertirse en polvo. En este estado seco pueden conservarse los polvos para siempre inalterables en frascos bien tapados y sellados, con todo su poder o virtud medicinal primitiva, sin enmohecerse jamás ni engendrar gorgojos; teniendo el cuidado de ponerlos al abrigo de la luz en cajas o gavetas tapadas serán mejor conservados. Cuando el aire penetra en los frascos, o cuando están expuestos a la acción de los rayos del sol o de una luz muy fuerte, las sustancias animales y vegetales pierden cada día más sus virtudes medicinales, aunque estén enteras pero todavía más en forma de polvo

<sup>200</sup> Mucho tiempo antes de descubrir esto, la experiencia había enseñado que podían producirse varios cambios en diferentes sustancias en estado natural por medio de la fricción, tales como el calor, la combustión, desarrollo de olor en cuerpos inodoros, magnetización del acero, etc. Pero todas estas propiedades determinadas por la fricción sólo se relacionaban a objetos inanimados; mientras que existe una ley de la naturaleza conforme a la cual se producen cambios fisiológicos y patogénicos en el cuerpo por medio de fuerzas capaces de cambiar el estado material crudo de las drogas, aún de aquéllas en que nunca se habían manifestado ninguna virtud medicinal. Esto se realiza por trituración y sucusión, pero con la condición de emplear un vehículo indiferente en determinadas proporciones. Esta notable ley física, y especialmente fisiológica y patológica de la naturaleza no había sido descubierta antes de mi época. No es de sorprender entonces que los actuales naturalistas y médicos (que la desconocían) no tuviesen fe en el poder mágico curativo de las pequeñas dosis de medicamentos preparados conforme a las reglas homeopáticas (dinamizadas)

<sup>201</sup> Lo mismo se observa en una barra de acero de hierro, en la que no puede descubrirse la fuerza magnética latente oculta en su interior. Ambas barras después de forjadas y en posición vertical rechazan el polo norte de una aguja imantada con su extremidad inferior y atraen el polo sur con la otra. Esto es sólo una fuerza latente, pues ni las más finas partículas de hierro pueden extraerse o depositarse en alguna de las extremidades de la barra. Únicamente después de que la barra de acero está dinamizada, frotándola con una lima roma en una dirección, podrá volverse un imán poderoso y capaz de atraer el hierro y el acero y transmitir a otra barra de acero por contacto, y aún a alguna distancia, su poder magnético y esto en tanto mayor grado cuanto más se le ha frotado. Del mismo modo triturando las sustancias medicinales y por sacudimiento de sus soluciones (dinamización, potencización) se desarrollará y manifestará su poder medicinal oculto en ellas, y si se permite decirlo así, se espiritualizará la propia sustancia material

el modo de ser de la vida animal<sup>202</sup>. Esto se realiza por acción mecánica sobre sus más pequeñas partículas frotando y sacudiendo y después de añadir una sustancia indiferente en polvo o líquida que las separe entre sí. Este proceso se llama dinamización, “potentización” (desarrollo del poder medicinal) y de él resultan las dinamizaciones<sup>203</sup> o potencias en diferentes grados.

### **Parágrafo 270**

Con el fin de obtener lo mejor posible este desarrollo de poder, se tritura una pequeña parte de la sustancia que se va a dinamizar, por ejemplo

- A) Un grano con cien granos de azúcar de leche durante tres horas, en forma de polvo hasta la millonésima, conforme al método descrito abajo<sup>204</sup>.
- B) Por razones dadas aquí, abajo, se disuelve un grano de este polvo en 500 gotas de una mezcla de una parte de alcohol y cuatro partes de agua destilada, de la cual se pone una gota en un frasco. A esto se añade 100 gotas de alcohol puro<sup>205</sup> y se le dan cien sacudidas fuertes golpeando la mano contra algún objeto duro pero elástico<sup>206</sup>. Este es el primer grado de dinamización del medicamento, con el que entonces los glóbulos<sup>207</sup> de azúcar se humedecerán<sup>208</sup> extendiéndolos rápidamente sobre papel secante para secarlos y guardarlos en

<sup>202</sup> Esto se refiere sólo al aumento y mayor fuerza en el desarrollo de su poder para producir cambios en la salud de los animales y del hombre, siempre que estas sustancias naturales en este estado de mejoramiento, se acerquen mucho a las fibras sensibles o se pongan en contacto con ellas (por ingestión u olfacción). De la misma manera que una barra imantada especialmente si su fuerza magnética está aumentada (dinamizada) puede revelar su poder sólo con una aguja de acero cuyo polo esté cerca o la toque. El acero mismo permanece invariable en sus otras propiedades físicas y químicas y no puede producir cambios en otros metales (por ejemplo en el bronce), del mismo modo que los medicamentos dinamizados no pueden obrar sobre las sustancias inertes

<sup>203</sup> Diariamente oímos llamar sólo diluciones a las potencias medicinales homeopáticas, que son precisamente lo contrario, es decir, un verdadero descubrimiento que revela y manifiesta el poder medicinal específico oculto en las sustancias naturales, por medio de la fricción y succión. La ayuda de un medio escogido no medicinal, de atenuación, no es sino una condición secundaria. La simple dilución, por ejemplo, la solución de un grano de sal, no será más que agua, pues el grano de sal desaparecerá en la dilución con gran cantidad de agua y nunca desarrollará poder medicinal, como sucede con nuestras bien preparadas dinamizaciones en que dicho poder es elevado a un punto maravilloso.

<sup>204</sup> Una tercera parte de cien granos de azúcar de leche se pone en un mortero de porcelana vidriada con el fondo deslustrado con arena fina y húmeda. Sobre este polvo se echa un grano de la sustancia en polvo que se va a triturar (mercurio, petróleo, etc.). El azúcar de leche que se usa para la dinamización debe ser de la más pura calidad, la que cristaliza en hileras y se obtiene en forma de barras largas. Por un momento se mezcla el polvo y el medicamento con una espátula de porcelana y se tritura con fuerza de seis a siete minutos. Se raspa la sustancia del mortero y de su mango por tres o cuatro minutos a fin de hacerla más homogénea. Se vuelve a triturar por otros 6 ó 7 minutos sin añadir nada más y se raspa también 3 ó 4 minutos.

Ahora se añade la segunda tercera parte de azúcar de leche, se mezcla con la espátula y se tritura otra vez 6 ó 7 minutos, se raspa 3 ó 4 minutos y se vuelve a triturar por 6 7 minutos.

Se añade la última tercera parte y se hace lo mismo que con las anteriores. El polvo así preparado se pone en un frasco bien tapado y protegido de la luz directa del sol y se le pone el nombre de la sustancia y se marca de esta manera como primer producto.

Con el fin de elevar este producto a .../100, se mezcla un grano de él con la tercera parte de 100 granos de polvo de azúcar de leche y se procede como anteriormente, pero debe tenerse mucho cuidado en que cada tercera parte sea triturada dos veces por espacio de 6 ó 7 minutos cada vez y raspada 3 ó 4 minutos antes de que se añadan las otras terceras partes. Cuando se termine todo, se pone el polvo en un frasco bien tapado y etiquetado.../10.000

Ahora bien, si se toma un grano de este último polvo y se prepara de la misma manera que tendrá la 1/1.000.000 (1) y cada grano contendrá 1/1.000.000 de la sustancia original. De manera que la trituración de los tres grados requiere seis veces seis o siete minutos triturando y seis veces 3 ó 4 minutos raspando, en total una hora. Después de una hora de semejante trituración cada grano del primer grado contendrá 1/000 de la sustancia usada; del segundo grado 1/10.000 y del tercero 1/1.000.000 (\*).

El mortero, su mango y la espátula deben limpiarse bien antes de usarse para otra medicina. Se lavan primero, se secan y se someten una 1/2 hora a la ebullición. Pueden tomarse más precauciones al grado de ponerlas a la acción de un fuerte calor. (\*) Estos son los tres grados de la trituración de polvo seco, la cual si se ejecuta correctamente, vendrá a ser un buen principio para la dinamización de la sustancia medicinal

<sup>205</sup> El frasco usado para potenciar está lleno en sus dos terceras partes

<sup>206</sup> Como un libro empastado en piel

<sup>207</sup> Se preparan bajo vigilancia, de almidón y azúcar, y para quitarles las finas partículas de polvo se pasan por un cedazo. Se ponen en un colador que dejará pasar los de tamaño más conveniente para el médico, en número de 100 y de peso de un grano

<sup>208</sup> Se ponen los glóbulos destinados a ser impregnados con el medicamento en un pequeño vaso cilíndrico en forma de dedal, de vidrio, porcelana o plata y con una pequeña abertura en el fondo. Se humedecen los glóbulos con alguna de las dinamizaciones alcohólicas, se sacuden y echan sobre un papel secante a fin de secarlos rápidamente

un frasco bien tapado y marcado como la (I) potencia. Se toma de éstos un<sup>209</sup> sólo glóbulo para la dinamización siguiente. Se pone en un segundo frasco (con una gota de agua para disolverlo) y se añaden 100 gotas de alcohol de buena calidad y se dinamiza de la misma manera con 100 sucusiones fuertes.

Con esta dilución medicinal se humedecen los glóbulos, se extienden sobre un papel secante para secarlos rápidamente, se ponen en un frasco bien tapado y protegido del calor y la luz del sol y se marca con el signo (II) de la segunda potencia. De esta manera se sigue el mismo procedimiento hasta que se llega a la potencia veintinueve. Entonces con 100 gotas de alcohol, (un glóbulo) y 100 sucusiones se forma la trigésima (30ª) potencia con la cual se humedecen los glóbulos y se secan después. Por medio de estas manipulaciones de las drogas en estado natural, se obtienen preparaciones que sólo de este modo alcanzan capacidad completa para influenciar forzosamente las partes que sufren del organismo enfermo. De esta manera se neutraliza por medio de una enfermedad artificial semejante, la influencia de la enfermedad natural sobre el principio vital. Por medio de este procedimiento mecánico, con tal que se realice metódicamente conforme a las enseñanzas anteriores, se efectúa un cambio en la droga, que en su estado natural o crudo se manifiesta por sí misma sólo como materia, a veces como sustancia no medicinal; pero por medio de la dinamización cada vez más alta se modifica y sutiliza hasta poseer un poder medicinal no material, similar al espíritu (spirit-like)<sup>210</sup>. Esta fuerza, por cierto, en sí misma no cae bajo la acción de nuestros sentidos, pero el glóbulo médicamente preparado, seco y aún más disuelto en agua, viene a ser su vehículo y en esta condición se manifiesta el poder curativo de esta fuerza invisible en el organismo enfermo.

### **Parágrafo 271**

Si personalmente el médico homeópata prepara sus medicamentos, como debería de hacerlo, con razón, para salvar a la humanidad de sus enfermedades,<sup>211</sup> puede usar la

<sup>209</sup> Conforme a las primeras instrucciones, se toma una gota de una potencia más baja y se mezcla a 100 gotas de alcohol para preparar una potencia más alta. La proporción entre el medicamento a potencia baja y el que se va a dinamizar (100:1) se encontró que era demasiado limitada para desarrollar completamente y a un alto grado el poder del medicamento por medio de cierto número de sacudidas, sin usar especialmente gran fuerza, como me he convencido por medio de cansados experimentos. Si sólo se toma un glóbulo, 100 de los cuales pesa un grano, y se dinamiza con 100 gotas de alcohol, la proporción de 1 a 50.000 y aún sería mayor, pues 500 de estos glóbulos difícilmente absorben una gota, para su saturación. Con esta relación muy desproporcionada entre el medicamento y el medio de dilución, muchas sacudidas al frasco lleno en sus dos terceras partes con alcohol, puede determinar un desarrollo mucho más grande de poder. Pero si el medio diluyente es poco como 100 a 1, y se le imprimen muchas sacudidas por medio de una poderosa máquina, el poder medicinal que entonces se desarrolla, especialmente en las altas dinamizaciones, obra casi inmediatamente, pero con una violencia furiosa, aún peligrosa sobre todo en los pacientes débiles que no tienen una reacción duradera y moderada del principio vital. Pero el método descrito por mí, al contrario, produce medicamentos de gran poder y de acción más moderada, que, sin embargo, si están bien elegidos, impresionan curativamente todas las partes del cuerpo que sufre (\*). En las fiebres agudas, pueden repetirse a cortos intervalos pequeñas dosis de las dinamizaciones más bajas de estos medicamentos perfectamente preparados, aún de aquéllos de acción continuada y larga (como belladonna). En el tratamiento de las enfermedades crónicas, es mejor principiar con los grados de dinamización más bajos, y cuando fuese necesario usar las más altas y cada vez más poderosas, pero de acción moderada. (\*) En casos muy raros, a pesar del casi restablecimiento total de la salud y de adquirir suficiente poder vital, persiste sin modificarse una antigua y fastidiosa perturbación local. En estos casos está completamente permitido y aún es indispensable necesario, administrar en dosis crecientes el remedio homeopático que ha resultado eficaz, potenciado a un muy alto grado por medio de sacudidas manuales. Entonces la enfermedad localizada a menudo desaparecerá de una manera sorprendente

<sup>210</sup> Esta afirmación, no aparecerá inverosímil, si se considera que por medio de este método de dinamización (la preparación obtenida de este modo, he encontrado después de muchos experimentos y contra-experimentos, que es la más poderosa y al mismo tiempo de acción más moderada, es decir, como la más perfeccionada), la parte material del medicamento disminuye 50.000 veces con cada grado de dinamización y no obstante aumenta su poder de manera increíble, de modo que la dinamización sucesiva de 125 y 18 ceros alcanza sólo el tercer grado de dinamización. La potencia trigésima preparada de este modo, progresivamente, dará una fracción casi imposible de expresar en números. Resulta asombrosamente evidente que la parte material, por obra de tales dinamizaciones (desarrollo de su verdadera esencia, de su esencia medicinal interna) se descompondrá finalmente en su esencia individual, impalpable, no material, similar al espíritu (conceptual). En su estado crudo, por lo tanto, se le debe considerar como consistiendo sólo de esta esencia inmaterial no desarrollada.

<sup>211</sup> Hasta que el Estado, en lo futuro, haya alcanzado el convencimiento de lo indispensable de la preparación perfecta de los medicamentos homeopáticos, los hará manufacturar por una persona imparcial y competente a fin de suministrarlos gratis a los médicos homeopatas con

misma planta fresca de la que se requerirá poca cantidad, si no necesita el jugo extraído para fines curativos. Se pone unos cuantos granos en un mortero y se añaden 100 granos de azúcar de leche y se tritura hasta la millonésima potencia (Parág. 270) antes de seguir potentizando una pequeña porción de ésta por medio de la sucusión. Este procedimiento debe observarse también con las otras drogas ya sean de naturaleza oleosa o seca.

### **Parágrafo 272**

Un glóbulo de esta clase<sup>212</sup> puesto en seco sobre la lengua de las más pequeñas dosis para un caso de enfermedad reciente y moderada. El medicamento aquí no tocará sino pocos nervios. Pero si se toma otro glóbulo igual y se tritura con azúcar de leche y se disuelve en bastante agua y se sacude bien antes de cada vez que se administre, se obtendrá un medicamento mucho más poderoso para varios días. Cada dosis, no importa lo pequeña que sea, impresionará, al contrario, muchos nervios.

### **Parágrafo 273**

En ningún caso en tratamiento es necesario y por consiguiente no es tolerable administrar a un enfermo más de un medicamento solo y simple, en una sola vez. No se concibe que pueda existir la más ligera duda acerca de qué sea más conforme con la naturaleza y más racional o prescribir un medicamento sólo y simple<sup>213</sup> en una sola vez, o mezclar varias diferentes drogas. La homeopatía, que es el arte de curar verdadero, simple y natural, prohíbe absolutamente dar a un enfermo al mismo tiempo dos diferentes sustancias medicinales.

### **Parágrafo 274**

Como el verdadero médico encuentra en los medicamentos simples, administrados solos y sin combinarlos, todo lo que posiblemente puede desear (fuerzas de la enfermedad artificial que son capaces por su poder homeopático de vencer completamente, extinguir y curar de modo permanente la enfermedad natural), nunca pensará, atento a la sabia máxima "es un error emplear medios compuestos cuando los simples bastan", dar como remedio sino un medicamento simple y solo. Por estas razones también, aun cuando los medicamentos simples hubiesen sido completamente experimentados para obtener sus efectos peculiares sobre el organismo en perfecta salud, es no obstante imposible prever cómo dos o más sustancias medicinales pueden, combinadas, estorbar y alterar cada una la acción de la otra sobre el organismo humano. Por otra parte, el empleo en las enfermedades de

---

práctica en los hospitales y que han sido examinados teórica y prácticamente y reconocidos legalmente. Entonces el médico se llegará a convencer del poder curativo de estos instrumentos divinos y podrá darlos gratis también a sus pacientes ricos o pobres

<sup>212</sup> Estos glóbulos (Parág. 270) retienen su virtud medicinal por muchos años, si están protegidos contra la luz y el calor del sol

<sup>213</sup> Dos sustancias, opuestas una a la otra, unidas al sodio y sus sales por afinidad química en proporciones invariables, como los metales sulfurados que se encuentran en la tierra y los producidos por el arte en combinaciones proporcionadas y constantes de sulphur y sales alcalinas y terrosas, (p. ej. natr. sulph. y calc. sulph.), así como los éteres producidos por la destilación del alcohol y los ácidos pueden considerarse, juntamente con phosphorus como medicamentos simples por el médico homeópata y usados como tales en sus enfermos. Por otra parte, los extractos obtenidos por medio de ácidos de los llamados alcaloides de las plantas, están sujetos a gran variedad en su preparación (p. ej. quinina, estriquina, morfina), y, por lo tanto, no pueden aceptarse por el médico homeópata como medicamentos simples, siempre el mismo, especialmente cuando posee en las plantas mismas, en su estado natural (corteza de china, nux vom., opium) todas las cualidades o virtudes necesarias para curar. Además, los alcaloides no son los únicos elementos constituyentes de las plantas

un solo medicamento cuya totalidad de síntomas es conocida exactamente, presta ayuda eficaz por sí misma y sólo si se le ha elegido homeopáticamente; y aún suponiendo que acontezca el peor caso de no ser elegido estrictamente conforme a la similitud de los síntomas y por consiguiente no beneficie, sin embargo, es bastante útil pues nos da a conocer los agentes terapéuticos provocando la aparición de síntomas nuevos, síntomas que el medicamento ya había determinado en su experimentación en el organismo sano, confirmándolos de esta manera, ventaja que no se obtiene con el empleo de los remedios compuestos<sup>214</sup>.

### **Parágrafo 275**

La conveniencia de un medicamento para un caso patológico dado, no depende sólo de su exacta elección homeopática, sino también de la cantidad apropiada, o mejor dicho, de la pequeñez de la dosis. Si se a una dosis demasiado fuerte de un medicamento que pudo haberse elegido muy homeopáticamente para el caso en tratamiento, no obstante el inherente carácter beneficioso de su naturaleza, resultará perjudicial por su cantidad y por la impresión innecesaria y demasiado fuerte que, debido a su acción homeopática, produce sobre la fuerza vital y por medio de ésta, sobre las partes más sensibles del organismo y que se han afectado más por la enfermedad natural.

### **Parágrafo 276**

Por esta razón, un medicamento, aún cuando sea homeopáticamente apropiado al caso patológico, hace daño con cada dosis que se administre si ésta es demasiado grande, y si se da en fuertes dosis hará mucho más daño cuanto mayor sea su homeopaticidad y la potencia más alta<sup>215</sup>. Hará mucho más daño que una dosis igualmente grande de cualquier medicamento no homeopático y que no esté adaptado en ningún sentido al estado patológico (alopático).

Por regla general la administración en grandes dosis de un medicamento homeopático elegido con exactitud, y sobre todo cuando se repite con frecuencia, produce muchos inconvenientes. Con frecuencia pone en peligro la vida del paciente y hace su enfermedad casi incurable. Ciertamente extingue la enfermedad natural en cuanto a lo que concierne al principio vital, y el paciente no sufre más de la enfermedad original desde el momento en que la dosis fuerte del medicamento homeopático obró sobre ella, pero estará, en consecuencia más enfermo con la enfermedad medicinal semejante que es más difícil destruir<sup>216</sup>.

<sup>214</sup> Cuando el médico racional ha elegido y administrado el remedio perfectamente homeopático en un caso patológico bien estudiado, abandonará la práctica rutinaria e irracional de la escuela alopática de dar bebidas o aplicar fomentos de diferentes plantas, o lavativas medicinales o fricciones con ungüentos

<sup>215</sup> El elogio hecho los últimos años por algunos homeópatas acerca de las grandes dosis se debió a que, o daban medicamentos en dinamización baja (como hice hace 20 años por no conocer nada mejor) o que los medicamentos elegidos no eran homeopáticos o estaban imperfectamente preparados

<sup>216</sup> Así, con el uso continuo de grandes dosis agresivas alopáticas de mercurio contra la sífilis, se desarrollan enfermedades mercuriales casi incurables, cuando que con una o varias dosis moderadas de una preparación mercurial, se curará radicalmente en pocos días toda la enfermedad venérea, juntamente con el chancro, con tal que éste no se hubiese destruido con medios externos (como hace siempre la alopátia). Del mismo modo los alópatas dan todos los días corteza de quina y quinina en la fiebre intermitente en grandes dosis, en casos en que están indicados y en los que infaliblemente curará una dosis muy pequeña y en alta potencia de China (en intermitentes palúdicas y aún en persona que no sufran de ninguna enfermedad psórica). Se produce el quinismo (complicado con la psora) que si no mata gradualmente al enfermo por lesión de sus órganos internos, especialmente el bazo y el hígado, le hará, sin embargo, vivir por muchos años una existencia precaria. Es muy difícil concebir que haya un remedio homeopático que antidotee semejante desventura producida por el abuso de grandes dosis de medicamentos homeopáticos.

### **Parágrafo 277**

Por la misma razón, y porque un remedio dado a dosis bastante débil se muestra de una eficacia tanto más maravillosa cuanto más homeopática ha sido su elección, un medicamento cuyos síntomas propios estén perfectamente en armonía con los de la enfermedad deberá ser tanto más saludable cuanto más se aproxime su dosis a la exigüidad a que necesita reducirse para producir suavemente la curación.

### **Parágrafo 278**

Se trata ahora de saber cuál es el grado de exigüidad que más conviene para dar a la vez el carácter de certeza y de suavidad a los efectos benéficos que se quiere producir, es decir, hasta qué punto se debe disminuir la dosis del remedio homeopático en un caso dado de enfermedad para obtener la mejor curación. Para resolver este problema y para determinar de cada medicamento en particular qué dosis bastaría para los fines terapéuticos homeopáticos, dosis que al mismo tiempo sean lo bastante pequeñas de modo que la curación se obtenga suave y rápidamente, para resolver este problema, como se concibe fácilmente, no sirven de nada las especulaciones teóricas, ni los razonamientos alambicados, ni los sofismas especiosos, sólo los experimentos puros, la observación cuidadosa de cada enfermo y la experiencia exacta pueden determinar esto en cada caso individual. Sería absurdo oponer las grandes dosis de medicamentos (alopáticos) inadecuados de la escuela antigua, que no impresionan homeopáticamente las partes enfermas del organismo, sino sólo los que la enfermedad no ataca, a las pequeñas dosis que se requieren para la curación homeopática, según demuestra la experiencia pura.

### **Parágrafo 279**

Esta experiencia pura demuestra INVARIABLEMENTE que si la enfermedad no depende manifiestamente de la alteración considerable de una víscera importante (aún cuando la enfermedad sea crónica y complicada) y si durante el tratamiento se separa toda influencia medicinal extraña, la dosis del remedio homeopático en alta potencia, para principiar el tratamiento de una enfermedad importante, especialmente crónica, nunca deberá ser tan pequeña que resulte menos fuerte que la enfermedad natural y no pueda dominarla, al menos en parte, y suprimirla de la sensación del principio de vida y de esta manera principiar una curación.

### **Parágrafo 280**

La dosis de un medicamento que ha demostrado ser útil sin producir nuevos síntomas molestos, debe continuarse su empleo elevándolo gradualmente hasta el momento en que el paciente aliviado en general, comienza a sentir en forma moderada el retorno de uno o varios de los antiguos sufrimientos originales. Esto indica la curación próxima por medio de la elevación gradual moderada, modificada por la sucusión en cada vez (Parág. 247). Indica que el principio vital ya no necesita ser afectado más tiempo por la enfermedad medicinal semejante con el fin de borrar la sensación producida por la enfermedad natural (Parág. 148). Indica que el principio vital libre

ahora de la enfermedad natural, comienza a sufrir algo de la enfermedad medicinal lo que es conocido hasta ahora como agravación homeopática.

### **Parágrafo 281**

Con el fin de convencerse de esto se deja al paciente sin ningún medicamento por ocho, diez o quince días, dándole, entre tanto, sólo algunas tomas de azúcar de leche en polvo. Si los últimos pequeños sufrimientos se deben al medicamento que simula los síntomas de la enfermedad original, entonces aquellos desaparecerán en pocos días u horas. Si durante estos días de abstención medicamentosa y siguiendo una vida higiénica no se presenta nada de la primitiva enfermedad, probablemente ésta está curada. Pero si en los últimos días se presentan huellas de los síntomas patológicos anteriores, son restos de la enfermedad original que no ha sido extinguida completamente, y debe tratarse con renovadas potencias más altas del remedio como ya se dijo. Para obtener una curación debe irse elevando gradualmente la pequeña dosis inicial, pero poco y más lentamente en pacientes cuya evidente irritabilidad es muy grande, que en aquellos de menos irritabilidad en quienes el avance en elevar la potencia puede ser más rápida. Hay pacientes cuya impresionabilidad comparada con los de poca susceptibilidad, está en la proporción de 1.000 a 1.

### **Parágrafo 282**

Será un signo cierto de que la dosis ha sido en absoluto demasiado grande, si durante el tratamiento, especialmente de las enfermedades crónicas, la primera dosis provoque la aparición de la llamada agravación homeopática, es decir, el aumento marcado de los síntomas morbosos originales que se observaron al principio. De la misma manera se presentará la llamada agravación homeopática con cada dosis repetida aunque sea de un medicamento modificado hasta cierto punto por la sucesión antes de administrarlo (es decir, en dinamización más alta)<sup>217</sup>.

### **Parágrafo 283**

---

<sup>217</sup> La regla de comenzar el tratamiento homeopático de las enfermedades crónicas con la dosis más pequeña posible y aumentarla sólo gradualmente, está sujeto a una excepción notable en el tratamiento de los tres grandes miasmas mientras sus manifestaciones están en la piel, p. ej. la erupción reciente de sarna, el chancro no mediado (en los órganos sexuales, boca, labios, etc.), y las verrugas. Estas enfermedades no solamente toleran, sino en verdad reclaman desde muy al principio grandes dosis de sus remedios específicos, de cada vez más alto grado de dinamización diariamente (posiblemente también varias veces al día). Si se sigue este procedimiento no se tendrá miedo, como en el caso del tratamiento de las enfermedades ocultas que la dosis excesiva al mismo tiempo que extinga la enfermedad, produzca y sostenga posiblemente una enfermedad crónica medicinal. No es este el caso durante la manifestación externa de estos tres miasmas; por el progreso diario de su tratamiento se puede observar y juzgar a qué grado las grandes dosis borran día por día las sensaciones patológicas del principio vital. Ninguno de estos tres miasmas pueden curarse sin que den al médico la convicción de que ya no se necesitan por más tiempo estos medicamentos. Puesto que en general las enfermedades no son sino una perturbación dinámica del principio vital y no nada material -materia peccans- (como la escuela antigua ha forjado en su imaginación por miles de años y tratado las enfermedades conforme a su error), nada hay con consiguiente que expulsar, nada material que sacar, quemar, ligar o cortar, sin que se haga al paciente un enfermo crónico y más incurable (Enf. Crón.- Part. 1), que antes de instituirse este tratamiento de estos tres miasmas. El principio dinámico antagónico que ejerce su influencia sobre la energía vital, es la esencia de estos signos externos del miasma maligno interno que sólo puede extinguirse por medio de medicamentos que obran sobre el principio vital de una manera semejante, pero más fuerte y así borran la sensación interna y externa de la enfermedad dinámica de tal modo que ya no existe para el principio vital (para el organismo) libertando al paciente de su enfermedad y curándole. Sin embargo, la experiencia enseña que la sarna y su manifestación externa, así como el chancro junto con el miasma venéreo interno, pueden y deben curarse sólo con medicamentos específicos administrados internamente. Pero las verrugas si han existido por algún tiempo sin medicarles, necesitan, para su curación perfecta, la aplicación externa de su medicamento específico al mismo tiempo que su administración interna

El verdadero médico, para obrar completamente de acuerdo con la naturaleza, deberá prescribir el remedio homeopático exactamente elegido y más apropiado en todos sentidos y en la dosis más pequeña posible; porque en el caso de que la falibilidad humana lo induzca a emplear un medicamento inadecuado, la desventaja que de esto resulte será tan pequeña que el paciente la vencerá y reparará rápidamente por medio de su poder vital y con la pronta administración (Parág.149) del remedio correctamente elegido conforme a la similitud de los síntomas (y esto también en la dosis más pequeña).

### **Parágrafo 284**

Además de la lengua, la boca y el estómago, que son las partes del organismo más comúnmente afectadas por la administración de los medicamentos, la nariz y los órganos respiratorios también lo son, cuando aquellos están en forma fluida, por medio de la olfacción e inhalación a través de la boca. Todo el revestimiento cutáneo es influenciado por la acción de las sustancias medicinales en solución, especialmente si con la fricción se emplea al mismo tiempo su administración interna<sup>218</sup>.

### **Parágrafo 285**

De esta manera, en la curación de enfermedades muy antiguas, el médico puede ayudar más ampliamente aplicando al exterior, por fricción en la espalda, brazos, extremidades, el mismo medicamento que se administre internamente y que haya demostrado poseer virtud curativa. Procediendo así evitará el dolor y espasmos locales, así como las erupciones cutáneas<sup>219</sup>.

### **Parágrafo 286**

---

<sup>218</sup> Es notablemente útil el poder medicinal obrado en los niños por medio de la leche materna o de la nodriza. Todas las enfermedades ceden, durante la infancia, al remedio homeopático bien elegido y administrado en dosis moderadas a la madre que amamanta, y de esta manera el nuevo ciudadano del mundo lo utiliza más fácilmente y con mayor seguridad que la que pudiera hacer en los años venideros. Puesto que muchos niños se han contaminado de la psora con la leche de su nodriza, si es que no la poseían ya por herencia materna, puede protegérseles al mismo tiempo antipsóricamente por medio de dicha leche que se ha convertido en medicinal de la manera descrita ya. En el caso de un primer embarazo para destruir la psora, causa de la mayor parte de las enfermedades crónicas, en la madre y en el feto es indispensable instituir un tratamiento moderado antipsórico, especialmente con sulphur preparado conforme a las instrucciones dadas en esta edición, protegiendo así a la posteridad anticipadamente. La mujer embarazada tratada en esta forma demuestra la verdad de lo dicho. Dará a luz hijos más sanos y más fuertes, con asombro de todos. Esto viene a ser una nueva confirmación de la gran verdad de la teoría de la psora descubierta por mí

<sup>219</sup> Por estos hechos se explican esas curaciones maravillosas aunque raras, en que pacientes con deformidades crónicas y cuya piel, sin embargo, estaba sana y limpia, se curasen rápida y permanentemente después de unos pocos baños cuyos elementos medicinales eran (por casualidad) homeopáticos a la enfermedad. Por otra parte, los baños de aguas minerales muy a menudo agravan las lesiones de los enfermos a quienes se ha suprimido alguna erupción. Después de un breve período de bienestar, el principio vital permite que la enfermedad interna, incurada, aparezca en cualquiera otra parte del organismo más importante para la salud y la vida. A veces, en cambio, se paraliza el nervio óptico y se produce la amaurosis, algunas veces el cristalino se opaca, se pierde el oído, se presenta la manía o un ataque de asma sofocante, o una apoplejía termina con los sufrimientos del ilusionado enfermo. Un principio fundamental del médico homeópata (que le distingue de todo médico de cualquiera otra escuela), es que nunca emplea para ningún enfermo un medicamento cuyos efectos no se hubiesen probado previa y cuidadosamente en el organismo sano y de esta manera conocerlo (Parág. 20, 21). Prescribir para el enfermo basándose sobre meras conjeturas de algo posible y útil por semejanza a otra enfermedad o por haber oído "que el remedio ha servido en tal o cual enfermedad", es un proceder sin conciencia que el filántropo homeópata deja al alópata. Un genuino y verdadero médico que practique nuestro arte, nunca enviará a sus enfermos a ninguna estación de baños minerales, porque casi todos son desconocidos en sus efectos exactos y positivos sobre el organismo humano en salud, y cuando se le usa mal, se pueden clasificar entre las drogas más violentas y peligrosas. De este modo, de cien enfermos enviados ciegame a los baños de más fama por médicos ignorantes, enfermos que no han podido curarse alopáticamente, quizás uno o dos se curen por casualidad; más a menudo vuelven sólo aparentemente curados y se proclama en voz alta el milagro. Cientos de estos enfermos, mientras tanto, se van calladamente más o menos peor que antes, y los restantes se quedan preparándose para su eterno descanso, según lo demuestra el hecho de la existencia de numerosos cementerios bien poblados que rodean los más afamados de estos baños (\*).(\*) Un verdadero médico homeópata, que nunca obra sin tener un principio fundamental exacto, jamás juega con la vida de los enfermos confiados a él como en una lotería en que se gana en la proporción de 1 a 500 o 1.000 (la pérdida aquí consiste en la agravación o la muerte); nunca expone a ninguno de sus enfermos a semejante peligro y le envía a probar fortuna a un baño mineral como lo hace con frecuencia el alópata con el fin de desembarazarse, en forma aceptable, del enfermo a quien él y otros han puesto en peor estado

La fuerza dinámica del imán, de la electricidad y del galvanismo obran tan poderosa y homeopáticamente sobre nuestro principio de vida, como los medicamentos indicados que combaten las enfermedades tomándolos por la boca, por fricción, o por olfacción. Existen enfermedades, especialmente las de la sensibilidad e irritabilidad, las sensaciones anormales y movimientos musculares involuntarios, que pueden curarse con estos medios. En cuanto a la manera más cierta de aplicar los dos últimos, así como la llamada máquina electro-magnética, permanece todavía en la oscuridad la forma de emplearlos homeopáticamente. Hasta ahora tanto la electricidad como el galvanismo sólo se han usado como paliativos con gran perjuicio del enfermo. La acción pura y positiva de ambos sobre el organismo sano hasta la fecha, ha sido poco experimentada.

### **Parágrafo 287**

Se puede emplear el poder curativo del imán con mayor certeza de acuerdo con los efectos positivos detallados en la Materia Médica Pura, en el polo norte y sur de una poderosa barra imantada. Aunque ambos polos son igualmente poderosos, no obstante, no se oponen el uno al otro en su manera de obrar. La dosis puede modificarse por el espacio de tiempo en que uno u otro polo está en contacto con el sujeto, conforme está indicado cada uno de ellos por los síntomas. Para antidotar una acción demasiado violenta, bastará la aplicación de una placa de zinc pulido.

### **Parágrafo 288**

Creo necesario hablar también aquí del magnetismo animal, como es nombrado, o más bien Mesmerismo (como debería llamarse por consideración a Mesmer su fundador) que difiere mucho por su naturaleza de todos los otros agentes terapéuticos. Esta fuerza curativa, con frecuencia negada y desdeñada tan estúpidamente por una censura, obra de diferentes maneras. Es un don maravilloso e inapreciable concedido por Dios al género humano por cuyo medio la voluntad enérgica de una persona bien intencionada ejerciéndose sobre un enfermo por contacto o sin él y aún a cierta distancia, puede transmitir dinámicamente a otra persona, la energía vital del magnetizador dotado de este poder (de la misma manera que uno de los polos de una poderosa varilla imantada lo hace sobre una barra de acero).

Obra en parte restituyendo al organismo del enfermo su fuerza vital que es deficiente en algún punto; en parte también, en lugares en que la fuerza vital está acumulada en exceso y provoca desórdenes nerviosos, la separa, la disminuye y la distribuye uniformemente. Extingue en general el estado morboso del principio vital del paciente, y sustituye en su lugar la fuerza poderosa normal del magnetizador, como en los casos de curación de úlceras antiguas, amaurosis, parálisis parcial, etc. A esta clase pertenecen muchas de esas curaciones rápidas y evidentes realizadas por magnetizadores dotados de gran poder natural. El efecto más brillante de la transmisión del poder humano a todo el organismo, se ve en los casos de resurrección de personas que han permanecido algún tiempo en un estado de muerte aparente, por la voluntad muy poderosa y afín de un hombre dotado de gran energía

vital<sup>220</sup>. De esta clase de resurrecciones la historia refiere muchos ejemplos innegables.

El magnetizador de uno u otro sexo, capaz al mismo tiempo de un entusiasmo bondadoso (aunque degenera en intolerancia, fanatismo, misticismo o sueños filantrópicos), podrá, a veces, realizar milagros aparentes si estuviese en absoluto dotado de fuerza suficiente para el cumplimiento abnegado y filantrópico de dirigir y al mismo tiempo de concentrar el poder de su voluntad imperativa sobre el sujeto que necesita su ayuda.

### **Parágrafo 289**

Todos los métodos mencionados anteriormente de practicar el mesmerismo, se fundan en el aflujo de una mayor o menor cantidad de fuerza vital al cuerpo del enfermo, de aquí que se le llame mesmerismo positivo<sup>221</sup>. Existe no obstante otro modo e emplear el mesmerismo que produce precisamente el efecto contrario y por eso merece el nombre de negativo. A este pertenecen los pases que se usan para despertar a una persona sonámbula y también todas las operaciones manuales conocidas con los nombres del calmar y ventilar. La manera más segura y sencilla de efectuar esta descarga por medio del mesmerismo negativo, de la fuerza vital acumulada con exceso en una parte del cuerpo de una persona no debilitada, consiste en un movimiento muy rápido de la mano extendida, mantenida paralela y a una pulgada del cuerpo, desde el vértice de la cabeza hasta la extremidad de los pies<sup>222</sup>. Cuanto más rápido es este pase, tanto más fuerte es la descarga que produce. Así, por ej., en el caso de que una mujer antes sana,<sup>223</sup> por la supresión repentina de sus reglas por una conmoción mental violenta, caiga en un estado de muerte aparente, puede ser descargada de la fuerza vital que está probablemente acumulada en la región precordial, por medio de un pase rápido negativo que restablecerá el equilibrio en todo el organismo, de manera que la resurrección por lo general se presenta en seguida<sup>224</sup>. De la misma manera, un pase negativo suave y menos rápido disminuye la inquietud excesiva y el insomnio acompañado de ansiedad, algunas veces producidos en una persona muy irritable por un pase positivo demasiado poderoso, etc.

### **Parágrafo 290**

---

<sup>220</sup> Especialmente una de tales personas de las que no hay muchas, quien, además de una gran bondad y poder físico perfecto, no posea sino un deseo muy moderado por las relaciones sexuales, por consiguiente no le ocasionará gran molestia suprimirlas por completo; de manea que todo el fluido vital más delicado que debería emplearse en la preparación del semen, está listo para ser transmitido a otros por contacto y por deseo poderoso de la voluntad. Algunos magnetizadores de gran poder a quienes he conocido, todos tenían este carácter peculiar

<sup>221</sup> Tratando aquí de la virtud curativa, cierta y decidida del mesmerismo positivo, no hablo del abuso que tan comúnmente se hace, cuando repitiendo estos pases por espacio de media hora, una hora y aún día tras día, se produce en sujetos cuyos nervios son débiles, este enorme trastorno de toda la economía humana que se llama sonambulismo, estado en que el hombre, sustraído al mundo de los sentidos, parece pertenecer más al de los espíritus, estado contrario al de la naturaleza y extremadamente peligroso, por medio del cual más de una vez se ha intentado curar las enfermedades crónicas

<sup>222</sup> Es una regla suficientemente conocida que la persona que se quiere magnetizar positiva o negativamente, no debe usar seda en ninguna parte del cuerpo

<sup>223</sup> Por consiguiente un pase negativo, sobre todo si es muy rápido, es muy perjudicial a una persona delicada atacada de una enfermedad crónica y deficiente en fuerza vital

<sup>224</sup> Un joven aldeano fuerte, de diez años, con motivo de una ligera indisposición, recibió de una profesional magnetizadora varios pases muy fuertes con la extremidad de ambos pulgares desde el epigastrio hacia el borde inferior de las costillas, y al momento se puso mortalmente pálido, y cayó en tal estado de inconsciencia e inmovilidad que todo esfuerzo fue vano para despertarle y se le consideró como muerto. Hice que su hermano mayor le diese un pase negativo muy ligero desde el vértice de la cabeza hasta los pies, y en instante recobró la conciencia volviendo a estar vigoroso y bien

Aquí también corresponde hablar del llamado masaje practicado por una persona vigorosa y bondadosa en un enfermo crónico, que aunque curado, sufre todavía de enflaquecimiento, debilidad de la digestión y de insomnio, debido a una convalecencia lenta. El apretamiento y amasamiento moderado de los músculos de los miembros, pecho y espalda cogidos separadamente, despierta el principio vital de modo que se obtiene y restablece el tono de los músculos y la actividad sanguínea y de los vasos linfáticos. El carácter principal de este procedimiento es la influencia magnética, y no debe abusarse de ella en enfermos que están todavía muy sensibles.

### **Parágrafo 291**

Como auxiliares útiles en el restablecimiento de la salud, tenemos los baños de agua sola que son en parte paliativos y en parte homeopáticos en las enfermedades agudas así como también en la convalecencia de las enfermedades crónicas, teniendo en cuenta para su aplicación la naturaleza de la convalecencia, la temperatura del baño, su duración y repetición. No constituyen un verdadero medicamento, pues aún cuando sean bien aplicados, sólo producen cambios físicos beneficiosos en el enfermo. El baño templado a 25 o 27° R (31° a 34° C.) sirve para despertar la sensibilidad adormecida del sistema nervioso (en casos de congelación, ahogo, asfixia). Aunque son sólo paliativos, no obstante, cuando se dan acompañados de la administración de café, y de fricciones, con frecuencia demuestran suficiente actividad. Pueden ayudar homeopáticamente en casos en que la irritabilidad nerviosa esté distribuida y acumulada muy desigualmente en algunos órganos, como en ciertos casos de espasmos histéricos y convulsiones infantiles. De la misma manera obran homeopáticamente los baños fríos a 10 o 6° R (12,5° a 7,5° C.) en personas de calor vital deficiente, curadas con medicamentos de alguna enfermedad crónica. Por inmersiones instantáneas y después repetidas, obran como un paliativo restaurando la tonicidad agotada. Con este fin, tales baños deben usarse de corta duración, más bien por minutos. A una temperatura cada vez más baja son paliativos que sólo obran físicamente y por consiguiente no tienen las desventajas de una acción contraria que es de temerse con los paliativos medicinales dinámicos.

**FIN**

## **ORGANON DE LA MEDICINA**

Escaneado y revisado  
Dr. Ider Salgado T.

